



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

El cielo y el infierno, ó La justicia divina segun el espiritismo

Hippolyte Léon
Denizard Rivail

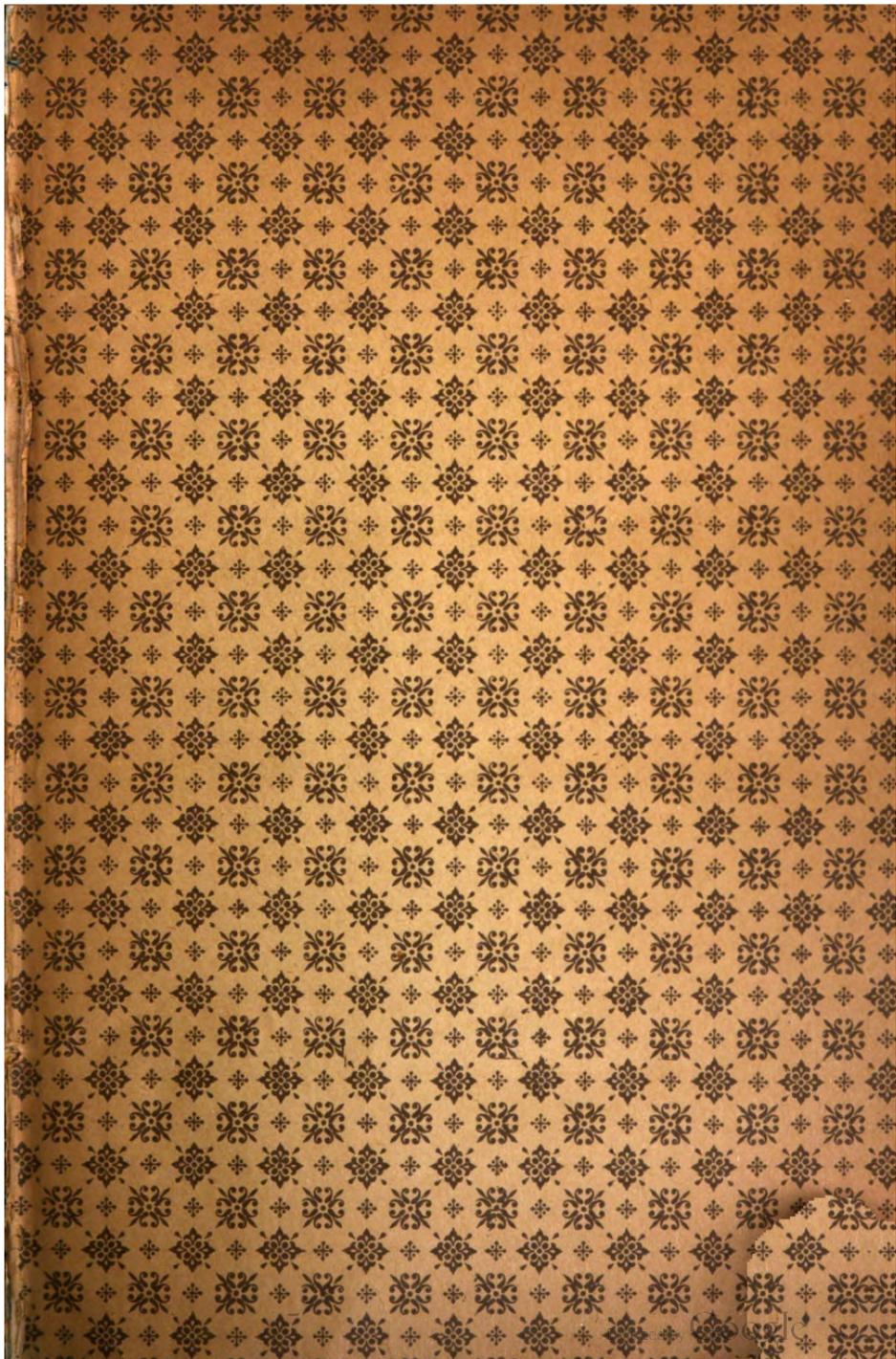
El cielo y el infierno, ó La justicia divina segun el espiritismo

7054.39.30

HARVARD
COLLEGE
LIBRARY



FROM THE
Subscription Fund
BEGUN IN 1858



Arch. 3a 1a 27 P. 5

EL DUELO Y EL TESTAMENTO

LA JUSTICIA SOCIAL

DE LA REVOLUCION

DE MEXICO

L. p.

EL CIELO Y EL INFIERNO

ó

LA JUSTICIA DIVINA

SEGUN EL ESPIRITISMO.

EL CIELO Y EL INFIERNO

6

LA JUSTICIA DIVINA

SEGUN EL ESPIRITISMO.

CONTIENE

EL EXÁMEN COMPARADO DE LAS DOCTRINAS
SOBRE EL TRÁNSITO DE LA VIDA CORPORAL A LA VIDA ESPIRITUAL.
LAS PENAS Y LAS RECOMPENSAS FUTURAS, LOS ÁNGELES
Y LOS DEMONIOS, LAS PENAS ETERNAS, ETC., ETC.
SEGUIDO DE NUMEROSOS EJEMPLOS
SOBRE LA SITUACION REAL DEL ALMA DURANTE Y DESPUES
DE LA MUERTE.

POR ALLAN KARDEC,

Autor del *Libro de los Espiritus.*

Diles: Vivo yo, dice el Señor Dios:
no quiero la muerte del impio, sino
que se convierta el impio de su ca-
mino, y viva. Convertios, convertios
de vuestros caminos perversos, y
por qué morireis casa de Israel?
(EZECHIEL, c. XXXIII, v. 11.—*Tra-
duccion de Scio.*)

TRADUCIDÓ DE LA 4.^a EDICION FRANCESA
Y PUBLICADO POR LA
SOCIEDAD BARCELONESA PROPAGADORA DEL ESPIRITISMO.

PRECIO 12 REALES.

BARCELONA.
IMPRENTA DE LEOPOLDO DOMENECH, BASBA, 30.
1871.

Phil 70.54.37.30



Subscription fund

OBRAS DE ALLAN KARDEG,

PUBLICADAS POR LA SOCIEDAD

BARCELONESA PROPAGADORA DEL ESPIRITISMO.

- REVISTA ESPIRITISTA, periódico mensual. Precio de suscripción, 20 rs. al año. Extranjero y América, 40 rs. Las suscripciones se hacen por un año, empezando en Enero.
- EL LIBRO DE LOS ESPÍRITUS. Un vol. 500 págs. en 8.º mayor, 12 rs. Rústica.
- EL LIBRO DE LOS MÉDIUMS. Un vol. de 500 págs. en 8.º mayor 12 rs. Rústica.
- EL EVANGELIO SEGUN EL FSPIRITISMO. Un vol. de 500 páginas 8.º mayor, 12 rs. Rústica.
- EL CIELO Y EL INFIERNO Ó LA JUSTICIA DIVINA. Un volumen de mas de 500 páginas 8.º mayor, 12 rs. Rústica.
- EL ESPIRITISMO EN SU MAS SIMPLE EXPRESION. 50 céntimos cada ejemplar.

En prensa:

EL GÉNESIS, LOS MILAGROS y LAS PREDICIONES.

By Hippolyte Leon Desnoyers Kervill

Véndese en Barcelona: en casa D. Cárlos Alou, calle de Sto. Domingo del Call, núm. 13; en la Palma de San Justo, núm. 9. tienda y en las principales librerías.

FE DE ERRATAS.

Pág.	Línea.	Dice.	Léase.
3	16	semetera	someterá
23		última. mater	material
39	not ^a n.º 2	no no solo sentirán	no solo no sentirán
40	6	el	la
49	20	cogullo	orgullo
57	14	desacirse	desasirse
57	21	regades	regadas
67	22	qde	que
71	14	verifica	verifique
102	27 y 28	dividida entre	dirigida sobre
120	8	Si es natural proporcionar el número de habitantes del cielo y del espacio, es mucho mas grande que el de los hombres	Si es natural proporcionar el número de habitantes de una ciudad á su grandeza y á su extension, no siendo la tierra más que un átomo en comparacion al firmamento y á las inmensas regiones del espacio, es preciso deducir que el número de los habitantes del cielo y del aire es mucho mas grande que el de los hombres
121	3	los	las
123	11	que probaba	probando
145	22 y 23	parabolabola	parábola
150	9 y 10	tisnieblas	tinieblas
151	13	principios	prestigios

Pág.	Línea.	Dice.	Léase.
175	5	asomo malevolencia	asomo de malevolencia
182	17	enseñanza se	enseñanza que se
187	24	augurios	augüres
201	27	proance	produce
220	26	Omnitencia	Omnipotencia
221	23 y 24	puesto que ni aun	puesto que aun
224	23	si misma	si mismo
238	18	dignos de él	dignos de ella
245	3 y 4	de grande de	cuan grande es
254	23	les habian	les habia
255	8	Estoy segura	Estaba segura
261	8	por deslumbramiento	del deslumbramiento
263	17	comunicacione	comunicaciones
279	15	me ha causado an- gustias	no me ha causado an- gustias
289	16	como e puede	como se puede
291	10	tenga á bien	tengais á bien
298	8	permitiria	permitirá
308	26	magnificencia	la magnificencia
321	29	todos lo caso	todo caso
374	27	miteis	imiteis
387	2	dado el Espiritu	con el Espiritismo
438	5	especiesobrexcitacion	especie desobrexcita- cion
441	10 y 11	confirmacion de prin- cipio	confirmacion del prin- cipio
442	20	amarga vision	amarga irrision
443	24	brilla para ellos	brilla para ese
447	18 y 19	punzante de remordi- miento	punzante del remor- dimiento
466	20	Este es un	Este era un
486	7	no habia sido	no hubiera sido
492	18	como tenia ninguna mediumidad	y como era un poco médium
508	22	cuya turbacion	cuya turbulencia
509	26	cerca á la ropa	cerca de la ropa

PREFACIO.

El título de esta obra, indica claramente su objeto. Hemos reunido en ella todos los elementos propios para ilustrar al hombre sobre su destino. Como en los demás escritos sobre la doctrina espiritista, no hemos puesto nada que sea el producto de un sistema preconcebido ó de una concepcion personal, lo que no tendria ninguna autoridad: todo es deduccion de la observacion y de la concordancia de los hechos.

El *Libro de los Espiritus*, contiene las bases fundamentales del Espiritismo; es la piedra angular del edificio; encierra todos los principios de la doctrina, hasta los que deben coronar la obra; pero era preciso que diéramos su desarrollo, deducir todas sus consecuencias y sus aplicaciones, á medida que se desarrollaran por la enseñanza complementaria de los Espiritus y por nuevas observaciones; esto es lo que hicimos en el *Libro de los Médiums*, y en el *Evangelió segun el Espiritismo*, bajo puntos de vista especiales; esto mismo es lo que hacemos ahora en esta obra, bajo otro punto de vista y lo que haremos sucesivamente en las que nos faltan publicar, las cuales vendrán á su tiempo.

Las nuevas ideas no fructifican sino cuando la tierra está bien preparada para recibir las; pero por tierra preparada, no deben entenderse algunas inteligencias precoces que solo producirian frutos aislados, sino cierto conjunto en la predisposicion general, con el fin de que, no solo dé frutos mas abundantes, sino que encontrando la idea mayor número de puntos de apoyo, encuentre tambien ménos oposicion y sea más fuerte para resistir á sus antagonistas. Con *El Evangelio segun el Espiritismo*, se dió un paso más; con *el Cielo y el Infierno* se dá otro cuyo objeto será fácil de comprender, porque se dirige al blanco de ciertas cuestiones; pero no debia venir más pronto.

Si consideramos la época en que ha venido el Espiritismo, conoceremos sin mucho trabajo, que ha llegado oportunamente, ni demasiado tarde ni demasiado pronto; más pronto, hubiera abortado, porque no siendo muchas las simpatías, hubiera sucumbido bajo los golpes de sus adversarios; más tarde, le hubiera faltado la ocasion favorable para producirse; las ideas podian haber tomado otro curso, del cual hubiera sido difícil desviarlas. Era preciso dejar á las ideas viejas el tiempo necesario para que se gastaran probando su insuficiencia, antes de aparecer otras nuevas.

Las ideas prematuras abortan, porque no se está bastante preparado para comprenderlas y por otra parte no se hace sentir aún la necesidad de un cambio

de posicion. Es evidente para todos, que se manifiesta un inmenso movimiento en la opinion; que se opera una reaccion formidable en sentido progresivo contra el espíritu estacionario ó retrógrado de la doctrina; los que están satisfechos hoy, serán los impacientes de mañana. La humanidad está en los dolores de un parto trabajoso; en el aire hay alguna cosa, una fuerza irresistible que la empuja hácia adelante; es como un jóven que sale de la adolescencia y entreve nuevos horizontes sin que pueda definirlos y sacude los pañales de la infancia. Se vé alguna cosa mejor, alimentos más sólidos para la razon; pero este mejor está aun en la vaguedad; se busca, todos trabajan al objeto así el creyente como el escéptico, desde el jornalero hasta el sábio. El universo es un vasto taller; los unos derriban, los otros reconstruyen; cada uno talla una piedra para el nuevo edificio, cuyo plano definitivo solo posee el grande Arquitecto, cuya economía no se comprenderá hasta que sus formas empezarán á destacarse de su base. Este es el momento que la Soberana sabiduría ha elegido para el acontecimiento del Espiritismo.

Los Espíritus que presiden el gran movimiento regenerador, obran pues con más prudencia y prevision que los hombres, porque ellos abarcan la marcha general de los acontecimientos, mientras que nosotros sólo vemos el limitado círculo de nuestro horizonte.

Habiendo llegado los tiempos de la renovacion, segun los decretos divinos, era preciso que en medio de las ruinas del viejo edificio, el hombre, para no desanimarse, viese el fundamento de un nuevo orden de cosas; era preciso que el marinero viera la estrella polar que debe conducirle al puerto.

La prudencia de los Espíritus que se han manifestado en la aparicion del Espiritismo, revelada casi instantáneamente por toda la tierra, en la época más propicia, no es ménos evidente en el orden y la gradacion lógica de las revelaciones complementarias sucesivas. No depende de nadie el restringir su voluntad con respecto á ello, porque no miden sus enseñanzas segun la impaciencia de los hombres. No nos basta decir: «quisiéramos tener tal cosa,» para que se nos dé; y aun nos conviene ménos decir á Dios: «Juzgamos que el momento preciso ha llegado, para que vos nos deis tal cosa; nos juzgamos bastante adelantados para recibirla;» porque esto seria lo mismo que si le dijéramos: «Nosotros sabemos mejor que vos lo que conviene hacer.» Los Espíritus contestan á los impacientes lo siguiente: «En primer lugar empezad por aprender bien, comprender bien y sobre todo practicar bien lo que sabeis, á fin de que Dios os considere dignos de que se os enseñe más; despues, cuando llegue el momento, sabremos obrar y eligiremos nuestros instrumentos.»

La primera parte de esta obra titulada *Doctrina*, contiene el exámen comparado de las diversas creencias sobre el cielo y el infierno, los ángeles y los demonios, las penas y las recompensas futuras; el dogma de las penas eternas se trata de un modo especial y se refuta con argumentos sacados de las leyes de la misma naturaleza, y que no solo demuestran la parte ilógica repetida cien veces, sino la imposibilidad material. Con las penas eternas, caen naturalmente las consecuencias que se creeria poder sacar de ellas.

La segunda parte encierra numerosos ejemplos en apoyo de la teoría, ó mejor dicho, que han servido para establecer la teoría. Tienen su autoridad en la diversidad de los tiempos y lugares en dónde se obtuvieron, porque si dimanasen de un sólo origen, podrian considerarse como producto de una misma influencia; la tienen además, en su concordancia con aquello que se obtiene todos los dias por todas partes en donde se ocupan de las manifestaciones espiritistas, bajo el punto de vista formal y filosófico. Estos ejemplos hubieran podido multiplicarse hasta el infinito, porque no hay ningun centro espiritista que no pueda presentar un número notable de ellos. Para evitar las repeticiones fastidiosas, los hemos tenido que elejir entre los más instructivos. Cada uno de estos ejemplos es un estudio en el que todas las pãlabras tienen su importancia y su objeto para los que los mediten con

atencion, porque de cada punto brota una luz sobre la situacion del alma despues de la muerte, y el tránsito, hasta entónces tan obscuro y temido, de la vida corporal ó la vida espiritual. Es la guia del viajero ántes de entrar en un país nuevo para él. La vida de ultra-tumba se desenvuelve á su vista bajo todos sus aspectos como un vasto panorama; todos sacarán de ellos nuevos motivos de esperanza y de consuelo y nuevos apoyos para afianzar su fé en el porvenir y en la justicia de Dios.

En estos ejemplos, tomados en su mayor parte de los hechos contemporáneos, hemos prescindido de los nombres propios cuantas veces lo hemos juzgado útil, por consideraciones fáciles de apreciar. Aquellos á quienes puedan interesar estos ejemplos, los reconocerán fácilmente; para el público, nombres más ó ménos conocidos y algunas veces muy oscuros, de nada hubieran servido para la instruccion que de ellos pueda sacarse.

Las mismas razones que nos hicieron callar los nombres de los médiums en el *Evangelio segun el Espiritismo*, han hecho que nos abstuviéramos el nombrarles en esta obra, más por el porvenir que por el presente. Los *médiums* no están interesados en ello, porque no podrian atribuirse una cosa en la que su propio espíritu no toma ninguna participacion. Por otra parte, la mediumnidad, no está investida en tal ó

cual individuo; es una facultad fugitiva, subordinada á la facultad de los Espíritus que quieren comunicarse, que se posee hoy y que al día siguiente puede faltar, que nunca es aplicable á todos los Espíritus sin distincion, y por lo mismo no constituye un mérito personal como lo sería el talento adquirido por el trabajo y los esfuerzos de la inteligencia. Los médiums sinceros, aquellos que comprenden la gravedad de su mision, se consideran como instrumentos que la voluntad de Dios puede romper cuando le plazca, si no obran segun sus miras; son felices por tener una facultad que les permite hacerse útiles, pero no se envanecen por ello. Por lo demás, sobre este punto, hemos seguido los consejos de nuestros guías espirituales.

La Providencia ha querido que la nueva revelacion no sea privilegio de nadie, sino que tenga sus órganos por toda la tierra, en todas las familias, tanto en los grandes como en los pequeños, segun esta palabra que hoy cumplen los médiums de nuestros días: «Y acontecerá en los postreros días, dice el Señor, que yo derramaré de mi Espíritu sobre toda carne: y profetizarán vuestros hijos, y vuestras hijas, y vuestros mancebos verán visiones, y vuestros ancianos soñarán sueños.

»Y ciertamente en aquellos días derramaré de mi Espíritu sobre mis siervos y sobre mis siervas, y pro-

fetizarán» (*Hechos de los apóstoles*, c. II. v. 17, 18.)

Mas dice tambien: Habrá falsos Cristos y falsos Profetas. (Véase el Evangelio segun el Espiritismo. C. XXI.)

Pues estos últimos tiempos han llegado yá; no el fin del mundo material como se ha creido, sino el fin del mundo moral, es decir, la era de la regeneracion.

EL
CIELO Y EL INFIERNO
SEGUN EL ESPIRITISMO.

PRIMERA PARTE.

DOCTRINA.

CAPÍTULO PRIMERO.

EL PORVENIR Y LA NADA.

1.—Vivimos, pensamos, obramos, hé aquí lo positivo; moriremos, esto no es ménos cierto. ¿Pero dejando la tierra, adónde vamos? ¿Qué es de nosotros? ¿Estaremos mejor ó peor? ¿Seremos, ó no seremos? *Ser ó no ser*, tal es la alternativa; es para siempre ó para nunca jamás; es todo ó nada; ó viviremos eternamente ó todo se habrá concluido para siempre. Bien merece esto la pena de pensar en ello.

Todo hombre siente el deseo de vivir, de gozar, de querer, de ser feliz. Decid á uno que sepa que vá á morir, que vivirá todavía, que su hora no ha llegado;

decidle sobre todo que será mas feliz que no ha sido, y su corazón palpitará de alegría. ¿Pero á qué estas aspiraciones de dicha si un soplo puede desvanecerlas?

¿Hay acaso algo más afflictivo que el pensamiento de la absoluta destruccion? puros afectos, inteligencia, progreso, saber laboriosamente adquirido, todo esto seria perdido, aniquilado. ¿Qué necesidad habria de esforzarse en ser mejor, reprimirse para enfrenar sus pasiones, fatigarse en adornar su inteligencia, sino debe recoger uno de esto fruto alguno, sobre todo con el pensamiento de que mañana quizá no nos sirva yá para nada? Si así sucediese, el destino del hombre seria cien veces peor que el del bruto, porque el bruto vive enteramente en el presente, en la satisfaccion de sus apetitos materiales, sin aspiracion al porvenir. Una intuicion íntima dice que esto no es posible.

2.—Con la creencia en la nada, el hombre concentra forzosamente todos sus pensamientos sobre la vida presente; y no es posible, en efecto, preocuparse lógicamente de un porvenir en el cual no se cree. Esa preocupacion exclusiva del presente conduce naturalmente á pensar en sí mismo ante todo; es pues el más poderoso estimulante del egoismo, y el incrédulo es consecuente consigo mismo cuando deduce esta conclusion: gocemos miéntras estamos aquí; gocemos lo más posible, puesto que con nosotros todo concluye; gocemos á prisa, porque ignoramos cuanto durará esto; y este otro argumento, mucho más grave para la sociedad: gocemos á pesar de todo; cada uno para sí; la dicha aquí es del más listo.

¿Si el respeto humano detiene á algunos, qué freno

tendrán aquellos que nada temen? Dicen que la justicia humana sólo alcanza á los torpes; y por esto discurren cuanto pueden para eludirla. Si hay una doctrina *malsana* y *antisocial*, seguramente es la del *nihilismo*, porque rompe los verdaderos lazos de la solidaridad y de la fraternidad, fundamentos de las relaciones sociales.

3.—Supongamos que, por una circunstancia cualquiera, todo un pueblo adquiere la certeza de que, dentro de ocho dias, de un mes, de un año si se quiere, habrá desaparecido; que ni un solo individuo sobrevivirá, y que no quedará ni huella del mismo despues de la muerte; ¿qué hará durante este tiempo? ¿Trabajará para su mejoramiento, é instruccion? ¿Se sujetará al trabajo para vivir? ¿Respetará los derechos, los intereses, la vida á su semejante? ¿Se semeterá á las leyes, á una autoridad, sea cual fuere, áun la más legitima: la autoridad paternal? ¿Se obligará á algun deber? Seguramente que nó. Pues bien, lo que no sucede en masa, la doctrina del nihilismo lo realiza cada dia aisladamente. Si las consecuencias no son tan desastrosas como pudieran serlo, es primeramente porque la mayor parte de los incrédulos, tienen mas fanfarronería que verdadera incredulidad, mas duda que conviccion, y porque tienen mas miedo del que manifiestan, al anonadamiento; el título del espíritu fuerte lisongea su amor propio: además, los incrédulos absolutos están en ínfima minoría; sufren á pesar suyo el ascendiente de la opinion contraria y son contenidos por una fuerza material; pero si la incredulidad absoluta fuese un dia la opinion de la mayoría, la sociedad

quedaría disuelta. A esto tiende la propaganda de la idea del nihilismo (1).

Sean cuales fueren las consecuencias, si el nihilismo fuese una verdad, habría que aceptarlo, y no serían ni sistemas contrarios, ni el temor del mal que resultaría, los que podrían impedir que lo fuese. No hay pues que hacerse ilusiones, el escepticismo, la duda, la indiferencia, aumentan cada día, apesar de los esfuerzos de la religion; esto es positivo. Si la religion es impotente contra la incredulidad, es porque la falta algo para combatirla, por manera que si quedase inactiva, en un tiempo dado, sería infaliblemente vencida. Lo que la falta en este siglo de positivismo, en el que se quiere comprender ántes de creer, es la sancion de esas doctrinas por hechos positivos; es también la concordancia de ciertas doctrinas con los datos positivos de la ciencia. Si esta dice blanco y los

(1) Un jóven de diez y ocho años padecía de una enfermedad de corazon declarada incurable. La ciencia había dicho: puede morir dentro de ocho días, como dentro de dos años; pero no pasará de ahí. El jóven lo sabía; inmediatamente abandonó los estudios y se entregó á todos los excesos. Cuando se le decía lo peligroso que era, en su situacion, esa vida desordenada, contestaba: ¡qué me importa puesto que sólo he de vivir dos años! ¿A qué cansar mi imaginacion? Yo disfruto de lo que me resta y quiero divertirme hasta el fin; hé aqui la consecuencia lógica del nihilismo. Si este jóven hubiera sido espiritista, sehabría dicho: la muerte sólo destruirá mi cuerpo, que dejaré como un vestido viejo, pero mi espíritu vivirá siempre. Yo seré en la vida futura lo que habré procurado ser en ésta: nada de cuanto pueda adquirir en cualidades morales é intelectuales será perdido, y redundará en provecho de mi adelantamiento; todos los defectos de que me despoje son un paso mas hácia la felicidad; mi dicha ó mi desgracia verdaderas dependen de la utilidad ó inutilidad de mi existencia presente. Me interesa, pues, mucho aprovechar el poco tiempo que me queda, y evitar cuanto pueda debilitar mis fuerzas. De estas dos doctrinas, ¿cual es la preferible?

hechos dicen negro, hay que optar entre la evidencia y la fé ciega.

4.—En este estado de cosas, el Espiritismo viene á oponer un dique á la invasion de la incredulidad, no sólo con el raciocinio, no sólo con la perspectiva de los peligros que trae consigo, mas bien sí con hechos materiales, haciendo palpables al tacto y á la vista el alma y la vida futura.

Cada uno es libre, sin duda alguna, en su creencia, de creer alguna cosa ó de no creer nada; pero aquellos que quieren hacer prevalecer en la mente de las masas, de la juventud sobre todo, la negacion del porvenir, apoyándose en la autoridad de su saber y del ascendiente de su posicion, siembran en la sociedad gérmenes de turbacion y de disolucion, y contraen una grave responsabilidad.

5.—Hay otra doctrina que dice no ser materialista, porque admite la existencia de un principio inteligente fuera de la materia, es la de *la absorcion en el todo universal*. Segun esta doctrina, cada individuo se apropia desde su nacimiento una partícula de este principio que constituye su alma, y le dá la vida, la inteligencia, y el sentimiento. A la muerte, esa alma vuelve al centro comun y se pierde en el infinito, como una gota de agua en el Océano.

Esta doctrina sin duda alguna es preferible al materialismo puro, pues que admite algo, y el otro no admite nada, pero las consecuencias son exactamente las mismas. Que el hombre sea sumido en la nada ó en un depósito comun, es igual para él; si en el pri-

mer caso, está destruido: en el segundo, pierde su individualidad; esto es, como-si no existiera; las relaciones sociales quedan destruidas. Lo esencial para él es la conservacion de su *yo*; sin esto, ¡qué le importa ser ó no ser! El porvenir para él es siempre nulo, y la vida presente, es la única cosa que le preocupa é interesa. Bajo el punto de vista de sus consecuencias morales, esta doctrina es tan malsana, tan desconsoladora, tan excitante al egoismo como el materialismo puro.

6.—Se puede además, formular contra esa doctrina la objecion siguiente: todas las gotas de agua procedentes del Océano se semejan y tienen propiedades idénticas, como las partes de un mismo todo; ¿por qué las almas, si proceden de ese grande Océano de la inteligencia universal, se semejan tan poco? ¿Por qué el génio al lado de la estupidez? ¿Las virtudes más sublimes al lado de los vicios más vergonzosos? ¿La bondad, la dulzura, la mansedumbre, al lado de la maldad, de la crueldad y de la barbárie? ¿Cómo difieren tanto unas de otras, las partes de un todo homogéneo? Se dirá acaso que es la educacion la que las modifica. Pero entónces ¿de dónde proceden las cualidades nativas, las inteligencias precoces, los instintos buenos y malos, independientes de toda educacion, y muy á menudo poco en armonía con los centros en que se desarrollan?

La educacion sin duda alguna, modifica las cualidades intelectuales y morales del alma; pero aquí surge otra dificultad. ¿Quién dá al alma la educacion para hacerla progresar? Otras almas que, siendo de un

mismo origen, no deben estar más adelantadas. Por otro lado, el alma, volviendo al Todo Universal de donde salió, después de haber progresado durante la vida, lleva allí un elemento más perfecto; de lo que se deduce que ese todo, con el tiempo, debe encontrarse profundamente modificado y mejorado. ¿Cómo se hace que incesantemente salgan almas ignorantes y perversas?

7.—En esa doctrina, el manantial universal de inteligencia, que provee las almas humanas es independiente de la divinidad; no es precisamente el *panteísmo*. El *panteísmo* propiamente dicho difiere porque considera el principio universal de vida y el de inteligencia como constituyendo la Divinidad. Dios es á la vez espíritu y materia; todos los seres, todos los cuerpos de la naturaleza componen la Divinidad, de la que son moléculas y elementos constitutivos; Dios es el conjunto de todas las inteligencias reunidas; cada individuo, siendo una parte del todo, es Dios mismo; ningún ser superior é independiente manda al conjunto; el universo es una inmensa república sin jefe, ó más bien, en ella cada uno es jefe con un poder absoluto.

8.—A este sistema se pueden oponer numerosas objeciones, de las que las principales son estas: no pudiéndose comprender la Divinidad sin perfecciones infinitas, se pregunta uno ¿cómo un todo perfecto puede componerse de partes tan imperfectas y que tienen necesidad de progresar? Estando cada parte sometida á la ley del progreso, resulta que el mismo Dios debe progresar; si progresa sin cesar, debió ser en el prin-

cipio, muy imperfecto. ¿Cómo un sér imperfecto, compuesto de voluntades é ideas tan divergentes, pudo concebir leyes tan armoniosas, de tan admirable unidad, sabiduría y prevision que rigen el universo? Si todas las almas son porciones de la Divinidad, todas han contribuido á formar las leyes de la naturaleza, ¿á qué se debe que estén murmurando sin cesar contra esas leyes, que ellas hicieron? *Una teoría no puede ser aceptada como verdadera, más que con la condicion de satisfacer la razon y dar cuenta de todos los hechos que abraza; si solamente un hecho viene á desmentirla, es porque no está en lo verdadero en absoluto.*

9.—Bajo el punto de vista moral, las consecuencias son tambien ilógicas; por de pronto es para las almas, como en el precedente sistema, la absorcion en un todo y la pérdida de la individualidad. Si se admite segun la opinion de algunos panteistas, que conservan su individualidad, Dios no tiene yá una voluntad única; es un compuesto de millones de voluntades divergentes. Cada alma, pues, siendo parte integrante de la Divinidad, ninguna es dominada por una potencia superior; no asume, por consiguiente, ninguna responsabilidad por sus actos buenos ó malos; no tiene interés alguno en hacer el bien, y puede hacer el mal impunemente, puesto que es señora soberana.

10.—Además de que estos sistemas no satisfacen ni á la razon ni á las aspiraciones del hombre, se tropieza, como lo vemos, con dificultades insuperables, porque no pueden resolver todas las dudas de hecho

que suscitan. *El hombre tiene, pues, tres alternativas: la nada, la absorcion, ó la individualidad del alma ántes y despues de la muerte.* La lógica nos conduce inevitablemente á esta última creencia; es también la que ha sido el fundamento de todas las religiones desde que el mundo existe.

Si la lógica nos conduce á la individualidad del alma, nos trae también á esta otra consecuencia: que la suerte de cada alma debe depender de sus cualidades personales, porque sería irracional admitir que el alma rezagada del salvage, y la del hombre perverso estuviesen al nivel de la del sábio, y del hombre de bien. Segun la justicia, las almas deben tener la responsabilidad de sus actos; pero para que sean responsables, es menester que sean libres de escoger entre el bien y el mal; sin el libre albedrío, hay fatalidad, y con la fatalidad, no cabe responsabilidad.

11.—Todas las religiones han admitido igualmente el principio de la suerte feliz ó desgraciada de las almas despues de la muerte, es decir, de las penas y de los goces futuros que se reasumen en la doctrina del cielo y del infierno, que se encuentra en todas partes. Pero en lo que difieren esencialmente, es en la naturaleza de esas penas y de esos goces, y *sobre todo*, en las circunstancias que pueden merecer las unas y los otros. De aquí puntos de fé contradictorios que han hecho surgir diferentes cultos, y los deberes particulares impuestos por cada uno de ellos para adorar á Dios, y por este medio ganar el cielo y evitar el infierno.

12.—Todas las religiones han debido, en su origen,

estar en proporcion ó relacion con el grado de adelantamiento moral é intelectual de los hombres; éstos demasiado materiales todavía para comprender el mérito de las cosas puramente espirituales, han hecho consistir la mayor parte de los deberes religiosos en el cumplimiento de formas exteriores. Durante cierto tiempo, esas formas bastaron á su razon; más tarde, haciéndose la luz en su inteligencia, sienten el vacío que dejan las formas tras sí, y si la religion no llena este vacío, la abandonan y se vuelven filósofos.

13.—*Si la religion, apropiada en el principio á los conocimientos limitados de los hombres, hubiese siempre seguido el movimiento progresivo del espíritu humano, no habría incrédulos, porque está en la naturaleza del hombre la necesidad de creer, y creará si se le dá un alimento espiritual en armonia con sus necesidades intelectuales.* Quiere saber de donde viene y á donde vá; si se le señala un fin que no corresponda ni á sus aspiraciones ni á la idea que se forma de Dios, ni á los datos positivos que le suministra la ciencia; si además se le imponen para alcanzarlo condiciones cuya utilidad su razon no admite, todo lo rechaza; el materialismo y el panteismo le parecen aún más racionales, porque en ellos se discute y se raciona; es un racionio falso, es verdad, pero prefiere razonar en falso, á dejar de razonar. Pero que se le presente un porvenir con condiciones lógicas, digno en todo de la grandeza, de la justicia y de la infinita bondad de Dios, y abandonará el materialismo y el panteismo, cuyo vacío siente en su fuero interno, y que admitió únicamente por no saber

cosa mejor. El Espiritismo dá algo mejor, por esto es acogido tan fervorosamente por todos aquellos á quienes atormenta la punzante incertidumbre de la duda, y que no encuentran ni en las creencias ni en las filosofías vulgares lo que buscan; tiene en su favor la lógica del raciocinio y la sancion de los hechos, y por esto se le ha combatido inútilmente.

14.—El hombre tiene instintivamente la creencia en el porvenir; pero no teniendo hasta hoy ninguna base cierta para definirlo, su imaginacion ha forjado sistemas que han traído la diversidad de creencias. No siendo la doctrina espiritista sobre el porvenir una obra de imaginacion más ó ménos ingeniosamente expresada, y sí el resultado de la observacion de hechos materiales que se desarrollan hoy á nuestra vista, reunirá, como lo hace yá actualmente, las opiniones divergentes ó flotantes, y traerá poco á poco, y por la fuerza natural de las cosas, la unidad de creencia sobre este punto, creencia que no tendrá por base una hipótesis, pero sí una certeza. *La unificacion hecha en lo relativo á la suerte futura de las almas, será el primer punto de contacto entre los diferentes cultos, un paso inmenso hácia la tolerancia religiosa primero y más tarde, hácia la fusion.*

CAPITULO II.

TEMOR Á LA MUERTE.

Causas del temor á la muerte.—Por qué los Espiritistas no temen la muerte.

Causas del temor á la muerte.

1.—El hombre, á cualquier grado de la escala á que pertenezca, desde el estado salvaje, tiene el sentimiento innato del porvenir; su intuicion le dice que la muerte no es la última palabra de la existencia, y que aquellos, cuya memoria recordamos, no son perdidos para siempre. La creencia en el porvenir es intuitiva y muchísimo más generalizaba que la de el nihilismo. ¿A qué se debe pues que, entre aquellos que creen en la inmortalidad del alma, se encuentra todavía tanto apego á las cosas de la tierra, y tanto temor á la muerte?

2.—El temor á la muerte es un efecto de la sabiduría de la Providencia y una consecuencia del instinto de conservacion, comun á todos los seres vivientes. Es necesario mientras que el hombre no esté bastante enterado de las condiciones de la vida futura, como contrapeso á la propension que, sin este freno, le induciria á dejar prematuramente la vida terrestre, y descuidar el trabajo que debe servir para su adelantamiento.

Por esto, para los pueblos primitivos, el porvenir sólo es una vaga intuición; más tarde, una sencilla esperanza, más tarde, en fin, una certeza, pero todavía neutralizada por un secreto apego á la vida corporal.

3.—A medida que el hombre comprende mejor la vida futura, el temor á la muerte disminuye; pero al mismo tiempo comprende mejor su misión en la tierra, y espera su fin con más calma, resignación y sin temor. La certeza de la vida futura dá otro curso á sus ideas, otro objeto á sus trabajos; ántes de tener esta certeza, sólo trabaja para la vida actual; con esta certidumbre, trabaja en vista del porvenir sin descuidar el presente, porque sabe que su porvenir depende de la dirección más ó ménos buena quedá al presente. La seguridad de volver á encontrar á sus amigos despues de la muerte, de continuar las relaciones que tuvo en la tierra *de no perder el fruto de ningun trabajo*, de aumentar sin cesar en inteligencia y en perfección, le dá la paciencia de esperar, y el valor para soportar las fatigas momentáneas de la vida terrestre. La solidaridad que vé establecerse entre los difuntos y los vivientes le hace comprender la que debe existir entre los vivos; la fraternidad tiene desde entónces su razón de ser y la caridad un objeto en el presente y en el porvenir.

4.—Para libertarse del temor á la muerte, es menester poder vislumbrar á ésta bajo su verdadero punto de vista, es decir, haber penetrado, con el pensamiento, en el mundo espiritual y haberse formado de él una idea lo más exacta posible, lo que manifiesta en

el Espíritu encarnado cierto desarrollo y cierta aptitud, para desembarazarse de la materia. Para aquellos que no están suficientemente adelantados, la vida material es preferente á la vida espiritual.

El hombre, interesándose por lo exterior, no vé la vida mas que en el cuerpo, miéntras que la vida real está en el alma; estando el cuerpo privado de vida, crée que todo está perdido, y se desespera. Si en lugar de concentrar su pensamiento sobre el vestido exterior, lo fijase en el origen de la vida, en el alma que es el ser real que sobrevive á todo, se doleria ménos de su cuerpo, origen de tantas miserias y dolores; pero para esto se necesita una fuerza que el Espíritu sólo adquiere con la madurez.

El temor á la muerte procede pues de la insuficiencia de las nociones de la vida futura; pero manifiesta la necesidad de vivir, y el miedo de que la destruccion del cuerpo sea el fin de todo; está provocado [por el secreto deseo de la supervivencia del alma, todavía semioculta por la incertidumbre.

El temor se debilita á medida que la certeza se forma, y desaparece cuando la certidumbre es completa.

Hé aquí el lado providencial de la cuestion. Era prudente no deslumbrar al hombre, cuya razon no era todavía bastante fuerte para soportar la perspectiva, demasiado positiva y seductora, de un porvenir que le habria hecho descuidar el presente necesario á su adelantamiento material é intelectual.

5.—Este estado de cosas es mantenido y continuado por causas puramente humanas, que desaparecerán por el progreso.

La primera es el aspecto bajo el cual está representada la vida futura, aspecto que bastaría á inteligencias poco adelantadas, pero que no puede satisfacer las exigencias de la razon de hombres que reflexionan. Desde luego, dicen, si se nos presentan como verdades absolutas, principios contradichos por la lógica y los datos positivos de la ciencia, es que no son tales verdades. De aquí, en algunos la incredulidad, y en muchos una creencia mezclada de duda. La vida futura es para ellos una idea vaga, una probabilidad mas bien que una certidumbre absoluta; creen en ella, quisieran que así fuese, y á pesar suyo dicen: sin embargo, y si no fuere así! El presente es positivo, ocupémonos de él por de pronto; el porvenir vendrá por añadidura.

Y despues, dicen, ¿qué es en definitiva el alma? ¿Es un punto, un átomo, una chispa, una llama? ¿cómo se siente, cómo vé, cómo percibe? El alma no es para ellos una realidad efectiva: es una abstraccion. Los séres que les son amados, reducidos al estado de átomos en su pensamiento, son por decirlo así perdidos para ellos y no tienen ya á sus ojos las cualidades que los hacian amar; no comprenden ni el amor de una chispa, ni el que se puede tener por ella, y están medianamente satisfechos de ser trasformados en monadas. De aquí el regreso al positivismo de la vida terrestre, que tiene algo de más sustancial. El número de los que están dominados por estos pensamientos es considerable.

6.—Otra razon que une á las cosas de la tierra á los que creen más firmemente en la vida futura, es la impresion que conservan de la enseñanza que se les dió en la niñez.

El cuadro que de ella hace la religión no es, hay que convenir en ello, ni muy seductor, ni muy consolador. Por un lado se ven las contorsiones de los condenados que expian en los tormentos y llamas sin fin, sus errores de un momento; para quienes los siglos suceden á los siglos sin esperanza de alivio ni de piedad; y lo que es todavía más desapiadado, para ellos el arrepentimiento es ineficaz. Por otro lado, las almas lánguidas y atormentadas en el Purgatorio, esperan su libertad del buen querer de los vivos que rueguen ó hagan rogar por ellas y no de sus esfuerzos para progresar. Estas dos categorías componen la inmensa mayoría de la población del otro mundo. Por encima se mece la muy reducida de los elegidos, gozando, durante la eternidad, de una beatitud contemplativa. Esa eterna inutilidad; preferible sin duda al no ser, no deja de ser sin embargo, una fastidiosa monotonía. Así se vé, en las pinturas que representan los bienaventurados, figuras angelicales, pero que más manifiestan hastío, que verdadera dicha.

Este estado no satisface ni las aspiraciones, ni la idea instintiva del progreso que parece ser sola compatible con la felicidad absoluta. Cuesta esfuerzo concebir que el salvaje ignorante, con inteligencia obtusa, por la sola razón de que fué bautizado, esté al nivel de aquel que llegó al más alto grado de la ciencia y de la moralidad práctica, después de largos años de trabajo. Es todavía más inconcebible que un niño muerto en muy tierna edad, antes de tener la conciencia de sí mismo y de sus actos, goce de iguales privilegios, por el solo hecho de una ceremonia en la que su voluntad no tiene participación alguna. Estos pensamientos no

dejan de conmover á los más fervientes por poco que reflexionen.

7.—El trabajo progresivo que se hace sobre la tierra no siendo tomado en cuenta para la dicha futura, la facilidad con que crée adquirir esa dicha mediante algunas prácticas exteriores, la posibilidad tambien de comprarla con dinero, sin reformar sériamente el carácter y las costumbres, dejan á los goces mundanos todo su valor. Más de un creyente dice en su fuero interno que, puesto que su porvenir está garantido con el cumplimiento de ciertas fórmulas, ó por legados póstumos que de nada le privan, seria superfluo imponerse sacrificios ó una privacion cualquiera en provecho de otro, desde el momento en que podemos salvarnos trabajando cada uno para sí. Seguramente no piensan así todos, porque hay grandes y honrosas excepciones; pero hay que convenir en que aquél es el pensamiento del mayor número, sobre todo de las masas poco instruidas, y que la idea que se tiene de las condiciones para ser feliz en el otro mundo, desarrolla el apego á los bienes de éste, cuyo resultado es el egoismo.

8.—Añadamos á esto que todo, en las costumbres, contribuye á mantener la afición á la vida terrestre, y temer el tránsito de la tierra al cielo. La muerte sólo está rodeada de ceremonias lúgubres que más bien horrorizan sin que promuevan la esperanza. Si se representa la muerte, es siempre bajo un aspecto lúgubre, y nunca como un sueño de transición; todos esos emblemas representan la destruccion del cuerpo, lo muestran horrible y descarnado; ninguno simboliza el alma desprendiéndose radiante de sus lazos terrenales. La salida para ese mundo más feliz únicamente está

acompañada de las lamentaciones de los sobrevivientes, como si les sobreviniese la mayor desgracia á los que se ván; se les dá un eterno adios, como si nunca se les hubiera de volver á ver; lo que se siente por ellos, son los goces de la tierra, como si no debieran encontrar otros mayores. Qué desgracia, se dice, morir cuando se es jóven, rico, feliz y se tiene ante sí un brillante porvenir! La idea de una situacion más dichosa apenas se ofrece al pensamiento, porque no tiene en él raíces. Todo concurre, pues, á inspirar el espanto de la muerte, en lugar de originar la esperanza. El hombre tardará mucho tiempo, sin duda, en deshacerse de las preocupaciones; pero lo logrará á medida que su fé se consolide, y se forme una idea mas sana de la vida espiritual.

9.—La creencia vulgar coloca además, las almas en regiones apenas accesibles al pensamiento, en las que vienen á ser en cierto modo extrañas para los sobrevivientes; la iglesia misma pone entre ellas y estos últimos una barrera insuperable: declara rotas todas las relaciones, é imposible toda comunicacion. Si están en el infierno, no hay esperanza de poder volver á verlas, á no ser que uno mismo vaya; si están entre los elegidos, la beatitud contemplativa los absorve enteramente. Todo esto establece entre los muertos y los vivos tal distancia, que se considera la separacion como eterna; por esto se prefiere tener cerca de sí, sufriendo en la tierra, los seres á quienes se ama, á verlos partir, aunque sea para el cielo. Además, el alma que está en el cielo ¿es realmente feliz al ver por ejemplo, á su hijo, su padre, su madre ó sus amigos, arder eternamente?

Por que los Espiritistas no tienen temor á la muerte.

10.—La doctrina Espiritista varía completamente el modo de mirar el porvenir. La vida futura no es yá una hipótesis, y sí una realidad; el estado de las almas, despues de la muerte, no es yá un sistema, sino un resultado de la observacion. El velo se ha descorrido; el mundo espiritual se nos manifiesta en toda su realidad práctica; no son los hombres los que lo han descubierto por el esfuerzo de una imaginacion ingeniosa, sino los habitantes mismos de esos mundos que vienen á describirnos su situacion; los vemos allí en todos los grados de la escala espiritual, en todas las fases de la dicha y de la desgracia; presenciamos todas las peripecias de la vida de ultra-tumba. Esta es para los espiritistas la causa de la serenidad con que miran la muerte, y de la calma de sus últimos instantes sobre la tierra. Lo que los sostiene no es solamente la esperanza, es la certidumbre; saben que la vida futura no es más que la continuacion de la vida presente en mejores condiciones, y la esperan con la misma confianza que esperan la salida del sol despues de una noche tempestuosa. Los motivos de esta confianza están en los hechos cuyos testigos son, y en la concordancia de estos hechos con la lógica, la justicia y la bondad de Dios, y las aspiraciones íntimas del hombre.

Para los espiritistas, el alma no es yá una abstraccion; tiene un cuerpo etéreo que hace de ella un sér definido, que el pensamiento abarca y comprende; esto es yá mucho para fijar las ideas sobre su individualidad, sus aptitudes y sus percepciones. El recuerdo de aquellos seres queridos descansa sobre algo real y po-

sitivo. No nos los representamos ya como llamas fugitivas que nada recuerdan al pensamiento, sino bajo una forma concreta que nos los manifiesta mejor como seres vivos. Además, en lugar de estar perdidos en las profundidades del espacio, están á nuestro alrededor; el mundo corporal y el mundo espiritual están en perpétuas relaciones, y se asisten mutuamente. No cambiando ya duda sobre el porvenir, el temor á la muerte no tiene razon de ser; se la vé venir con serenidad, como á una libertadora, como la puerta de la vida y no como la de la nada.

CAPITULO TERCERO.

EL CIELO.

1.—La palabra *Cielo* se aplica, en general, al espacio indefinido que circunda la tierra, y más particularmente á la parte que está sobre nuestro horizonte; su etimología es del latin *Cælum*, formado del griego *coilos*, hueco, cóncavo; porque el cielo aparece á nuestra vista como una inmensa concavidad. Los antiguos creían que había varios cielos sobrepuestos, compuestos de materias sólidas y transparentes, formando esferas concéntricas cuyo centro era la tierra. Esas esferas, girando en derredor de la tierra, arrastraban consigo los astros que encontraban á su paso.

Esa idea que procedía de la insuficiencia de los conocimientos astronómicos, fué la de todas las teogonías que clasificaron los cielos, así escalonados en varios grados de beatitud; el último era la mansion de la suprema felicidad. Segun la opinion más general, había siete; de ahí la expresion: *estar en el séptimo cielo*, para expresar la dicha perfecta. Los musulmanes admiten nueve, en cada uno de los cuales se aumenta la felicidad de los creyentes. El astrónomo Ptoloméo (1) contaba once, de los cuales el último era llamado Em-píreo (2) por la luz brillante que allí hay. Este es toda-

(1) Ptoloméo vivía en Alejandria, Egipto, el segundo siglo de la Era cristiana.

(2) Del griego, *pur* ó *pyr*, fuego.

vía el nombre poético dado á la mansion de la gloria eterna. La teología cristiana reconoce tres cielos: el primero es el de la region del aire y de las nubes; el segundo es el espacio en el que se mueven los astros; el tercero, más allá de la region de los astros, es la mansion del Todo Poderoso, y de los elegidos que contemplan á Dios cara á cara. Segun esta creencia, se dice que San Pablo fué arrebatado al tercer cielo.

2.—Las diferentes doctrinas respecto á la mansion de los bienaventurados, descansan todas sobre el doble error de creer que la tierra es el centro del universo, y que la region de los astros es limitada. Más allá de ese limite imaginario es donde todos han colocado aquella mansion feliz, y la residencia del Todo Poderoso. Singular anomalía que coloca al autor de todas las cosas, al que las gobierna todas, en los confines de la creacion, y nó en el centro desde donde la irradiacion de su pensamiento podia extenderse á todo!

3.—La ciencia, con la inexorable lógica de los hechos y de la observacion, llevó su antorcha hasta las profundidades del espacio, y manifestó la vaciedad de todas esas teorías. La tierra no es yá el ejedel universo, sino de los astros más pequeños que giran en la inmensidad; el mismo Sol no es más que el centro de un sistema planetario; las estrellas son innumerables soles en derredor de los cuales giran innumerables mundos, separados por distancias apénas accesibles al pensamiento, áun cuando nos parezca que casi se tocan unos con otros. En este conjunto regido por leyes eternas, en las que se manifiestan la sabidu-

ría y el poder del Criador, la tierra sólo aparece como un punto imperceptible, y uno de los más favorecidos para la habitabilidad. Desde luego, se pregunta uno ¿por qué Dios habría hecho que la tierra fuese el único asiento de la vida, y desterrado en ella sus criaturas predilectas? Al contrario, todo manifiesta que la vida está en todas partes, que la humanidad es infinita como el universo. Desde que la ciencia nos ha revelado mundos semejantes á la tierra, quedó demostrado que Dios no pudo crearlos sin objeto; debió poblarlos de seres dotados de inteligencia para gobernarlos.

4.—Las ideas del hombre están en proporcion á lo que sabe; y como todos los descubrimientos importantes, el de la constitucion de los mundos, debió dar á las ideas otra direccion; bajo el imperio de esos nuevos conocimientos, las creencias debieron modificarse. El cielo ha sido cambiado de sitio; la region de las estrellas, no teniendo límites, no puede yá servirle de mansion. ¿En donde está? A esta pregunta todas las religiones enmudecen.

El Espiritismo la resuelve demostrando el verdadero destino del hombre. Tomando por punto de partida la naturaleza de éste y los atributos de Dios, se llega á la conclusion, es decir, que partiendo de lo conocido, se llega á lo desconocido por una deduccion lógica, sin mencionar las observaciones directas que el Espiritismo permite hacer.

5.—El hombre está compuesto de cuerpo y de Espíritu; el Espíritu es el sér principal, el sér racional, el sér inteligente; el cuerpo es la envoltura mater

que viste temporalmente el Espíritu para el cumplimiento de su misión en la tierra y la ejecución del trabajo necesario á su adelantamiento. El cuerpo gastado, se destruye, y el Espíritu sobrevive á su destrucción. Sin el Espíritu, el cuerpo no es más que materia inerte, como un instrumento privado del brazo que le hace obrar; sin el cuerpo, el Espíritu lo es todo: vida é inteligencia. Dejando el cuerpo, vuelve al mundo espiritual del cual habia salido para encarnarse. Hay, pues, el *mundo corporal*, compuesto de los Espíritus encarnados, y el *mundo espiritual*, formado de Espíritus no encarnados. Los seres del mundo corporal, por el hecho mismo de su envoltura material, han de residir en la tierra ó en un globo cualquiera; el mundo espiritual está en todas partes, en derredor nuestro y en el espacio; ningun límite se le ha señalado. En razon á la naturaleza fluidica de su envoltura, los seres que le componen, en lugar de arrastrarse penosamente por el suelo, trasponen las distancias con la rapidez del pensamiento. La muerte del cuerpo es el rompimiento de los lazos que los cautivaban.

6.—Los Espíritus son creados sencillos é ignorantes, pero con la aptitud para adquirirlo todo y progresar, en virtud de su libre albedrío. Por el progreso adquieren nuevos conocimientos, nuevas facultades, nuevas percepciones, y como consecuencia, nuevos goces desconocidos por los Espíritus inferiores; vén, oyen, sienten y comprenden lo que los Espíritus atrasados no pueden ni oír, ni ver, ni sentir, ni comprender. *La dicha está en proporcion al progreso obtenido; por*

manera que, de dos Espiritus, el uno puede no ser tan feliz como el otro; unicamente porque no está tan adelantado intelectual y moralmente, sin que deban estar cada uno en distinto sitio. Aunque al lado el uno del otro, el uno puede estar en tinieblas, mientras que todo puede ser resplandeciente para el otro, enteramente lo mismo que para un ciego y uno que vé, que se dán la mano: el uno percibe la luz que no produce impresion alguna en su vecino. La dicha de los Espiritus siendo inherente á las cualidades que poseen, la toman en donde la encuentran, en la superficie de la tierra, en medio de los encarnados ó en el espacio.

Una comparacion vulgar hará comprender todavía mejor esta situacion. Si, en un concierto, se encuentran dos hombres, el uno buen músico, con oido muy fino, el otro sin conocimiento de la música y con muy poco oido; el primero experimenta una sensacion muy agradable, mientras que el otro se queda insensible; por que el uno comprende y percibe lo que no produce impresion alguna en el otro. Así sucede con todos los goces de los Espiritus, que están en proporcion de su aptitud para sentirlos. *El mundo espiritual tiene en todas partes esplendores, armonias y sensaciones que los espiritus inferiores, todavía sometidos á la influencia de la materia, ni aún vislumbran, y sólo los Espiritus purificados las perciben.*

7.—El progreso de los Espiritus es fruto de su propio trabajo; pero como son libres, trabajan para su adelantamiento con más ó menos actividad ó negligencia, segun su voluntad; adelantan así ó retrasan su progreso, y por consiguiente su dicha. Mientras que

unos adelantan rápidamente, otros se estacionan por muchos siglos en rangos inferiores. Ellos son, pues, los autores de su situación, feliz ó desgraciada, según estas palabras de Cristo: «á cada uno según sus obras!» Todo Espíritu que queda rezagado; sólo á sí mismo debe culparse, así como al que adelanta, le corresponde todo el mérito de ello; la dicha que es obra suya tiene á sus ojos un gran precio.

La bienaventuranza suprema sólo es peculiar de los Espíritus perfectos, es decir, Espíritus puros. Sólo la alcanzan después de haber progresado en inteligencia y moralidad. El progreso intelectual y el progreso moral rara vez marchan á la par; pero lo que el Espíritu no hace en un tiempo, lo hace en otro, por manera que los dos progresos concluyen por llegar al mismo nivel. Esta es la razón de porque se ven frecuentemente hombres inteligentes é instruidos muy poco adelantados moralmente, y vice-versa.

8.—La encarnación es necesaria al doble progreso moral é intelectual del Espíritu: al progreso intelectual, por la actividad que tiene que desplegar en su trabajo; al progreso moral, por la necesidad que los hombres tienen los unos de los otros. *La vida social es la piedra de toque de las buenas y de las malas cualidades.* La bondad, la maldad, la dulzura, la violencia, la benevolencia, la caridad, el egoísmo, la avaricia, el orgullo, la humildad, la sinceridad, la franqueza, la lealtad, la mala fé, la hipocresía, en una palabra, todo lo que constituye el hombre de bien ó el perverso, tiene por móvil, por objeto y por estimulante, las relaciones del hombre con sus semejantes; *para el*

hombre que viviera solo, no habria ni vicios, ni virtudes; si por el aislamiento se preserva del mal, anula el bien.

9.—Una sola existencia corporal es manifiestamente insuficiente para que el Espíritu pueda adquirir todo lo que le falta en bien, y se deshaga de todo lo que es malo en él. ¿El salvaje, por ejemplo, podría jamás, en una sola encarnacion, llegar al nivel moral é intelectual del Europeo más adelantado? Esto es materialmente imposible. ¿Debe, pues, quedar eternamente en la ignorancia y la barbárie, privado de los goces que sólo puede procurar el desarrollo de las facultades? El simple buen sentido rechaza tamaña suposicion, que seria á la vez la negacion de la justicia y de la bondad de Dios, y la de la Ley progresiva de la naturaleza. Por esto Dios, que es soberanamente justo y bueno, concede al Espíritu del hombre tantas existencias cuantas son necesarias para llegar al fin, que es la perfeccion.

En cada nueva existencia, el Espíritu trae lo que ha adquirido en las precedentes, en aptitudes, en conocimientos intuitivos, en inteligencia y en moralidad. Cada existencia es así un paso adelante en la vía del progreso (1).

La encarnacion es inherente á la inferioridad de los Espíritus; no es yá necesaria á los que traspasaron el límite y que progresan en el estado espiritual, ó en las existencias corporales de los mundos superiores que nada tienen de la materialidad terrestre. De parte de

(1) Véase la nota, Cap. 1, n. 3, nota 1.^a

éstos es voluntaria, con el objeto de ejercer sobre los encarnados una acción más directa para el cumplimiento de la misión de que están encargados cerca de ellos. Aceptan las vicisitudes y los padecimientos por abnegación.

10.—En el intervalo de las existencias corporales, el Espíritu vuelve por un tiempo más ó ménos largo al mundo espiritual, en el cual es feliz ó desgraciado, según el bien ó el mal que hizo. El estado espiritual es el normal del Espíritu, puesto que ese debe ser su estado definitivo, y puesto que el cuerpo espiritual no muere; el estado corporal sólo es transitorio y pasajero. En el estado espiritual sobre todo, el Espíritu recoge los frutos del progreso logrados por su trabajo durante la encarnación, también se prepara á nuevas luchas, y toma las resoluciones que se esforzará en practicar á su vuelta á la humanidad.

El Espíritu progresa igualmente en la erraticidad; adquiere allí conocimientos especiales que no podría lograr en la tierra; sus ideas se modifican. El estado corporal y el estado espiritual son para él origen de dos géneros de progreso solidarios el uno del otro; y de aquí que pasa alternativamente por éstos dos modos de existencia.

11.—La reencarnación puede verificarse en la tierra ó en otros mundos. Entre los mundos, hay unos más adelantados que otros, en donde la existencia se cumple en condiciones ménos penosas que en la tierra, física y moralmente; pero en ellos sólo son admitidos

los Espíritus llegados á un grado de perfeccion en relacion con el estado de aquellos mundos.

La vida en los mundos superiores es yá una recompensa, porque allí no se sufren los males y las vicisitudes con los cuales se lucha aquí bajo. Los cuerpos, ménos materiales, casi flúidicos, no están expuestos ni á las enfermedades, ni á los accidentes, ni áun á las necesidades. Estando excluidos de allí los malos Espíritus, los hombres viven en paz, sin otro cuidado que el de su adelantamiento por el trabajo de la inteligencia. Allí imperan la verdadera fraternidad, porque no hay egoismo; la verdadera igualdad, porque no hay orgullo; la verdadera libertad, porque no hay desórdenes que reprimir, ni ámbiciosos que quieran oprimir al débil. Comparados con la tierra aquellos mundos, son verdaderos paraísos; son etapas del camino del progreso que conduce al estado definitivo. La tierra es un mundo inferior destinado á la depuracion de los Espíritus imperfectos, y esta es la razon porque domina aquí el mal, hasta que plazca á Dios hacer de este planeta mansion de Espíritus más adelantados.

Así es que el Espíritu, progresando gradualmente á medida que se desarrolla, llega al apogeo de la felicidad; pero, ántes de haber alcanzado el punto culminante de la perfeccion, goza de una dicha en proporcion con su adelantamiento, bien así como el niño disfruta de los placeres de su edad primera, más tarde de los de la juventud, y finalmente de los más sólidos de la edad madura.

12.—La felicidad de los Espíritus bienaventurados

no consiste en la ociosidad contemplativa, que seria, como á menudo se ha dicho, una eterna y fastidiosa inutilidad. La vida espiritual, en todos los grados, es por lo contrario una actividad constante; pero una actividad exenta de fatigas. La suprema dicha consiste en el goce de todos los esplendores de la creacion, que ninguna lengua humana podria expresar y que la imaginacion más fecunda no podria concebir; en el conocimiento y la penetracion de todas las cosas; en la carencia de todas las penas físicas y morales; en una satisfaccion íntima, una serenidad de alma que nada turba; en el amor puro que une á todos los seres resultado del ningun roce ni contacto con los malos, y sobre todo, en la vision de Dios y en la contemplacion de sus misterios revelados á los más dignos. Consiste tambien en las funciones, cuyo encargo es unadicha. Los puros Espíritus son los Mesías ó mensajeros de Dios para la trasmision y la ejecucion de sus voluntades; llevan á cabo las grandes misiones, presidiendo la formacion de los mundos y la armonía general del universo, cometido glorioso al cual no se llega sino con la perfeccion. Los del rango más elevado son los únicos iniciados en los secretos de Dios, inspirándose en su pensamiento, cuyos son los representantes directos.

13.—Las atribuciones de los Espíritus son proporcionadas á su adelantamiento, á las luces que poseen, á sus capacidades, á su experiencia y al grado de confianza que inspiran al Soberano Señor. Allí nada de privilegios, nada de favores que no sean premio del mérito: todo está medido con el peso de la estricta

justicia. Las misiones más importantes no son confiadas más que á los que Dios conoce capaces de llenarlas, é incapaces de faltar á ellas ó de comprometerlas. Mientras que, á la vista de Dios, los más dignos componen el Consejo Supremo, la direccion de las infinitas evoluciones planetarias está confiada á Gefes superiores; á otros está conferida la de mundos especiales. Vienen despues, en el órden del adelantamiento y de la subordinacion gerárquica, las atribuciones más restringidas de aquellos que presiden la marcha de los pueblos, la proteccion de las familias y de los individuos, el impulso de cada ramo de progreso, las diversas operaciones de la naturaleza hasta los más ínfimos detalles de la creacion. En ese vasto y armonioso conjunto, hay ocupaciones para todas las capacidades, todas las aptitudes, todas las buenas voluntades; ocupaciones aceptadas con alegría, solicitadas con ardor, porque son un medio de adelantamiento para los Espíritus que aspiran á elevarse.

14.—Así como las grandes misiones son confiadas á los Espíritus superiores, las hay de todos los grados de importancia, destinadas á los Espíritus de varios rangos; de lo que puede deducirse que cada encarnado tiene la suya, es decir, deberes que llenar, para el bien de sus semejantes, desde el padre de familia á quien incumbe el cuidado de hacer progresar á sus hijos, hasta el hombre de génio que derrama en la sociedad nuevos elementos de progreso. A menudo en esas misiones secundarias se encuentran debilidades, prevaricaciones, apartamientos, pero sólo perjudican al individuo y nó al conjunto.

15.—Todas las inteligencias contribuyen, pues, á la obra general, en cualquier grado que se encuentren, y cada una segun la medida de sus fuerzas; las unas en el estado de encarnacion, las otras en el estado de Espiritu. En toda actividad, desde el pié hasta la cumbre de la escala, todos, instruyéndose, coadyuvándose, pres-tándose un mútuo apoyo, dándose la mano para llegar á la cima. Así se asienta la solidaridad entre el mundo espiritual y el mundo corporal, ó dicho de otro modo, entre los hombres y los Espíritus, entre los Espíritus libres y los Espíritus cautivos. Así se perpetúan y se consolidan, por la depuracion y la continuidad de las relaciones, las simpatías verdaderas, los santos afectos.

En todas partes, pues, todo es vida y movimiento; ni un rincón hay del infinito que no esté poblado; ni una region que no sea incesantemente recorrida por innumerables legiones de sérés radiantes, invisibles para los sentidos groseros de los encarnados; pero cuya contemplacion enagena de admiracion y de alegría á las almas libres y á la materia. En todas partes, en fin, hay una dicha relativa para todos los progresos, para todos los deberes bien cumplidos; cada uno lleva consigo los elementos de su dicha, en proporcion á la categoría en que le coloca su grado de adelanto.

La dicha radica en las cualidades propias de los individuos, y nó en el estado material del centro en que se encuentran; está, pues, en todas partes donde haya Espíritus capaces de ser felices; ningún sitio circunscrito tiene señalado en el universo. En cualquier lugar que se encuentren, los Espíritus puros pueden contemplar la Divina Majestad, porque Dios está en todas partes.

16.—Sin embargo, la dicha no es personal; si no procediese más que de nosotros mismos, si no pudiéramos compartirla con otros; sería egoísta y triste; y de aquí que también consista en la comunión de pensamientos que une á los seres simpáticos. Los Espíritus felices, atraídos los unos hácia los otros por la similitud de ideas, de gustos y de sentimientos, forman vastos grupos ó familias homogéneas, en medio de las cuales cada individualidad irrradia con sus propias cualidades, y se penetra de los efluvios serenos y benéficos que dimanán del conjunto, cuyos miembros, tan pronto se separan para desempeñar su misión, como se reúnen en un punto del espacio para participarse el resultado de sus trabajos, ó en derredor de un Espíritu de un rango más elevado para recibir sus avisos y sus instrucciones.

17.—Si bien los Espíritus están en todas partes, los mundos son los sitios en que se reúnen con preferencia, según la analogía que existe entre ellos y los que los habitan. En derredor de los mundos más adelantados, abundan los Espíritus superiores; en derredor de los mundos atrasados, pululan los Espíritus inferiores. La tierra es todavía uno de estos últimos. Cada globo tiene, pues, digámoslo así, su población propia en Espíritus encarnados y no encarnados, que se alimenta en su mayor parte con la encarnación y la desencarnación de los mismos Espíritus. Esa población es más estable en los mundos inferiores, en los que los Espíritus están más apegados á la materia, y más flotante en los mundos superiores. Empero, desde aquellos mundos, centro de luz y de dicha, Espíritus mi-

sioneros se precipitan hácia los mundos inferiores para sembrar en éstos los gérmenes del progreso, llevarles el consuelo y la esperanza, reanimar los ánimos abatidos por las pruebas de la vida, y á veces se encarnan en ellos para cumplir su mision con mayor eficacia.

18.—En esa inmensidad sin límites, ¿en dónde está, pues, el Cielo?

Está en todas partes; ninguna valla le sirve de límite; los mundos felices son las últimas estaciones que á él conducen; las virtudes abren el camino y los vicios cierran su entrada.

Al lado de este cuadro grandioso que puebla todos los rincones del universo, que dá á todos los componentes de la creacion un objeto y una razon de ser, ¡cuán pequeña y mezquina es la doctrina que circunscribe la humanidad á un imperceptible punto del espacio, que nos la presenta principiando en un instante dado para concluir igualmente un dia con el mundo que la sustenta, no abrazando así más que un minuto en la eternidad! ¡Cuán triste, fria y helada, es, cuando nos muestra el resto del universo, ántes, durante y despues de la humanidad terrestre, sin vida, sin movimiento, como un inmenso desierto sumergido en el silencio! ¡Cuán desconsoladora es, por la pintura que hace del pequeño número de elegidos destinados á la contemplación perpétua, miéntras que la mayoría de las criaturas está condenada á padecimientos sin fin! ¡Cuán afflictiva es, para los corazones amantes, por la barrera que interpone entre los muertos y los vivos! Las almas felices, se dice, sólo piensan en su dicha; y las que son

desdichadas, en sus sufrimientos. ¿Qué de extraño que el egoísmo domine en la tierra, cuando nos le enseñan en el cielo? ¿Cuán pequeña es entonces la idea que dá de la grandeza, del poderío y de la bondad de Dios!

¡Cuán sublime es, por el contrario, la que de ella dá el Espiritismo! ¡Cuánto dilata las ideas esta doctrina, cuánto ensancha el pensamiento! ¿Mas quién nos asegura que es la verdadera? Ante todo la razon, la revelacion despues, y por fin, su concordancia con el progreso de la ciencia. Entre dos doctrinas de las cuales la una amengua y la otra desarrolla los atributos de Dios; de las que la una está en desacuerdo y la otra en armonía con el progreso; de las que la una queda rezagada y la otra marcha adelante, el buen sentido dice de qué lado está la verdad. Que en presencia de las dos, cada uno, en su fuero interno, consulte sus aspiraciones, y una voz íntima le contestará. Las aspiraciones son la voz de Dios que no puede engañar á los hombres.

19.—¿Pero entonces, por qué Dios desde el principio no les reveló toda la verdad? Por la misma razon que no se enseña á la niñez lo que se enseña á la edad madura. La revelacion parcial era suficiente durante cierto período de la humanidad; Dios la adecua á las fuerzas del Espíritu. Los que reciben hoy una revelacion más completa *son los mismos Espiritus* que recibieran yá otra parcial en otros tiempos; pero que desde entonces han crecido en inteligencia.

Antes que la ciencia hubiese revelado á los hombres las fuerzas vivas de la naturaleza, la constitucion de los astros, el verdadero objeto y la formacion de la

tierra, ¿cómo habrían podido comprender la inmensidad del espacio, la pluralidad de mundos? Antes de que la Geología hubiese probado la formación de la tierra, ¿cómo habrían podido desalojar de su centro el Infierno, y comprender el sentido alegórico de los seis días de la creación? Antes de que la Astronomía hubiese descubierto las leyes que rigen el universo, ¿cómo habrían podido comprender que no hay ni alto ni bajo en el espacio, que el cielo no está encima de las nubes, ni limitado por las estrellas? Antes de la ciencia psicológica, ¿cómo habrían podido identificarse con la vida espiritual? ¿concebir, después de la muerte, una vida feliz ó desgraciada, á no ser en un sitio circunscrito y bajo una forma material? Nó; comprendiendo más por los sentidos que por el pensamiento, el universo era demasiado vasto para su cerebro; era necesario reducirlo á proporciones ménos extensas, para ponerlo á su alcance, aunque más adelante tuvieran que ensancharse. Una revelación parcial tenía su utilidad, era prudente entonces, es insuficiente hoy. La falta de razón está en aquellos que, no teniendo en cuenta el progreso de las ideas, creen poder gobernar á los hombres de edad madura con los andadores de la niñez.

(Véase el *Evangelio segun el Espiritismo*, capítulo III.)

CAPITULO IV.

EL INFIERNO.

Intuicion de las penas futuras.—El Infierno cristiano imitado del Infierno Pagano.—El Limbo.—Cuadro del Infierno Pagano.—Cuadro del Infierno Cristiano.

Intuicion de las penas futuras.

1.—En todos tiempos el hombre ha creído, por intuición, que la vida futura debía ser dichosa ó desgraciada, en proporción al bien ó al mal que se hizo en la tierra; únicamente que la idea ó cuadro que de ella se forma está en relación con el desarrollo de su sentido moral, y de las nociones más ó ménos exactas que tiene del bien y del mal; las penas y los premios son el reflejo de los instintos predominantes. Así es que los pueblos guerreros colocan la suprema felicidad en los honores tributados al valor; los pueblos cazadores, en la abundancia de la caza; los pueblos sensuales, en las delicias de la voluptuosidad. Mientras el hombre está dominado por la materia, no puede comprender sino imperfectamente la espiritualidad, y por esto se crea de las penas y goces futuros un cuadro mas material que espiritual; se figura que debe uno beber y comer en el otro mundo, pero mejor que en la tierra, y cosas mejores (1). Más tarde, se encuentra en las creencias res-

(1) Un saboyanito, á quien el cura de su aldea pintaba la vida futura de un modo seductor y atractivo, le preguntó si allí todo el mundo comía pan blanco como en París.

pecto al porvenir una mezcla de espiritualidad y de materialidad, así es que al lado de la beatitud contemplativa, colócase un infierno con tormentos físicos.

2.—No pudiendo comprender más que lo que vé, el hombre primitivo calcó naturalmente su porvenir en el presente; para comprender otros tipos distintos de los que tenía á la vista, necesitaba de un desarrollo intelectual que debía conseguirse con el tiempo. Por tanto el cuadro que se imagina de los castigos de la vida futura, no es más que el reflejo de los males de la humanidad, pero en mayor extension; reúne en él todos los tormentos, todos los suplicios, todas las aficciones que sufre en la tierra; así es que, en los climas abrasadores, imaginó un infierno de fuego, y en las regiones boreales un infierno de hielo. No habiéndose todavía desarrollado en él el sentido que debía hacerle comprender el mundo espiritual, sólo podía concebir penas materiales; por esto es que, con algunas diferencias en la forma, el infierno de todas las religiones se asemeja.

El Infierno Cristiano imitado del Infierno Pagano.

3.—El infierno de los Paganos, descrito y dramatizado por los poetas, ha sido el modelo más grandioso en su género; se ha perpetuado en el de los cristianos, el cual, también tuvo sus cantores poéticos. Comparándolos se encuentra en ellos, salvo los nombres y algunas variaciones en los detalles, numerosas analogías: en el uno y en el otro, el fuego material es la base de los tormentos, porque simboliza los más crue-

les padecimientos. Empero, ¡cosa extraña! los cristianos, sobre muchos puntos, han sobrepujado al infierno de los Paganos. Si estos últimos tenían en el suyo el tonel de las Danáides, la rueda de Ixion, la roca de Sísifo, eran suplicios individuales; pero el infierno cristiano tiene para todos sus calderas hirviendo, cuyas coberteras levantan los ángeles para ver las contorsiones de los condenados (1); Dios oye sin piedad los gemidos de éstos, durante la eternidad. Jamás dijeron los Paganos que los moradores de los Campos-Eliseos recreaseen su vista con los suplicios del Tártaro (2).

4.—Como los Paganos, los cristianos tienen su Rey de los Infiernos, que es Satanás, con la diferencia de que Pluton se limitaba á gobernar el sombrío Imperio que le cupo en suerte, pero no era malo; guardaba allí detenidos á los que habian obrado mal, porque era su mision; pero no se ocupaba en inducir á los hombres al mal para darse el placer de hacerles sufrir; mientras que Satanás busca en todas partes víctimas, que se complace en hacer atormentar por sus legiones de demonios armados de garfios para removerlos en el fuego. Hasta se ha discutido seriamente sobre la naturaleza de este fuego que quema sin cesar á los condenados, sin consumirles jamás; se ha dicho si era ó no un

(1) Sermón predicado en Montpellier en 1860.

(2) «Los bienaventurados, sin salir del lugar que ocupan, saldrán empero, de cierto modo, en virtud de su don de inteligencia y de clarividencia, á fin de contemplar los tormentos de los condenados; y viéndolos, no sólo sentirán *ningun dolor*, sino que *les enagenará la alegría*, y darán gracias á Dios de su propia dicha, asistiendo á la inefable calamidad de los impíos.» (Santo Tomás de Aquino.)

fuego de alquitrán (3). El infierno cristiano no es, pues, inferior en nada al infierno pagano.

5.—Las mismas consideraciones que movieron á los antiguos á localizar la mansion de la felicidad, hicieron circunscribir tambien el lugar del suplicio. Habiendo los hombres colocado el primero en las regiones superiores, era natural colocar el segundo en las regiones inferiores, es decir, en el centro de la tierra, cuya entrada creian eran algunas cuevas sombrías y de aspecto terrible. Tambien allí los cristianos colocaron, durante largo tiempo, el lugar de los réprobos. Notemos todavía sobre este asunto otra analogía.

El infierno de los Paganos contenia en un lado los Campos Eliseos y en el otro El Tártaro; el Olimpo, mansion de los Dioses y de los hombres divinizados, estaba en las regiones superiores. Segun *la letra* del Evangelio, Jesús descendió á los infiernos, es decir, á *los lugares bajos*, para sacar de allí á las almas justas que esperaban su venida.

Los infiernos no eran, pues, únicamente un lugar de suplicios; lo mismo que los de los Paganos estaban en *los lugares bajos*. Lo mismo que el Olimpo, la mansion de los ángeles y de los santos, estaba en las regiones elevadas; habíanla colocado más allá del cielo de las estrellas, que se creia era limitado.

6.—Esa mezcla de ideas paganas y de ideas cristianas no debe extrañarse. Jesús no podia inmediatamente destruir creencias arraigadas; carecian los hombres de los conocimientos necesarios para concebir el

(3) Sermon predicado en Paris en 1861.

infinito del espacio y el número infinito de mundos; la tierra era para ellos el centro del universo; no conocían ni su forma, ni su estructura interior; todo para ellos estaba limitado á su punto de vista; sus nociones sobre el porvenir no podían extenderse más allá de sus conocimientos. Jesús se encontraba, pues, en la imposibilidad de iniciarlos en el verdadero estado de las cosas; pero, por otro lado, no queriendo con su autoridad sancionar preocupaciones admitidas, se abstuvo de ocuparse en ellas, dejando al tiempo el cuidado de rectificar las ideas. Se ciñó á hablar vagamente de la vida bienaventurada y de los castigos que sufrirán los culpables; pero en ninguna parte, en sus enseñanzas, se encuentra el cuadro de los suplicios corporales, hecho artículo de fé por los cristianos.

Hé aquí cómo las ideas del Infierno Pagano se han perpetuado hasta nuestros días. Ha sido necesaria la difusión de las luces en los tiempos modernos, y el desarrollo general de la inteligencia humana, para condenarlas. Pero entonces, como nada positivo se había sustituido á las ideas admitidas, al largo período de una creencia ciega, sucedió, como transición, el período de incredulidad, al cual la nueva revelación viene á poner término. Era menester demoler ántes de reconstruir; porque es más fácil hacer admitir ideas justas á aquellos que en nada creen, porque ven que les falta alguna cosa, que no á los que tienen una fé robusta en lo que es absurdo.

7.—Por la localización del cielo y del infierno, las sectas cristianas han venido á no admitir para las almas más que dos situaciones extremas; la perfecta di-

cha y el padecimiento absoluto. El Purgatorio sólo es una posición intermedia momentánea, al salir de la cual, pasan sin transición á la mansión de los bienaventurados. No podría ser de otro modo, según la creencia en la suerte definitiva de las almas después de la muerte. Si sólo hay dos mansiones, la de los elegidos y la de los réprobos, no se pueden admitir varios grados en cada una, sin admitir la posibilidad de alcanzarlos, y por consiguiente el progreso. Pues si hay progreso, no hay suerte definitiva; si hay suerte definitiva, no hay progreso. Jesús resuelve el problema cuando dice: «*En la mansión de mi Padre hay muchas moradas.*» (1)

El Limbo.

8.—Verdad es que la Iglesia admite una posición especial en ciertos casos particulares. No habiendo hecho mal los niños que mueren en edad temprana, no pueden ser condenados al fuego eterno; por otra parte, no habiendo hecho bien, ninguno derecho tienen á la felicidad suprema. Están entónces, dice la Iglesia, en el *Limbo*, situación mixta que nunca ha sido definida, en la que, áun cuando no padezcan, no disfrutan tampoco de la dicha perfecta. Pero puesto que su suerte está fijada irrevocablemente, están privados de esa dicha por toda la eternidad. Esta privación, cuando no dependió de ellos que fuese de otro modo, equivale á *un suplicio eterno inmerecido*. Sucede lo mismo con los salvages que, no habiendo recibido la gracia del Bautismo y las luces de la religión, pecan por igno-

(1) EL EVANGELIO SEGUN EL ESPIRITISMO, Capítulo III.

rancia, abandonándose á sus instintos naturales, por lo que no pueden tener ni la culpabilidad ni los méritos de los que han podido obrar con conocimiento de causa. La lógica más sencilla rechaza tal doctrina en nombre de la justicia de Dios. La justicia de Dios está enteramente contenida en estas palabras de Cristo: «*á cada uno segun sus obras;*» pero hay que aplicarlas á las obras buenas ó malas que se realizan libre y voluntariamente, únicas de las que somos responsables, en cuyo caso no están ni el niño, ni el salvaje, ni aquel de quien no dependió ser ilustrado.

Quadro del infierno Pagano.

9.—Sólo conocemos el Infierno Pagano por las narraciones de los poetas; Homero y Virgilio dieron de él la descripción más completa, pero hay que segregar de ésta aquella parte inherente á la forma poética. La descripción de Fenelon en su *Telémaco*, aunque procedente del mismo origen en cuanto á las creencias fundamentales, tiene la sencillez más precisa de la prosa. Aun cuando describa el aspecto lúgubre de los lugares, se esmera sobre todo en hacer sobresalir los géneros de padecimientos que sufren los culpables, y si se extiende mucho sobre la suerte de los malos reyes, débese esto á la instrucción que quiere dar á su real discípulo. Por más que sea popular su obra, muchas personas no tienen sin duda esta descripción bastante presente, ó no han pensado quizá bastante en ella, para establecer una comparación y hé aquí por qué creemos útil reproducir sus pasajes que más directa relación tengan con el asunto que nos ocupa, es

decir, que mas especialmente conciernan á la penalidad individual.

10.—«Al entrar, Telémaco oye los gemidos de una sombra inconsolable.—¿Qué desgracia es la vuestra, le dijo, y quién fuisteis en la tierra?—Fuí Nabofarzan; rey de la soberbia Babilonia; todos los pueblos del oriente temblaban sólo al oír mi nombre; haciameadorar por los babilonios en un templo de mármol en el que me hallaba representado por una estatua de oro, ante la cual ardian día y noche los preciosos perfumes de la Etiopía; jamás persona alguna se atrevió á contradecirme, sin que inmediatamente fuera castigada, y cada día se inventaban nuevos placeres para hacerme más deliciosa la vida. Aun era jóven y robusto; ah! qué de prosperidades me quedaban aún por gozar en el trono! Pero una muger á quien amaba y que no me amó, me hizo comprender perfectamente que no era yo un Dios; envenenóme y en la actualidad nada soy. Mis cenizas fueron ayer depositadas con pompa en una urna de oro; no faltó quien llorara y se arrancase los cabellos; no faltó quien aparentara querer arrojar á las llamas de mi hoguera para morir conmigo, ni falta quien vaya á llorar al pié de la soberbia tumba donde se colocaron mis cenizas; pero nadie me echa de ménos; mi memoria es horrible aún á los de mi familia, y aquí me hacen ya experimentar horribos sufrimientos.

«Telémaco, conmovido por este espectáculo, le dijo: ¿Fuisteis verdaderamente feliz durante vuestro reinado? ¿Sentisteis esa dulce paz sin la cual el corazón se halla siempre oprimido y triste en medio de las deli-

cias?—Nó, contestó el babilonio; hasta ignoro lo que quereis decir. Los sábios ponderan esa paz como el único bien; en cuanto á mí, jamás la conocí; mi corazón estaba sin cesar agitado por nuevos deseos, temores y esperanzas. Procuraba embriagarme con el desbordamiento de mis pasiones, y tenia un empeño especial en mantener esa embriaguez á fin de que fuese continua, puesto que el menor intervalo de razon serena hubiérame sido harto amargo. Hé aquí la paz de que he gozado; otra cualquiera que ésta no sea, me parece una fábula y un sueño; hé aquí los únicos bienes que echo á ménos.

«Esto diciendo, el babilonio lloraba como un hombre débil, enervado por las prosperidades, y que no está acostumbrado á soportar con firmeza una desgracia. Tenia junto á él algunos esclavos á quienes habian hecho morir para honrar sus funerales; Mercurio los habia entregado á Caronte junto con su rey, dándoles un poder absoluto sobre él, á quien habian servido en la tierra. *Las sombras de los esclavos no temian yá á la de Nabofarzan, ántes la tenian encadenada y la atormentaban cruelmente.* El uno le decia: ¿Acaso no éramos hombres como tú? ¿Cómo eras bastante necio para creerte un Dios, sin acordarte que eras de la raza de los demás hombres? Otro le decia para insultarle: Tenias razon en no querer que te creyesen hombre, porque eras un mónstruo sin humanidad. Un tercero añadía: Vamos, ¿qué se ha hecho de tus aduladores? desgraciado, nada tienes yá que dar! ningun mal puedes hacer; héte aquí esclavo de tus mismos esclavos; los dioses son lentos en hacer justicia, pero al fin la hacen.

«Al oír palabras tan duras Nabofarzan, se revolcaba por el suelo, arrancándose los cabellos en un acceso de rabia y de desesperación. Empero Caronte decía á los esclavos: Tiradle de la cadena; levantadle á pesar suyo *para que ni aún tenga el consuelo de ocultar su vergüenza; es necesario que todas las sombras que gimen en la Estigia la presencien*, para justificar así á los dioses, que tan largo tiempo consintieron en que ese impío reinase en la tierra.

«Telémaco vió luego, muy cerca de él, el negro Tártaro, del que se desprendía un humo negro y espeso, cuyo hedor pestilencial produciría la muerte, si se exparciera por la morada de los vivos. Ese humo cubría un río de fuego y torbellinos de llamas, cuyo ruido, semejante al de los torrentes más impetuosos, cuando se precipitan desde las elevadas rocas hasta los hondos valles, impedía que pudiese oírse nada distintamente en aquellos tristes sitios.

«Telémaco, secretamente armado por Minerva, penetró sin temor en el abismo. En seguida vió á muchos hombres que habían vivido en las posiciones sociales más bajas, y que eran castigados por haberse procurado riquezas con fraudes, traiciones y crueldades. Notó allí á muchos impíos hipócritas que, aparentando amar la religión, se sirvieron de ella como de un buen pretexto para satisfacer su ambición y burlarse de los hombres crédulos; hombres que así habían abusado de la misma virtud, aunque sea ésta el mayor don de los Dioses, eran castigados como los más grandes criminales.

Los hijos que habían degollado á sus padres, las esposas que habían manchado sus manos en la sangre de

sus esposos, los traidores que habian vendido á su patria, violando todos los juramentos, sufrían penas ménos crueles que semejantes hipócritas. Los tres Jueces del Infierno así lo quisieron; y hé aquí en que se fundaron: esos hipócritas no se contentan con ser malos como los impíos, sino que quieren pasar por buenos, y logran con su falsa virtud, que los hombres no se atrevan á confiar en la verdadera. Los Dioses, de quienes se mofaron, y á quienes hicieron despreciables ante los hombres, se complacen en desplegar todo su poderío para vengarse de sus insultos.

«Cerca de estos aparecian otros hombres á quienes el vulgo apénas créa culpables, pero que la venganza divina persigue sin piedad: tales son los ingratos, los embusteros, los aduladores que alabaron el vicio, los satíricos maliciosos que trataron de mancillar la virtud más pura; en fin, los que juzgaron las cosas á la ligera sin conocerlas á fondo, perjudicando con esto la reputacion de los inocentes.

«Telémaco, viendo á los tres jueces que estaban sentados y que sentenciaban á un hombre, se atrevió á preguntarles cuáles eran sus crímenes. Entónces el sentenciado, tomó la palabra, y exclamó: jamás hice daño alguno; me complací en hacer bien; fui generoso, liberal, justo, compasivo. ¿Qué pueden, pues, echarme en cara? Entónces Minos le dijo: No se te reprocha nada respecto á los hombres; pero acaso no debias más á los Dioses que á los hombres? ¿En dónde está, pues, esa justicia de que tanto te jactas? Tú no faltaste á ninguno de tus deberes hácia los hombres, que nada son; has sido virtuoso, pero has referido toda tu virtud á ti mismo y no á los Dioses, que te la

dieron, porque querias gozar del fruto de tu propia virtud y encerrarte dentro de tí mismo; *tú has sido tu Dios*. Pero los Dioses, que todo lo hicieron, y que nada hicieron sino para sí mismos, no pueden renunciar á sus derechos; tú los olvidaste, ellos te olvidarán, te entregarán á tí mismo, puesto que quisiste ser tuyo y no de ellos. *Busca, pues, ahora, si puedes, tu consuelo en tu propio corazon*. Héte, pues, separado para siempre de los hombres á quienes quisiste agradar; héte solo contigo mismo, que eras tu ídolo, aprende que no hay verdadera virtud sin el respeto y el amor de los Dioses, á quienes todo es debido. Tu falsa virtud, que mucho tiempo alucinó á los hombres fáciles de engañar, vá á ser descubierta. Los hombres que no aprécian los vicios y las virtudes sino por lo que les choca ó les conviene, son ciegos así respecto del bien como del mal. Aquí, una luz divina derrumba todos sus juicios superficiales, y condena á menudo lo que ellos admiran, y justifica lo que condenan. .

«A estas palabras, aquel filósofo, como herido por un rayo, no podia soportarse á sí mismo. La complacencia con que miraba otras veces su moderacion, su valor y sus inclinaciones generosas, se trocó en desesperacion. La vista de su corazon enemigo de los dioses, se trueca en suplicio para él; se mira y no puede dejar de mirarse; vé la vanidad de los juicios humanos, á los cuales quiso complacer en todas sus acciones. Se hace una revolucion universal en cuanto está dentro de él mismo, como si se trastornasen todas las entrañas; no se encuentra yá él mismo; carece de todo apoyo en su corazon; su conciencia, cuyo testimonio le fué tan grato, se subleva contra él y le

echa en cara amargamente el extravío y la ilusión de todas sus virtudes, que no tuvieron por principio y fin el culto de la divinidad; está turbado, consternado, lleno de vergüenza, de remordimientos y de desesperación. Las furias no lo atormentan, porque les basta haberlo entregado á sí mismo, y porque su propio corazón deja bastante vengados á los Dioses despreciados. Busca los sitios mas sombríos para ocultarse á los demás muertos, no pudiendo ocultarse á sí mismo. Busca las tinieblas sin poder hallarlas; una luz importuna le sigue por todas partes, y por todo los rayos refulgentes de la verdad vienen á vengar la verdad que él no quiso seguir. Todo aquello que amó se le hace odioso, como siendo origen de sus males, que nunca tendrán fin. Dice en su interior: ¡oh insensato de mí! No conocí, pues, ni á los Dioses, ni á los hombres, ni á mí mismo! nó, nada he conocido, pues que nunca amé el verdadero bien; cada paso mio fué un extravío; mi sabiduría, locura; mi virtud, un cogullo impío y ciego; yo mismo era mi ídolo.

«Por fin, Telémaco vió los Reyes que fueron condenados por haber abusado de su poder. Por un lado, una furia vengadora les presentaba un espejo que les manifestaba toda la deformidad de sus vicios: allí, veían, sin poderlo evitar, su grosera vanidad ávida de las más groseras alabanzas; su dureza para con los hombres, cuya felicidad debieron hacer; su insensibilidad para la virtud; su temor de oír la verdad; su inclinación hácia los hombres afeminados y aduladores; su inaplicación; su malicia; su indolencia; su desconfianza indebida; su fausto y excesiva magnificencia fundada sobre la ruina de los pueblos; su ambición

para comprar un poco de vanagloria con la sangre de sus ciudadanos; en fin, su crueldad, que buscó cada día nuevos deleites entre las lágrimas y la desesperación de tantos desgraciados. Se veían sin cesar en aquel espejo; se consideraban más horrorosos y más monstruosos que la *Quimera* vencida por Belerofonte, que la Hidra Lerna, muerta por Hércules, que aún el mismo Cerbero, aunque arroje por sus tres bocas entreabiertas una sangre negra y venenosa, capaz de apestar á toda la raza de los mortales que viven sobre la tierra.

«Entre aquellos objetos que hacían erizar los cabellos á Telémaco, vió á muchos de los antiguos reyes de Lydia que eran castigados por haber preferido los placeres de una vida indolente, al trabajo para alivio de los pueblos, que debe ser inseparable de los gobernantes.

«Aquellos reyes se echaban en cara los unos á los otros, su ceguera. El uno decía al otro, que fué su hijo: ¿No os había encargado muchas veces, durante mi vejez y ántes de mi muerte, que remediaseis los males que yo había hecho por descuido? ¡Ah! desgraciado padre, decía el hijo, vos sois la causa de mi perdición! Vuestro ejemplo fué el que me inspiró el fausto, el orgullo, la sensualidad y la dureza para con los hombres! viéndoos reinar con tanta molición y rodeado de cobardes aduladores, me acostumbé á la lisonja y á los placeres. Creí que los demás hombres eran, respecto de los reyes, lo que los caballos y los demás animales de carga son para los hombres, es decir, animales de que sólo se hace caso en proporción á los servicios que prestan y á las comodidades que

proporcionan. Lo creí, vos sois quien me lo hicisteis creer, y actualmente sufro tantos males por haberos imitado. A estos reproches, añadian las mas horrendas maldiciones, y parecian furiosos y próximos á desgarrarse recíprocamente.

«En torno de esos reyes revoloteaban todavía, como lechuzas, las crueles sospechas, los vanos temores, las desconfianzas que vengán á los pueblos de la dureza de sus reyes, el hambre insaciable de riquezas, la vana gloria siempre tiránica, y la molición cobarde que aumenta todos los males que se padecen, sin poder jamás dar sólidos placeres.

«Se veía á muchos de esos reyes severamente castigados, no por los males que hicieron, pero sí por haber descuidado el bien que debieran hacer. Todos los crímenes de los pueblos, cuyo origen está en la negligencia con que se hacen observar las leyes, eran atribuidos á los reyes, que sólo deben reinar para que las leyes imperen por su mediación. Se les inculpaban tambien todos los desórdenes que proceden del fausto, del lujo y de todos los demás excesos que arrastran á los hombres hácia un estado violento, y á la tentación de menospreciar las leyes para adquirir bienes. Sobre todo, se trataba rigurosamente á los reyes que, en lugar de ser buenos y vigilantes pastores de los pueblos, sólo pensaron en esquilmar y destrozar el rebaño, como hambrientos lobos.

«Empero, lo que más consternó á Telémaco, fué ver que en ese abismo de tinieblas y de males, un gran número de reyes que fueron tenidos en la tierra por reyes bastante buenos, fueron condenados á las penas del Tártaro por haberse dejado gobernar por

hombres malos y mal intencionados. Eran castigados por los males que dejaron cometer á la sombra de su autoridad. Además la mayor parte de aquellos reyes no fueron ni buenos ni malos, tan grande fué su debilidad; nunca temieron por no conocer la verdad; y no se complacieron en hacer el bien.

«Al mismo tiempo, por otro lado, una furia les repetía con ironía todas las alabanzas que sus aduladores les habian prodigado durante su vida, y les presentaba otro espejo en el cual se veian tales, cuales la lisonja les decia que eran. La oposicion de esas dos pinturas tan encontradas, era el suplicio de su vanidad. Se notaba que los peores entre ellos eran aquellos Reyes, á quienes, habian tributado las alabanzas más extremadas miéntras vivieron, porque los malos son más temidos que los buenos, y exigen impudicamente las cobardes alabanzas de los poetas y de los oradores contemporáneos suyos.

«Se les oye gemir en aquellas profundas tinieblas, en las que sólo pueden ver los insultos y las mofas que tienen que sufrir. Nada ven en derredor suyo que no los rechace y contrarie, que no los confunda, al revés de lo que en la tierra les pasaba, que les importaba poco la vida de los hombres y pretendian que todo era hecho para servirles. En el Tártaro están sometidos á todos los caprichos de ciertos esclavos, que les hacen sentir á su vez una cruel servidumbre; están sometidos á esos esclavos que se han vuelto sus tiranos implacables, como el yunque está bajo los martillos de los Ciclopes, cuando Vulcano les obliga al trabajo en las fraguas candentes del Monte Etna.

«Allí, Telémaco divisó rostros pálidos, asquerosos y

consternados. Es una negra tristeza la que roe á aquellos criminales; se horrorizan de sí mismos, y no pueden quedar libres de este horror, ni tampoco de su propia naturaleza; no necesitan otro castigo para sus faltas, que sus mismas faltas; las vén sin cesar en toda su enormidad; se les representan como espectros horribles y los persiguen. Para libertarse, buscan una muerte más efectiva que la que los separó de su cuerpo. En su desesperacion, llaman en su socorro una muerte que pueda apagar en ellos todo sentimiento y todo conocimiento; suplican á los abismos que les traguen para huir de los rayos vengadores de la verdad, que los persiguen; pero tienen que sufrir la venganza que destila sobre ellos gota á gota, y que nunca concluirá. La verdad que temieron ver es su suplicio; la vén, y cuando cierran los ojos para no verla, selevanta contra ellos: su vista los traspasa, los desgarrá, los arrebatá á sí mismos; es como el rayo; sin destruirlos, los envuelve, los penetra hasta el centro de sus entrañas.

Cuadro del infierno cristiano.

11.—La opinion de los Teólogos sobre el Infierno está reasumida en las citas siguientes (1). Siendo esta descripcion sacada de los autores sagrados y de la vida de los santos, puede considerarse tanto más la expresion de la fé ortodoxa en esta materia, cuanto que á cada paso se encuentra reproducida, con algunas variaciones, en los sermones de la Cátedra evangélica y en las instrucciones pastorales.

(1) Estas citas están sacadas de la obra titulada «El Infierno» por Augusto Callet.

12.—Los demonios son puros espíritus y los condenados, actualmente en el Infierno, pueden tambien ser considerados como puros espíritus, puesto que sólo su alma bajó allí, y sus huesos, hechos polvo, se transforman incesantemente en yerbas, en plantas, en frutas, en minerales, en líquido, pasando sin saberlo por las continuas metamorfosis de la materia. Pero los condenados, lo mismo que los santos, deben resucitar el último dia y volver á tomar, para no dejarlo ya, un cuerpo carnal, el mismo cuerpo con que fueron conocidos entre los vivos. Lo que distinguirá á los unos de los otros, será que los elegidos resucitarán en un cuerpo purificado y resplandeciente, y los condenados con un cuerpo manchado y disforme por el pasado. No sólo estarán ya en el infierno los espíritus puros, sino que habrá tambien hombres como nosotros. El infierno es, por consiguiente, un lugar físico, geográfico, material, porque estará poblado de criaturas terrestres, teniendo piés, manos, boca, lengua, dientes, oídos, ojos, semejantes á los nuestros, y sangre en las venas y nervios sensibles al dolor.

¿En dónde está situado el infierno? algunos doctores lo colocaron en el centro de nuestra tierra, otros no sé en que planeta; pero la cuestion no ha sido resuelta por ningun concilio, y hay que atenerse pues, sobre este punto, á conjeturas; la única cosa que se afirma, es que el infierno, esté donde quiera, es un mundo compuesto de elementos materiales; pero un mundo sin sol, sin luna, sin estrellas, mas triste, mas inhospitalario, mas desprovisto de todo germen y de toda apariencia de bien, que no lo son las partes más inhabitables de este mundo, en el que pecamos.

Los Teólogos circunspectos no se arriesgan á describir, como los egipcios, los indios y los griegos, los horrores de aquella mansion; se limitan á enseñarnos, como muestra, lo poco que la Escritura revela de ella, el estanque de fuego y de azufre del Apocalipsis, y los gusanos de Isaías; esos gusanos eternamente hormigueando sobre los cerroños del Thephel, y los demonios atormentando á los hombres á quienes perdieron, y los hombres gimiendo con rechinar de dientes, segun la expresion de los evangelistas.

San Agustin no concede que esas penas físicas sean simples imágenes de las penas morales; vé un verdadero estanque de azufre, gusanos y serpientes reales, encarnizándose en todas las partes del cuerpo de los condenados, añadiendo sus mordeduras á las del fuego. Pretende, segun un versículo de san Márcos, que aquel fuego extraño, aunque material como el nuestro, y obrando sobre cuerpos materiales, los conservará como la sal conserva las carnes de las víctimas. Pero los condenados, víctimas siempre sacrificadas y siempre vivas, sentirán el dolor de aquel fuego que quema sin consumir; penetrará debajo de su piel, estarán impregnados y saturados de él todos sus miembros y el tuétano de sus huesos y las niñas de sus ojos, y las fibras más recónditas y más sensibles de su sér. El cráter de un volcan, si pudieran precipitarse en él, seria para ellos sitio de refresco y de descanso.

Así se expresan, con toda seguridad, los Teólogos más tímidos, los más discretos, los más reservados; además no niegan que haya en el Infierno otros suplicios corporales; dicen solamente, que para hablar de

ellos, no tienen el suficiente conocimiento, tan positivo al ménos, como el que les fué dado del horrible suplicio del fuego y del asqueroso suplicio de los gusanos. Pero hay Teólogos más atrevidos ó más esclarecidos que hacen sobre el Infierno descripciones más detalladas, más variadas y más completas; y aún cuando no se sepa en que sitio del espacio el Infierno está situado, hay santos que lo han visto. No fueron allí con la Lira en la mano, como Orfeo, ó con la espada desenvainada como Ulises; fueron trasportados allí en espíritu. Santa Teresa es de este número.

Parece, segun la relacion de la Santa, que hay ciudades en el Infierno; dice que vió en el una especie de callejuela larga y estrecha, como hay muchas en las poblaciones antiguas; entró pisando con horror un terreno fangoso, hediondo, en el cual se agitaban y hervian monstruosos reptiles; pero fué detenida en su marcha, por una muralla que cerraba la callejuela; en aquella muralla habia un nicho en el que Teresa se acurrucó, sin comprender como sucedió esto. Era, dice, el sitio que la estaba destinado, si abusaba, viviendo, de las gracias que Dios derramaba sobre su celda de Avila. Aun cuando se introdujo con maravillosa facilidad en aquel nicho de piedra, no podia sin embargo, ni sentarse, ni recostarse, ni tenerse en pié y aún ménos salir; aquellas horrendas murallas la aplastaban, la envolvian, la estrechaban como si hubiesen sido animadas. La pareció que la ahogaban, que la estrangulaban y al mismo tiempo que la desollaban viva y que la hacian pedazos: se sentia quemar y padecia á la vez toda clase de angustias. Ninguna esperanza de socorro; no habia más que tinieblas en

torno suyo , y sin embargo , á través de aquellas tinieblas, veía todavía, no sin estupor, la asquerosa callejuela en donde estaba alojada, con todo su inmundo vecindario, espectáculo tan insufrible para ella como las estrechez de su cárcel. (1)

Esto no era, sin duda, más que un rinconcito del Infierno; otras viajeras espirituales, fueron más favorecidas: vieron en el Infierno grandes ciudades ardiendo: Babilonia y Nínive y también Roma, sus palacios y sus templos abrasados y todos sus habitantes encadenados; el traficante en su despacho, sacerdotes reunidos con los cortesanos en salones de festines, ahullando sobre sus asientos de los que no podían desahucarse, y llevando á sus labios, para apagar su sed, copas de donde salían llamas, lacayos de rodillas en cloacas hirviendo, los brazos tendidos, y príncipes de cuyas manos caía oro derretido que resbalaba sobre ellos como lava devoradora. Otros vieron en el Infierno llanuras sin fin que labraban y sembraban labriegos hambrientos; y como aquellas semillas estériles nada producían e... aquellas llanuras regadas con sudor, se comían entre sí; después éstos, tan numerosos, tan flacos, tan hambrientos como ántes, se dispersaban á bandadas en el horizonte, y buscando en vano y en punto lejano, tierras mejores, los cuales eran reemplazados inmediatamente en los campos que abandonaban, por otras colonias errantes de condenados. Hay quien vió en el infierno montañas llenas de precipicios, selvas gimiendo, pozos sin agua, fuentes alimentadas

(1) Se observan en esta vision, todos los caracteres de las pesadillas; es pues probable que fuese un efecto por este estilo el que se produjo en Santa Teresa,

con lágrimas, ríos de sangre, torbellinos de nieve en desiertos de hielo, barcas de desesperados, vogando por mares sin orillas. Se ha vuelto á ver allí, en una palabra, todo cuánto los Paganos vieron; un reflejo lúgubre de la tierra, una sombra desmedidamente aumentada de sus miserias, sus padecimientos naturales eternizados y hasta los calabozos, las horcas y los instrumentos de tormento que nuestras propias manos fabricaron.

Hay allí, en efecto, demonios que, para atormentar mejor los cuerpos de los hombres, toman ellos mismos otros cuerpos. Estos tienen alas de murciélagos, cuernos, corazas con escamas, patas con uñas curvas, dientes agudos; nos los enseñan armados de espadas, de garfios, de pinzas, de tenazas candentes, de sierras, de parrillas, de fuelles, de mazas, y haciendo durante la eternidad, con carne humana, el oficio de cocineros y de carniceros; los otros transformados en leones ó en víboras enormes, arrastrando sus presas á cavernas solitarias; algunos se transforman en cuervos, para arrancar los ojos á ciertos culpables y otros en dragones alados, para cargarlos sobre sus lomos y llevarlos espantados, sangrientos, gritando en los espacios tenebrosos y despues dejarlos caer en el estanque de azufre; aquí, nubes de langostas, de víboras y escorpiones gigantescos, cuya vista eriza, cuyo olor dá náuseas, cuyo menor contacto dá convulsiones; allí, mónstruos polyéfalos, abriendo por todas partes bocas voraces, sacudiendo sobre sus cabezas disformes cabelleras de áspides, estrujando á los réprobos entre sus mandíbulas, chorreando sangre y vomitándolos molidos, pero vivos, porque son inmortales.

Aquellos demonios con formas materiales, que re-

cuerdan tan vivamente los dioses del Amenthi y del Tártaro y los ídolos que adoraban los Fenicios, Moabitas y los demás gentiles vecinos de la Judea; aquellos demonios no obran al acaso; cada uno ejerce sus funciones y su tarea; el daño que hacen en el Infierno está en proporción al que inspiraron é hicieron cometer en la tierra. (1)

Los condenados son castigados en todos sus sentidos y en todos sus órganos, porque ofendieron á Dios por todos sus sentidos y por todos sus órganos; castigados de un modo, como golosos por los demonios de la gula; como perezosos, por los demonios de la pereza; como fornicadores, por los demonios de la fornicacion, y de tantos y tan variados modos como hay diferentes maneras de pecar. Tendrán frio, aunque se abrasen, y calor helándose; estarán ávidos de quietud y de movimiento; siempre hambrientos, siempre sedientos, y mil veces más fatigados, que el esclavo al finar el dia; más enfermos que los moribundos, más quebrantados, más desconyuntados, más cubiertos de llagas que los mártires, y todo esto eternamente.

Ningun demonio se cansa ni se cansará jamás de su horrenda tarea; están todos, bajo este aspecto, bien disciplinados y dóciles para ejecutar las órdenes de venganza que recibieron; sin esto, ¿qué seria del Infierno? Los condenados descansarian, si sus verdugos llegasen á querellarse ó á cansarse. Mas no hay descanso para los unos, querellas entre los

(1) ¡Singular castigo, en verdad, aquel que consistiria en poder continuar en mayor escala, el mal que hubieren hecho en pequeño en la tierra! seria mas racional que sufrieran ellos mismos las resultas de aquel mal, en lugar de tener la satisfaccion de hacerlo padecer á los demás.

otros, por malos y por innumerables que sean, los demonios se asisten desde una á otra parte del abismo; y jamás se vieron en la tierra naciones más dóciles á sus príncipes, ejércitos más obedientes á sus jefes, comunidades monásticas más humildemente sumisas á sus superiores. (1)

Además, apénas es conocido el populacho de los demonios, aquellos viles espíritus que componen las legiones de vampiros, de tiburones, de sapos, de escorpiones, de cuervos, de hidras, de salamandras, y otros animales sin nombre, que constituyen la fama de las regiones infernales; pero se conocen y se nombran muchos de los príncipes que mandan en aquellas legiones, entre otros, Belphegor, el demonio de la lujuria; Abaddán ó Apollyon, el demonio del asesinato; Belzebuth, el demonio de los deseos impuros, ó el maestro de las moscas que engendran la corrupcion, y Mammon, el demonio de la avaricia, y Moloch, y Belial, y Baalgad, y Asturoth, y tantos otros, y sobre ellos su gefe universal, el sombrío arcángel que en el cielo se llamaba Lucifer, y que en el infierno se llama Satanás.

Hé aquí en compendio, la idea, que nos dan del in-

(1) Aquellos mismos demonios, rebeldes á Dios para el bien, son de una docilidad ejemplar para el mal; ninguno de ellos retrocede, ni se rezaña durante la eternidad. ¡Qué extraña metamórfosis se verificó en ellos, que fueron creados puros y perfectos como los ángeles!

¡Cuán extraño se hace verles dar ejemplo de la perfecta conformidad, armonia y concordia inalterable, mientras que los hombres no saben vivir en paz y se desgarran en la tierra! Viendo el lujo de castigos destinados á los condenados y comparando su situacion con la de los demonios, se pregunta uno ¡cuáles son mis dignos de compasion! los verdugos ó las victimas!

fierno, considerado desde el punto de vista de su naturaleza física y de las penas físicas que allí se sufren: abrid los libros de los Padres y de los antiguos doctores; interrogad nuestras piadosas leyendas; mirad las esculturas y los cuadros de nuestras Iglesias; prestad oído á lo que se dice en nuestros púlpitos, y áun oireis muchas cosas más.

13.—El autor añade á este cuadro, las reflexiones siguientes, cuyo alcance es fácil de comprender: La resurreccion de los cuerpos es un milagro; pero Dios hace otro milagro dando á aquellos cuerpos mortales, gastados yá por las pruebas pasajeras de la vida, aniquiladas yá una vez, la virtud de subsistir, sin disolverse, en un horno en el cual se evaporizarian los metales. Que se diga que el alma es su propio verdugo, que Dios no la atormenta, pero que la abandona en el fatal estado que ella escogió, esto puede en rigor comprenderse, aunque el abandono eterno de un sér extraviado y atormentado parezca poco conforme con la bondad del creador; pero lo que se dice del alma y de las penas espirituales, no puede decirse, de los cuerpos y de las penas corporales; para perpetuar aquellas penas corporales, no basta que Dios retire su mano; es menester, al contrario, que la manifieste, que intervenga, que obre, pues sin esto el cuerpo sucumbiria.

Los Teólogos suponen, pues, que Dios obra, en efecto, despues de la resurreccion, aquel segundo milagro del cual hemos hablado. Retira, primero, del sepulcro que los habia devorado, nuestros cuerpos de tierra; los saca de allí tales como fueron sepultados, con sus enfermedades originales y las degradaciones

sucesivas de la edad, de la enfermedad y del vicio; nos los restituye en aquel estado decrepito, tiritando, gotosos, llenos de necesidades, sensibles á una picadura de abeja, marchitos por las señales de vida y de muerte, y éste es el primer milagro; despues á estos cuerpos endebles, prontos á volver al polvo de que salieron, impone una propiedad que nunca tuvieron, y hé aquí el segundo milagro; les impone la inmortalidad, aquel mismo don, que encolerizado, decid más bien en su misericordia, retiró á Adan al salir del Eden. Cuando Adan era inmortal, era invulnerable, y cuando cesó de ser invulnerable, fué mortal; la muerte fué inmediata al dolor.

La resurreccion no nos restablece las condiciones del hombre inocente, ni las del hombre culpable; es una resurreccion de nuestras miserias solamente, pero con un recargo de otras nuevas, infinitamente más horribles; es, en parte, una verdadera creacion; la más maliciosa que la imaginacion se haya atrevido á concebir. Dios cámbia de parecer, y para añadir á los tormentos espirituales de los pecadores, tormentos carnales que puedan durar siempre, varia de repente, por un efecto de su poder, las leyes y las propiedades asignadas por el mismo, desde el principio, á los compuestos de materia; resucita carnes enfermas y corrompidas, y uniendo con un nudo indestructible aquellos elementos que naturalmente tienen que separarse, mantiene y perpetúa, contra el órden natural, aquella podredumbre viviente; la echa al fuego no para purificarla, sinó para conservarla tal como es, sensible, quejumbrosa, ardiente, horrible, tal como la quiere, inmortal.

Con este milagro, se hace de Dios uno de los verdugos del Infierno; porque si los condenados no pueden culparse mas que á sí mismos, de sus males espirituales, en recompensa no pueden atribuir los otros, más que á Dios.

Sin duda seria poca cosa abandonarlos, despues de su muerte á la tristeza, al arrepentimiento y á todas las angustias de una alma que siente haber perdido el supremo bien; Dios irá, segun los Teólogos, á buscarlos en aquella noche, al fondo de aquel abismo; los llamará por un momento á la luz del dia no para consolarlos, sinó para revestirlos de un cuerpo asqueroso, ardiendo, imperecedero, más apestado que la túnica de Dejanira, y entónces es cuando los abandonará para siempre.

Y áun así no los abandonará, puesto que el Infierno no subsiste, así como tampoco la tierra y el cielo, sino es por un acto permanente de su voluntad, siempre activa, y todo desaparecería, si cesase de sostenerlo. Tendrá puesta continuamente su mano sobre ellos para impedir que se apague el fuego, y que su cuerpo no se consuma, queriendo que aquellos desgraciados inmortales contribuyan, por sus suplicios constantes, á la edificacion de los elegidos.

14.—Dijimos con razon, que el Infierno de los cristianos habia sobrepujado al de los Paganos. En el Tártaro se vé, en efecto, á los culpables atormentados por los remordimientos, siempre cara á cara de sus crímenes y sus víctimas, agoviados por aquellos á quienes agoviaran viviendo; se les vé huir de la luz que los penetra y procuran en vano ocultarse á las

miradas que los persiguen; se rebaja y humilla el orgullo; todos llevan el sello de su pasado, todos son castigados por sus propias faltas, hasta el extremo de que, para algunos, basta entregarlos á sí mismos, y se créé inútil añadir otros castigos. Pero son almas con su cuerpo fluídico, imágen de su existencia terrestre; no se vé allí que los hombres vuelvan á tomar su cuerpo carnal para sufrir materialmente, ni el fuego penetrar bajo su piel y saturarla hasta los tuétanos, ni el lujo y el refinamiento de los suplicios que constituyen la base del Infierno cristiano. Se hallan allí jueces inflexibles, pero justos, que proporcionan la pena á la gravedad de la culpa; miéntras que en el Imperio de Satanás, todo está confundido en los mismos tormentos; todo está basado en la materialidad; hasta la equidad está desterrada de allí.

Sin duda que hoy tiene la misma Iglesia muchos hombres de buen sentido, que no admiten esas cosas literalmente, viendo en ellas sólo alegorías que es menester interpretar; pero su opinion sólo es individual y no tiene fuerza de ley. La creencia en el Infierno material con todas sus consecuencias no deja de ser aún un artículo de fé.

15.—Se pregunta uno como pudo haber personas que vieran en éxtasis esas cosas, siendo así que no existen. No es éste el lugar de explicar el origen de las imágenes fantásticas que se producen á veces con las apariencias de la realidad. Diremos solamente que es menester ver en ello una prueba de este principio: que el éxtasis es la ménos segura de todas las revelacio-

nes (1) porque aquel estado de sobreexcitación no es siempre resultado de un aislamiento del alma tan completo como pudiera creerse, y se encuentra en ellas á menudo el reflejo de preocupaciones de la vigilia. Las ideas que el espíritu acoge y cuyas huellas conserva el cérebro, ó mejor dicho la envoltura perispiritual correspondiente al cérebro, se reproducen amplificadas ópticamente bajo formas vaporosas, que se cruzan y se confunden, y componen conjuntos disparatados. Los extáticos de todos los cultos vieron siempre cosas en relacion á la fé de que estaban penetrados; no hay que maravillarse, pues, de que aquellos que, como Sta. Teresa, están muy imbuidos de las ideas del Infierno, tales como las dan las descripciones verbales ó escritas y los cuadros, tengan visiones que, propiamente dicho, no son más que su reproduccion, y causan el efecto de una pesadilla. Un pagano lleno de fé habria visto el Tártaro y las furias, como habria visto en el Olimpo, á Júpiter con el rayo en la mano.



(1) Libro de los Espíritus, números 443 y 444.

CAPITULO V.

EL PURGATORIO.

1.—El Evangelio no hace mencion alguna del Purgatorio, que no fué admitido por la Iglesia hasta el año 593. Es seguramente un dogma más racional y más conforme con la justicia de Dios que el Infierno, puesto que establece penas ménos rigurosas y redimibles, por faltas de una mediana gravedad.

El principio del Purgatorio está basado en la equidad, porque comparado con la justicia humana, es la reclusion temporal, comparada con la condena para toda la vida. ¿Qué se pensaria de un país que no tuviese más castigo que la pena de muerte para los crímenes y los delitos ménos graves? Sin el Purgatorio, no hay para las almas más que dos alternativas extremas: la felicidad absoluta ó los suplicios eternos. En esta hipótesis, ¿qué es de las almas culpables solamente de faltas ligeras? O bien gozan de la felicidad de los elejidos sin ser perfectas, ó sufren el castigo de los mayores criminales sin haber hecho mucho mal, lo que no fuera ni justo ni racional.

2.—Pero la nocion del Purgatorio debia necesariamente ser incompleta; y como sólo se conocia la pena del fuego, se hizo de él un diminutivo del Infierno; en aquél las almas arden tambien, pero en un fuego ménos intenso. Siendo el progreso incompatible con el dogma

de la eternidad de penas, las almas no salen de allí en méritos de su adelanto, pero sí en virtud de las oraciones que se dicen ó se mandan decir con tal intencion.

Si el pensamiento primero fué bueno, no sucede lo mismo con sus consecuencias, por los abusos á que han dado lugar. Por medio de las oraciones pagadas, el Purgatorio es una mina más productiva que el Infierno (1).

3.—El lugar del Purgatorio nunca se ha determinado, ni la naturaleza de las penas que allí se sufren se ha definido claramente. Estaba reservado á la nueva revelacion llenar este vacío, explicándonos las causas de las miserias de la vida terrestre, cuya justicia podia demostrársenos únicamente con la pluralidad de existencias.

Estas miserias son necesariamente consecuencia de las imperfecciones del alma, pues si el alma fuese perfecta, no cometeria faltas y no tendria que sufrir sus consecuencias. El hombre que fuese sóbrio y moderado en todo, por ejemplo, no sufriria las enfermedades originadas por los excesos. Lo más general, es que sea desgraciado aquí en la tierra por su propia culpa; pero si es imperfecto, es porque lo era ántes de venir á la tierra; expía en ella no sólo sus actuales faltas, si que también las faltas anteriores que no reparó; sufre en una vida de pruebas lo que hizo sufrir á otros en otra existencia. Las vicisitudes que experimenta son á la

(1) El Purgatorio dió entrada al comercio escandaloso de las indulgencias, con cuya ayuda se vendia la éntrada en el cielo. Este abuso fué la primera causa de la reforma; por esto Lutero rechazó el Purgatorio.

vez un castigo temporal y una advertencia de las imperfecciones que debe abandonar, para evitar los males futuros y progresar hácia el bien. Son para el alma las lecciones de la experiencia, lecciones rudas á veces, pero más provechosas para el porvenir pues dejan una profunda impresion. Esas vicisitudes son la causa de luchas incesantes, que desarrollan sus fuerzas y sus facultades morales é intelectuales; la fortalecen en el bien, sale de ella siempre victoriosa, si tiene el valor de luchar hasta el fin. El premio de la victoria está en la vida espiritual, en donde entra radiante y triunfante, como el soldado despues de la pelea recibe la palma de la victoria.

4.—Cada existencia es para el alma una nueva ocasion de dar un paso adelante; de su voluntad depende que este paso sea lo más grande posible, el subir muchos peldaños ó quedarse estacionada; en este último caso, sufrió sin provecho; y como siempre, tarde ó temprano, tiene que pagar su deuda y principiar de nuevo otra existencia en condiciones todavía más penosas, porque á una mancha no lavada, añade otra.

Por esta razon en las encarnaciones sucesivas, el alma se despoja poco á poco de sus imperfecciones, se purga, en una palabra, hasta que esté bastante pura para merecer dejar los mundos de expiacion por mundos mejores, y más tarde, éstos para gozar de la suprema felicidad.

El Purgatorio no es, pues, una idea vaga é incierta; es una realidad material que vemos, que tocamos y que sufrimos; está en los mundos de expiacion, y la tierra es uno de esos mundos; los hombres expian en

él su pasado y su presente en provecho de su porvenir. Pero en contra de la idea que se tiene de poder cada uno abreviar ó prolongar su permanencia en él, segun el grado de adelantamiento y de depuracion á que haya llegado con su propio trabajo, se sale de allí, no porque se haya cumplido el tiempo ni por los méritos de otro, sino por su propio mérito, segun estas palabras de Cristo: á cada uno segun sus obras, palabras que reasumen toda la justicia de Dios.

5.—Aquel pues que sufre en esta vida, debe convencerse de que esporque nose purificó suficientemente en su precedente existencia, y que, si no lo hace en ésta, sufrirá todavia en la siguiente. Esto es á la vez equitativo y lógico. Siendo el padecimiento inherente á la imperfeccion, se sufre tanto tiempo cuanto es uno imperfecto, como se sufre por una enfermedad miéntras no se esté curado de ella; así es que miéntras un hombre sea orgulloso, sufrirá las consecuencias de su orgullo; miéntras sea egoista, sufrirá por su egoismo.

6.—El espíritu culpable sufre primero en la vida espiritual en proporcion á sus imperfecciones; despues se le dá la vida corporal como un medio de reparacion; por esto se encuentra allí nuevamente, ya sea con las personas á quienes ofendió, ó bien en centros análogos á aquellos en donde hizo el mal, ó en situaciones opuestas, como por ejemplo, en la miseria, si fué un rico avaro, en una situacion humillante, si fué orgulloso.

La expiacion, en el mundo de los espíritus y en la

tierra, no es un doble castigo para el espíritu; es el mismo que continúa en la tierra, como complemento, con el fin de facilitarle su mejoramiento por un trabajo efectivo; depende de él aprovecharlo. ¿Acaso no es preferible para él volver á vivir en la tierra con la posibilidad de ganar el cielo, á ser condenado sin remision, dejándola? Esa libertad que se le concede es una prueba de la sabiduría, de la bondad y de la justicia de Dios, que quiere que el hombre lo deba todo á sus fuerzas y que sea el autor de su porvenir; si es desgraciado, y si lo es más ó ménos tiempo, sólo á él mismo puede culpar; el camino del progreso está siempre expedito para él.

7.—Si se considera cuán grande es el padecimiento de ciertos espíritus culpables en el mundo invisible, cuán terrible es la situacion de algunos, qué ansiedades los devoran, y cuán penosa es esa situacion por la imposibilidad en que están de ver el fin de ella; se podria decir que es para ellos el Infierno, si esta palabra no implicase la idea de un castigo eterno y material. Gracias á la revelacion de los espíritus y á los ejemplos que nos ofrecen, sabemos que la duracion de la expiacion está regulada sobre el mejoramiento del culpable.

8.—El espiritismo no viene, pues, á negar la penalidad futura; al contrario, viene á patentizarla. Lo que destruye es el Infierno localizado con sus hornos y sus penas irremisibles. No niega el Purgatorio, puesto que prueba que estamos en él, lo define y lo precisa, explicando la causa de las miserias terrestres, y

con esto hace que los que le negaban crean en él. ¿Rechaza acaso las preces por los difuntos? muy á al contrario, puesto que los espíritus que sufren las solicitan y hacen de ellas un deber de caridad, demostrando su eficacia para traerlos al bien, y por este medio abreviar sus tormentos (1), hablando á la inteligencia, ha vuelto á la fé á los incrédulos, y á la oracion á aquellos que se burlaban de ella. Pero dice que la eficacia de las oraciones está en el pensamiento y nó en las palabras, que las mejores son las del corazon y no las de los labios, aquellas que uno mismo dice, y no aquellas que se mandan decir por dinero. ¿Quién se atreveria á vituperarlo por esto?

9.—Que el castigo se verifica en la vida espiritual ó en la tierra y sea cual fuere su duracion, tiene siempre un término, más ó ménos lejano ó próximo. En realidad, para el espíritu, no hay más que dos alternativas: castigo temporal y graduado segun la culpabilidad, y recompensa graduada segun el mérito. El Espiritismo rechaza la tercera alternativa, la de la condenacion eterna. El Infierno queda como una figura simbólica de las mayores penas, cuyo término es desconocido. El Purgatorio es la realidad.

La palabra purgatorio revela la idea de un lugar circunscrito; por esto se aplica más naturalmente á la tierra, considerada como un lugar de expiacion, que está en el espacio infinito en el que viven errantes los espíritus que padecen, y además la

(1) Véase *Evangelio segun el Espiritismo*, cap. 27, accion de la oracion.

naturaleza de la expiacion terrestre es una verdadera expiacion.

Cuando los hombres hayan mejorado, no suministrarán al mundo invisible más que espíritus buenos, y éstos, encarnándose, no suministrarán á la humanidad corporal más que elementos perfeccionados; entónces la tierra, cesando de ser un mundo de expiacion, no padecerán los hombres las miserias que son consecuencias de sus imperfecciones. Es ésta la transformacion que se está verificando actualmente y que elevará la tierra en la gerarquía de los mundos. (Véase *El Evangelio segun el Espiritismo*. Cap. III.)

10.—¿Por qué pues Cristo no habló del Purgatorio? Porque no existiendo la idea, no habia palabra para representarla. Se sirvió de la palabra Infierno, la única en uso entónces, como expresion genérica, para designar las penas futuras sin distincion. Si al lado de la palabra Infierno hubiera colocado otra equivalente á Purgatorio, no habria podido fijar su verdadera significacion sin decidir una cuestion reservada para el porvenir; hubiera sido además, establecer la existencia en dos lugares especiales de castigos. El Infierno en su acepcion general, despertando la idea de castigo, contenia implícitamente la del Purgatorio, que no es más que una manera de penalidad; debiendo el porvenir ilustrar á los hombres sobre la naturaleza de las penas, tenia que reducir por esto mismo el infierno á su justo valor.

Puesto que la Iglesia creyó, despues de seis siglos, que debia suplir el silencio de Jesús, decretando la existencia del Purgatorio, fue porque pensó que no lo habia dicho todo. ¿Por qué no ha de suceder lo mismo en otros asuntos?

CAPÍTULO VI.

DOCTRINA DE LAS PENAS ETERNAS.

Origen de la doctrina de las penas eternas.—Argumentos en apoyo de las penas eternas.—Imposibilidad material de las penas eternas.—La doctrina de las penas eternas no es yá de estos tiempos.—Ezequiel contra la eternidad de penas y el pecado original.

Origen de la doctrina de las penas eternas.

1.º—La creencia en la eternidad de las penas pierde cada día tanto terreno que, sin ser profeta, cada uno puede preveer su próximo fin; ha sido combatida con argumentos tan poderosos y tan perentorios, que casi parece superfluo ocuparse de ella de hoy en adelante, y basta dejarla que se extinga. Sin embargo, hay que conceder que, aunque caduca, es todavía el escudo de los adversarios de las nuevas ideas, el cual defienden con más empeño, porque es uno de los lados más vulnerables y preveen las consecuencias de su caída. Bajo este punto de vista, esta cuestión merece un exámen serio.

2.º—La doctrina de las penas eternas, como la del Infierno material, tuvo su razón de ser, cuando ese temor podía ser un freno para los hombres poco adelantados intelectual y moralmente. Por lo mismo que se hubieran impresionado poco ó nada con la idea de las penas morales, tampoco se hubieran sobrecojido con la de las penas temporales; ni áun habrían comprendido la

justicia de las penas graduadas y proporcionadas; porque no eran aptos para distinguir las diferencias, algunas veces poco sensibles, entre el bien y el mal, ni el valor relativo de las circunstancias atenuantes ó agravantes.

3.—Cuanto más cerca están los hombres del estado primitivo, tanto más materiales son; el sentido moral se desarrolla en ellos con más lentitud. Por esta misma razon sólo pueden tener de Dios y de sus atributos, una idea muy imperfecta, lo mismo que de la vida futura. Asimilan á Dios á su propia naturaleza; para ellos es un soberano absoluto, tanto más temible cuanto más invisible, como un monarca déspota que escondido en su palacio, no se muestra nunca á sus súbditos. Sólo es poderoso por la fuerza material, porque no comprenden la fuerza moral; se lo representan armado con el rayo, ó en medio de los relámpagos y de la tempestad, sembrando en sus escursiones la ruina y el desconsuelo, á imitacion de los guerreros invencibles. Un Dios de mansedumbre y de misericordia no seria un Dios, y sí un ser débil que no sabria hacerse obedecer. La venganza implacable, los castigos terribles, eternos, nada tenian que contradijeran la idea que tenian formada de Dios, ni que repugnase á su razon. Implacables como eran en sus resentimientos, crueles para con sus enemigos, sin piedad para los vencidos, Dios, muy superior á ellos, debía ser todavía más terrible.

Para hombres tales, se necesitaban creencias religiosas asimiladas á su naturaleza todavía adusta; una religion completamente espiritual, toda amor y cari-

dad, no podia hermanarse con la brutalidad de las costumbres y de las pasiones. No vituperemos, pues, á Moisés por su legislacion draconiana, que apenas bastaba para contener á su pueblo indócil, ni el haber representado á Dios como un Dios vengador.

Era necesario en aquella época; la apreciable doctrina de Jesús no habria encontrado eco y hubiera sido ineficaz.

4.—Segun se fué desarrollando el espíritu, el velo material se fué disipando poco á poco, y los hombres fueron más aptos para comprender las cosas espirituales; pero esto sólo se verificó gradualmente. Cuando vino Jesús pudo anunciar un Dios clemente, hablar de su reino que no es de este mundo, y decir á los hombres: amaos unos á otros, haced bien á los que os odian; siendo así que los antiguos decian: ojo por ojo, diente por diente.

¿Quiénes eran, pues, los hombres que vivian en tiempo de Jesús? ¿Eran almas nuevamente creadas y encarnadas? Si esto fuese, Dios habria creado en tiempo de Jesús almas más adelantadas que en tiempos de Moisés. Pero entónces, ¿qué se hicieron éstas? ¿habrian languidecido durante la eternidad en el embrutecimiento? El solo sentido comun rechaza esta suposición. Nó; eran las mismas almas que despues de haber vivido bajo la ley mosaica, habian, durante muchas existencias, adquirido un desarrollo suficiente para comprender una doctrina más elevada, y están hoy bastante adelantadas para recibir una enseñanza todavía más completa.

5.—Sin embargo, Cristo no pudo revelar á sus contemporáneos todos los misterios del porvenir; él mismo dijo: Tengo todavía muchas cosas que deciros, pero no las comprenderíais; por esto os hablo en parábolas. Sobre todo lo relativo á la moral, es decir, los deberes de hombre á hombre, fué muy explícito, porque haciendo vibrar la cuerda sensible de la vida material, sabia que le comprenderian; sobre los demás puntos, se limitaba á sembrar, bajo una forma alegórica, los gérmenes de lo que deberá desarrollarse más tarde. La doctrina de las penas y de las recompensas futuras pertenece á este último orden de ideas. Con respeto á las penas sobre todo, no debió combatir por de pronto todas las ideas admitidas. Venia para señalar ¶ los hombres nuevos deberes: la caridad y el amor al prójimo, en lugar del espíritu de ódio y de venganza, la abnegacion, en lugar del egoismo; esto era yá mucho; no podia razonablemente amenguar el temor del castigo reservado á los prevaricadores, sin debilitar al mismo tiempo la idea del deber. Prometia el reino de los cielos á los buenos; esta mansion era pues prohibida á los malos. ¿A dónde irian? Era necesaria la contraria, propia para impresionar inteligencias todavía demasiado materiales para identificarse con la vida espiritual; por que no hay que perder de vista que Jesús hablaba al pueblo, á la parte ménos ilustrada de la sociedad, para la cual se necesitaban, por decirlo así, imágenes casi palpables, y nó ideas sùtiles. Por esto no entra en detalles supérfluos: le bastaba oponer un castigo al premio: no se necesitaba más en aquella época.

6.—Si Jesús amenazó á los culpables con el fuego eterno, tambien los amenazó con echarlos á la Gehenna; ¿y qué era esa Géhenna? un sitio cercano á Jerusalem, un podridero á donde iban las inmundicias de la ciudad. ¿Deberíamos tomar esto así al pié de la letra? Era una de aquellas figuras enérgicas con cuya ayuda impresionaba á las masas. Lo mismo sucede con el fuego eterno. Si tal no hubiese sido su pensamiento, estaria en contradiccion consigo mismo, enalteciendo la clemencia y la misericordia de Dios, porque la clemencia y la inexorabilidad son tan contrarias, que se anulan. Seria pues interpretar muy mal el sentido de las palabras de Jesús, ver en ellas la sancion del dogma de las penas eternas, cuando toda su enseñanza proclama la mansedumbre del creador.

En la oracion dominical, nos enseña á decir: Señor, perdónanos nuestras ofensas, como perdonamos á los que nos han ofendido. Si el culpable no pudiera esperar perdon alguno, excusado fuera pedirlo. ¿Pero este perdon es sin condicion? ¿Es una gracia, un indulto puro y sencillo del merecido castigo? Nó; la medida de este perdon está subordinada al modo con que habremos perdonado; es decir, que si no perdonamos no seremos perdonados. Dios, imponiendo como condicion absoluta el olvido de las ofensas, no podia exigir que el hombre débil hiciese lo que él, todopoderoso, no hiciera. La oracion dominical es una protesta diaria contra la venganza de Dios.

7.—Para hombres que sólo tenian una nocion confusa de la espiritualidad del alma, la idea del fuego material nada chocante era, tanto ménos cuanto que

estaba en la creencia vulgar derivada de la del Infierno Pagano, casi universalmente esparcida. La eternidad de las penas nada tenia tampoco que repugnase á gentes sometidas, desde muchos siglos, á la legislacion del terrible Jehovah. En el pensamiento de Jesús, el fuego eterno no podia ser más que una figura; poco le importaba que aquella figura fuese tomada al pié de la letra, si debia servir de freno; bien sabia que el tiempo y el progreso se encargarian de hacer comprender su sentido alegórico, sobre todo, cuando segun su prediccion, el Espíritu de verdad vendria á iluminar á los hombres sobre todas las cosas.

El carácter esencial de las penas irrevocables, es la ineficacia del arrepentimiento; Jesús, pues, jamás dijo que el arrepentimiento nunca hallaria perdon ante Dios. En todas las ocasiones, al contrario, muestra á Dios clemente, misericordioso, pronto á recibir al hijo pródigo á su regreso, bajo el techo paterno. No lo presenta inflexible más que con el pecador endurecido; pero si tiene el castigo en una mano, en la otra tiene siempre el perdon para el culpable, cuando éste vuelve sinceramente hácia él.

No es éste por cierto el retrato de un Dios sin piedad. Así es que hay que notar que Jesús nunca pronunció contra persona alguna, ni aún contra los mayores culpables, una condenacion irremisible.

8.—Todas las religiones primitivas, de acuerdo con el carácter de los pueblos, tuvieron Dioses-guerreros que combatieron mandando los ejércitos. El Jehovah de los Hebreos les daba mil medios para exterminar á sus enemigos; los premiaba con la victoria, ó los cas-

tigaba con la derrota. Según la idea que se formaban de Dios, se creía honrarle ó aplacarle con la sangre de los animales ó de los hombres: de aquí proceden los sacrificios sangrientos, que tan gran papel hicieron en todas las religiones antiguas. Los Judíos habian abolido los sacrificios humanos; los cristianos á pesar de la enseñanza de Cristo, creyeron mucho tiempo honrar al criador entregando por millares á las llamas y á los tormentos, á aquellos quemaban hereges; eran, bajo otra forma, verdaderos sacrificios humanos, puesto que lo hacian para mayor gloria de Dios, y con acompañamiento de ceremonias religiosas. Hoy mismo, invocan todavía al Dios de los ejércitos ántes del combate y le glorifican despues de la victoria, y esto muchas veces por las causas más injustas y más anticristianas.

9.—¡Cuan tardío es el hombre en desprenderse de sus preocupaciones, de sus costumbres, y de sus ideas primeras! cuarenta siglos nos separan de Moisés, y nuestra generacion cristiana vé todavía huellas de los antiguos y bárbaros usos, admitidos, ó al ménos aprobados por la religion actual! ha sido menester el poder de la opinion de los no-orthodoxos, de aquellos apellidados herejes, para concluir cón las hogueras, y hacer comprender la verdadera grandeza de Dios. Pero, á falta de hogueras, las persecuciones materiales y morales están en todo su vigor; tán arraigada está en el hombre la idea de un Dios cruel. Imbuido de sentimientos que se le inculcan desde la niñez ¿puede el hombre admirarse de que el Dios que le representan honrándose por actos bárbaros, condene á tormentos eter-

nos, y vea sin piedad los padecimientos de los condenados?

Sí, son algunos filósofos impíos, en sentir de algunos, los que se escandalizaron al ver el nombre de Dios profanado por actos indignos de él; son aquellos que lo mostraron á los hombres en toda su magnitud, despojándole de las pasiones y de las pequeñeces humanas que le atribuía una creencia poco ilustrada. La religion ganó en dignidad lo que perdió en prestigio exterior; pues si son ménos los hombres adictos á la forma, es mayor el número de los que son con más sinceridad religiosos en su corazón y en sus sentimientos.

Pero, al lado de aquéllos ¡cuántos hay que, quedándose en la superficie, han venido á parar á la negación de toda providencia! Por no haber sabido poner á tiempo las creencias religiosas en armonía con los progresos de la razón humana, han hecho surgir en los unos el deísmo, en los otros la incredulidad absoluta, en otros el panteísmo, es decir que el hombre se hizo Dios á sí mismo por no ver uno bastante perfecto.

Argumentos en apoyo de las penas eternas.

10.—Volvamos al dogma de la eternidad de las penas. El principal argumento que se presenta en favor suyo es el siguiente:

Está admitido entre los hombres, que la gravedad de la ofensa es proporcionada á la condición del ofendido. La que se comete contra un soberano, siendo considerada como más grave que la inferida á un particular, es castigada más severamente. Pues, Dios es más que un soberano; puesto que es infinito, la

ofensa para con él es infinita y debe tener un castigo infinito, es decir, eterno.

REFUTACION.—Una refutacion es un argumento que debe tener su punto de partida, una base en la cual se apoye, premisas, en una palabra. Tomamos estas premisas en los atributos de Dios.

Dios es único, eterno, inmutable, inmaterial, todopoderoso, soberanamente justo y bueno, infinito en todas sus perfecciones.

Es imposible concebir á Dios á no ser con el infinito de las perfecciones; sin lo que no seria Dios, porque se podria concebir un sér que poseyese lo que le faltase. Para que esté sobre todos los séres, es necesario que ninguno pueda sobrepujarle ni igualarle en nada. Tiene que ser, pues, infinito en todo.

Siendo infinitos los atributos de Dios, no son susceptibles ni de aumento, ni de disminucion; sin esto, no serian infinitos y Dios no seria perfecto. Si se segregase la más pequeña partícula de uno solo de estos atributos, no seria Dios, pues que podria existir un sér más perfecto.

El infinito de una cualidad excluye la posibilidad de la existencia de una cualidad contraria, que la disminuya ó anule. Un sér infinitamente bueno no puede tener la más pequeña partícula de maldad, ni el sér infinitamente malo la más pequeña partícula de bondad; lo mismo que un objeto no podria ser absolutamente negro, teniendo el más pequeño viso blanco, ni de un blanco absoluto con la más pequeña mancha negra.

Sentado este punto de partida, al argumento arriba dicho, se oponen los siguientes:

11.—Sólo un sér infinito puede hacer alguna cosa infinita. El hombre, siendo limitado en sus virtudes, en sus conocimientos, en su potencia, en sus aptitudes, en su existencia terrestre, no puede producir sino cosas limitadas.

Si el hombre pudiera ser infinito en lo malo que hace, lo sería igualmente en lo bueno que hace, y entonces sería igual á Dios. Pero si el hombre fuera infinito en lo que hace bueno, no haría mal, porque el bien absoluto es la exclusion de todo mal.

Admitiendo que una ofensa temporal hácia la Divinidad pudiese ser infinita, Dios vengándose de ella con un castigo *infinito*, sería *infinitamente vengativo*; si fuera infinitamente vengativo, no podría ser infinitamente bueno y misericordioso; porque uno de estos atributos es la negacion del otro. Si no fuera infinitamente bueno, no sería perfecto, y si no fuese perfecto, no sería Dios.

Si Dios es inexorable para el culpable arrepentido, no es misericordioso; si no es misericordioso, no es infinitamente bueno.

¿Por qué impondría Dios al hombre como ley el perdón, si él mismo no sabe perdonar? ¿Resultaría de esto que el hombre que perdona á sus enemigos, y les devuelve bien por mal, sería mejor que Dios que se hace sordo al arrepentimiento de aquel que le ha ofendido, y le niega, *eternamente*, el más ligero alivio!

Dios que está en todas partes y lo vé todo, debe ver los tormentos de los condenados. Si es insensible á sus gemidos, durante la eternidad, *eternamente está* falto de piedad; si no tiene piedad, no es infinitamente bueno.

12.—A esto contestaremos: que el pecador que se arrepiente ántes de morir, experimenta la misericordia de Dios, y que entónces el más gran culpable puede encontrar gracia en su presencia.

Esto no se ha puesto en duda; y se concibe que Dios no perdona sino al arrepentimiento, y sea inflexible para con los endurecidos; pero si es misericordioso para con el alma que se arrepiente ántes de haber dejado su cuerpo, ¿por qué no lo es para con la que se arrepiente después de la muerte? ¿Por qué el arrepentimiento no ha de tener eficacia, sino durante la vida que no es más que un instante, y no la ha de tener durante la eternidad, que no tiene fin? Si la bondad y la misericordia de Dios están circunscritas *á un tiempo dado*, no son infinitas, y Dios no es infinitamente bueno.

13.—Dios es soberanamente justo. La soberana justicia no es la justicia más inexorable, ni la que deja toda falta impune; es la que lleva la cuenta más rigurosa del bien y del mal, que recompensa al uno y castiga al otro en la más equitativa proporcion y no se engaña jamás.

Si por una falta temporal, que siempre es resultado de la naturaleza imperfecta del hombre, y á menudo del centro en que se encuentra, el alma puede ser castigada eternamente, sin esperanza de alivio ni de perdón, no hay ninguna proporcion entre la falta y el castigo; luego no hay justicia.

Si el culpable vuelve á Dios, se arrepiente y solicita reparar el mal que ha hecho, vuelve al bien, á

los buenos sentimientos. Si el castigo es irrevocable, esta vuelta al bien es infructuosa; puesto que si no se ha tenido cuenta del bien, no hay justicia. Entre los hombres, el condenado que se enmienda obtiene una conmutacion en su pena, y á veces hasta se le rehabilita. ¡Habria, pues, en la justicia humana mas equidad que en la justicia divina!

Si la condena es irrevocable, el arrepentimiento es inútil; no teniendo que esperar nada el culpable de su vuelta al bien, persiste en el mal; de modo que, no solamente Dios le condena á sufrir perpétuamente, sino que tambien á permanecer en el mal durante la eternidad. Esto no seria ni justicia ni bondad.

14.—Siendo Dios infinito en todas las cosas, debe conocerlo todo, el pasado y el porvenir; debe saber en el momento de la creacion de un alma, si faltará gravemente para ser condenada por una eternidad. Si no lo sabia, su sabiduría no es infinita, y en tal caso no es Dios. Si lo sabia, voluntariamente creó un sér destinado, desde su formacion, á tormentos sin fin, y entonces no es bueno.

Si Dios movido por el arrepentimiento de un condenado puede extender sobre él su misericordia, y *sacarle del infierno*, no hay penas eternas, y el juicio pronunciado por los hombres es revocado.

15.—La doctrina de las penas eternas absolutas, conduce forzosamente á la negacion ó á la disminucion de algunos de los atributos de Dios, y por consecuencia es inconciliable con la perfeccion infinita; por donde vendremos á parar á la siguiente conclusion.!

Si Dios es perfecto, la condenacion eterna no existe; si existe, Dios no es perfecto.

16.—Se invoca tambien en favor del dogma de la eternidad de las penas el argumento siguiente:

«Si la recompensa concedida á los buenos es eterna, debe tener por contrapeso un castigo eterno. ¿Es justo proporcionar el castigo á la recompensa?»

Refutacion.—¿Crea Dios el alma con la mira de hacerla dichosa ó desgraciada? Evidentemente la dicha de la criatura debe ser el objeto de su creacion, pues de otra manera, Dios no seria bueno. Ella consigue la dicha por su propio mérito; adquirido el mérito, no puede perder el fruto, de otro modo degeneraria; la eternidad de la dicha, es pues consecuencia de la inmortalidad.

Pero ántes de llegar á la perfeccion, tiene que sostener luchas, combatir las malas pasiones. No habiéndola Dios creado perfecta, sino *susceptible de llegar á serlo* á fin de que tenga el mérito de sus obras, puede faltar. Sus caídas son las consecuencias de su debilidad natural. Si por una caída debiera ser castigada eternamente, se podria preguntar, ¿por qué Dios no la ha creado más fuerte? El castigo que sufre es una advertencia por haber obrado mal, y que debe tener por resultado volverla al buen camino. Si la pena fuese irremisible, su deseo de obrar mejor, seria superfluo; entónces el fin providencial de la creacion no se podria alcanzar, porque habria seres predestinados á la dicha y otros á la desgracia. Si un alma culpable

se arrepiente, puede llegar á ser buena; pudiendo llegar á ser buena, puede aspirar á la dicha. ¿Seria Dios justo en negarle los medios?

Siendo el bien el objeto final de la creacion, la dicha que es su precio, debe ser eterna; el castigo que es un medio de llegar á aquél, debe ser temporal. La más vulgar nocion de justicia, áun entre los hombres, dice que no se puede castigar perpétuamente al que tiene el deseo y la voluntad de hacer bien.

17.—El último argumento en favor de la eternidad de las penas es el siguiente:

«El temor del castigo eterno es un freno; si se quita, el hombre, no temiendo nada, se entregará á todos los excesos.»

Refutacion.—Este raciocinio seria justo, si la no eternidad de las penas trajese consigo la supresion de toda sancion penal. El estado feliz ó desgraciado en la vida futura, es una consecuencia rigurosa de la justicia de Dios; porque una identidad de situacion entre el hombre bueno y el perverso seria la negacion de esta justicia. Pero no por ser eterno, el castigo es ménos penoso; se le teme tanto más cuanto más se crée en él, y se crée en él tanto más, cuanto es más racional. Una penalidad en la que no se crée, no es un freno, y la eternidad de las penas es de este número.

La creencia en las penas eternas, como lo hemos dicho, ha tenido su utilidad y su razon de ser en cierta época; hoy no solamente no conmueve, sino que hace incrédulos. Antes de sentarla como una necesidad, deberia demostrarse que es real. Seria preciso

sobre todo, que se viese su eficacia en aquellos que la preconizan y se esfuerzan en demostrarla. Desgraciadamente entre éstos, muchos prueban asaz con sus actos, que no se asustan de ella. Si es impotente para reprimir el mal entre los que dicen creer en ella ¿qué imperio puede tener sobre los que no la creen?

Imposibilidad material de las penas eternas.

18.—Hasta aquí el dogma de la eternidad de las penas no ha sido combatido sino por el raciocinio; vamos á mostrarle en contradiccion con los hechos positivos que tenemos á la vista, y á probar su imposibilidad.

Segun este dogma, la suerte del alma queda fijada irrevocablemente despues de la muerte. Es, pues, un juicio definitivo opuesto al progreso. ¿Pero el alma progresa, sí ó nó? Esta es toda la cuestion. Si progresa, la eternidad de las penas es imposible.

¿Puede dudarse de este progreso, cuando se vé la inmensa variedad de aptitudes morales é intelectuales, que existe en la tierra, desde el salvaje hasta el hombre civilizado y la diferencia que presenta un mismo pueblo de un siglo á otro? Si se admite que no son éstas las mismas, es preciso admitir tambien que Dios crea las almas en todos los grados de adelantamiento, segun los tiempos y los lugares; que favorece á las unas, mientras que destina á las otras á una inferioridad perpétua, lo que es incompatible con la justicia que debe ser la misma con todas las criaturas.

19.—Es incontestable que el alma atrasada intelectual y moralmente, como la de los pueblos bárbaros, no puede tener los mismos elementos de dicha, las mismas aptitudes para gozar de los esplendores de lo infinito, como aquella en la que todas las facultades están extensamente desarrolladas. Si pues estas almas no progresan, no pueden, con las condiciones más favorables, gozar perpétuamente más que una dicha, por decirlo así, negativa. Para estar acordes con la rigurosa justicia, venimos á parar á la forzosa consecuencia de que las almas más adelantadas son las mismas que fueron atrasadas, y que han progresado. Pero aquí tocamos la grande cuestion de la *pluralidad de existencias*, como el solo medio racional de resolver la dificultad. Sin embargo, haremos abstraccion de ella, y consideraremos al alma en una sola existencia.

20.—Hé aqui un ejemplo como se ven muchos. Un jóven de veinte años, ignorante, de instintos viciosos, niega á Dios y el alma, se entrega al desórden y comete toda clase de desvíos, y sin embargo, como se encuentra en un centro favorable para su adelanto, trabaja, se instruye, poco á poco se corrige, y finalmente llega á ser piadoso. ¿No es un ejemplo palpable del progreso del alma durante la vida, ejemplo que se repite todos los dias? Este hombre muere en avanzada edad, y naturalmente su salvacion está garantida. Pero ¿cuál hubiera sido su suerte, si un accidente le hubiese hecho morir cuarenta ó cincuenta años más pronto? Estaba en todas las condiciones pro-

pías para ser condenado; pero una vez condenado, su progreso se hallaba detenido. Hé ahí, pues, un hombre salvado, porque ha vivido largo tiempo, y que según la doctrina de las penas eternas, se hubiera perdido para siempre, si hubiese vivido ménos, lo que podia resultar de un accidente fortuito. Una vez que su alma ha podido progresar en un tiempo dado, ¿por qué no habría progresado en el mismo tiempo despues de la muerte, si una causa independiente de su voluntad le hubiera impedido hacerlo durante su vida? ¿Por qué Dios le habría negado los medios? El arrepentimiento, aunque tardío, no hubiera dejado de llegar á tiempo; pero, si desde el instante de su muerte, hubiese sufrido una condena irremisible, su arrepentimiento hubiera sido infructuoso eternamente, y su aptitud para progresar destruida para siempre.

21.—El dogma de la eternidad absoluta de las penas es, pues, inconciliable con el progreso del alma, puesto que le opondria un obstáculo invencible. Estos dos principios se anulan forzosamente el uno al otro; si el uno existe, el otro no puede existir. ¿Cuál de los dos existe? La ley del progreso es patente; esto no es una teoría, es un hecho acreditado por la experiencia; es una ley de la naturaleza, ley divina, imprescindible; pues una vez que existe, y que no puede conciliarse con la otra, es porque la otra no existe. Si el dogma de la eternidad de las penas fuera una verdad, San Agustin, San Pablo y muchos otros, no hubiesen jamás subido al cielo, á haber muerto ántes del progreso que les condujo á su conversion.

A este último aserto, nos arguyen que la conversión de estos santos personajes, no es resultado del progreso del alma, sino de la gracia que les fué acordada y con la cual fueron investidos.

Pero aquí hay un juego de palabras. Si hicieron el mal, y más tarde fueron buenos, es que llegaron á ser mejores; luego progresaron. ¿Acaso Dios, por un favor especial, les concedió la gracia de corregirse? ¿Pues por qué se lo concedió á ellos y á otros nó? Siempre tenemos que la doctrina de los privilegios es incompatible con la justicia de Dios y su amor igual hácia todas sus criaturas.

Segun la doctrina espiritista, acorde con las mismas palabras del Evangelio, con la lógica y la más rigurosa justicia, el hombre es hijo de sus obras; durante esta vida y despues de la muerte, no debe nada al favor; Dios recompensa sus esfuerzos, y castiga su negligencia tanto tiempo como insiste en seguir el mal camino.

La doctrina de las penas eternas: ne es de este tiempo.

22.—La creencia en la eternidad de las penas materiales, ha permanecido como un temor saludable, hasta que los hombres estuviesen en estado de comprender la potencia moral. Tal sucede con los niños á quienes se contiene, durante un tiempo, con la amenaza de ciertos seres quiméricos, con los cuales se les espanta; pero llega un momento en que el niño se dá razon de los cuentos que ha oido en la cuna, y seria absurdo pretender gobernarle por los mismos medios. Si los que le dirijen persistiesen en afirmarle la verdad de

tales fábulas y obligarle á creerlas al pié de la letra, perderian su confianza.

Esta es la humanidad actual; ha salido de la infancia, sacudiendo de su mente las preocupaciones que la ligaban.

El hombre no es aquel instrumento pasivo que se doblegaba bajo la fuerza material, ni aquel sér crédulo que á ojos cerrados, todo lo aceptaba.

23.—La creencia es un acto del entendimiento, por cuya razon no puede imponerse. Si durante un cierto período de la humanidad, el dogma de la eternidad de las penas ha podido ser inofensivo y áun saludable, llega un momento en que viene á ser peligroso. En efecto, desde el instante en que se impone como verdad absoluta, cuando la razon lo rechaza, resulta necesariamente una de estas dos cosas: ó el hombre que quiere creer se forma una creencia más racional, en cuyo caso se separa de vosotros, ó bien no créee en nada. Es evidente, para todo aquel que haya estudiado la cuestion á sangre fria, que en nuestros dias, el dogma de la eternidad de las penas ha hecho más materialistas y ateos que todos los filósofos.

Las ideas siguen un curso incesantemente progresivo; no se puede gobernar á los hombres sino siguiendo este curso; querer detenerle ó hacerle retrogradar, ó simplemente pararse en su carrera, es perderse. Seguir ó no seguir este movimiento es una cuestion de vida ó de muerte para las religiones, así como para los gobiernos. ¿Esto es un bien ó un mal? Seguramente es un mal á los ojos de aquellos que viviendo á expensas de

lo pasado, ven que se les escapa; para los que ven el porvenir, es la ley del progreso que es la misma ley de Dios, y contra las leyes de Dios toda resistencia es inútil; luchar contra su voluntad, es anonadarse.

¿Por qué, pues, querer sostener á la fuerza una creencia que cae en desuso, y que en definitiva hace más mal que bien á la religion? Ay! triste es tener que decir que la cuestion material domina en este caso la cuestion religiosa. Esta creencia ha sido extensamente explotada con la idea errónea, de que con dinero podia hacerse abrir las puertas del cielo, y preservarse del infierno. Las sumas que ha producido y que produce todavía, son incalculables; es el impuesto provisional sobre el miedo de la eternidad. Siendo facultativo este impuesto, el producto es proporcionado á la creencia; si la creencia no existe, el producto es nulo. El niño dá de buena gana, la golosina al que le promete espantar al duende; pero cuando el niño no cree en el duende, guarda la golosina.

24.—La nueva revelacion, dando ideas más sanas de la vida futura, y probando que puede salvarse el hombre por sus propias obras, debe encontrar una oposicion tanto más viva, cuanto agota una fuente muy importante de productos. Así sucede cada vez que un descubrimiento ó una invencion viene á cambiar las costumbres. Los que viven de los antiguos usos, predicen y desacreditan los nuevos, aunque sean más económicos. ¿Se crée, por ejemplo, que la imprenta, á pesar de los servicios que debia prestar á la humani-

dad, debió ser aclamada por la numerosa clase de los copistas? Nó, ciertamente; debieron maldecirla. Así ha acontecido con otros respecto de las máquinas, caminos de hierro y otras cien cosas.

A los ojos de los incrédulos, el dogma de la eternidad de las penas, es una cuestion fútil de la que se rien; á los ojos del filósofo, tiene una gravedad social por los abusos á que da lugar; el hombre verdaderamente religioso vé la dignidad de la religion interesada en la destruccion de estos abusos y de su causa.

Ezequiel contra la eternidad de las penas y el pecado original.

25.—A los que pretenden encontrar en la Biblia la justificacion de la eternidad de las penas, se les pueden oponer textos contrarios de la misma que no dan lugar á ninguna duda. Las palabras siguientes de Ezequiel, son la negacion más explicita no sólo de las penas irremisibles, sino de la responsabilidad que la falta del Padre del género humano, habia hecho recaer sobre su raza.

1. *El Señor me habla nuevamente y me dice.*

—2. *¿De dónde viene que os sirvais entre vosotros de esta parábola y que la hayais sentado como proverbio en Israel: Los padres, decís, han comido racimas verdes y los dientes de los hijos se resienten de ello?—3. Juro por mi mismo, dice el Señor Dios que esta parábola no será proverbio entre vosotros en Israel;—4. Porque todas las almas son mías, el alma del hijo es mía como*

el alma del padre; el alma que ha pecado morirá por sí misma.

5. Si un hombre es justo, si obra según la equidad y la justicia;—7. Si no entristece ni oprime á nadie; si vuelve á su deudor la prenda que le habia dado; si no toma con violencia los bienes de otro; si dá su pan al que tiene hambre; si cubre con vestidos á los que están desnudos;—8. si no presta á usura y no recibe más que lo que ha dado; si aparta su mano de la iniquidad, y si pronuncia un juicio equitativo entre dos hombres que pleitean;—9. si marcha en el camino de mis preceptos, y guarda mis ordenanzas para obrar según la verdad; ese será justo, ciertamente vivirá dice el Señor Dios.

10. Si este hombre tiene un hijo que sea un ladrón y que derrame sangre ó que cometa una de estas faltas;—13. Este hijo morirá ciertamente, pues que ha hecho todas estas acciones detestables y su sangre caerá sobre su cabeza.

14. Si este hombre tiene un hijo que viendo todos los crímenes, que su padre habia cometido, se llene de terror y se guarde bien de imitarle;—17. Este hijo no morirá por causa de la iniquidad de su padre, sino que ciertamente vivirá;—18. Su padre que habia oprimido á los otros por medio de sus calumnias y que habia cometido acciones criminales en su pueblo está muerto á causa de su propia iniquidad.

19. Si decís: ¿por qué el hijo no se ha llevado la iniquidad de su padre? Es porque el hijo ha

obrado segun la equidad y la justicia; porque ha guardado todos mis preceptos y los ha practicado: por esto vivirá muy ciertamente.

20. *El alma que ha pecado morirá por si misma: «El hijo no llevará la iniquidad del padre, y el padre no llevará la iniquidad del hijo;» la justicia del justo estará sobre él y la impiedad del impio estará sobre él.*

21. *Si el impio hace penitencia de todos los pecados que habia cometido; si guarda todos mis preceptos, y si obra segun la equidad y la justicia, vivirá ciertamente y no morirá.—22. «No me acordaré de todas las iniquidades que habia cometido; vivirá en las obras de justicia que habrá hecho.»—23. ¿Acaso quiero yo la muerte del impio? dice el Señor Dios ¿no quiero más bien que se convierta y que se retire de sus extravíos y que viva? (Ezequiel, cap. XXVIII.)*

Decidles estas palabras: Juro por mi mismo, dice el Señor Dios, que no quiero la muerte del impio, sino que quiero que se convierta, que deje sus extravíos y que viva. (Ezequiel, cap. XXXIII, v. 11.)

CAPÍTULO VII.

LAS PENAS FUTURAS SEGUN EL ESPIRITISMO.

La carne es débil.—Orígenes de la doctrina espiritista sobre las penas futuras.—Código penal de la vida futura.

La carne es débil.

Hay inclinaciones viciosas que son evidentemente inherentes al espíritu, porque tienen más relación con la gran parte moral que con la física; otras más bien parecen consecuencia del organismo, y por este motivo, uno se cree ménos responsable; tales son las predisposiciones á la cólera, á la indolencia, á la sensualidad, etc.

Se reconoce hoy perfectamente por los filósofos espiritualistas, que los órganos cerebrales, correspondiendo á las diversas aptitudes, deben su desarrollo á la actividad de su espíritu y que así, este desarrollo es un efecto y no una causa. Un hombre, no es músico, porque tenga la protuberancia de la música, sino que tiene esta protuberancia, porque su espíritu es músico.

Si la actividad del espíritu obra sobre el cerebro, debe obrar igualmente sobre las otras partes del organismo. De este modo el espíritu es el artífice que arregla su propio cuerpo, por decirlo así, á fin de amoldarle á sus necesidades y á la manifestación de sus

tendencias. Sentado esto, la perfeccion del cuerpo de las razas adelantadas, no será producto de creaciones distintas, sino resultado del trabajo del espíritu, que perfecciona su instrumento á medida que sus facultades aumentan.

Por una consecuencia natural de este principio, las disposiciones morales del espíritu deben modificar las cualidades de la sangre, darle más ó menos actividad, provocar secrecion más ó menos abundante de bílis ú otros flúidos. Así es, por ejemplo, que al gloton se le llena la boca de agua á la vista de un bocado apetitoso. En este caso, no es el bocado el que puede sobreexcitar el órgano del gusto, puesto que no hay contacto, sino el espíritu que obra en virtud de la sensibilidad que se le ha despertado, con la accion del pensamiento, sobre este órgano, miéntras que en otro, la vista de aquel bocado no produce ningun efecto. Por la misma razon, una persona sensible derrama lágrimas fácilmente; la abundancia de las lágrimas no dá la sensibilidad al espíritu, sino que la sensibilidad del espíritu provoca la secrecion abundante de las lágrimas. El organismo bajo el impulso de la sensibilidad, se ha apropiado esta disposicion normal del espíritu, como se ha apropiado la del espíritu del gloton.

Siguiendo este órden de ideas, se comprende que un espíritu iracundo debe propender al temperamento bilioso; de lo que se deduce que un hombre no es colérico porque sea bilioso, sino que es bilioso porque es colérico. Lo mismo sucede en cuanto á las otras disposiciones instintivas. Un espíritu perezoso é indolente, dejará su organismo en un estado de atonía en

relacion con su carácter, mientras que si es activo y enérgico, dará á su sangre y á sus nervios cualidades muy diferentes. Es tan evidente la accion del espíritu sobre la parte física, que se vén á menudo producirse graves desórdenes por efecto de violentas conmociones morales. La expresion vulgar: *La emocion le ha cambiado la sangre*, no está tan desnuda de sentido como podria creerse; ¿pero quién ha podido cambiar la sangre, sino las disposiciones morales del espíritu?

Se puede, pues, admitir que el temperamento es, al ménos en parte, determinado por la naturaleza del espíritu, que es la causa y no el efecto. Decimos en parte, porque hay casos en que lo físico influye ciertamente sobre lo moral. Esto sucede, cuando un estado mórbido ó anormal se determina por una causa externa, accidental, independiente del espíritu, como la temperatura, el clima, los vicios hereditarios de constitucion, un mal estar pasagero, etc., etc. Entónces puede estar afectada la moral del espíritu en sus manifestaciones por el estado patológico, sin que su naturaleza intrínseca se modifique.

Excusarse de sus defectos por la debilidad de la carne, no es más que un subterfugio para eludir la responsabilidad. *La carne sólo es débil, porque el espíritu es débil*, lo que destruye la excusa y deja al espíritu la responsabilidad de sus actos. La carne no tiene pensamiento, ni voluntad, no prevalece jamás sobre el espíritu, que es el sér pensante y voluntarioso; el espíritu es quien dá á la carne las cualidades correspondientes á sus instintos, como un ar-

tista imprime á su obra material el sello de su génio. El espíritu, emancipado de los instintos de la bestialidad, se compone un cuerpo que no es un tirano para sus aspiraciones hácia la espiritualidad de su sér; entónces es cuando el hombre come para vivir, porque vivir es una necesidad; pero no vive para comer.

Queda, pues, entera la responsabilidad moral de los actos de la vida; pero la razon dice que las consecuencias de esta responsabilidad deben estar en relacion con el desarrollo intelectual del espíritu; cuanto más ilustrado es, ménos excusa tiene, porque con la inteligencia y el sentido moral nacen las nociones del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto.

Esta ley explica el mal resultado de la medicina en ciertos casos. Desde luego que el temperamento es un efecto y no una causa, los esfuerzos hechos para modificarle se hallan necesariamente paralizados por las disposiciones morales del espíritu, que opone una resistencia inconsciente y neutraliza la accion terapéutica. Es preciso, pues, obrar sobre la primera causa. Dad, si es posible, ánimo al medroso, y vereis cesar los efectos fisiológicos del miedo.

Esto prueba, repito, la necesidad en que está el arte de curar, de tomar en cuenta la accion del elemento espiritual sobre el organismo. (*Revista Espiritista*, Marzo, 1869, p. 65.)

Orígenes de la doctrina espiritista sobre las penas futuras

La doctrina espiritista, en lo que concierne á las penas futuras, no se funda en una teoría preconcebida como en sus otras partes no es un sistema susti-

tuido á otro sistema: en todas las cosas se apoya en observaciones, y esto es lo que constituye su autoridad. Ninguno ha imaginado que las almas despues dela muerte, vengan á encontrarse en tal ó cual situacion; los mismos séres que han dejado la tierra, son los que vienen hoy á iniciarnos en los misterios de la vida futura, á describir su posicion feliz ó desgraciada, sus impresiones y su trasformacion despues de la muerte del cuerpo; en una palabra, á completar sobre este punto la enseñanza de Cristo.

No se trata aquí de la relacion de un solo Espiritu que podria ver las cosas desde su punto de vista, bajo un solo aspecto, ó estar todavía dominado por las preocupaciones terrestres, ni de una revelacion hecha á un solo individuo, que podria dejarse engañar por las apariencias, ni de una *vision extática* que se presta á las ilusiones y no es muchas veces más que á resultado de una imaginacion exaltada, (1) sino de innumerables ejemplos suministrados por todas las categorías de Espíritus, desde lo alto hasta lo más bajo de la escala, con ayuda de innumerables intermediarios diseminados sobre todos los puntos del globo, de tal modo, que la revelacion no es privilegio de *nadie*, sino que cada uno está en disposicion de ver y de observar, y nadie está obligado á creer sobre su palabra á otro.

Código penal de la vida futura.

El Espiritismo no viene, pues, con su autoridad privada, á formular un código de fantasía; su ley, por lo

(1) Véase más arriba, cap. vi, núm. 7; y Libro de los Espíritus, núms. 443, 444,

que toca al porvenir del alma, deducida de las observaciones tomadas en el hecho, puede resumirse en los puntos siguientes.

1.º El alma ó Espíritu sufre en la vida espiritual las consecuencias de todas las imperfecciones, de que no se ha despojado durante la vida corporal. Su estado dichoso ó desgraciado es inherente al grado de su depuracion ó de sus imperfecciones.

2.º La dicha perfecta es inherente á la perfeccion, esto es, á la depuracion completa del Espíritu. Toda imperfeccion es á la vez una causa de sufrimiento y de goce, de la misma manera que toda cualidad adquirida es una causa de goce y atenuacion de los sufrimientos.

3.º «No hay una sola imperfeccion del alma que no lleve consigo sus consecuencias molestas é inevitables, y ni una sola buena cualidad que no sea origen de un goce.»

La suma de penas es, de este modo, proporcional á la suma de imperfecciones, de la misma manera que la suma de goces está en razon de la suma de buenas cualidades.

El alma que tiene, por ejemplo, diez imperfecciones sufre más que la que no tiene sino tres ó cuatro; cuando de estas diez imperfecciones no le quede más que la cuarta parte ó la mitad, sufrirá menos, y cuando no le quede ninguna, no sufrirá ya, y será enteramente dichosa. Así sucede en la tierra con aquel que, teniendo muchas enfermedades, sufre más que el que no tiene más que una ó que no tiene nin-

guna. Por la misma razón el alma que posee diez cualidades tiene más goces que la que posee menos.

4.º En virtud de la ley del progreso, teniendo el alma la posibilidad de adquirir el bien que le falta y de deshacerse de lo que tiene malo, según sus esfuerzos y voluntad, se desprende que el porvenir no está cerrado á ninguna criatura. Dios no repudia á ninguno de sus hijos, recibéndolos en su seno, á medida que alcanzan la perfección, y dejando así á cada uno el mérito de sus obras.

5.º El sufrimiento, siendo indispensable á la imperfección, como el goce á la perfección, el alma lleva consigo misma su propio castigo en todas partes donde se encuentre; no hay necesidad para esto de un lugar circunscrito. Donde hay almas que sufren, está el infierno, así como el cielo está en todas partes donde hay almas dichosas.

6.º El bien y el mal que se hace son producto de las buenas y malas cualidades que se poseen. No hacer el bien, cuando se está en disposición de hacerlo, es resultado de una imperfección. Si toda imperfección es una causa de sufrimiento, el espíritu debe sufrir, no sólo por todo el mal que ha hecho, sí que también por todo el bien que pudo hacer y no hizo durante su vida terrestre.

7.º El espíritu sufre por el mismo mal que hizo, de modo, que *estando su atención incesantemente dividida entre las consecuencias de este mal*, comprende mejor los inconvenientes y es excitado á corregirse de ellas.

8.º Siendo infinita la justicia de Dios, lleva una

cuenta rigurosa del bien y del mal; si no hay una sola mala acción, un solo mal pensamiento que no tenga sus consecuencias fatales, no hay una sola buena acción, un solo movimiento bueno del alma, el más ligero mérito, en una palabra, que sea perdido, *aun en los más perversos, porque constituye un principio de progreso.*

9.º Toda falta cometida, todo mal realizado es una deuda que se ha contraído y que debe ser pagada; si no lo es en una existencia, lo será en la siguiente ó siguientes, porque todas las existencias son solidarias las unas de las otras. Aquel que ha pagado en la existencia presente, no tendrá que pagar segunda vez.

10.º El Espíritu sufre la pena de sus imperfecciones, ora en el mundo espiritual, ora en el mundo corporal. Cuantas miserias, cuantas vicisitudes se sufren en la vida corporal, son consecuencias de nuestras imperfecciones, ó expiaciones de faltas cometidas, yá sea en la existencia presente, yá sea en las precedentes.

Por la naturaleza de los sufrimientos y de las vicisitudes que se pasan en la vida corporal, se puede juzgar de la naturaleza de las faltas cometidas en una precedente existencia, y de las imperfecciones que son causa de ellas.

11.º La expiación varía según la naturaleza y gravedad de la falta; así es que la misma falta puede dar lugar á expiaciones diferentes, según las circunstancias atenuantes ó agravantes con que se cometió.

12.º No hay ninguna regla absoluta y uniforme

en cuanto á la naturaleza y duracion del castigo; la única ley general es que toda falta recibe su castigo, y toda accion buena su recompensa, *segun su valor*.

13.º La duracion del castigo está subordinada á la mejora del Espíritu culpable. No se pronuncia contra él ninguna condena por un tiempo determinado. Lo que Dios exige para poner término á los sufrimientos, es una mejora seria, efectiva, y una vuelta sincera al bien.

De este modo el Espíritu es siempre árbitro de su propia suerte; puede prolongar sus sufrimientos por su persistencia en el mal, endulzarlos ó abreviarlos por sus esfuerzos en hacer el bien.

Una condena por un tiempo determinado cualquiera tendria dos inconvenientes; el de seguir castigando al espíritu que se mejoró, ó cesar cuando éste persevera todavía en el mal. Dios, que es justo, castiga el mal *mientras existe*; cesa de castigar *cuando el mal no existe* (1); ó, si se quiere, siendo el mal moral por sí mismo una causa de sufrimiento, éste dura tan largo tiempo como el mal subsiste; su intensidad disminuye á medida que el mal se debilita.

14.º Estando subordinada la duracion del castigo á la mejora, resulta de esto que el Espíritu culpable que no se mejorára nunca, sufriría siempre, y que para él, la pena seria eterna.

15.º Una condicion inherente á la inferioridad de los espíritus, es la de no ver el término de su situacion

(1) Véase más arriba, cap. VI, n.º 25, cita de Ezequiel.

y creer que sufrirán siempre. Para ellos es un castigo que les parece debe ser eterno (1).

16.º El *arrepentimiento*, es el primer paso hácia la mejora, pero no es suficiente, es precisa aún la *expiacion y reparacion*. *Arrepentimiento, expiacion y reparacion* son las tres condiciones necesarias para borrar las huellas de una falta y sus consecuencias.

El arrepentimiento endulza los dolores de la expiacion, puesto que dá la esperanza y prepara los caminos de la rehabilitacion, pero *sólo* la reparacion puede anular el efecto destruyendo la causa; *el perdon es una gracia y no una anulacion*.

17.º El arrepentimiento puede tener lugar en todas partes y en cualquier tiempo; si es tardío, el culpable sufre mucho más tiempo.

Consiste la expiacion en los sufrimientos físicos y morales, que son consecuencia de la falta cometida, sea en esta vida, ó despues de la muerte en la vida espiritual, sea en una nueva existencia corporal hasta que queden borradas las huellas de la falta.

La reparacion consiste en hacer bien á aquel á quien se hizo daño. Aquel que no repare en esta vida las faltas cometidas, por impotencia ó falta de voluntad, en una existencia ulterior, se hallará en contac-

(1) Perpétuo es sinónimo de *eterno*. Dicese: el limite de las nieves perpétuas; los hielos eternos de los polos; tambien se dice el secretario perpétuo de la Academia, lo cual no significa, que lo será perpétuamente, sino por un tiempo *ilimitado*. *Eterno y perpétuo* se emplean, pues, en el sentido de *indeterminado*. En esta acepcion, puede decirse que las penas son eternas, si se entiende que no tienen una duracion limitada; eternas son para el espíritu que no vé su fin.

to con las mismas personas á quienes habrá perjudicado y en condiciones escogidas por él mismo, que le faciliten probarles la buena voluntad de hacerles tanto bien como mal les habia hecho ántes.

Todas las faltas no ocasionan siempre un perjuicio directo y efectivo; en este caso, la reparacion se verifica, haciendo aquello que debia hacerse y no se ha hecho, cumpliendo los deberes descuidados ó desconocidos, las misiones en que se ha faltado; practicando el bien en contra del mal hecho anteriormente, esto es, siendo humilde, si ántes era orgulloso, dulce si duro, caritativo si egoista, benévolo si malévolos, laborioso si perezoso, útil si inútil, sóbrio si disoluto, de buen ejemplo, si malo, etc.

Así es cómo el espíritu progresa, aprovechando su pasado (1).

(1) La necesidad de la reparacion es un principio de rigurosa justicia, que puede considerarse como la verdadera ley de rehabilitacion moral de los Espíritus. Es una doctrina que ninguna religion ha proclamado aún.

Sin embargo, algunas personas la rechazan; porque hallarian más cómodo borrar sus malas acciones con un sencillo arrepentimiento, que no cuesta más que palabras ayudadas por algunas fórmulas; libres son de creerse satisfechas; más tarde verán si esto les basta. Preguntéseles si ese principio no está consagrado por la ley humana, y si la justicia de Dios es inferior á la de los hombres. ¿Se darian por satisfechos de un individuo que, habiéndoles arruinado por abuso de confianza, se limitase á decir que lo siente infinitamente? ¿Por qué retroceden ante una obligacion, que todo hombre honrado se cree en el deber de cumplir en la medida de sus fuerzas?

Quando esta perspectiva de la reparacion se inculque en la creencia de las masas, será un freno mucho más poderoso que el del infierno y de las penas eternas; porque se refiere á la actualidad de la vida, y el hombre comprenderá la razon de ser de las circunstancias penosas en que se encuentra colocado.

18.º Los espíritus imperfectos están excluidos de los mundos dichosos, en los cuales turbarian la armonía; permanecen en los mundos inferiores, donde por medio de las tribulaciones de la vida expian sus faltas y se purifican de sus imperfecciones, hasta que merezcan ser encarnados en los mundos más adelantados moral y físicamente.

Si puede concebirse un lugar de castigo circunscrito, es el de los mundos de expiación, porque á su alrededor pululan los espíritus imperfectos desencarnados esperando una nueva existencia que, permitiéndoles reparar el mal que han hecho, coopere á su adelantamiento.

19.º Como el espíritu tiene siempre su libre albedrío, algunas veces es lenta su mejora, y muy tenaz su obstinacion en el mal. Puede persistir en él años y siglos; pero llega siempre un momento en que su persistencia en desafiar la justicia de Dios cede ante el sufrimiento, y á pesar de su falso orgullo, reconoce la potencia superior que le domina. Desde que se manifiestan en él los primeros resplandores del arrepentimiento, Dios le hace entrever la esperanza.

Ningun espíritu se halla en tal condicion, que no pueda mejorarse nunca; de otro modo, estaria destinado fatalmente á una eterna inferioridad y fuera de la ley del progreso, que rige infalible á todas las criaturas.

20.º Cualesquiera que sean la inferioridad y la perversidad de los Espíritus, *Dios no les abandona jamás*. Todos tienen su ángel guardian que vela por ellos, expia los movimientos de su alma y se es-

fuerza en suscitar en ellos buenos pensamientos, y el deseo de progresar y de reparar en una nueva existencia el mal que han hecho. Sin embargo, el guía protector obra lo más á menudo de una manera oculta, sin ejercer ninguna presion. El Espíritu debe mejorarse *por el hecho de su propia voluntad*, y no á consecuencia de una fuerza cualquiera. Obra bien ó mal en virtud de su libre alvedrio, pero sin ser fatalmente inducido en un sentido ó en otro. Si hace mal, sufre sus consecuencias tanto tiempo como permanece en el mal camino; luego que dá un paso hacia el bien, siente inmediatamente los efectos.

Observacion.—Seria un error el creer que en virtud de la ley del progreso, la certeza de que ha de llegar tarde ó temprano á la perfeccion y á la dicha, puede ser una excitacion para que persevere en el mal, dejando el arrepentimiento para más tarde: en primer lugar, porque el Espíritu inferior no vé el término de su situacion; en segundo, porque el Espíritu, siendo el artífice de su propia desgracia, acaba por comprender que de él depende el hacerla cesar, y que cuanto más persista en el mal, durará más tiempo su desgracia: que su sufrimiento durará siempre, si él mismo no le pone un término. Este seria, pues, un cálculo falso, cuya primera víctima seria él. Si al contrario, segun el dogma de las penas irremisibles, le ha sido cerrada toda esperanza, persevera en el mal; porque no tiene ningun interés en volver al bien que no le es de utilidad.

Ante esta ley cae igualmente la objecion sacada de la presciencia divina. Dios, al crear un alma, sabe

en efecto, si en virtud de su libre alvedrío, tomará el bueno ó mal camino; sabe que será castigada, si obra mal; pero sabe tambien que este castigo temporal es un medio de hacerla comprender su error y de hacerla entrar en la buena senda, á donde llegará tarde ó temprano. Segun la doctrina de las penas eternas, se sabe que desfallecerá, y que por anticipado está condenada á tormentos sin fin.

21.º Cada uno sólo es responsable de sus faltas personales; ninguno sufre por las faltas de otro, á ménos que no haya dado lugar, yá provocándolas con su ejemplo, ó no impediéndolas cuando tenia poder para ello.

Así es, por ejemplo, que el suicida es siempre castigado; pero aquel que con su conducta, empuja á un individuo á la desesperacion, y de ahí á matarse, sufre una pena todavia más grande.

22.º Aunque la diversidad de los castigos sea infinita, los hay que son inherentes á la inferioridad de los Espíritus, y cuyas consecuencias, salvo los matices, son casi idénticas.

El castigo más inmediato, entre aquellos sobre todo que se han aferrado á la vida material, despreciando el progreso espiritual, consiste en la lentitud de la separacion del alma y del cuerpo, en las angustias que acompañan á la muerte y al despertar en la otra vida, en la duracion de la turbacion que puede durar meses y años. Entre los que, por el contrario, tienen la conciencia pura, que se han identificado en su vida con la vida espiritual, y desprendido de las cosas ma-

teriales, la separacion es rápida, sin sacudidas, el despertar apacible y la turbacion casi nula.

23.º Un fenómeno muy frecuente tiene lugar entre los Espíritus de cierta inferioridad moral, que consiste en creerse todavía vivos, y esta ilusion puede prolongarse por muchos años, durante los cuales sienten todas las necesidades, todos los tormentos y todas las perplexidades de la vida.

24.º Para el criminal la vista incesante de sus victimas y de las circunstancias del crimen, son un cruel suplicio.

25.º Ciertos Espíritus están sumerjidos en densas tinieblas; otros en un aislamiento absoluto en medio del espacio, atormentados por la iguorancia de su posicion y de su suerte. Los más culpables sufren tormentos indecibles, tanto más punzantes cuanto más lejos ven su término. Muchos están privados de la vista de los séres que les son queridos. Todos generalmente sufren con una intensidad relativa los males, los dolores y las necesidades que han hecho sufrir á los otros, hasta que el *arrepentimiento* y el deseo de la *reparacion* vienen á darles un consuelo, haciéndoles entrever la posibilidad de poner, *por si mismos*, un término á esta situacion.

26.º Es un suplicio para el orgulloso ver á mayor altura, en la gloria, apreciados y acariciados, á los que habia menospreciado en la tierra, mientras que él es relegado á la última clase; para el hipócrita, el verse traspasado por la luz que pone á descubierto sus más recónditos pensamientos, que todo el mundo puede leer, sin medio alguno para ocultarse y disimular; pa-

ra el sensual el tener todas las tentaciones, todos los deseos, sin poder satisfacerlos; para el avaro el ver su oro malgastado, y no poderlo evitar; para el egoísta, el ser abandonado por todo el mundo, y el sufrir todo lo que los otros han sufrido por él; tendrá sed y nadie le dará de beber; tendrá hambre y nadie le dará de comer; ninguna mano amiga vendrá á apretar la suya; ninguna voz compasiva vendrá á consolarle; *no ha pensado más que en él durante su vida, nadie piensa en él, ni le compadece despues de su muerte.*

27.º El medio de evitar ó de atenuar las consecuencias de los defectos en la vida futura, es el de deshacerse de ellos lo más pronto posible en la vida presente; el de reparar el mal para no tener que repararle en adelante de una manera más terrible. Cuanto más tarda en deshacerse de sus defectos, más penosas son las consecuencias, y más rigurosa la reparacion que se debe cumplir.

28.º La situacion del Espiritu desde su entrada en la vida espiritual, es la que se ha preparado por medio de la vida corporal. Más tarde, se le dá otra encarnacion, para la expiacion y reparacion por nuevas pruebas; pero las aprovecha poco ó mucho en virtud de su libre alvedrío; si no se corrige, tiene que volver á empezar la tarea cada vez en condiciones más penosas, de suerte *que aquel que sufre mucho en la tierra, puede decir que tenia mucho que expiar:* los que gozan de una dicha aparente, á pesar de sus vicios y su inutilidad, que estén ciertos que lo pagarán caro en una existencia ulterior. En este sentido, dijo Jesús: «Bienaventurados los afligidos, porque se-

rán consolados.» (*El Evangelio segun el Espiritismo*, Cap. V.)

29.º La misericordia de Dios es infinita, sin duda; pero no es ciega. El culpable, á quien perdona, no queda descargado, y hasta que no haya satisfecho la justicia, sufre las consecuencias de sus faltas. Por misericordia infinita, es preciso entender que Dios no es inexorable, y deja siempre abierta la puerta de la vuelta al bien.

30.º Las penas, siendo temporales y subordinadas al arrepentimiento y á la reparacion que dependen de la libre voluntad del hombre, son á la vez castigos y *remedios* que deben ayudar á cicatrizar las heridas, que ocasiona el mal. Los Espíritus en castigo son, pues, no como los condenados á presidio por un tiempo, sino como enfermos en el Hospital, que sufren por la enfermedad que es á menudo consecuencia de su falta, y de los medios curativos dolorosos que necesitan, pero que tienen la esperanza de curar, y que curan tanto más pronto cuanto mejor sigan las prescripciones del médico, que vela por ellos con anhelo. Si prolongan los sufrimientos por su falta, no es culpa del médico.

31.º A las penas que el Espíritu sufre en la vida espiritual, se añaden las de la vida corporal, que son consecuencia de las imperfecciones del hombre, de sus pasiones, del mal empleo de sus facultades y la expiacion de sus faltas presentes y pasadas. En la vida corporal es cuando el espíritu repara el mal de sus anteriores existencias, poniendo en práctica las resoluciones tomadas en la vida espiritual. Así se explican

las miserias y vicisitudes que á primera vista parece no tienen razon de ser y son enteramente justas, desde el momento en que son en compensacion del pasado y sirven para nuestro progreso. (1)

32.º Dicen algunos, ¿no probaria Dios mayor amor hácia sus criaturas, creándolas infalibles y por consecuencia exentas de las vicisitudes inherentes á la imperfeccion?

Hubiera sido preciso para esto, que crease séres perfectos, que no tuvieran que adquirir nada ni en conocimientos ni en moralidad. Sin ninguna duda puede hacerlo; si no lo ha hecho, es porque en su sabiduría ha querido que el progreso fuese la ley general.

Los hombres son imperfectos, y como tales están sujetos a vicisitudes más ó ménos penosas; éste es un hecho que es preciso aceptar, puesto que existe. Inferir de él que Dios no es bueno ni justo, seria una rebeldía contra Dios.

Habria injusticia, si hubiera creado séres privilegiados más favorecidos los unos que los otros, gozando sin trabajo de la dicha que otros consiguen con pena, ó no pudiendo conseguirla jamás. Pero donde resplandece su justicia, es en la igualdad absoluta que preside á la creacion de todos los Espíritus; todos tienen un mismo punto de partida; no hay ninguno que en su formacion, tenga mayores dotes que los otros; ninguno cuya marcha ascendente se le facilite por excepcion;

(1) Véase más arriba, cap. vi, *el Purgatorio*, números 3 y siguientes; y despues, cap. xx: *Ejemplos de expiaciones terrestres*.—*El Evangelio segun el Espiritismo*, cap. v: *Bienaventurados los aflijidos*.

los que han llegado al fin han pasado como los otros por las pruebas sucesivas y la inferioridad.

¿Admitiendo esto ¿qué más justo que la libertad de acción dejada á cada uno? El camino de la felicidad está abierto para todos; las condiciones para alcanzarla, son las mismas para todos; la ley gravada en la conciencia se enseña á todos. Dios ha hecho de la dicha *el precio del trabajo y no del favor*, á fin de que indudablemente tuviesen el mérito de ella; cada uno es libre de trabajar ó de no hacer nada para su adelantamiento; el que trabaja mucho y pronto, es más pronto recompensado; el que se extravía en la ruta ó pierde su tiempo, retarda su llegada, y no puede culpar sino á sí mismo. El bien y el mal son voluntarios y facultativos; siendo el hombre libre, no es impulsado fatalmente ni hácia el uno, ni hácia el otro.

33.º A pesar de los diferentes géneros y grados de sufrimientos de los Espíritus imperfectos, el código penal de la vida futura puede reasumirse en los tres principios siguientes:

El sufrimiento es inherente á la imperfeccion.

Toda imperfeccion y toda falta que la motiva, lleva consigo su propio castigo, por sus consecuencias naturales é inevitables, como la enfermedad es consecuencia de los excesos, el fastidio, de la ociosidad, sin que sea necesaria una condena especial para cada falta y cada individuo.

Pudiendo el hombre deshacerse de sus imperfecciones por su voluntad, evita los males que son su consecuencia y puede asegurar su felicidad futura.

Tal es la ley de la justicia divina: A cada uno segun sus obras así en el cielo como en la tierra.

CAPÍTULO VIII.

LOS ÁNGELES.

Los ángeles segun la Iglesia.—Refutacion.—Los ángeles segun el Espiritismo.

Los ángeles segun la Iglesia,

1.—Todas las religiones han tenido ángeles, bajo diversos nombres, esto es, seres superiores á la humanidad, intermediarios entre Dios y los hombres. El materialismo, negando toda existencia espiritual fuera de la vida orgánica, ha colocado naturalmente á los ángeles entre las ficciones y las alegorías. La creencia en los ángeles forma parte esencial de los dogmas de la Iglesia; hé aquí como los define. (1)

2.—«Nosotros creemos firmemente, dice un Concilio general y ecuménico, (2) que no hay más que un »solo Dios verdadero, eterno é infinito, el cual *al principio del tiempo*, formó toda criatura de la nada, la »espiritual y la corporal, la angélica y la mundana, y »en seguida formó, como medio entre las dos, la naturaleza humana, compuesta de cuerpo y de espíritu.

(1) Tomamos este resumen de la pastoral de Monseñor Gousset, cardenal arzobispo de Reims, para la cuaresma de 1864. Se la puede pues, considerar así como la referente á los demonios, procedente del mismo origen y citada en el capítulo siguiente, como la última expresión del dogma de la Iglesia sobre este punto.

(2) Concilio de Letran.

»Tal es, según la fé, el plan divino en la obra de la
»creacion; plan majestuoso y completo, como conve-
»nia á la sabiduría eterna. Así concebido, presenta el
»sér á nuestros pensamientos en todos los grados y en
»todas las condiciones. En la esfera más elevada, apa-
»recen la existencia y la vida puramente espiritual,
»en la mas baja, la puramente material; y en el me-
»dio, separándolas, una maravillosa union de las dos
»sustancias, una vida comun á la vez al espíritu in-
»teligente y al cuerpo orgánico.

»Nuestra alma es de una naturaleza simple é indi-
»visible; pero es limitada en sus facultades. La idea que
»tenemos de la perfeccion, nos hace comprender que
»puede haber otros séres simples como ella y superio-
»res por sus cualidades y privilegios. Ella es grande y
»noble; pero está asociada á la materia, servida por
»frálgiles órganos, limitada en su accion y en su po-
»tencia. ¿Por qué no ha de haber otras naturalezas más
»nobles aún, libres de esta esclavitud y de estas trabas,
»dotadas de una fuerza más grande y de una activi-
»dad incomparable? ¿Antes que Dios colocara al hom-
»bre en la tierra para conocerle, amarle y servir-
»le, ¿no pudo llamar á otras criaturas para componer su
»córte celeste, y para adorarle en la morada de su
»gloria? Dios, en fin, recibe de las manos del hombre
»el tributo de honor y el homenaje de este universo;
»¿es extraño que reciba de las manos del ángel el in-
»cienso y la oracion del hombre? Si pues los ángeles no
»existiesen, la grande obra del Creador no tendria el
»coronamiento y la perfeccion de que era susceptible;
»este mundo que atestigua su omnipotencia, no seria

»la obra maestra de su sabiduría; nuestra misma razon
»aunque frágil y débil, podria fácilmente concebirle
»más completo y más acabado.

»En cada página de los libros sagrados del antiguo
»y del nuevo Testamento, se hace mencion de estas
»sublimes inteligencias, en invocaciones piadosas, ó
»en rasgos históricos. Su intervencion aparece mani-
»fiestamente en la vida de los patriarcas y de los pro-
»fetas. Dios se sirve de su ministerio, unas veces para
»intimar su voluntad, otras para anunciar los aconte-
»cimientos futuros; hace de ellas casi siempre los ór-
»ganos de su justicia ó de su misericordia. Su presen-
»cia se halla mezclada en las diversas circunstancias
»del nacimiento, de la vida y de la pasion del Salva-
»dor; su recuerdo es inseparable del de los grandes
»hombres y de los hechos más importantes de la anti-
»güedad religiosa. Se encuentra tambien en el seno
»del politeismo y bajo las fábulas de la mitología; por-
»que la creencia de que se trata, es tan antigua y tan
»universal como el mundo; el culto que rendian los
»paganos á los buenos y á los malos génius, no era
»más que una falsa aplicacion de la verdad, un resto
»degenerado del dogma primitivo.

»Las palabras del Santo Concilio de Letran, contie-
»nen una distincion fundamental entre los ángeles y
»los hombres. Ellas nos enseñan que los primeros son
»puros Espíritus, mientras que los últimos están com-
»puestos de un cuerpo y un alma; esto es que la na-
»turaleza angélica se sostiene por sí misma, no sola-
»mente sin mezcla, sino tambien sin asociacion real
»posible con la materia, por ligera y sutil que se la

»suponga; mientras que nuestra alma, igualmente es-
»piritual está asociada á un cuerpo de manera que no
»forma con él mas que una sola y misma persona, y
»*tal es esencialmente su destino.*

»Mientras dure esta union tan íntima del alma con
»el cuerpo, estas dos sustancias tienen una vida co-
»mun, y ejercen la una sobre la otra una influencia
»recíproca: el alma no puede librarse enteramente de
»la condicion imperfecta que de esto resulta para ella;
»sus ideas le llegan por los sentidos, por la compara-
»cion de los objetos exteriores, y siempre bajo imáge-
»nes más ó ménos aparentes. De ahí se sigue que no
»puede contemplarse á sí misma, y que no puede re-
»presentarse á Dios y los ángeles sin suponerles algu-
»na forma visible y palpable. Por esto los ángeles,
»para hacerse ver de los santos y de los profetas, han
»debido recurrir á figuras corporales; pero estas figu-
»ras no son más que cuerpos aéreos, ó atributos sim-
»bólicos en relacion con la mision de que estaban en-
»cargados.

»Su sér y sus movimientos no están localizados y
»circunscritos en un punto fijo y limitado del espacio.
»No estando adheridos á ningun cuerpo, no pueden ser
»detenidos y limitados, como lo somos nosotros, por
»otros cuerpos; no ocupan ningun sitio, y no llenan
»ningun vacío; pero del mismo modo que nuestra alma
»está completa, en nuestro cuerpo y en cada una de
»sus partes, del mismo modo lo están ellos en todos los
»puntos y en todas las partes del mundo; más rápidos
»que el pensamiento, pueden en un abrir y cerrar de
»ojos, estar en todas partes y obrar por sí mismos,

»sin otros obstáculos á sus intentos, que la voluntad
»de Dios y la resistencia de la libertad humana.

»Mientras nosotros estamos reducidos á ver poco á
»poco, y hasta cierto punto nada más, las cosas que
»están fuera de nosotros, y las verdades del orden so-
»brenatural nos aparecen como un enigma y en un es-
»pejo, siguiendo la expresion del apóstol San Pablo,
»ellos ven sin esfuerzo lo que les conviene saber, y es-
»tán en relacion inmediata con el objeto de su pensa-
»miento. *Sus conocimientos no son resultado de*
»*la induccion y del raciocinio*, sino de esa intui-
»cion clara y profunda que abraza todo el género y
»las especies que derivan de éste, los principios y las
»consecuencias que de ellos dimanar.

»La distancia de los tiempos, la diferencia de los
»lugares, la multiplicacion de los objetos no pueden
»producir ninguna confusion en su espíritu.

»La esencia divina siendo infinita, es incomprensi-
»ble; tiene misterios y arcanos que no pueden pene-
»trarse. Los designios particulares de la Providencia les
»están ocultos; pero les revela el secreto cuando les
»encarga, en ciertas circunstancias, anunciarlos á los
»hombres.

»Las comunicaciones de Dios con los ángeles, y de
»los ángeles entre sí, no se hacen como entre nosotros
»por medio de sonidos articulados y otros signos sen-
»sibles. Las puras inteligencias no tienen necesidad de
»los ojos para ver, ni de los oidos para oir; tampoco
»tienen el órgano de la voz para manifestar sus pen-
»samientos; este intermediario habitual de nuestras
»conversaciones no les es necesario; pero comunican

»sus sentimientos de una manera que les es propia, y
 »enteramente espiritual. Para ser comprendidos les
 »basta quererlo.

»Dios sólo conoce el número de los ángeles. Este
 »número, sin duda, no puede ser infinito, y no lo es;
 »pero según los autores sagrados y los santos docto-
 »res, es muy considerable y verdaderamente prodigio-
 »so. Si es natural proporcionar el número de habitan-
 »tes del cielo y del espacio, es mucho más grande que
 »el de los hombres.

»Puesto que la magestad de los reyes consiste en el
 »esplendor del número de sus súbditos, de sus oficiales
 »y de sus servidores, ¿qué hay más propio, para darnos
 »una idea del Rey de los reyes, que esta multitud in-
 »numerable de ángeles que pueblan el cielo y la tierra,
 »el mar y los abismos, y la dignidad de los que perma-
 »necen *sin César prosternados ó de pié ante su trono?*»

»Los Padres de la Iglesia y los teólogos enseñan
 »generalmente, que los ángeles están distribuidos en
 »tres grandes gerarquías ó principados, y cada ge-
 »rarquía en tres compañías ó coros.

»Los de la primera y más alta gerarquía, se desig-
 »nan en relación con las funciones que desempeñan
 »en el cielo. Los unos se llaman *Serafines*, porque
 »están ante Dios abrasados en el fuego de la caridad;
 »otros *Querubines*, porque son un reflejo luminoso
 »de su sabiduría; y otros *Tronos* ó coros, porque pro-
 »claman su grandeza y la hacen resplandecer.

»Los de la segunda gerarquía reciben sus nombres
 »de las operaciones que se les atribuyen en el gobier-

»no general del universo; éstos son: las *Dominaciones*, que señalan á los ángeles de las órdenes inferiores, sus misiones y sus cargos; los *Virtudes*, que cumplen los prodigios, reclamados por los grandes intereses de la Iglesia y del género humano; las *Potencias*, que protejen con su fuerza y su vigilancia las leyes que rigen el mundo físico y moral.

»Los de la tercera categoría, están encargados de la direccion de las sociedades y de las personas; son: los *Principados*, que se ocupan de los reinos, provincias y diócesis; los *Arcángeles*, que transmiten los mensajes de alta importancia; los *Ángeles guardianes*, que nos acompañan, velando por nuestra seguridad, y nuestra santificacion.»

Refutacion.

3.—El principio general que descuella en esta doctrina, es que los ángeles son séres puramente espirituales, anteriores y superiores á la humanidad, *criaturas privilegiadas destinadas á la dicha suprema y eterna, desde su formacion*, adornadas por su misma naturaleza de todas las virtudes y de todos los conocimientos, sin haber hecho nada para adquirirlos. Están en el primer rango en la obra de la creacion; en el último, está la vida puramente material, y entre las dos la humanidad formada de las almas, séres espirituales, inferiores á los ángeles, unidos á cuerpos materiales.

Muchas dificultades capitales surgen de este sistema. ¿Cuál es desde luego esa vida puramente material? ¿Se trata de la materia bruta? Pero la materia

bruta es inanimada y no tiene vida por sí misma. ¿Se quiere hablar de las plantas y de los animales? Este sería entonces un cuarto orden en la creacion, porque no se puede negar que hay más inteligencia en el animal que en la planta, y en ésta que en una piedra. En cuanto al alma humana que es la transicion, está unida directamente á un cuerpo que sólo es materia bruta, porque sin alma, no hay vida, como sucede en un pedazo de tierra.

En esta division falta evidentemente la claridad, y no concuerda con la observacion; se parece á la teoría de los cuatro elementos, destruida por los progresos de la ciencia. Admitamos sin embargo, estos tres términos: la criatura espiritual, la criatura humana y la criatura corporal; tal es, se dice, el plan divino, plan magestuoso y completo, como convenia á la sabiduría eterna. Observemos, desde luego, que entre estos tres términos no hay ninguna trabazon necesaria; son tres creaciones distintas, formadas sucesivamente; de la una á la otra hay solucion de continuidad; mientras que en la naturaleza todo se encadena, todo nos demuestra una admirable ley de unidad, en la cual todos los elementos, que sólo son trasformaciones unos de otros, tienen su lazo de union. Esta teoría es verdadera, en el sentido de que estos tres términos existen evidentemente; sólo que es incompleta: faltan en ella los puntos de contacto, como es fácil demostrar.

4.—Estos tres puntos culminantes de la creacion son, dice la Iglesia, necesarios á la armonía del conjunto; si hay uno solo de ménos, la obra es incompleta,

y no está conforme con la sabiduría eterna. Sin embargo, uno de los dogmas fundamentales de la religion dice que la tierra, los animales, las plantas, el sol, las estrellas, la misma luz, han sido creados y sacados de la nada, hace seis mil años. Antes de esta época, no habia pues ni criatura humana, ni criatura corporal; durante la pasada eternidad, la obra divina era, pues, imperfecta. La fijacion de la edad del universo en seis mil años, es un artículo de fé tan capital, como que hace pocos años que la ciencia era anatematizada, porque destruia la cronología bíblica, que probaba la alta antigüedad de la tierra y de sus habitantes.

Sin embargo, el concilio de Letran, concilio ecuménico que hace ley en materia de ortodoxia, dice: «*Nosotros creemos firmemente* que no hay más que un solo Dios verdadero, eterno é infinito, el cual al principio del tiempo sacó á la vez de la nada, una y otra criatura, la espiritual y la corporal.» El *principio del tiempo* no puede entenderse sino de la eternidad trascurrida, porque el tiempo es infinito como el espacio; no tiene principio ni fin. Esta expresion: el *principio del tiempo*, es una figura que implica la idea de una anterioridad ilimitada. El concilio de Letran crée, pues, *firmente* que las criaturas espirituales y las criaturas corporales han sido formadas simultáneamente y sacadas *juntamente* de la nada en una época indeterminada en lo pasado. ¿Qué viene á ser, pues, el texto bíblico que fija esta creacion en seis mil años de nuestros dias? Admitiendo que sea este el principio del universo visible, no es seguramente el del tiempo. ¿A quién hemos de creer, al concilio ó á la Biblia?

5.—El mismo concilio formula además una extraña proposición: «Nuestra alma, dice, igualmente espiritual, está asociada al cuerpo de manera que no forma con él, mas que una sola y misma persona, y *tal es esencialmente su destino.*» Si el destino *esencial* del alma es el estar unida al cuerpo, esta unión constituye su estado normal, es su objeto, su fin, pues que tal es su *destino*. Sin embargo, el alma es inmortal y el cuerpo es mortal, su unión con el cuerpo no tiene lugar más que una sola vez, según la Iglesia, y aunque tal unión fuese de un siglo, ¿qué sería esto en comparación de la eternidad? Pero para un gran número, es apenas de algunas horas; ¿de qué utilidad puede ser para el alma, esta unión efímera? Cuando en la eternidad, su más larga duración es un tiempo imperceptible ¿será exacto decir que su *destino es el estar esencialmente ligada al cuerpo*? Esta unión no es en realidad más que un incidente, un punto en la vida del alma, y no su estado esencial.

Si el destino esencial del alma es estar unida á un cuerpo material; si, por su naturaleza y según el objeto providencial de su creación, esta unión es necesaria á las manifestaciones de sus facultades, es preciso concluir que *sin el cuerpo, el alma humana es un ser incompleto*; pero, para quedar como es, por su destino, después de haber dejado un cuerpo, es necesario que vuelva á tomar otro, lo que nos conduce á la pluralidad forzosa de las existencias, ó dicho de otra manera: á la reencarnación perpétua. Es verdaderamente extraño que un concilio que se tiene como una de las lumbreras de la Iglesia, haya confundido hasta

este punto el sér espiritual y el sér material, que no pueden de ningun modo existir el uno sin el otro, pues que la condicion esencial de su creacion es el estar unidos.

6.—El cuadro gerárquico de los ángeles nos enseña que muchas categorías tienen, en sus atribuciones, el gobierno del mundo físico y de la humanidad, y que fueron creadas con este fin. Pero, según el Génesis, el mundo físico y la humanidad sólo hace seis mil años que existen; ¿qué hacían, pues, estos ángeles antes de ese tiempo, durante la eternidad, puesto que el objeto de sus ocupaciones no existía? ¿Los ángeles fueron creados de toda eternidad? Así debe ser, puesto que sirven para la glorificación del Altísimo. Si Dios los hubiera creado en una época determinada cualquiera, hasta entonces, esto es, durante una eternidad no hubiera tenido quien le adorase.

7.—Se dice más arriba: *Mientras* dura esta union tan íntima del alma con el cuerpo; ¿puede llegar un momento en que esta union no exista? Esta proposicion contradice á la que hace de esta union el destino esencial del alma.

Se ha dicho también: «Las ideas le llegan por los sentidos, por la comparacion de los objetos exteriores. Esta es una doctrina filosófica en parte verdadera, pero no en el sentido absoluto. Es, según el eminente teólogo, una condicion inherente á la naturaleza del alma, el no recibir las ideas sino por los sentidos; olvida las ideas innatas, las facultades á veces tan tras-

cedentales, la intuición de las cosas que el niño trae al nacer y que no debe á ninguna instruccion. ¿Por qué sentido esos jóvenes pastores, calculadores naturales que han admirado á los sábios, han adquirido las ideas necesarias para la solucion, casi instantánea, de los problemas más complicados? Se puede decir otro tanto de ciertos músicos, pintores y lingüistas precoces.

«Los conocimientos de los ángeles no son resultado de la induccion y del raciocinio;» saben, porque son ángeles, sin tener necesidad de aprender; Dios los ha creado tales: el alma, al contrario, debe aprender. Si el alma no recibe las ideas sino por los órganos corporales ¿cuales son las que puede tener el alma del niño muerto al cabo de algunos dias, admitiendo con la Iglesia que no renazca?

8.—Aquí se presenta una cuestion vital: ¿El alma adquiere ideas y conocimientos despues de la muerte del cuerpo? Si una vez separada del cuerpo, no puede adquirir nada, la del niño, la del salvaje, la del imbecil, la del idiota, la del ignorante, permanecerá siempre lo que era á la hora de la muerte; está destinada á una perpétua nulidad.

Si adquiere nuevos conocimientos despues de la vida actual, puede progresar. Sin el progreso ulterior del alma, iremos á parar á consecuencias absurdas; con el progreso, llegaremos á la negacion de todos los dogmas fundados en su estado estacionario: la suerte irrevocable, las penas eternas, etc. Si progresa, ¿dónde se detiene el progreso? No hay nin-

guna razon para que no alcance el grado de los ángeles ó puros Espíritus. Si puede llegar á él, no habia ninguna necesidad de crear seres especiales y privilegiados, exentos de todo trabajo, y gozando de la dicha eterna, sin haber hecho nada para conquistarla, mientras que otros seres ménos favorecidos no obtienen la suprema felicidad, sino al precio de largos y crueles sufrimientos y de las más rudas pruebas. Dios lo puede hacer, sin duda, pero si se admite lo infinito de sus perfecciones, sin las cuales no hay Dios, es preciso admitir tambien que no hace nada inútil, ni nada que desmienta la soberana justicia y la soberana bondad.

9.—«Puesto que la magestad de los reyes toma su esplendor del número de sus súbditos, de sus oficiales y de sus servidores, ¿qué hay más propio para darnos una idea de la magestad del Rey de los reyes que esta multitud innumerable de los ángeles, que pueblan *el cielo y la tierra, el mar y los abismos*, y la dignidad de los que permanecen *sin cesar prosternados ó de pié* ante su trono?»

¿No es rebajar la divinidad, asimilar su gloria al fausto de los soberanos de la tierra? Esta idea inculcada en el espíritu de las masas ignorantes, falsea la opinion que se forma de su verdadera grandeza; es reducir siempre á Dios á las mezquinas proporciones de la humanidad, suponerle la necesidad de tener millones de adoradores *sin cesar prosternados ó de pié* ante él; es atribuirle las debilidades de los monarcas déspotas y orgullosos del Oriente. ¿Qué es lo que hace á los soberanos verdaderamente grandes? ¿El número y esplendor

dor de sus cortesanos? Nó; es su bondad y su justicia, es el merecido título de padres de sus súbditos. Se nos pregunta si hay alguna cosa más propia para darnos una idea de la magestad de Dios, que la multitud de ángeles que componen su córte. Sí, ciertamente, hay algo mejor que eso; y es concebirle todas sus criaturas soberanamente bueno, justo y misericordioso, y nó como un Dios colérico, celoso, vengativo, inexorable, exterminador, parcial, creando para su propia gloria séres privilegiados, favorecidos de todos los dones, nacidos para la eterna felicidad, miéntras que á los otros les hace pagar cara la dicha castigando un momento de error con una eternidad de suplicios.

10.—El Espiritismo profesa, respecto de la union del alma y del cuerpo, una doctrina infinitamente más *espiritualista* por no decir *ménos materialista*, que además tiene la ventaja de estar más conforme con la observacion y con el destino del alma. Segun lo que nos enseña, el alma es independiente del cuerpo, que no es más que una envoltura corporal; *su esencia es la espiritualidad; su vida normal es la vida espiritual*. El cuerpo es sólo un instrumento para el ejercicio de sus facultades en sus relaciones con el mundo material; pero separada de este cuerpo, goza de sus facultades con más libertad y expansion.

11.—Su union con el cuerpo, necesaria en sus primeros desarrollos, no tiene lugar sino en el período que puede llamarse de su infancia y adolescencia; cuando alcanza cierto grado de perfeccion y de des-

materializacion, esta union no es necesaria, y el alma sólo progresa por la vida del espíritu. Además, por numerosas que sean las existencias corporales, son necesariamente limitadas para la vida del cuerpo, y su suma total no comprende, en todo caso, sino una imperceptible parte de la vida espiritual, que es indefinida.

Los ángeles segun el Espiritismo.

12.—No puede dudarse de que hay seres dotados de todas las cualidades atribuidas á los ángeles. La revelacion espiritista confirma sobre este punto la creencia de todos los pueblos; pero además nos hace conocer la naturaleza y origen de esos seres.

Las almas ó Espíritus son creados sencillos é ignorantes, esto es, sin conocimiento y sin conciencia del bien y del mal, pero aptos para adquirir todo lo que les falta y lo adquieren por el trabajo: el fin, que es la perfeccion, es el mismo para todos; llegan á él más ó menos pronto en virtud de su libre alvedrío y en razon de sus esfuerzos; todos tienen los mismos grados que recorrer; el mismo trabajo que realizar; Dios no señala una parte, ni mayor ni más fácil á los unos que á los otros, porque todos son sus hijos, y siendo justo, no tiene preferencia por ninguno. El les dice: «Hé aquí la ley que debe ser vuestra regla de conducta; ella sola puede conducirnos al fin; todo lo que está conforme á esta ley es el bien, todo lo que es contrario á ella es el mal. Sois libres de observarla ó de infringirla, y así sereis los árbitros de vuestra propia suerte.» Dios no ha creado pues el mal; todas sus leyes son

para el bien; el mismo hombre es quien crea el mal, infringiendo las leyes de Dios; si las observase escrupulosamente, no se apartaría jamás del buen camino.

13.—Pero el alma, en las primeras fases de su existencia, lo mismo que el niño, tiene falta de experiencia; por esto es falible. Dios no la dá, pero le dá los medios de adquirirla; cada paso en falso en el camino del mal, es un atraso; sufre las consecuencias; y aprende á sus costas lo que debe evitar. Así es como poco á poco se desenvuelve, se perfecciona y adelanta en la gerarquía espiritual, hasta que haya llegado al estado de puro *espíritu* ó de *ángel*. Los ángeles, son, pues, las almas de los hombres que han alcanzado el grado de perfeccion concedida á la criatura, y gozan de la plenitud de la felicidad prometida. Antes de haber conseguido el grado supremo, gozan de una dicha relativa á su adelantamiento; pero esta dicha no consiste en la ociosidad, sino en las funciones que Dios tiene á bien confiarles, y que se tienen por dichosos en cumplir, porque sus ocupaciones son un medio de progreso. (Véase cap. III. El Cielo.)

14.—La humanidad no está limitada á la tierra; ocupa los innumerables mundos que circulan en el espacio; ha ocupado los que han desaparecido, y ocupará los que se formen. Dios ha creado desde la eternidad, y crea sin cesar. Mucho tiempo, pues, ántes que la tierra existiese, por antigua que se la suponga, hubo en otros mundos Espíritus encarnados que recorrieron las mismas etapas que nosotros, Espíritus de for-

macion más reciente, recorremos en este momento, y que llegaron al fin, áun ántes de que nosotros hubiésemos salido de las manos del Criador. Desde la eternidad ha habido, pues, ángeles ó puros Espíritus; pero su existencia humanitaria se pierde en lo infinito del pasado, y es para nosotros como si siempre hubiesen sido ángeles.

15.—Así se encuentra realizada la grande ley de unidad de la creacion; Dios no ha estado jamás inactivo; siempre ha tenido Espíritus puros experimentados é iluminados, para transmitirles sus órdenes y para la direccion de todas las partes del universo, desde el gobierno de los mundos hasta los más ínfimos detalles. No ha tenido, pues, necesidad de crear seres privilegiados exentos de cargas; todos, antiguos ó nuevos, han conquistado sus grados en la lucha y por su propio mérito; todos en fin son hijos de sus obras. Así se cumple igualmente la soberana justicia de Dios.

CAPITULO IX.

LOS DEMONIOS.

Origen de la creencia en los demonios.—Los demonios segun la Iglesia.—Los demonios segun el Espiritismo.

Origen de la creencia en los demonios.

1.—En todas las épocas han hecho los demonios un gran papel en las diversas teogonías; aunque decaidos considerablemente en la opinion general, la importancia que todavía se les atribuye en nuestros dias, dá á esta cuestion cierta gravedad, porque toca al mismo fondo de las creencias religiosas; así es que consideramos útil examinarla con el desarrollo que permite.

La creencia en una potencia superior es instintiva en los hombres, y por esto se la encuentra bajo diferentes formas en todas las edades del mundo. Pero si en el grado de adelantamiento intelectual á que han llegado hoy, discuten aún sobre la naturaleza y los atributos de esta potencia, ¡cuánto más imperfectas debian ser sus nociones respecto á este objeto en la infancia de la humanidad!

2.—El cuadro que se nos representa de la inocencia de los pueblos primitivos, en contemplacion ante las hermosuras de la naturaleza, en la cual admiran la bondad del Criador, es sin duda poético, pero falta en él la realidad.

Cuanto más se acerca el hombre al estado de naturaleza, más domina en él el instinto, como se observa todavía en los pueblos salvajes y bárbaros de nuestros días; lo que más le preocupa, ó que le ocupa exclusivamente, es la satisfacción de las necesidades materiales; porque no tiene otras. El sentido que puede hacerle accesible á los goces puramente morales, no se desenvuelve sino á la larga y gradualmente; el alma tiene su infancia, su adolescencia y su virilidad, como el cuerpo humano; pero para alcanzar la virilidad que la pone en disposición de comprender las cosas abstractas, ¡cuántas evoluciones no debe efectuar en la humanidad! ¡cuántas existencias no tiene que cumplir!

Sin remontarnos á las primeras edades, vemos alrededor nuestro las gentes de nuestras campiñas, y preguntamos ¡qué sentimientos de admiración despiertan en ellos el esplendor del sol cuando sale, la bóveda estrellada, el gorgceo de las aves, el murmullo de las espumosas olas, las praderas esmaltadas de flores! Para ellos sale el sol, porque tiene la costumbre de hacerlo, y con tal de que dé bastante calor para madurar las cosechas, y no para quemarlas, están satisfechos; si miran el cielo, es para saber si el día siguiente será bueno ó malo; que canten las aves ó nó, poco les importa con tal de que no coman el trigo; á las melodías del ruiseñor, prefieren el cacareo de las gallinas y el gruñido de los puercos; piden que los rios claros ó cenagosos, no se sequen y que no les inunden, que las praderas les den buena yerba, con flores ó sin ellas; esto es todo lo que desean, digamos

más, todo lo que comprenden de la naturaleza, ¡y sin embargo, están ya lejos de los hombres primitivos!

3.—Si nos referimos á estos últimos, les vemos más exclusivamente preocupados en la satisfaccion de las necesidades materiales; lo que sirve para la satisfaccion de las mismas, y lo que puede dañarlas, reasume para ellos el bien y el mal en este mundo. Creen en una potencia extra-humana; pero como lo que les causa un perjuicio material es lo que más les afecta, lo atribuyen á esta potencia, de la que, por otra parte, se forman una idea muy vaga. No pudiendo todavía concebir nada fuera del mundo visible y tangible, se la figuran residiendo en los seres y cosas que les son nocivas. Los animales dañinos son pues para ellos los representantes naturales y directos de aquélla. Por la misma razon han visto la personificacion del bien en las cosas útiles; de ahí el culto tributado á ciertos animales, á ciertas plantas, y áun á objetos inanimados. Pero el hombre es generalmente mas sensible al mal que al bien; el bien le parece natural, miéntras que el mal le afecta más; ésta es la causa de que en todos los cultos primitivos, las ceremonias en honor de la potencia maléfica fueron más numerosas; el miedo domina á la gratitud.

Durante largo tiempo el hombre sólo comprendió el bien y el mal físicos; el sentimiento del bien y del mal moral marca un progreso en la inteligencia humana; sólo entónces el hombre entrevé la espiritualidad, y comprende que la potencia sobrehumana está fuera del mundo visible y no en las cosas mate-

riales. Esta fué la obra de algunas inteligencias escogidas, pero que no pudieron sin embargo, salvar ciertos límites.

4.—Como se veía una lucha incesante entre el bien y el mal, y que éste dominaba á menudo; como, por otra parte, no se podía admitir racionalmente que el mal fuese obra de una potencia benéfica, se dedujo de esto la existencia de dos potencias rivales que gobernaban el mundo. De ahí nació la doctrina de los dos principios: el del bien y el del mal, doctrina lógica para esta época, porque el hombre era todavía incapaz de concebir otra y de penetrar la esencia del sér supremo. ¿Cómo podía comprender que el mal no es más que un estado momentáneo de donde puede salir el bien, y que los males que le afligen deben conducirle á la dicha auxiliando su adelantamiento? Los límites de su horizonte moral nada le permitían ver fuera de la vida presente, no podía comprender, ni que hubiera progresado, ni que progresaría individualmente; y áun ménos que las vicisitudes de la vida, fuesen resultado de la imperfeccion del sér espiritual que está en él, que preexiste y sobrevive al cuerpo, y se depura en una série de existencias, hasta que haya alcanzado la perfeccion. Para comprender el bien que puede salir del mal, no debe verse una sola existencia; es preciso abrazar el conjunto: sólo entónces aparecen las verdaderas causas y sus efectos.

5.—El doble principio del bien y del mal, fué du-

rante largos siglos, y bajo diferentes nombres, la base de todas las creencias religiosas. Se personificó bajo los nombres de Oromaze y Arimane entre los Persas, de Jehovah y de Satanás entre los Hebreos. Pero como todo soberano debe tener ministros, todas las religiones admiran potencias secundarias ó génios buenos ó malos. Los paganos los personificaron en multitud innumerable de individualidades, teniendo cada una atribuciones especiales para el bien y para el mal, para los vicios y para las virtudes, y á las cuales dieron el nombre genérico de Dioses. Los Cristianos y los Musulmanes heredaron de los Hebreos los ángeles y los demonios.

6.—La doctrina de los demonios tiene, pues, su origen en la antigua creencia de los dos principios del bien y del mal. No vamos á examinarla aquí sino bajo el punto de vista cristiano, y para ver si está en relación con el conocimiento más exacto que tenemos hoy de los atributos de la divinidad.

Estos atributos son el punto de partida, la base de todas las doctrinas religiosas; los dogmas, el culto, las ceremonias, los usos, la moral, todo está en relación con la idea más ó menos exacta, más ó menos elevada que se tiene de Dios, desde el fetichismo hasta el cristianismo. Si la esencia íntima de Dios es aún un misterio para nuestra inteligencia, nosotros, sin embargo, lo comprendemos mejor que no lo ha sido jamás, gracias á las doctrinas de Cristo. El Cristianismo, conforme en esto con la razón, nos dice que:

Dios es único, eterno, inmutable, inmaterial,

todo poderoso, soberanamente justo y bueno, infinito en todas sus perfecciones.

Lo hemos dicho en otra parte (capítulo VII, *Penas eternas*): «Si se quitara la más pequeña parte de uno solo de los atributos de Dios, no sería Dios, porque podría existir un sér mas perfecto.» Estos atributos, en su plenitud más absoluta, son el criterio de todas las religiones, la medida de la verdad de cada uno de los principios que enseñan. Para que uno de estos principios sea verdadero, es preciso que no ataque á ninguna de las perfecciones de Dios. Veamos si sucede lo mismo con la doctrina vulgar de los demonios.

Los demonios segun la Iglesia.

7.—Segun la Iglesia, *Satanás*, el gefe ó el rey de los demonios, no es una personificación alegórica del mal, sino un *sér real*, que hace exclusivamente el mal, mientras que Dios hace exclusivamente el bien. Tomémosle, pues, tal como nos lo dán.

¿Satanás es eterno como Dios, ó posterior á Dios? Si es eterno es *increado*, y por consecuencia igual á Dios. Dios entónces no es único; hay el Dios del bien y el Dios del mal.

¿Es posterior? Entónces es una criatura de Dios. Puesto que no hace más que el mal, que es incapaz de hacer el bien y arrepentirse, Dios ha creado un sér dedicado al mal perpétuamente. Si el mal no es obra de Dios, sino de una de sus criaturas predestinada á hacerle, Dios es siempre su primer autor, y entónces no es infinitamente bueno. Lo mismo puede

decirse de todos los seres malos llamados demonios.

Tal ha sido durante largo tiempo la creencia sobre este punto. Hoy se dice (1):

«Dios que es la bondad y la santidad por esencia, no
 »los creó malos ni maléficos. Su mano paternal, que
 »se complace en derramar sobre todas sus obras un
 »reflejo de sus perfecciones infinitas, les colmó de los
 »mayores dones. A las cualidades eminentísimas de su
 »naturaleza, añadió las larguezas de su gracia; les
 »hizo en todo semejantes á los Espíritus sublimes que
 »gozan de gloria y felicidad; repartidos en todos sus
 »órdenes y mezclados en todos sus categorías, tenían
 »el mismo fin y los mismos destinos; su jefe fué el
 »más bello de los arcángeles. Hubieran podido merecer
 »del mismo modo, la confirmacion para siempre en la
 »justicia, y ser admitidos á gozar eternamente de la
 »dicha de los cielos. Este último favor hubiera sido el
 »colmo de todos los otros favores de que eran objeto;
 »pero debia ser el precio de su docilidad, y se hicieron indignos de él; lo perdieron por una rebelion
 »atrevida é insensata.

»¿Cuál ha sido el escollo de su perseverancia? ¿Qué
 »verdad han desconocido? ¿Qué acto de fé y de adora-
 »cion han rehusado á Dios? *La Iglesia y los anales
 »de la historia santa no lo dicen de una manera*

(1) Las siguientes citas han sido extractadas de la pastoral del Eminentísimo Cardenal Goussét, arzobispo de Reims, para la cuaresma de 1865. En razon del mérito personal y de la posicion del autor, se puede considerar como la última expresion de la Iglesia sobre la doctrina de los demonios.

»positiva, pero *parece cierto* que no se han con-
 »formado ni con la mediacion del Hijo de Dios, ni
 »con la exaltacion de la naturaleza humana con Jesu-
 »cristo.

»El Verbo divino, por quien todas las cosas han
 »sido hechas, es tambien el único mediador y salva-
 »dor, en el cielo y en la tierra. El fin sobrenatural no
 »se ha dado á los ángeles y á los hombres, sino en
 »prevision de su encarnacion y de sus méritos; porque
 »no hay ninguna proporcion entre las obras de los Es-
 »píritus más eminentes y esta recompensa, que no es
 »otra sino el mismo Dios; ninguna criatura habria po-
 »dido llegar á él sin esta intervencion maravillosa y
 »sublime de caridad. Pero para considerar la distan-
 »cia infinita que separa la esencia divina de las obras
 »de sus manos, era preciso que reuniese en su persona
 »los dos extremos y que asociase á su divinidad la na-
 »turaleza del ángel ó la del hombre; é hizo eleccion de
 »la naturaleza humana.

»Este designio, concebido desde la eternidad, fué
 »manifestado á los ángeles, mucho tiempo ántes de su
 »cumplimiento; el Hombre-Dios les fué mostrado en el
 »porvenir como Aquel que debia confirmarles en gra-
 »cia é introducirles en la gloria, con la condicion de que
 »le adorarian en la tierra durante su mision, y en el
 »cielo por los siglos de los siglos. ¡Revelacion inespere-
 »rada, maravillosa vision para los corazones genero-
 »sos y reconocidos, pero misterio profundo, abruma-
 »dor para los Espíritus soberbios! ¡Este fin sobrenatu-
 »ral, este inmenso cúmulo de gloria que se les pro-
 »ponia, no seria, pues, la sola recompensa de sus mé-

»ritos personales! ¡Jamás podrian atribuirse á sí mis-
 »mos los títulos y la posesion! ¡Un mediador entre
 »ellos y Dios! ¡qué injuria hecha á su dignidad! ¡La
 »preferencia gratuita acordada á la naturaleza huma-
 »na! ¡qué injusticia! ¡Qué ataque contra sus derechos!
 »¿Esta humanidad que les es tan inferior, la verán, un
 »dia, deificada por su union con el Verbo, y sentada
 »á la derecha de Dios, sobre un trono resplandeciente?
 »¿Consentirán en ofrecerle eternamente sus homena-
 »jes y sus adoraciones?

«Lucifer y la tercera parte de los ángeles sucum-
 »bieron á estos pensamientos de orgullo y de celos.
 »San Miguel y con él el mayor número, exclamaron:
 »¿Quién como Dios? ¡El es dueño de sus dones y el so-
 »berano Señor de todas las cosas. ¡Gloria á Dios y al
 »Cordero que será inmolado por la salvacion del mun-
 »do! Pero el jefe de los rebeldes, olvidando que era
 »deudor á su Criador de su nobleza y de sus preroga-
 »tivas, no escucha más que su temeridad, y dice: Soy
 »yo mismo quien subirá al cielo; estableceré mi mo-
 »rada sobre los astros; me sentaré en la montaña de
 »la alianza, en los flancos del Alquilon; dominaré las
 »nubes más elevadas, y seré semejante al Altísimo.
 »Los que participaban de sus sentimientos acogieron
 »sus palabras con un murmullo de aprobacion; y de
 »éstos los habia en todos los órdenes de la gerarquía;
 »pero su multitud no les puso al abrigo del castigo.»

Esta doctrina promueve muchas objeciones:

1.º Si Satanás y los demonios eran ángeles, eran perfectos; ¿cómo siendo perfectos pudieron faltar y desconocer hasta tal punto la autoridad de Dios, en pre-

sencia del cual se encontraban? Se concebiria tambien que si no hubiesen llegado á este punto eminente más que gradualmente, y despues de haber pasado por la escala de la imperfeccion, hubiesen podido tener un retroceso sensible, pero lo que no se comprende es que nos los representan como habiendo sido creádos perfectos.

La consecuencia de esta teoría es la siguiente: Dios quiso crearles séres perfectos, puesto que les habia colmado de todos los dones, y se equivocó; luego, segun la Iglesia, Dios no es infalible (1).

2.º Puesto que ni la Iglesia, ni los anales de la historia sagrada explican la causa de su rebelion contra Dios, puesto que solamente *parece* cierto que provino de su negativa á reconocer la mision futura de Cristo, ¿qué valor puede tener el cuadro tan preciso y tan detallado de la escena que tuvo lugar en esta ocasion? ¿De qué origen se han sacado las palabras tan claras referidas como allí pronunciadas, y hasta los simples murmullos? Una de dos: ó la escena es verdadera ó no lo es. Si es verdadera, no hay ninguna

(1) Esta doctrina monstruosa es afirmada por Moisés cuando dice: (*Génesis*, cap. VI. v. 6 y 7). «Se arrepintió de haber hecho el hombre en la tierra.» Y, conmovido por el dolor hasta el fondo del corazón, dice: «Yo exterminaré de la tierra al hombre que he creado; exterminaré todo, desde el hombre hasta los animales, desde todo lo que pisa la tierra hasta las aves del cielo; porque me *arrepiento* de haberlos hecho.»

Un Dios que se arrepiente de lo que ha hecho no es perfecto ni infalible; luego no es Dios. Sin embargo, éstas son las palabras que la Iglesia proclama como verdades santas. Tampoco se vé muy claro lo que habia de comur entre los animales y la perversidad de los hombres, para merecer el exterminio.

incertidumbre, y entonces, ¿por qué la Iglesia no corta la cuestión? Si la Iglesia y la historia se callan, si solamente la causa *parece* cierta, esto no es más que una suposición, y la escena que se describe es una obra imaginaria (1).

3.º Las palabras atribuidas á Lucifer acusan una ignorancia que causa admiración en un arcángel que por su misma naturaleza y en el grado en que está colocado, no debe tener, sobre la organización del universo, los errores y las preocupaciones que los hombres han profesado, hasta que la ciencia viniera á

(1) Se encuentra en Isaias, cap. XIV, v. 11 y siguientes:—«Tu orgullo ha sido precipitado en los infiernos: tu cuerpo muerto ha caído en la tierra: tu lecho será la podredumbre y tu vestido serán los gusanos.»—¿Cómo has caído del cielo, Lucifer, tú que parecías tan brillante al apuntar el día? ¿Cómo has sido echado por tierra, tú que llenabas de llagas las naciones;—que decías en tu *corazon*: Yo subiré al cielo, estableceré mi trono encima de los astros de Dios, y me sentaré sobre la montaña de la alianza, á los lados del Aquilon; me colocaré sobre de las nubes más elevadas y seré semejante al Altísimo? Y sin embargo has sido precipitado desde esta gloria en el infierno, hasta lo más profundo de los abismos.—Los que te verán se acercarán á ti, y despues de haberte mirado, te dirán. ¿Es este el hombre que ha espantado á la tierra, que ha esparcido el terror en los reinos, que ha hecho del mundo un desierto, que ha destruido sus ciudades, y que ha retenido en cadenas á los que habia hecho prisioneros?»

Estas palabras del profeta no son relativas á la rebelion de los ángeles, sino una alusion al orgullo y á la caída del rey de Babilonia, quien tenia cautivos á los judios, como lo prueban los últimos versículos. El rey de Babilonia es designado por alegoría, bajo el nombre de Lucifer, pero no se hace aquí ningun mérito de la escena descrita más arriba. Estas palabras son las del rey, quien las decia en su *corazon*, y se colocaba, por su orgullo, sobre Dios, cuyo pueblo retenia cautivo. La prediccion de la libertad de los judios, de la ruina de Babilonia y de la derrota de los Asirios, es por otra parte objeto exclusivo de este capítulo.

ilustrarles. ¿Cómo pudo decir: Estableceré mi morada sobre los astros? ¿Dominaré las nubes más elevadas? Esta es la antigua creencia en la tierra como centro del mundo, del cielo, de las nubes que se extienden hasta las estrellas, en la region limitada de éstas formando bóveda, y que la astronomía nos demuestra diseminadas en el espacio infinito. Como se sabe hoy que las nubes no se extienden más allá de dos leguas de la superficie de la tierra, para llegar á decir que dominaria las más elevadas nubes, y para hablar de las montañas, era preciso que la escena pasase en la superficie de la tierra, y que en ella estuviese la mansion de los ángeles; si esta mansion está en las regiones superiores, era inútil decir que se elevaria más arriba de las nubes. Querer que los ángeles tengan un lenguaje tan ignorante, es confesar que los hombres de hoy saben más que los ángeles. La Iglesia ha tenido siempre el inconveniente de no contar con los progresos de la ciencia.

10.—La respuesta á la primera objeccion se encuentra en el pasaje siguiente:

«La Escritura y la tradicion dan el nombre de cielo
 »al lugar en que los ángeles habian sido colocados en
 »el momento de su creacion. Pero éste no era el cielo
 »de los cielos, el cielo de la vision beatífica, donde
 »Dios se muestra á sus elegidos cara á cara, y donde
 »sus elegidos le contemplan sin esfuerzos y sin obs-
 »táculos, porque allí no hay peligro ni posibilidad de
 »pecar; la tentacion y la flaqueza son desconocidas;
 »la justicia, la alegría y la paz reinan con una ihmu-

»table seguridad; la santidad y la gloria no pueden
 »perderse. Esta era, pues, una region celeste, una es-
 »fera luminosa y afortunada, donde estas nobles cria-
 »turas, tan favorecidas con las comunicaciones divi-
 »nas, debian recibirlas y adherirse á ellas por la
 »humildad de la fé, ántes de ser admitidas para ver
 »claramente la realidad en la misma esencia de Dios.»

Resulta de lo que precede que los ángeles que han faltado pertenecen á una categoría ménos elevada, ménos perfecta, y que no habian alcanzado todavía el lugar supremo donde la falta es imposible. Admitido; pero en este caso tenemos una contradiccion manifiesta, porque se ha dicho más arriba que: «Dios los habia hecho *en todo semejantes á los *Espiritus sublimes**, que confundidos en todos sus órdenes y mezclados entre sus filas, tenian el mismo fin y el mismo destino, que su jefe era el más hermoso de los ángeles.» Si en todo fueron hechos semejantes á los ángeles, no eran de una naturaleza inferior; si estaban mezclados en todas sus filas, no estaban en un lugar especial. De este modo la objecion subsiste por completo.

11.—Hay otra que sin contradiccion es la más grave y la más seria.

Se ha dicho: «Este designio (la mediacion de Cristo), *concebido desde la eternidad*, se manifestó á los ángeles mucho tiempo ántes de su cumplimiento.» Dios sabia, pues, desde la eternidad que los ángeles así como los hombres tendrian necesidad de esta mediacion. El sabia ó no sabia que ciertos ángeles faltarian;

que esta caída les ocasionaria la condenacion eterna, sin esperanza de volver al anterior estado; que se les destinaria á tentar á los hombres; que aquellos que se dejarian seducir, sufririan la misma suerte. Si lo sabia, creó estos ángeles con conocimiento de causa, para su pérdida irrevocable y para la de la mayor parte del género humano. Por más que se haga, es imposible conciliar su creacion en semejante prevision con la soberana bondad. Si no lo sabia, no era todopoderoso. En uno y otro caso, es la negacion de dos atributos, sin la plenitud de los cuales Dios no seria Dios.

12.—Si se admite la falibilidad de los ángeles, como la de los hombres, el castigo es una consecuencia natural y justa de la falta; pero si se admite al mismo tiempo la posibilidad del rescate, por la vuelta al bien, la entrada en la gracia despues del arrepentimiento y expiacion, no hay nada que desmienta la bondad de Dios. Dios sabia que faltarian, que serian castigados; pero sabia tambien que este castigo temporal seria un medio de hacerles comprender su falta, y redundaria en provecho suyo. Así se hallaría comprobada esta parábola del profeta Ezequiel: «Dios no quiere la muerte del pecador, sino su salvacion (1).» Lo que seria la negacion de esta bondad, es la inutilidad del arrepentimiento y la imposibilidad de la vuelta al bien. En esta hipótesis es, pues, rigurosamente exacto el decir que: «Estos ángeles, desde su creacion, puesto que Dios no podia ignorarlo, fueron destinados al mal perpétua-

(1) Véase más arriba, cap. VII, n.º 20, cita de Ezequiel.

mente y predestinados á ser *demonios*, para arrastrar á los hombres al mal.»

13.—Veamos ahora cuál es su suerte y lo qué hacen.

»Apénas hubo estallado su rebelion , en el lenguaje »de los Espíritus, esto es, en sus pensamientos, fueron »desterrados irrevocablemente de la ciudad celeste y »precipitados en el abismo.

»Por estas palabras entendemos que fueron relega- »dos á un lugar de suplicios, donde sufren la pena »del fuego, conforme á este texto del Evangelio que »ha salido de la misma boca del Salvador: «Id, maldi- »tos, al fuego eterno que ha sido preparado por el de- »monio y por sus ángeles.» San Pedro dice expresa- »mente: «Que Dios les ha entregado á las cadenas y á »las torturas del Infierno;» pero no todos quedan allí »perpétuamente, esto no sucederá sino al fin del mun- »do que entónces serán encerrados en él con los ré- »probos. Ahora, Dios permite que ocupen todavía un »lugar en la creacion á la cual pertenecen; en el ór- »den de las cosas al cual está unida su existencia; en »las relaciones, en fin, que debian tener con el hom- »bre, y de las cuales hacen el más pernicioso abuso. »Mientras los unos están en su morada tenebrosa, »y sirven en esta de instrumentos á la justicia divina, »*contra las almas desgraciadas que han seduci-* »*do*, multitud de ellos, formando legiones invisibles, »bajo la direccion de sus jefes, residen en las capas »inferiores de nuestra atmósfera y recorren todas las »partes del globo. Están mezclados en todo lo que

»pasa en la tierra, y toman con suma frecuencia una parte muy activa en ello.»

En lo que concierne á las palabras de Cristo, sobre el suplicio del fuego eterno, ha sido tratada esta cuestion en el cap. iv *Del Infierno*.

14.—Segun esta doctrina, sólo una parte de los demonios está en el Infierno, la otra anda errante con libertad, mezclándose en todo lo que pasa en la tierra, complaciéndose en hacer mal, y esto hasta el fin del mundo, cuya época indeterminada no tendrá probablemente lugar tan pronto. ¿Por qué, pues, esta diferencia? ¿Son ménos culpables? Seguramente que nó. A ménos que salgan de allí por turno, lo que parece resultar de este pasage: «Mientras los unos están en su morada tenebrosa y sirven en ella de instrumentos á la justicia divina contra las almas infortunadas que han seducido.»

Sus funciones consisten, pues, en atormentar á las *almas que han seducido*. De esto se desprende que no están encargados de castigar á las que son culpables de faltas, libre y voluntariamente cometidas, sino de aquellas que ellos han provocado. Son á la vez *la causa de la falta y el instrumento del castigo*. La justicia humana, con ser tan imperfecta, no admitiria que la víctima que sucumbe por debilidad, cuando se la hace nacer para tentarla, fuera castigada tan severamente como el agente provocador que emplea el engaño y la astucia; con más severidad aún, porque vá al infierno, al dejar la tierra, para no salir jamás de él, y á sufrir sin tregua ni gracia duran-

te la eternidad, mientras que aquel que es la causa primera de su falta, goza de tregua y de la libertad hasta el fin del mundo! ¿La justicia de Dios acaso no es mas perfecta que la de los hombres?

15.—No es esto todo. «Dios permite que ocupen todavía un lugar en esta creacion, en las relaciones que debian tener con el hombre y de las cuales hacen el más pernicioso abuso.» ¿Podia Dios ignorar el abuso que harian de la libertad que les concedió? ¿Pues porqué se la concedió? De lo que resulta qué fué con conocimiento de causa que entregó sus criaturas á merced suya, sabiendo, en virtud de su toda presciencia, que sucumbirian y tendrian la suerte de los demonios. ¿No tenian bastante con su propia debilidad, sin permitir que fuesen excitadas al mal por un enemigo tanto más peligroso, cuanto es invisible? ¡Al ménos si el castigo no fuese más que temporal, y si el culpable pudiese rescatarse por medio de la reparacion! Pero nó: está condenado para una eternidad. Su arrepentimiento, su vuelta al bien y sus pesares serán inútiles.

De este modo los demonios son los agentes provocadores predestinados á reclutar almas para el infierno, y esto con el permiso de Dios que sabia, creando estas almas, la suerte que les estaba reservada. ¿Qué se diria en la tierra de un juez que obrase así par llenar las cárceles? ¡Extraña idea la que se nos dá de la divinidad, de un Dios cuyos atributos esenciales son la soberana justicia y la soberana bondad! ¡En nombre de Jesucristo, de aquel que no ha predicado sino el amor, la caridad y el perdon, se enseñan semejantes doc-

trinas! Hubo un tiempo en que tales anomalías pasaban desapercibidas, ó no se las comprendia, ó no se las sentia; el hombre encorbado bajo el yugo del despotismo, sometia su razon á ciegas, ó mejor abdicaba de su razon; pero hoy la hora de la emancipacion ha sonado; comprende la justicia, la quiere durante su vida y despues de su muerte; por esto dice: «¡Esto no es así, no puede ser, ó Dios no es Dios!»

16.—«El castigo sigue por todas partes á estos seres caidos y malditos, por do quier llevan su infierno con ellos; no tienen paz ni reposo; las mismas dulzuras de la esperanza se les han trocado en amarguras: les son odiosas. La mano de Dios les hirió en el mismo acto de su pecado, y por su voluntad se han obstinado en el mal. Habiéndose pervertido, no quieren cesar de serlo, y lo son para siempre.

»Son, despues del pecado, lo que el hombre es despues de la muerte. *La rehabilitacion de los que sucumbieron, es pues imposible*; su pérdida es en adelante irremediable y perseveran en su orgullo, en presencia de Dios, en su odio á Cristo, en sus celos contra la humanidad.

»No habiendo podido apropiarse la gloria del cielo por el vuelo de su ambicion, se esfuerzan en establecer su imperio sobre la tierra y en desterrar de ésta el reino de Dios. El Verbo hecho carne cumplió á pesar de ellos, sus designios para la salvacion y la gloria de la humanidad; todos sus medios de accion son consagrados á arrebatarle las almas que ha rescatado; la astucia y la impertinencia, la mentira y la se-

»duccion, todo lo ponen en obra para inclinarles al
»mal y para consumir su ruina.

»Ah! con tales enemigos, la vida del hombre, des-
»de su cuna hasta la tumba, no puede ser más que
»una lucha perpétua, porque son poderosos é infati-
»gables!

»En efecto, estos enemigos son los mismos que-
»despues de haber introducido el mal en el mundo,
»han conseguido cubrir la tierra de las espesas tis
»nieblas del error y del vicio: los que durante largo,
»siglos, se han hecho adorar como dioses, y que han
»reinado como dueños en los pueblos de la antigüedad;
»éstos, en fin, son los que ejercen todavía su imperio
»tiránico sobre las regiones idólatras, y fomentan el
»desorden y el escándalo hasta en el seno de las socie-
»dades cristianas.

»Para comprender todos los recursos que tienen al
»servicio de su maldad, basta observar *que no han*
»*perdido nada de las prodigiosas facultades que*
»*son las dotes de su naturaleza angélica*. Sin
»duda el porvenir, y sobre todo el órden sobrenatural,
»tienen misterios que Dios se ha reservado y que no
»pueden descubrir; pero su inteligencia es muy supe-
»rior á la nuestra, porque de una sola ojeada per-
»ciben los efectos en sus causas y las causas en sus
»efectos. Esta penetracion les permite anunciar anti-
»cipadamente los acontecimientos, que nuestras conje-
»turas están léjos de alcanzar. La distancia y la di-
»versidad de los lugares desaparecen ante su agi-
»lidad. Más rápidos que el relámpago y que el
»pensamiento, se encuentran casi al mismo tiempo

»en los diversos puntos del globo, y pueden describir
»desde léjos las cosas de que son testigos, en la misma
»hora en que se realizan.

»Las leyes generales por las cuales Dios rige y go-
»bierna este universo, no son de su dominio, no pueden
»derogarlas, ni por consiguiente predecir ú operar
»verdaderos milagros; pero poseen el arte de imitar y
»de contrahacer, en ciertos límites, las obras divinas;
»saben los fenómenos que resultan de la combinacion
»de los elementos, y pronostican con certeza los que
»suceden naturalmente, así como los que tienen el poder
»de producir ellos mismos. De esto resultan esos orá-
»culos numerosos, esos principios extraordinarios de
»los cuales nos han guardado el recuerdo los libros sa-
»grados y profanos, y que han servido de base y ali-
»mento á todas las supersticiones.

»Su sustancia simple é inmaterial, les oculta á nues-
»tra vista; están á nuestro lado sin que les aperciba-
»mos; tocan á nuestra alma sin herir nuestros oidos;
»creemos obedecer á nuestro propio pensamiento,
»miéntras que sufrimos sus tentaciones y su funesta
»influencia. Nuestras disposiciones, al contrario, les
»son conocidas por las impresiones que sentimos, y
»nos atacan ordinariamente por nuestro lado débil.
»Para seducirnos con más seguridad, tienen costum-
»bre de presentarnos incentivos y sugerencias confor-
»mes á nuestras inclinaciones. Modifican su accion se-
»gun las circunstancias, y segun los rasgos caracte-
»rísticos de cada temperamento. Pero sus armas favo-
»ritas son la mentira y la hipocresía.»

17.—El castigo, se dice, les sigue por todas partes; no tienen paz ni reposo. Esto no destruye la observación hecha sobre la tregua que gozan los que no están en el infierno, tregua tanto ménos justificada cuanto que, estando libres, hacen más mal. Sin ninguna duda no son dichosos como los ángeles buenos, ¿pero se toma en cuenta la libertad de que disfrutaban? Si no tienen la dicha moral que procura la virtud, son incontestablemente ménos desgraciados que sus cómplices que están en las llamas. Además, para el malvado, hay una especie de goce en hacer el mal con toda libertad. Preguntad á un criminal si le es igual estar preso, ó en campo libre y cometiendo fechorías á su gusto. La posición es exactamente la misma.

Se dice que los remordimientos les persiguen sin tregua ni gracia, olvidando que el remordimiento es el precursor inmediato del arrepentimiento, si no es el mismo arrepentimiento. Dícese también: Que habiendo llegado á la perversidad, *no quieran dejar de ser perversos y lo son siempre*. Si no quieren cesar de ser perversos, no pueden tener remordimientos, si los tuvieran, cesarian de hacer el mal y pedirían perdón. Luego los remordimientos no son para ellos un castigo.

18.—Después de haber pecado, son lo que el hombre después de la muerte, de lo que se deduce que la rehabilitación de los caídos es imposible. En dónde está la imposibilidad? No se comprende que sea la consecuencia de su semejanza con el hombre después de la muerte, proposición que, por otra parte, no es muy clara. ¿Esta imposibilidad viene de su propia voluntad

ó de la de Dios? Si es fruto de su voluntad, denota una extrema perversidad, un endurecimiento absoluto en el mal; y en este caso no se comprende que seres tan sustancialmente malos, hayan podido ser jamás ángeles de virtud, y que durante el tiempo indefinido que estuvieron entre éstos, no dejaran entrever la menor señal de su naturaleza perversa. Si esta fuera la voluntad de Dios, se comprenderia ménos aunque impusiera, como castigo, la imposibilidad de volver al bien, despues de haber pecado la primera vez. El Evangelio no dice nada de esto.

19.—Igualmente se añade, que para lo sucesivo su pérdida no tiene rescate y perseveran orgullosos en presencia de Dios. ¿Para qué les serviría el dejar de perseverar en él, si todo arrepentimiento sería inútil? Si tuviesen la esperanza de que pudieran rehabilitarse, á cualquier precio que fuese, el bien tendría un objeto para ellos, ¿mas si esta esperanza no existe? Pues si perseveran en el mal, es porque la puerta de la esperanza les está cerrada. ¿Y por qué se la cierra Dios? Para vengarse de la ofensa que ha recibido por su falta de sumision. Así es que para satisfacer su resentimiento contra algunos culpables, prefiere verles, no solamente sufrir, sino hacer el mal ántes que el bien; inducir al mal, é inducir á la perdicion eterna á todas sus criaturas, á todo el género humano, cuando bastaba un simple acto de clemencia para evitar tan gran desastre; ¡desastre previsto desde la eternidad!

¿Se siente acaso por acto de clemencia, pura y simplemente una gracia que hubiera sido quizá un es-

tímulo al mal? Nó , sino un perdon condicional, subordinado á una sincera vuelta al bien. En lugar de una palabra de esperanza y de misericordia, se quiere que Dios haya dicho: *¡Perezca toda la raza humana, antes que deje de cumplirse mi venganza!* ¡Y nos admiramos que con tal doctrina haya incrédulos y ateos! ¿Es así como Jesús nos representa á su Padre? Él, que eleva á ley expresa el olvido y el perdon de las ofensas , que nos dice volved bien por mal , que coloca el amor de los enemigos en el primer lugar de las virtudes, con las cuales debemos alcanzar el cielo, ¿querria que los hombres fuesen mejores, mas justos, mas compasivos que el mismo Dios?

Los demonios segun el Espiritismo.

20.—Segun el Espiritismo, ni los ángeles ni los demonios son seres excepcionales; la creacion delos seres inteligentes es una. Unidos á cuerpos materiales, constituyen la humanidad que puebla la tierra y las otras esferas habitadas; separados de este cuerpo, constituyen el mundo espiritual ó de los Espíritus que pueblan los espacios. Dios los ha creado perfectibles; les ha dado por fin la perfeccion y la dicha que es su consecuencia, pero *no les ha dado la perfeccion*: ha querido que la debiesen á su trabajo personal, á fin de que tuviesen el mérito de ella. Desde el instante de su formacion, progresan, ya sea en el estado de encarnacion, ya sea en el estado espiritual; llegados al apojío, son *puros Espiritus ó ángeles*, segun se llaman vulgarmente; de suerte que desde el embrion del sér inteligente hasta el ángel, hay una cadena no inter-

rumpida de la cual cada eslabon marca un grado en el progreso.

Resulta de esto que existen Espíritus de todos los grados de adelantamiento moral é intelectual, segun están en lo alto, en lo bajo ó en el medio de la escala. Por consecuencia, los hay en todos los grados de saber y de ignorancia, de bondad y de maldad. En los puestos inferiores, los hay que están aún profundamente inclinados al mal, y que se complacen en él. Se pueden llamar *demonios*, si se quiere, porque son capaces de todas las maldades atribuidas á estos últimos. Si el Espiritismo no les conoce por este nombre, es porque indica la idea de séres distintos de la humanidad, de una naturaleza esencialmente mala, dedicados al mal eternamente é incapaces de progresar en el bien.

21 —Segun la doctrina de la Iglesia, los demonios han sido creados buenos, y han venido á ser malos por su desobediencia; son ángeles caidos; fueron colocados por Dios en lo alto de la escala, y han descendido. Segun el Espiritismo, son Espíritus imperfectos, pero que se mejorarán; están todavía en el primer peldaño, pero ascenderán.

Los que por su indiferencia y negligencia, su obstinacion y su mala voluntad permanecen largo tiempo en los puestos inferiores, llevan consigo la pena, y acostumbrados al mal les es más difícil salir de él; pero llega un tiempo en que se cansan de tan penosa existencia y de los sufrimientos que son su consecuencia; entónces es cuando, comparando su situacion con

la de los buenos Espíritus, comprenden que su interés está en el bien, y procuran mejorarse, pero lo hacen de su propia voluntad y sin que se les obligue á ello. *Están sometidos á la ley del progreso por su aptitud para progresar, mas no se les hace progresar á pesar de ellos.* Dios les suministra sin cesar los medios, pero son libres de aprovecharse de éstos ó nó. Si el progreso fuera obligatorio, no tendrían ningún mérito, y Dios quiere que tengan el de sus obras; no coloca á nadie en el primer puesto por privilegio; éste está al alcance de todos, pero no llegan á él sino por sus esfuerzos. Los ángeles más elevados han conquistado su grado como los otros, pasando por el mismo camino que todos.

22.—Cuando llegan á cierto grado de depuración, los Espíritus tienen misiones en relación con su adelantamiento; cumplen todas aquellas que se atribuyen á los ángeles de los diferentes órdenes. Como Dios ha creado desde la eternidad, siempre se han encontrado para poder desempeñar todas las misiones necesarias á la marcha y gobierno del universo. Una sola especie de seres inteligentes, sometidos á la ley del progreso, basta pues para todo. Esta unidad en la creación, con la idea de que todos tienen un mismo punto de partida, el mismo camino que recorrer, y que todos se elevan por su propio mérito, está mucho más conforme con la justicia de Dios, que la creación de especies diferentes más ó menos favorecidas de dones naturales que serían otros tantos privilegios.

23.—La doctrina vulgar sobre la naturaleza de los ángeles, de los demonios y de las almas humanas, no admitiendo la ley del progreso, y viendo sin embargo, seres en diversos grados, ha deducido de esto, que eran producto de otras tantas creaciones especiales. De este modo se hace de Dios un padre parcial, dándole todo á algunos de sus hijos, miéntras que impone á los otros el más rudo trabajo. No debe causarnos grande admiracion que los hombres, despues de tanto tiempo, no se hayan parado en estos privilegios, cuando obraban del mismo modo con respecto á sus propios hijos, por los derechos de primogenitura y los privilegios de nacimiento; *¿podrian creer que hacian algo peor que lo que Dios hizo?* Mas hoy el círculo de las ideas se ha extendido; ven más claro; tienen nociones más elevadas de la justicia; la quieren para ellos, y si no la encuentran en la tierra, esperan al ménos encontrarla más perfecta en el cielo; por esto repugna á su razon cualquiera doctrina en la que la justicia divina no les aparezca en su mayor pureza.

CAPÍTULO X.

INTERVENCION DE LOS DEMONIOS EN LAS MANIFESTACIONES MODERNAS.

1.—Los fenómenos espiritistas modernos han llamado la atención sobre los hechos análogos que han tenido lugar en todas las épocas, y nunca la historia se ha compulsado más bajo este aspecto, que en estos últimos tiempos. De la semejanza de los efectos, se ha deducido la unidad de la causa. Como en todos los hechos extraordinarios, cuya razón es desconocida, la ignorancia ha visto en ellos una causa sobrenatural, y la superstición los ha amplificado, añadiendo creencias absurdas; de ahí una porción de leyendas que, en su mayor parte, son una mezcla de algo verdadero y mucho falso.

2.—Las doctrinas sobre el demonio, que han prevalecido tanto tiempo, habían exagerado de tal modo su poder, que hicieron, por decirlo así, olvidar á Dios; por esta razón se le hacía el honor de todo lo que parecía sobrepujar la fuerza humana; por todas partes aparecía la mano de Satanás; las mejores cosas, los descubrimientos más útiles, todos aquellos que podían sacar al hombre de la ignorancia y ensanchar el círculo de sus ideas, han sido diferentes veces

consideradas como obras diabólicas. Los fenómenos espiritistas más multiplicados en nuestros días, mejor observados sobre todo, con ayuda de las luces de la razon y los datos de la ciencia, han confirmado, es verdad, la intervencion de inteligencias ocultas; pero obrando siempre en los límites de las leyes de la naturaleza, y revelando por su accion, una nueva fuerza y leyes desconocidas hasta este dia. La cuestion se reduce pues á saber de que órden son estas inteligencias.

Mientras no se han tenido sobre el mundo espiritual sino nociones inciertas ó sistemáticas, ha podido haber equivocaciones; pero hoy dia que las observaciones rigurosas y los estudios experimentales han hecho luz sobre la naturaleza de los Espíritus, su origen y su destino, su papel en el universo y su modo de accion, la cuestion está resuelta por los hechos. Se sabe ahora que son las almas de los que han vivido en la tierra. Se sabe tambien que las diversas categorías de Espíritus buenos y malos, no constituyen seres de diferentes especies, sino que marcan *grados diversos de adelantamiento*. Segun el puesto que ocupan, en razon de su adelanto intelectual y moral, los que se manifiestan se presentan bajo dos aspectos muy opuestos, lo que no les impide haber salido de la gran familia humana, de la misma manera que el salvaje, el bárbaro y el hombre civilizado.

3.—Sobre este punto, como sobre muchos otros, la Iglesia sostiene sus viejas creencias en lo que concierne á los demonios. Ella dice: «Tenemos principios que

no han variado desde diez y ocho siglos, los cuales son inmutables.» Su mal está precisamente en no tomar en cuenta el progreso de las ideas y en creer á Dios muy poco sábio, para no proporcionar la revelacion al desarrollo de la inteligencia, para usar con los hombres primitivos el mismolenguaje que con los hombres avanzados. Si, miétras que la humanidad adelanta, la religion se empeña en sostener viejos errores, tanto en materia espiritual, como en materia científica, llega un momento en que se desborda la incredulidad.

4.—Veamos como explica la intervencion exclusiva de los demonios en las manifestaciones modernas (1).

«En su intervencion exterior, los demonios no es-
 »tán ménos solícitos en disimular su presencia, para
 »apartar las sospechas. Siempre astutos y pérfidos,
 »atraen al hombre á sus emboscadas ántes de impo-
 »nerle las cadenas de la opresion y de la servidumbre.
 »Aquí, despiertan la curiosidad por fenómenos y jue-
 »gos pueriles; allá llenan de admiracion y subyugan
 »por el atractivo de lo maravilloso. Si lo sobrenatu-
 »ral aparece, si su poder les quita la máscara, cal-
 »man y aplacan las aprensiones, solicitan la confian-
 »za, y provocan la familiaridad. Tan pronto se hacen
 »pasar por divinidades y buenos géñios; como toman
 »los nombres y áun las facciones de los muertos que

(1) Las citas de este capítulo están tomadas de la misma pas-
 toral que las del capítulo precedente, del que son continuacion, y
 tienen la misma autoridad.

»han dejado alguna memoria entre los vivos. A favor
»de estos fraudes, dignos de la antigua serpiente, hablan
»y se les escucha; dogmatizan, y se les cree; mezclan
»á sus mentiras algunas verdades, y hacen aceptar el
»error bajo todas las formas. A eso van á parar las
»pretendidas revelaciones de ultra-tumba; para obte-
»ner este resultado, la madera, la piedra, los bosques
»y las fuentes, el santuario de los ídolos, el pié de las
»mesas, la mano de los niños, producen oráculos; por
»eso la pitonisa profetiza en su delirio, y el ignorante,
»en un misterioso sueño, viene á ser de repente el
»doctor de la ciencia. Engañar y pervertir, tal es,
»por todas partes y en todos los tiempos, el objeto
»final de estas extrañas manifestaciones.

»Los resultados sorprendentes de estas observacio-
»nes ó de estos actos, la mayor parte extravagantes y
»ridículos, no pudiendo proceder de su virtud intrin-
»seca, ni del *orden establecido por Dios*, sólo pue-
»den resultar del concurso de las potencias ocultas.
»Tales son, especialmente, los fenómenos extraordina-
»rios, obtenidos en nuestros días por los procederes,
»en apariencia inofensivos del magnetismo, y el órga-
»no inteligente de las mesas parlantes. Por medio de
»estas operaciones de la magia moderna, vemos re-
»producirse entre nosotros las evocaciones y los ora-
»culos, las consultas, las *curaciones* y los privilegios
»que han ilustrado los templos de los ídolos y los an-
»tros de las sibilas. Como en otro tiempo, se manda á
»la madera y la madera. obedece, se la interroga, y
»responde en todas las lenguas, y sobre todas las
»cuestiones; se encuentra uno en presencia de seres

»invisibles que usurpan los nombres de los muertos, y
»cuyas pretendidas revelaciones llevan el carácter de
»la contradicción y de la mentira; formas ligeras y sin
»consistencia, aparecen de repente, y se muestran do-
»tadas de una fuerza sobrehumana.

»¿Cuáles son los agentes secretos de estos fenóme-
»nos, y los verdaderos actores de estas escenas inex-
»plicables? Los ángeles no aceptarían estos papeles
»indignos, y no se prestarían á todos los caprichos de
»una vana curiosidad. Las almas de los muertos, que
»Dios prohíbe el consultar, permanecen en la morada
»que les ha señalado su justicia, y no pueden, sin su
»permiso, ponerse á las órdenes de los vivos. Los sé-
»res misteriosos, que comparecen así al primer llama-
»miento *de los heréticos y de los impíos, como de*
»*los fieles*; del crimen, como de la inocencia, no
»son ni los enviados de Dios, ni los apóstoles de la
»verdad y de la salvación, sino los secuaces del error
»y del infierno. A pesar del cuidado que tienen en
»ocultarse bajo los nombres más venerables, se hacen
»traición por la ninguna importancia de sus doctri-
»nas, no ménos que por la bajeza de sus actos y la in-
»coherencia de sus palabras. Se esfuerzan en borrar
»del símbolo religioso los dogmas del pecado original,
»de la resurrección de los cuerpos, *de la eternidad*
»*de las penas*, y toda la revelación divina, á fin de
»quitar á las leyes su verdadera sanción, y abrir al
»vicio todas las barreras. Si sus sugerencias pudiesen
»prevalecer, formarían una religión cómoda para el
»uso del socialismo y de todos aquellos á quienes im-
»portuna la noción del deber y de la conciencia. La

»incredulidad de nuestro siglo les ha preparado los
 »camino. ¡Ojalá que las sociedades cristianas puedan
 »por una vuelta sincera á la fé católica, escapar del
 »peligro de esta nueva y temible invasion!»

5.—Toda esta teoría descansa en el principio de que los ángeles y los demonios son seres distintos de las almas de los hombres, y que éstas son producto de una creacion especial, inferior aún á los demonios en inteligencia, en conocimientos y facultades de toda clase. Concluye la misma teoría con la intervencion exclusiva de los malos ángeles en las manifestaciones antiguas y modernas, atribuidas á los Espíritus de los muertos.

La posibilidad para las almas de comunicarse con los vivos es una cuestion de hecho, un resultado de experiencia y de observacion que no discutiremos aquí. Admitamos, por hipótesis, la doctrina arriba dicha, y veamos si por sus propios argumentos se destruye á sí misma.

6.—En las tres categorías de ángeles, segun la Iglesia, una se ocupa exclusivamente del cielo; otra del gobierno del universo; la tercera tiene á su cargo la tierra, y en ésta se encuentran los ángeles guardianes encargados de la proteccion de cada individuo, algunos de los cuales tomaron parte en la rebellion, trasformándose en demonios. Si Dios permitió á estos últimos inducir á los hombres á su perdicion, por sugerencias de toda clase y el hecho de las manifestaciones ostensibles, ¿por qué, si es soberana-

mente justo y bueno, les habria concedido el inmenso poder de que gozan, dejándoles una libertad de la que hacen tan pernicioso uso, sin permitir á los ángeles buenos neutralizar sus malos efectos por manifestaciones semejantes, dirigidas hácia el bien? Admitamos que Dios haya dado una parte igual de poder á los buenos y á los malos, lo que yá hubiera sido un favor exorbitante en provecho de estos últimos, el hombre al ménos seria libre de elegir; pero darles el monopolio de la tentacion, con la facultad de simular el bien para engañar y seducir con más seguridad, seria un verdadero lazo tendido á su debilidad, á su inexperiencia, á su buena fé; más aún, seria abusar de su confianza en Dios. La razon se resiste á admitir tal parcialidad en beneficio del mal. Veamos los hechos.

7.—Se conceden á los demonios facultades trascendentales; no han perdido nada de su naturaleza angélica; tienen el saber, la perspicacia, la prevision, el discernimiento de los ángeles, y además la astucia, la destreza y el artificio en grado supremo. Su objeto es apartar á los hombres del bien, y sobre todo, alejarles de Dios para arrastrarles al infierno del cual son proveedores y reclutadores.

Se comprende que se dirijan á los que están en el buen camino y se encuentran perdidos para ellos, si persisten en el mismo; se comprende la seduccion y el simulacro del bien para atraerles á sus redes; pero es incomprendible que se dirijan á los que les pertenecen yá en cuerpo y alma, para conducirles á Dios y al bien. ¿Pues quién está más en sus garras sino el que

reniega de Dios, y se hunde en el vicio y el desorden de las pasiones? ¿Este no está ya en el camino del infierno? ¿Se comprende que seguro de su presa, le excite á rogar á Dios, á someterse á su voluntad, á renunciar al mal; que exalte á sus ojos las delicias de la vida de los buenos Espíritus, y le pinte con horror la posicion de los malos? ¿Se ha visto jamás á un mercader alabar á sus parroquianos la mercancía de su vecino á costa de la suya, é incitarles á ir á su casa? ¿Un reclutador despreciar la vida militar, y ensalzar el descanso de la vida doméstica? ¿Decir á los reclutas que tendrán una vida de fatigas y de privaciones, que hay diez probabilidades contra una de morir, ó al ménos, de quedarse sin brazos ó piernas?

Este es, sin embargo, el papel estúpido que se hace desempeñar al demonio, porque es un hecho notorio que, á consecuencia de las instrucciones emanadas del mundo invisible, se ven todos los dias incrédulos y ateos, vueltos á Dios, rogar con fervor, lo que nunca habian hecho; gentes viciosas trabajar con ardor para su mejoramiento. Pretender que esto es obra del demonio, es hacer de éste un verdadero bobalicon. Pero como esto no es una suposicion, sino un resultado de experiencia, y contra un hecho, no hay negacion posible, es preciso concluir, ó que el demonio es un torpe en grado supremo, que no es ni tan astuto ni tan maligno como se pretende, y que por consecuencia, no es muy temible, porque trabaja contra sus intereses; ó que todas las manifestaciones no son suyas.

8.—«Hacen aceptar el error bajo todas las formas;

para obtener este resultado, la madera, la piedra, los bosques, las fuentes, el santuario de los ídolos, el pie de las mesas, *la mano de los niños*, producen oráculos.»

¿Cuál es pues, según esto, el valor de estas palabras del Evangelio: «Derramaré mi espíritu sobre toda carne, vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; vuestros jóvenes tendrán visiones y vuestros ancianos sueños.—En esos días derramaré mi espíritu sobre mis servidores y sobre mis servidoras y profetizarán? (Hechos de los Apóstoles, cap. II, v. 17, 18). ¿No es esto la predicción de la mediumnidad dada á todo el mundo, aún á los niños, predicción que se realiza en nuestros días? ¿Han anatematizado los Apóstoles esta facultad? Nó, la anuncian como un favor de Dios, y no como obra del demonio. ¿Los teólogos de nuestros días saben más sobre este punto que los Apóstoles? ¿Nó; deberían, pues, ver el dedo de Dios en el cumplimiento de estas palabras?

9.—«Por medio de estas operaciones de la *mágia moderna*, vemos reproducirse entre nosotros las evocaciones y los oráculos, las consultas, las *curaciones* y los prestigios que han ilustrado los templos de los ídolos y los antros de las sibilas.»

¿Dónde se ven las operaciones de la *mágia* en las evocaciones espiritistas? Hubo un tiempo en que se podía creer en su eficacia, pero hoy son ridículas. Nadie cree en ellas y el Espiritismo las condena. En la época en que florecía la *mágia*, no se tenía más que una idea muy imperfecta de la natura-

leza de los Espíritus á los que se consideraban como seres dotados de un poder sobrehumano; no se les llamaba sino para obtener de ellos, aunque fuese á precio del alma, los favores de la suerte y de la fortuna, el descubrimiento de tesoros, la revelacion del porvenir ó de los filtros. La magia, con ayuda de sus signos, fórmulas y operaciones cabalísticas, tenia la reputacion de facilitar pretendidos secretos para obrar prodigios, de obligar á los Espíritus á ponerse á las órdenes de los hombres y satisfacer sus deseos. Hoy se sabe que los Espíritus no son más que las almas de los hombres; no se les llama sino para recibir consejos de los buenos, moralizar á los imperfectos y para continuar las relaciones con los seres que nos son queridos. Hé aquí lo que dice el Espiritismo sobre ste punto:

10.—No hay ningun medio de obligar á un Espiritu á venir á pesar suyo, si es vuestro igual ó vuestro superior en moralidad; porque no teneis ninguna autoridad sobre él; si es vuestro inferior, lo podeis, *si es para su bien*; porque entónces os secundan otros Espíritus. (Lib. de los médiums, cap. XXV.)

—Lo más esencial de todas las disposiciones para las evocaciones, es el recogimiento cuando se quiere tratar con Espíritus formales. Con *la fé y el deseo del bien*, se tiene más facultad para evocar los Espiritus superiores. Elevando el alma por algunos instantes de recogimiento, en el momento de la evocacion, se identifica uno con los buenos Espíritus, y se les dispone á venir. (Lib. de los médiums, cap. XXV.)

—Ningun objeto, medalla ó talisman, tiene la pre-

piedad de atraer ó de rechazar á los Espíritus; la materia no tiene ninguna accion sobre ellos. Jamás aconseja un buen Espíritu semejantes absurdos. La virtud de los talismanes no ha existido nunca, sino en la imaginacion de las gentes crédulas. (Lib. de los médiums, cap. XXV.)

—No hay fórmula sacramental para la evocacion de los Espíritus. Cualquiera que pretenda dar una, puede tacharse de impostor, porque para los Espíritus la forma es nada. Sin embargo, la evocacion debe hacerse siempre en nombre de Dios. (Lib. de los médiums, cap. XXVII.)

—Los Espíritus que dan citas en lugares lúgubres y á horas indebidas, son Espíritus que se divierten á costa de los que les escuchan. Siempre es inútil y muchas veces peligroso, ceder á tales sugerencias; inútil, porque no se gana con ello absolutamente otra cosa sino el ser mistificado; peligroso, no por el mal que pueden hacer los Espíritus, sino por la influencia que esto puede ejercer sobre cerebros débiles. (Lib. de los médiums, cap. XXV.)

—No hay dias ni horas mas especialmente propicias unas que otras para las evocaciones; esto es completamente indiferente para los Espíritus, como todo lo que es material, y seria una supersticion el creer en esa influencia. Los momentos más favorables son aquellos, en que el evocador puede estar lo ménos distraido por sus ocupaciones habituales, y en que su cuerpo y su Espíritu están con más calma. (Lib. de los médiums, cap. XXV.)

—La crítica malévola se ha complacido en repre-

sentar las comunicaciones espiritistas como rodeadas de las prácticas ridículas y supersticiosas de la magia y de la nigromancia. Si los que hablan del Espiritismo sin conocerle, se hubiesen tomado el trabajo de estudiarle, se hubieran ahorrado gastos de imaginacion y alegaciones que no sirven mas que para probar su ignorancia ó su mala voluntad. Para instruccion de las personas extrañas á la ciencia, diremos que para comunicar con los Espiritus, no hay dias, horas, ni lugares mas propicios unos que otros; que no son necesarias para evocarles, ni fórmulas, ni palabras sacramentales ó cabalísticas; que no hay necesidad de ninguna preparacion, ni de ninguna iniciacion; que no dá resultado alguno el empleo de signos ú objetos materiales, sea para atraerles, sea para rechazarles, y que el pensamiento basta; en fin, que los médiums reciben sus comunicaciones de un modo tan natural y sencillo, como si fueran dictadas por una persona viva sin salir del estado normal. Sólo el charlatanismo podria afectar maneras excéntricas, y añadir accesorios ridículos. (¿Qué es el Espiritismo? cap. II, núm. 49.)

—En principio, el porvenir debe estar oculto al hombre; su revelacion sólo Dios la permite en casos raros y excepcionales. Si el hombre conociera el porvenir, despreciaria el presente, no obraria con la misma libertad; porque estaria dominado por la idea de que si una cosa ha de suceder, no es necesario pensar ya en ella, ó procuraria impedir su realizacion. Dios no ha querido que fuese así, á fin de que cada uno concurriera al cumplimiento de las cosas, áun de aquellas á las que quisiera oponerse. Dios permite la revelacion

del porvenir cuando este conocimiento anticipado debe facilitar el cumplimiento de la cosa, en lugar de ponerla trabas, comprometiendo á obrar de otra manera que no se hubiera hecho, sin aquel conocimiento. (Libro de los Espíritus, t. III, cap. X.)

—Los Espíritus no pueden guiar en las investigaciones científicas y los descubrimientos. La ciencia es obra del génio; no debe adquirirse sino por el trabajo, porque sólo por el trabajo el hombre adelanta en su camino. ¿Qué mérito habria si bastara preguntar á los Espíritus, para saberlo todo? Cualquier imbécil podría ser sábio á poca costa. Lo mismo sucede con las invenciones y descubrimientos de la industria.

Cuando ha llegado el tiempo de un descubrimiento, los Espíritus encargados de dirigir la marcha, buscan al hombre capaz de conducirle á buen fin, y le inspiran las ideas necesarias, para que tenga todo el mérito; porque estas ideas es preciso que las elabore y las ponga en obra. Así sucede tambien con todos los grandes trabajos de la inteligencia humana. Los Espíritus dejan á cada hombre en su esfera; de aquel que no es á propósito sino para cavar la tierra, no harán el depositario de los secretos de Dios; pero sabrán *sacar de la obscuridad* al hombre capaz de secundar sus intenciones. No os dejéis, pues, arrastrar por curiosidad ó ambicion en un camino *que no es el objeto del espiritismo*, y que terminaria para vosotros en las más ridículas mistificaciones. (Lib. de los médiums, capítulo XXVI.)

—Los Espíritus no pueden hacer que se descubran los tesoros ocultos. Los Espíritus superiores no se ocu-

pan de estas cosas; pero los burlones indican á menudo tesoros que no existen, ó pueden hacer ver uno en un paraje, que está en paraje opuesto; y esto en utilidad del engañado, para demostrarle que la verdadera fortuna está en el trabajo. Si la Providencia destina riquezas ocultas á alguno, las encontrará naturalmente, de otro modo, nó. (Lib. de los médiums, c. XXVI).

—El Espiritismo ilustrándonos sobre las propiedades de los flúidos, que son los agentes y los medios de accion del mundo invisible, y constituyen una de las fuerzas y una de las potencias de la naturaleza, nos dá la clave de una porcion de cosas no explicadas é inexplicables por cualquier otro medio, y que han podido en tiempos remotos, pasar por prodigios. Revela, lo mismo que el magnetismo, una ley sino desconocida, al ménos mal comprendida; ó por mejor decir, se conocian los efectos, porque se han producido en todos los tiempos, pero no se conocia la ley, y la ignorancia en que, respecto de ella, se estaba, es la que ha engendrado la supersticion. Conocida esta ley, desaparece lo maravilloso, y los fenómenos entran en el órden de las cosas naturales. Hé aquí porque los espiritistas no hacen milagros, haciendo girar una mesa ó escribir á los difuntos, como no los hace el médico haciendo revivir á un moribundo, ó el fisico haciendo caer el rayo. El que pretendiese con ayuda de esta ciencia, *hacer milagros*, seria ó un ignorante de la cosa, ó un charlatan. (Lib. de los médiums, cap. II.)

—Ciertas personas se forman una idea muy falsa de las evocaciones; las hay que creen que consisten en hacer venir los muertos, con el aparato lúgubre de la

tumba. Sólo en los romances, en los cuentos fantásticos de aparecidos y en el teatro, se ven á los muertos desencarnados salir de sus sepulcros, tapujados con sábanas, y haciendo crugir los huesos. El espiritismo que no ha hecho nunca milagros de ninguna clase, y ménos el de resucitar un cuerpo muerto; cuando el cuerpo está en la fosa, está en ella definitivamente; pero el ser espiritual, fluidico, inteligente, no ha quedado allí con su envoltura grosera; se ha separado de ésta en el momento de la muerte, y una vez verificada la operacion, no tiene nada de comun con ella. (¿Qué es el Espiritismo? cap. II, n.º 48.)

11.—Nos hemos extendido en estas citas para demostrar que los principios del Espiritismo no tienen ninguna relacion con los de la mágia. Por consiguiente, ningun Espíritu está á las órdenes de los hombres, ningun medio de obligarles existe, ningun signo ó fórmula cabalística, ningun descubrimiento de tesoros ó procedimientos para enriquecerse, ningun milagro ó prodigio, ninguna adivinacion ni apariciones fantásticas; nada, en fin de lo que constituye el objeto y los elementos esenciales de la mágia; no solamente el Espiritismo desaprueba todas esas cosas, sino que demuestra su imposibilidad é ineficácia. No hay, pues, ninguna analogía entre el fin y los medios de la mágia y los del Espiritismo; querer assimilarles, es demostrar ignorancia ó mala fé; pero como los principios del Espiritismo no tienen nada secreto, y se formulan en términos claros y explícitos, el error no podrá prevalecer.

En cuanto á los hechos de curaciones, admitidos en la precitada pastoral, debemos decir que el ejemplo está mal elegido para evadir las relaciones con los Espíritus. Es uno de los beneficios que tocan más de cerca y que cada uno puede apreciar; pocas gentes estarán dispuestas á renunciar á ellos, sobre todo despues de haber apurado todos los otros medios, por el temor de ser curados por el diablo; al contrario, más de uno dirá que si el diablo cura, hace una buena accion. (1)

12.—¿Cuáles son los agentes secretos de estos fenómenos y los verdaderos actores de estas escenas inexplicables? Los ángeles no aceptarían estos papeles indignos, y no se prestarían á todos los caprichos de una vana curiosidad.»

El autor quiere hablar de las manifestaciones físicas de los Espíritus; entre ellas, ciertamente las hay que serían poco dignas de Espíritus Superiores; y si á la palabra *ángeles*, sustituís *puros Espíritus*, ó *Espíritus superiores*, tendreis exactamente lo que dice el Espiritismo. Pero no se podrían poner en la misma línea las comunicaciones inteligentes por medio de la escritura, la palabra, la audicion, ó cualquier otro medio, que no son indignas de los buenos Espíritus, como no lo son en la tierra de los hombres más eminentes, ni las apariciones, ni las curaciones y una porcion de otros hechos que los libros sagrados citan con profusion atribuyéndoselos á los ángeles ó á los

(1) *Querriendo persuadir á personas curadas por los Espíritus, de que lo habían sido por el diablo, se ha separado de un gran número de la Iglesia que no pensaban en dejar de ir á ella.*

santos. Si, pues, los ángeles y los santos han producido en otro tiempo fenómenos semejantes, ¿por qué no los han de producir ahora? ¿Por qué los mismos hechos serian hoy obra del demonio en manos de ciertas personas, siendo así que son reputados milagros de los santos en las de otras? Sostener una tesis semejante, es abdicar de la lógica.

El autor de la pastoral está en el error cuando dice que estos fenómenos son inexplicables. Al contrario, hoy es cuando se explican perfectamente, y por esto no se los mira como maravillosos y sobrenaturales; y aunque no lo fuesen, no seria lógico atribuirlos al diablo, como no lo fué en otro tiempo el hacerle el honor de atribuirle todos los efectos naturales, que no se comprendian.

Por papeles indignos, es necesario entender los papeles ridículos y los que consisten en hacer el mal; pero no se puede calificar así el de los Espíritus que hacen el bien, y conducen á los hombres á Dios y á la virtud. Pero el Espiritismo dice *precisamente* que los papeles indignos no pueden representarlos los Espíritus superiores, como lo prueban los preceptos siguientes:

13.—Se reconoce la cualidad de los Espíritus en su lenguaje; el de los Espíritus verdaderamente buenos y superiores, es siempre digno, noble, lógico, exento de contradiccion; respira sabiduría, benevolencia, modestia y la más pura moral; es conciso y sin palabras inútiles. Entre los Espíritus inferiores, ignorantes ú orgullosos, el vacío de las ideas está casi siempre

compensado por la abundancia de las palabras. Cualquier pensamiento evidentemente falso, toda máxima contraria á la sana moral, todo consejo ridículo, toda expresion grosera, trivial ó simplemente frívola; en fin, todo asomo malevolencia, de presuncion ó de arrogancia, son señales incontestables de inferioridad en un Espíritu.

Los Espíritus superiores no se ocupan sino de comunicaciones inteligentes, encaminadas á nuestra instruccion; las manifestaciones físicas ó puramente materiales cuadran más especialmente á los Espíritus inferiores, vulgarmente conocidos bajo el nombre de *Espíritus golpeadores*, como entre nosotros los juegos de fuerza son del dominio de los saltimbánquis y no de los sábios. *Seria absurdo pensar que los Espíritus, por poco elevados que sean, se divierten representando una farsa. (¿Qué es el Espiritismo? Cap. II, núms. 37, 38, 39, 40 y 60.— Véase tambien: Libro de los Espíritus. Lib. II, capítulo I. Diferentes órdenes de Espíritus; escala Espiritista. Lib. de los médiums, 2.^a parte, cap. XXIV. Identidad de los Espíritus: Distincion de los buenos y de los malos Espíritus).*

¿Qué hombre de buena fé puede ver en estos preceptos un papel indigno atribuido á los Espíritus elevados? El Espiritismo no sólo no confunde á los Espíritus, sino que al paso que otros atribuyen á los demonios una inteligencia igual á los ángeles, él hace constar por la observacion de los hechos, que los Espíritus inferiores son más ó ménos ignorantes, que su horizonte moral es limitado, su perspicacia restringida;

que tienen una idea bastante falsa é incompleta de las cosas y son incapaces de resolver ciertas cuestiones, lo que les pone en la imposibilidad de hacer todo lo que se atribuye á los demonios.

14.—«Las almas de los muertos, con las que Dios prohíbe el consultar, permanecen en la morada que les ha señalado su justicia, y no pueden, *sin su permiso*, ponerse á las órdenes de los vivos.»

El Espiritismo dice tambien que no pueden venir sin el permiso de Dios; pero todavía es más riguroso, porque dice que ningun Espíritu, bueno ó malo, puede venir sin este permiso, mientras que la Iglesia atribuye á los demonios la facultad de poder prescindir de él. Vá más lejos aún; puesto que dice que, si vienen con este permiso cuando los vivos les llaman, no es para *ponerse á sus órdenes*.

—¿El Espíritu acude voluntariamente á la evocación ó se le obliga á ello?—*Obedece á la voluntad de Dios*, esto es, á la ley general que rige el universo; juzga si es útil acudir, ejerciendo tambien de este modo su libre alvedrio. El Espíritu superior viene siempre que se le llama con un fin *útil*; no se niega á responder, sino á personas poco formales que lo toman todo á broma. (Lib. de los médiums, capítulo XXV.)

—¿El Espíritu evocado puede negarse á venir al llamamiento que se le hace?—Así es, en efecto, y si así no fuera ¿en dónde estaria su libre alvedrio? ¿Creeis que todos los seres del universo están á vuestras órdenes? ¿Y vosotros mismos, os creeis obligados á responder á todos los que os llamen por vuestro nom-

bre? Cuando digo que puede negarse á ello, me refiero á la pregunta *del evocador*, porque á un Espíritu inferior puede obligarle un Espíritu superior. (Lib. de méd., cap. XXV.)

Los spiritistas están de tal modo convencidos de que, no tienen ningun poder sobre los Espíritus, y de que no pueden obtener nada de éstos sin el permiso de Dios, que cuando llaman á un Espíritu sea el que quiera, dicen: *Ruego á Dios todopoderoso permita á un buen Espiritu comunicarse conmigo: ruego tambien á mi ángel de la guarda tenga á bien asistirme y apartar los malos Espiritus, ó bien cuando se trata del llamamiento de un Espíritu determinado: Ruego á Dios todopoderoso permita al Espiritu de tal, comunicarse conmigo.* (Lib. de los med., capítulo XVII, núm. 203.)

15.—Las acusaciones lanzadas por la Iglesia contra la práctica de las evocaciones, no conciernen, pues, al Espiritismo, puesto que se dirijen principalmente contra las operaciones de la mágia, con la cual no tiene ninguna relacion; puesto que condena en estas operaciones lo que ella misma condena; puesto que no atribuye á los buenos Espíritus un papel indigno de ellos, y puesto que, en fin, declara que no pide ni quiere obtener nada sin el permiso de Dios.

No tiene duda que puede haber personas que abusen de las evocaciones, que hagan de ellas un pasatiempo y diversion y que las aparten de su fin providencial, para emplearlas en pro de sus interéses personales, que por ignorancia, ligereza, orgullo ó concupiscencia, se se-

paren de los verdaderos principios de la doctrina; pero el espiritismo formal desaprueba esto, así como desaprueba la religion, los falsos devotos y los excesos del fanatismo. No era pues lógico, ni equitativo imputar al espiritismo en general los abusos que condena, ó las faltas de los que no le comprenden. Antes de formular una acusacion, es preciso ver si es justa. Diremos, pues, que la reprobacion de la Iglesia se dirige á los charlatanes, á los explotadores, á las prácticas de la mágia y de la hechicería, y en esto tiene razon. Cuando la crítica religiosa ó escéptica señala los abusos y vitupera el charlatanismo, hace resaltar mejor la pureza de la sana doctrina, ayudándola de este modo á desembarazarse de la escoria; y con esto facilita nuestra tarea. Su error está en confundir el bien y el mal, por ignorancia del mayor número, y por mala fé de algunos; pero la distincion que ella no hace, la hacen otros. En todos los casos su censura, á la cual se asocia todo espíritu sincero en el limite de lo que se aplica al mal, no puede alcanzar á la doctrina.

16.—«Los seres misteriosos que se presentan del mismo modo al primer llamamiento del herético y del impío, como del fiel, del crimen como de la inocencia, no son los enviados de Dios, ni los apóstoles de la verdad, sino los secuaces del error y del infierno.»

¡Tenemos que al herético, al impío y al criminal, Dios no permite que vayan los buenos Espíritus á sacralles del error para salvarles de la perdicion eterna! ¡No les envia sino los secuaces del infierno para hundirles más en el fango! ¡Más aún, no envia á la inocen-

cia sino seres perversos para pervertirla! ¿No se encuentra, pues, entre los ángeles, entre esas criaturas privilegiadas de Dios, ningun sér bastante compasivo para acudir al auxilio de esas almas perdidas? ¿Para qué las brillantes cualidades de que están dotados, si no sirven más que para sus goces personales? ¿Son realmente buenos, si en medio de las delicias de la contemplacion, ven á esas almas en el camino del infierno y no corren á salvarlas? ¿Acaso no es esta la imágen del rico egoista, que teniendo hasta lo supérfluo, deja sin piedad que el pobre muera en la puerta de su casa? ¿No es esto el egoismo que se erige en virtud y pretende elevarse hasta los piés del Eterno?

¿Os maravillais de que los buenos Espíritus vayan al herético y al impío? ¿olvidais acaso esta parábola de Cristo: «El que está bueno no tiene necesidad de médico?» ¿Os empeñais en no ver las cosas de un punto más elevado que los fariseos de su tiempo? ¿Y vosotros mismos, si fuerais llamados por un incrédulo, dejaríais de ir á él para ponerle en el buen camino? Los buenos Espíritus hacen, pues, lo que vosotros haríais: ván al impío á decirle buenas palabras. En lugar de anatematizar las comunicaciones de ultra-tumba, bendecid los caminos del Señor, maravillaos de su omnipotencia y bondad infinita.

17.—Hay, se dice, ángeles guardianes; pero cuando no pueden hacerse oír por la voz misteriosa de la conciencia ó de la inspiracion, ¿por qué no se emplean medios de accion más directos y más materiales que puedan afectar los sentidos, puesto que los hay? ¿Dios

pone pues estos medios, que son obra suya, porque todo proviene de él, y nada sucede sin su permiso, á disposicion únicamente de los malos Espíritus, al paso que impide á los buenos servirse de ellos? De esto se deduce que Dios concede á los demonios más facilidad para perder á los hombres, que no á los ángeles guardianes para salvarles.

¡Pues bien! lo que los ángeles guardianes no pueden hacer, según la Iglesia, lo hacen los demonios; con ayuda de estas mismas comunicaciones llamadas infernales, vuelven á Dios á los que renegaban de Él, y al bien, á los que estaban sumerjidos en el mal; nos dán el extraño espectáculo de millones de hombres que creen en Dios por el poder del diablo, siendo así que la Iglesia habia sido impotente para convertirlos. ¡Cuántos hombres que no oraban jamás, oran hoy con fervor, gracias á las instrucciones de esos mismos demonios! ¡Cuántos vemos que de orgullosos, egoistas y licenciosos, han venido á ser humildes, caritativos y ménos sensuales! ¡Y se dirá que es obra de los demonios! Si así fuera, es necesario convenir en que el demonio les ha prestado un gran servicio, y les ha asistido mejor que los ángeles. Es preciso formarse muy pobre opinion del juicio de los hombres en este siglo, para creer que pudiesen aceptar á ciegas tales ideas. *Una religion que de semejante doctrina, hace su piedra angular y que se declara minada por su base si le quitan sin piedad sus demonios, su infierno, sus penas eternas y su Dios, es una religion que se suicida.*

18.—Dios, que envió á Cristo para salvar á los hombres, probando de este modo su amor hácia sus criaturas, las hubiera dejado sin proteccion? Sin ninguna duda, Cristo es el divino Mesías, enviado para enseñar á los hombres la verdad y mostrarles el buen camino; ¡pero sólo desde que él vino, contad el número de los que han podido oír su palabra de verdad! ¡cuántos han muerto, y cuántos morirán sin conocerla! y entre los que la conocen, ¡cuántos son los que la ponen en práctica! ¿Por qué Dios, en su cuidado por la salvacion de sus hijos, no les enviaria otros mensajeros que viniendo á la tierra, penetrando en los más humildes aposentos, dirigiéndose á los grandes y á los pequeños, á los sábios y á los ignorantes, á los incrédulos, como á los creyentes, enseñaran la verdad á los que no la conocen, la hicieran comprender á los que no la comprenden, y suplieran consuenseñanza *directa y múltiple* la insuficiencia de la propagacion del Evangelio y apresuraran el advenimiento del reino de Dios? ¡Y cuando estos mensajeros llegan en masas innumerables, abriendo los ojos á los ciegos, convirtiendo á los impíos, curando á los enfermos, consolando á los afligidos á ejemplo de Jesús, vosotros los rechazais, y repudiáis el bien que hacen, diciendo que son los demonios! Tal era tambien el language de los fariseos respecto de Jesús, porque ellos tambien decian que hacia el bien por el poder del diablo. ¿Qué les respondió? «Reconoced el árbol por su fruto; un mal árbol no puede dar buenos frutos.»

Pero para ellos, los frutos producidos por Jesús eran malos, porque venia á destruir los abusos y á proclamar

la libertad que debía arruinar su autoridad; si hubiera venido á lisongear su orgullo, á sancionar sus prevaricaciones y á sostener su poder, hubiera sido á sus ojos el Mesías esperado por los judíos. Él estaba sólo, era pobre y débil; le hicieron perecer y creyeron matar su palabra, pero su palabra era divina y le ha sobrevivido. Sin embargo, se ha propagado con lentitud, y despues de diez y ocho siglos, apénas es conocida de la décima parte del género humano, y cismas numerosos han estallado en el seno mismo de sus discípulos. Entónces Dios, en su misericordia, envia los Espíritus á confirmarla, completarla, ponerla al alcance de todos y derramarla por toda la tierra. Pero los Espíritus no están encarnados en un sólo hombre, cuya voz hubiera sido limitada; son innumerables, van por todas partes y no se les puede cojer, y este es el motivo de su enseñanza se extiende con la rapidez del relámpago; hablan al corazon y á la razon, hé aquí porque los más humildes les comprenden.

19.—«¿No es indigno de los celestes mensageros, decís vosotros, el trasmitir sus instrucciones por un medio tan vulgar, como es el de las mesas parlantes? ¿No es ultrajarles suponer que se divierten en trivialidades, dejando su brillante morada para ponerse á disposicion del primero que los llama?»

¿Jesús no dejó la morada de su padre para nacer en un establo? Por otra parte, ¿dónde habeis visto nunca que el espiritismo atribuya las cosas triviales á los Espíritus superiores? Por el contrario, dice que las cosas vulgares son producto de Espíritus vulgares. Pero

no porque sean vulgares, han dejado de afectar las imaginaciones, sirviendo para probar la existencia del mundo espiritual, y demostrado que este mundo es otra cosa distinta de lo que se creia. Esto en el principio, era un medio sencillo como todo lo que empieza, pero el árbol aunque salido de un pequeño grano, no por eso, más tarde, ha dejado de extender muy léjos su ramaje. ¿Quién hubiera creido que del miserable pesebre de Belen saldría un dia la palabra, que debia conmover al mundo?

Cristo es el Mesías divino, esto es indudable; su palabra es la verdad, tambien es muy cierto; la religion fundada sobre esta palabra, será inquebrantable, esto es la realidad; pero con la condicion de que siga y practique su sublime doctrina y no haga de un Dios justo y bueno, tal como él nos lo reveló, un Dios parcial, vengativo y desapiadado.

CAPÍTULO XI.

DE LA PROHIBICION DE EVOCAR LOS MUERTOS.

I.—La Iglesia no niega en ningun concepto el hecho de las manifestaciones; al contrario, las admite todas, como se ha visto en las citas precedentes; pero las atribuye á la intervencion exclusiva de los demonios. No hay razon para que algunos invoquen el Evangelio para impedir las; porque de ellas no habla una palabra. El supremo argumento de que se valen es la prohibicion de Moisés. Hé aquí en qué términos se expresa con este motivo la pastoral citada en los capítulos anteriores:

«No es permitido ponerse en relacion con ellos (los Espíritus) yá sea inmediatamente, yá sea por intermedio de los que los evocan y los interrogan. La ley mosaica castigaba de muerte estas prácticas detestables, en uso entre los gentiles.» «No vayais á encontrar á los mágicos, dice el Libro del Levítico, y no dirijais á los adivinos ninguna pregunta, por miedo de quedar manchados dirijiéndoos á ellos.» Cap. XVI, v. 31.—«Si un hombre ó una mujer tiene un Espíritu de Python ó de adivinacion, que sean castigados de muerte; serán apedreados y su sangre caerá sobre sus cabezas.» (Cap. XX, v. 27.) Y en el libro del Deuteronomio: «Que no haya nadie entre vosotros que consulte á los adivinos, ó que observe los sueños

«y los augurios, ó que use maleficios, sortilegios y encantamientos, ó que consulte á los que tienen el Espíritu de Python y que practican la adivinacion, ó que interrogan á los muertos para saber la verdad; porque el Señor tiene en abominacion todas estas cosas, y destruirá á vuestra llegada, las naciones que cometan estos crímenes.» (Cap. XVIII, v. 10, 11, 12.)

2.—Es útil para la inteligencia del verdadero sentido de las palabras de Moisés, recordar el texto completo, un poco abreviado en esta cita:

«No os apartéis de vuestro Dios, para ir á buscar los mágicos, y no consultéis á los adivinos, por miedo de mancharos, dirijiéndoos á ellos. Yo soy el Señor vuestro Dios,» (Levítico, cap. XIX, v. 31.)

«Si un hombre ó una mujer tiene un Espíritu de Python, ó un Espíritu de adivinacion, que sean castigados de muerte; serán apedreados, y su sangre caerá sobre su cabeza. (Id., cap. XX, v. 27.)

«Cuando habreis entrado en el país que el Señor vuestro Dios os dará, tened buen cuidado de no imitar las abominaciones de estos pueblos; y que no se encuentre nadie entre vosotros que pretenda *purificar á su hijo ó su hija, haciéndoles pasar por el fuego* ó que consulte á los adivinos, ó que observe los sueños y los augurios, ó que use maleficios,—sortilegios y encantamientos, ó que consulte los que tienen el Espíritu de Python, y que se entremeten en adivinar, ó que interroguen á los muertos para saber la verdad.—Porque el Señor tiene en abominacion todas estas co-

sas, y exterminará todos estos pueblos á vuestra entrada por causa de estas clases de crímenes que han cometido. (Deuteronomio, cap. XVIII, v. 9, 10, 11 y 12.)

3.—Si la ley de Moisés debe observarse rigurosamente sobre este punto, debe serlo igualmente sobre todos los otros. ¿Por qué habia de ser buena en lo que concierne á las evocaciones y mala sobre otros puntos? Es preciso ser consecuente; si se reconoce que su ley no está en armonía con nuestras costumbres y nuestra época para ciertas cosas, no hay razon para que no sea así de la prohibicion de que se trata.

Por otra parte, es necesario atender á los motivos que provocaron esta prohibicion, motivos que tenian entónces su razon de ser; pero que no existen seguramente hoy. El legislador hebreo queria que su pueblo rompiese con todas las costumbres adquiridas en Egipto, donde la de las evocaciones estaba en uso, y era objeto de abusos, como lo prueban estas palabras de Isaías: «El Espíritu del Egipto se aniquilará en ella, y yo derribaré su prudencia; consultarán sus ídolos, sus adivinos, sus pythonisas y sus mágicos.» (Cap. XIX, v. 3.)

Además, los israelitas no debian contraer ninguna alianza con las naciones extranjeras; pues iban á encontrar las mismas prácticas, que adoptarian, á pesar de que debian combatirlas. Moisés debió, pues, por política, inspirar al pueblo hebreo aversion á todas las costumbres, que por tener puntos de contacto, se las hubieran asimilado. Para motivar esta aversion,

era menester presentarlas como reprobadas por Dios mismo; por esto dice: «El Señor tiene en abominacion todas estas cosas, y destruirá á vuestra llegada, las naciones que cometen estos crímenes.

4.—La prohibicion de Moisés era tanto más justificada, como que no se evocaban los muertos por respeto y afecto á ellos, ni con un sentimiento de piedad; era un medio de adivinacion, con el mismo título que los augurios y los presagios, explotado por el charlatanismo y la supersticion. Sin embargo, no consiguió arrancar esta costumbre, que era objeto de tráfico, como lo prueban los pasajes siguientes del profeta ya citado:

«Y cuando os dirán: Consultad á los mágicos y á los adivinos que hablan bajo en sus encantamientos, respondedles: ¿Cada pueblo no consulta su Dios? ¿Y se vá á hablar á los muertos de lo que concierne á los vivos?» (Isaias, Cap. VIII, v. 19.)

«Soy yo quien hago ver la falsedad de los prodigios de la mágia; quien vuelve insensatos á los que se mezclan en adivinar, quien derriba el espíritu de los sábios, y quien convence de locura su vana ciencia.» (Cap. XLIV, v. 25.)

«Que estos augurios que estudian el cielo, que contemplan los astros, y que cuentan los meses, para sacar de éstos las predicciones que quieren daros del porvenir, vengan ahora, y que os salven.— Han venido á ser como la paja, el fuego les ha devorado; no podrán librar sus almas de las llamas ardientes; ni aún de su incendio quedarán carbones, con los cuales pudiese

calentarse, ni fuego ante el cual pudiese sentarse.— Hé ahí lo que serán todas estas cosas á las cuales os habiais dedicado con tanto afan; estos *mercaderes* que habian traficado con vosotros desde vuestra juventud, huirán todos, el uno por un lado, el otro por otro, sin que se encuentre de ellos uno solo que os saque de vuestros males.» (Cap. XLVII, v. 13, 14, 15.)

En este capítulo Isaiás se dirige á los babilonios, bajo la figura alegórica de «la vírgen hija de Babilonia, hija de los caldeos.» (vers. 1.) Dice que los encantadores no impedirán la ruina de su monarquía. En el capítulo siguiente, se dirige directamente á los israelitas.

«Venid aquí, vosotros, hijos de una adivina, raza de un hombre adúltero y de una mujer prostituta.— ¿Con quién os habeis divertido? ¿Contra quién habeis abierto la boca y lanzado vuestras lenguas agudas? ¿No sois hijos pérfidos y vástagos bastardos,—vosotros que buscáis vuestro consuelo en vuestros dioses, bajo todos los árboles cargados de ramas, que *sacrificais vuestros* niños en los torrentes, bajo las rocas salientes?—Habeis puesto vuestra confianza en las piedras del torrente; habeis derramado licores para honrarlas les habeis ofrecido sacrificios. ¿Despues de esto, mi indignacion no se inflamará?» (Cap. LVII, v. 3, 4, 5, 6.)

Estas palabras no dejan duda; prueban claramente que en aquel tiempo las evocaciones tenian por objeto la adivinacion, y que se comerciaba con ellas: estaban asociadas á las prácticas de la magia y de la hechicería, y áun acompañadas de sacrificios humanos. Moisés tenia, pues, razon en prohibir esas cosas y en decir que Dios las tenia en abominacion.

Hasta la edad media se perpetuaron estas prácticas supersticiosas ; pero hoy la razon las hace justicia, y el Espiritismo ha venido á demostrar el fin exclusivamente moral, consolador y religioso de las relaciones de ultra-tumba; desde luego que los espiritistas no «sacrifican los niños y no derraman licores para honrar á los dioses,» que no preguntan ni á los astros ni á los muertos, ni á los augures para conocer el porvenir que Dios ha ocultado sabiamente á los hombres, que repudian todo tráfico de la facultad que algunos han recibido de comunicar con los Espíritus, que no son movidos por la curiosidad ni por la concupiscencia, sino por un sentimiento piadoso, y por el solo deseo de instruirse, de mejorarse, y de aliviar á las almas que sufren, la prohibicion de Moisés no les concierne de ningun modo; esto es lo que habrian visto los que la invocan contra ellos, si hubieran profundizado mejor el sentido de las palabras bíblicas. Habrian reconocido que no existe ninguna analogía entre lo que pasaba entre los hebreos y los principios del Espiritismo; además, el Espiritismo condena precisamente lo que motivaba la prohibicion de Moisés; mas cegados por el deseo de encontrar un argumento contra las nuevas ideas, no se han apercebido que este argumento es completamente falso.

La ley civil de nuestros días castiga todos los abusos que queria reprimir Moisés. Si Moisés pronunció el último suplicio contra los delincuentes, es porque necesitaba medios rigurosos para gobernar aquel pueblo indisciplinado; así es que la pena de muerte se halla muy prodigada en su legislacion; por lo demás, no tenia mucho

que escoger en los medios de represion; faltaban cárceles, casas de correccion en el desierto y la naturaleza de su pueblo no era para ceder al temor de las penas puramente disciplinarias; no podia graduar su penalidad como se hace en nuestros dias. Es, pues, una equivocacion apoyarse en la severidad del castigo, para probar el grado de culpabilidad de la evocacion de los muertos. ¿Seria necesario, por respeto á la ley de Moisés, mantener la pena capital para todos los casos en que la aplicaba? Por otra parte, ¿por qué se recuerda con tanta insistencia este artículo, cuando se pasa en silencio el principio del capítulo, que prohíbe *á los sacerdotes poseer los bienes de la tierra, y no tener parte en ninguna herencia, porque el mismo Señor es su herencia?* (Deuteron., cap. XVIII, v. 1 y 2.)

5.—Hay dos partes distintas en la ley de Moisés: la ley de Dios propiamente dicha, promulgada sobre el monte Sinaí, y la ley civil ó disciplinaria apropiada á las costumbres y al carácter del pueblo; la una es invariable, la otra se modifica segun los tiempos, y no puede ocurrírsele á nadie que pudiésemos ser gobernados por los mismos medios que los hebreos en el desierto, así como las Capitulares de Carlo-Magno no podrian aplicarse á la Francia del siglo XIX. ¿Quién pensaria, por ejemplo, en aplicar hoy este artículo de la ley mosáica: «Si un buey da una cornada á un hombre ó á una mujer, que muera de ella, el buey será apedreado, y no se comerá de su carne; pero el dueño del buey será juzgado inocente?» (Éxodo, capítulo XXI, v. 23 y siguientes.)

Este artículo, que nos parece tan absurdo, no tenia sin embargo, por objeto castigar al buey y librar de responsabilidad á su dueño; equivalia simplemente á la confiscacion del animal causa del accidente, para obligar al propietario á mayor vigilancia. La pérdida del buey era el castigo del dueño, castigo que debia ser bastante sensible en un pueblo pastor, para que fuese necesario imponerle otro; pero no debia aprovechar á nadie; por esto se prohibia comer su carne. Otros artículos expresan el caso en que el dueño es responsable.

Todo tenia su razon de ser en la legislacion de Moisés, porque todo estaba previsto en ella hasta los menores detalles; pero la forma, así como el fondo, estaban en armonía con las circunstancias de la época. Ciertamente, si Moisés volviese hoy á dar un código á una nacion civilizada, no le daria el de los hebreos.

6.—Á esto se opone que todas las leyes de Moisés son dictadas en nombre de Dios, como las del Sinaí. Si se las juzga todas de origen divino ¿por qué los Mandamientos están limitados al Decálogo? Es porque se ha hecho diferencia. Si todas dimanaran de Dios, todas son igualmente obligatorias; ¿por qué no se observan todas? ¿Por qué, entre otras, no se ha conservado la circuncision que Jesús sufrió y que no abolió? Se olvida que todos los legisladores antiguos, para dar más autoridad á sus leyes, dijeron que las recibieron de una divinidad. Moisés, más que ningun otro, tenia necesidad de este apoyo, en razon al carácter de su pueblo; si á pesar de esto tuvo tanto trabajo

en hacerse obedecer, éste hubiera sido mayor, si las hubiese promulgado en nombre propio.

¿No vino Jesús á modificar la ley mosaica, y no es su ley el código de los cristianos? ¿No ha dicho : «Habéis aprendido que ha sido dicho á los antiguos tal y cual cosa, y yo os digo tal otra? ¿Pero ha tocado la ley del Sinaí? De ningun modo; la sanciona, y toda su doctrina moral no es más que desenvolvimiento de aquélla. Pero en ninguna parte habla de la prohibicion de evocar los muertos. Esta era una cuestion bastante grave, sin embargo, para que la hubiese omitido en sus instrucciones, cuando ha tratado otras más secundarias.

7.—En resúmen, se trata de saber si la Iglesia sobrepone la ley mosaica á la ley evangélica; ó de otro modo, si es más judía que cristiana. Es digno de observar que de todas las religiones, la que ha hecho ménos oposicion al espiritismo es la judía, y no ha invocado contra las relaciones con los muertos la ley de Moisés, en la que se apoyan las sectas cristianas.

8.—Otra contradiccion : Si Moisés prohibió evocar los espíritus de los muertos, es señal que los tales espíritus pueden venir, pues de otro modo su prohibicion era inútil. Si podian venir en su tiempo, lo pueden aún hoy; si son los espíritus de los muertos, no son exclusivamente los demonios. Por lo demás, Moisés no habla de ninguna manera de estos últimos.

Es, pues, evidente que nadie puede lógicamente apoyarse en la ley de Moisés en esta circunstancia, por el doble motivo de que no rige en el cristianismo, y no

ser apropiada á las costumbres de nuestra época. Pero áun suponiéndole toda la autoridad que algunos la conceden, no puede, segun hemos visto, aplicarse al Espiritismo.

Moisés, es verdad, comprende en su prohibicion el que se interrogue á los muertos; pero esto no es más que de un modo secundario, y como accesorio á las prácticas de la hechicería. La misma palabra *interrogar*, puesta al lado de los adivinos y de los augures, prueba que, entre los hebreos, las evocaciones eran un medio de adivinacion; pero los espiritistas no evocan á los muertos para obtener revelaciones ilícitas, sino para recibir de ellos sábios consejos y procurar el alivio de los que sufren. Ciertamente, si los hebreos no se hubiesen servido de las comunicaciones de ultra-tumba sino para ese fin, léjos de prohibirlas, Moisés las habria fomentado; porque ellas hubieran hecho á su pueblo más morigerado.

9.—Si ha sido del gusto de algunos críticos jocosos, ó mal intencionados presentar las reuniones espiritistas como asambleas de brujos y de nigrománticos, y los médiums como decidores de la buena ventura; si algunos charlatanes mezclan este nombre con prácticas ridiculas, que desaprueba el Espiritismo, bastantes gentes saben á qué atenerse sobre el carácter esencialmente moral y grave de las reuniones del Espiritismo sério; la doctrina escrita para todo el mundo, protesta bastante contra los abusos de todas clases, para que la calumnia recaiga sobre quien lo merece.

10.—La evocacion, se dice, es una falta de respeto á los muertos, cuyas cenizas no deben ser removidas. ¿Quién dice esto? Los adversarios de los dos campos opuestos que se dan la mano : los incrédulos *que no creen en las almas*, y los que creyendo en ellas, *pretenden que no pueden venir, y que sólo el demonio se presenta*.

Cuando la evocacion se hace religiosamente y con respeto; cuando los Espíritus son llamados, no por curiosidad, sino por un sentimiento de afecto y de simpatía, y con el deseo sincero de instruirse y de hacerse mejores, no se comprende que seria más irreverente si llamar á las gentes *despues de su muerte ó durante su vida*. Pero hay otra respuesta perentoria á esta objeccion, esto es, que los Espíritus vienen libremente y no obligados; que tambien vienen espontáneamente sin ser llamados; que manifiestan su satisfaccion en comunicarse con los hombres, y se quejan á menudo del olvido en que se les deja á veces. Si fueran turbados en su quietud ó estuviesen descontentos de nuestro llamamiento, lo dirian ó no vendrian. Puesto que son libres, cuando vienen, es porque esto les place.

11.—Se alega esta otra razon: las almas, se dice, permanecen en la morada que les ha señalado la justicia de Dios, esto es, en el infierno ó en el paraíso; las que están en el infierno, no pueden salir de éste, aunque á los demonios se les deje en libertad. Las que están en el paraíso, se hallan ocupadas enteramente en su beatitud; están muy por encima de los mortales para

ocuparse de ellos y muy dichosas para volver á esta tierra de miserias á interesarse por los parientes y amigos, que han dejado en ella. ¿Son, pues, como esos ricos que apartan la vista de los pobres, por temor de que su miseria no les altere la digestion? Si fuera así, serian poco dignas de la dicha suprema que vendria á ser el premio del egoismo. Quedan las que están en el purgatorio; pero éstas se hallan sufriendo y tienen que pensar en su salvacion ántes que todo; así, pues, si ni unas ni otras pueden venir, sólo el diablo podrá hacerlo en su lugar. Si no pueden venir, no hay, pues, temor de que se altere su reposo.

12.—Pero aquí se presenta otra dificultad. Si las almas que están en la beatitud no pueden dejar su morada afortunada, para venir en socorro de los mortales, ¿por qué invoca la Iglesia la asistencia de los santos, que deben gozar de la más grande suma posible de beatitud? ¿Por qué dice á los fieles que les invoquen en las enfermedades, en las aficciones y para preservarse de las calamidades? ¿Por qué, segun ella, los santos, la misma Virgen, vienen á mostrarse á los hombres y á hacer milagros? Dejan, pues, el cielo para venir á la tierra. Si los que esátn en lo más alto de los cielos pueden dejarlo, ¿por qué no podrán hacerlo los que están ménos elevados?

13.—Que los incrédulos nieguen la manifestacion de las almas, se concibe, pues que no creen en el alma; pero lo que es extraño es ver á aquellos cuyas creencias se apoyan sobre su existencia y su porvenir,

encarnizarse contra los medios de probar que existe, y esforzarse en demostrar que eso es imposible. Parecería natural, al contrario, que los que tienen más interés en su existencia, debiesen acoger con alegría, y como un beneficio de la Providencia, los medios de confundir á los negadores con pruebas irrecusables, puesto que éstos son los que niegan la religion. Deploran sin cesar la invasion de la incredulidad que diezma el redil de los fieles, y cuando el más poderoso medio de combatirla se presenta, lo rechazan con más obstinacion que los mismos incrédulos, pues cuando las pruebas rebosan hasta el punto de no dejar ninguna duda, se recurre como argumento supremo á la prohibicion de ocuparse de ellas; y para justificarla, se aduce un artículo de la ley de Moisés en el cual nadie pensaba, y donde se quiere, á la fuerza, ver una aplicacion que no existe. Se conceptúa tan feliz este descubrimiento, que no han sabido ver en él una justificacion de la doctrina Espiritista.

14.—Todos los motivos alegados contra las relaciones con los Espíritus, no pueden resistir un exámen sério; del encarnizamiento que se despliega puede, empero, inferirse que á esta cuestion se une un gran interés, pues de no ser así, no se insistiria tanto en ella. Al ver esta cruzada de todos los cultos contra las manifestaciones, se diria que *les tienen miedo*. El verdadero motivo podria muy bien ser el temor de que los Espíritus, demasiado perspicaces, no viniesen á ilustrar á los hombres sobre los puntos que se quieren dejar en la obscuridad, y á hacerles conocer de fijo

lo que hay en el otro mundo y las *verdaderas condiciones para ser en él dichoso ó desgraciado*. Por esto, lo mismo que se dice á un niño: «No vayas allá, que hay un duende;» se dice á los hombres: «No llaméis á los Espíritus, pues son el diablo.» Pero sus trabajos tendrá, porque si se prohíbe á los hombres llamar á los Espíritus, no se impedirá á los Espíritus á que vengan á los hombres á sacar la lámpara de debajo del celemin.

El culto que está en la verdad absoluta, no tienen que temer nada de la luz, porque la luz hará resaltar la verdad, y el demonio no podrá prevalecer contra ella.

15.—Rechazar las comunicaciones de ultra-tumba, es rechazar el poderoso medio de instruccion que resulta de la iniciacion en la vida futura, y de los ejemplos que ellas nos suministran. La experiencia nos enseña además el bien que se puede hacer á los Espíritus imperfectos apartándoles del mal, ayudando á los que sufren á desprenderse de la materia y á mejorarse. Prohibir, pues, dichas comunicaciones, es privar á las almas desgraciadas de la asistencia que podemos darles. Las siguientes palabras de un Espíritu reasumen admirablemente las consecuencias de la evocacion practicada con un fin caritativo.

«Cada Espíritu doliente y lastimero os contará la causa de su caída, los motivos que le han arrastrado á sucumbir; os dirá sus esperanzas, sus combates, sus terrores; os dirá sus remordimientos, sus dolores, sus desesperaciones; os mostrará á Dios, justamente irri-

tado, castigando al culpable con toda la severidad de su justicia. Escuchándoles, os conmovereis y os atemorizareis por vosotros mismos; siguiéndoles en sus lamentos, vereis á Dios, no perdiéndole de vista, esperando al pecador arrepentido, tendiéndole los brazos tan pronto como trate de adelantar. Vereis los progresos del culpable, á los cuales habreis tenido la dicha y la gloria de haber contribuido, y los seguireis con afan, como el cirujano sigue los progresos de la herida que cura diariamente.» (Burdeos, 1861).

SEGUNDA PARTE.

EGEMPLOS.

CAPÍTULO PRIMERO.

EL TRÁNSITO.

1.—No se excluyen por la confianza en la vida futura los temores del tránsito de esta vida á la otra. Muchos no temen la muerte por el hecho de morirse; lo que temen es el momento de la transición. ¿Se sufre ó no se sufre en el tránsito? Hé aquí lo que les ocupa más; y es esta cosa de tanta más importancia, cuanta es la seguridad de que nadie puede evitarla. Puede uno dejar de hacer un viaje terrestre; pero aquel camino han de recorrerlo todos, ricos y pobres, y por doloroso que sea, ni la clase ni la fortuna pueden endulzar su amargura.

2.—Al ver la calma de ciertas muertes y las terribles convulsiones de la agonía en algunas otras, se puede yá considerar que las sensaciones no son siempre las mismas; pero ¿quién puede hacernos una reseña respecto de esto? ¿Quién nos describirá el fenómeno fisiológico de la separación del alma y del cuerpo? ¿Quién nos dirá las impresiones en este instante supre-

mo? Sobre este punto, la ciencia y la religion enmudecen.

¿Y por qué? Porque falta á la una y á la otra el conocimiento de las leyes que rigen las relaciones del Espíritu y la materia; la una se detiene en el umbral de la vida espiritual; la otra en el de la vida material. El Espiritismo es el lazo de union entre las dos; él sólo puede decir cómo se operá la transicion, yá sea por las nociones más positivas que dá de la naturaleza del alma, yá sea por lo que dicen los que han dejado la envoltura material. El conocimiento del lazo flúidico que une el alma y el cuerpo es la clave de este fenómeno, como de muchos otros.

3.—La materia inerte es insensible: éste es un hecho positivo: sólo el alma experimenta las sensaciones del placer y del dolor. Durante la vida, cualquiera separacion de la materia se refleja en el alma, quien recibe por ello una impresion más ó ménos dolorosa. El alma es la que sufre y no el cuerpo; éste no es más que el instrumento del dolor: el alma es el paciente. Despues de la muerte, estando el cuerpo separado del alma, puede ser impunemente mutilado, porque nada siente; el alma, cuando está aislada, no sufre por la desorganizacion de éste último; tiene sus sensaciones propias, cuyo origen no está en la materia tangible.

El perispíritu es la envoltura flúidica del alma, de la cual no se separa ni ántes ni despues de la muerte, con la que no forma, por decirlo así, más que uno; porque no puede concebirse el uno sin el otro. Duran-

te la vida, el flúido perispiritual penetra el cuerpo en todas sus partes y sirve de vehículo á las sensaciones físicas del alma; por este intermediario obra tambien el alma sobre el cuerpo y dirige sus movimientos.

- 4.—La extincion de la vida orgánica causa la separacion del alma y del cuerpo por la rotura del lazo flúidico que los une; pero esta separacion jamás es brusca; el flúido perispiritual se separa poco á poco de todos los órganos, de modo que la separacion no es completa y absoluta, sino cuando no queda un solo átomo del perispiritu unido á una molécula del cuerpo. *La sensacion dolorosa que el alma experimenta en semejante momento, está en razon de la suma de los puntos de contacto que existen entre el cuerpo y el perispiritu, y de la mayor ó menor dificultad y lentitud que ofrece la separacion.* Es preciso, pues, entender que segun las circunstancias, la muerte puede ser más ó ménos penosa. Estas diversas circunstancias son las que vamos á examinar.

5.—Sentemos desde luego como principios los cuatro casos siguientes, que se pueden mirar como las situaciones extremas, entre las cuales hay una multitud de matices. 1.º Si en el momento de la extincion de la vida orgánica, estuviese operada completamente la separacion del perispiritu, el alma no sentiria absolutamente nada; 2.º Si en este momento la cohesion de los dos elementos está en toda su fuerza, se proáuca una especie de rasgadura que obra dolorosamente sobre el alma; 3.º Si la cohesion es débil, la separacion es fácil y se verifica sin sacudidas; 4.º Si despues de

la cesacion completa de la vida orgánica, existen todavía numerosos puntos de contacto entre el cuerpo y el perispíritu, podrá el alma sentir los efectos de la descomposicion del cuerpo hasta que el lazo se rompa enteramente.

De esto resulta que el sufrimiento, que compañía á la muerte, está subordinado á la fuerza de adherencia que une el cuerpo y el perispíritu; que todo lo que pueda amenguar esta fuerza y favorecer la rapidez de la separacion, hace el tránsito ménos penoso; en fin, que si la separacion se opera sin ninguna dificultad, el alma no experimenta ninguna sensacion desagradable.

6.—En el tránsito de la vida corporal á la vida espiritual se produce tambien otro fenómeno de una importancia capital: es el de la turbacion. En este momento, el alma experimenta un sopor que paraliza momentáneamente sus facultades, y neutraliza, en parte al ménos, las sensaciones; está por decirlo así, cataleptizada, de modo que casi nunca es testigo consciente del último suspiro. Decimos *casi nunca*, porque hay un caso en que puede tener conciencia de ello, como veremos despues. La turbacion puede pues considerarse como el estado normal en el instante de la muerte; su duracion es indeterminada; varia de algunas horas á algunos años. A medida que se disipa, el alma está en la situacion de un hombre que sale de un sueño profundo; las ideas son confusas, vagas é inciertas; se vé como al través de una niebla; poco á poco la vista se aclara, la memoria vuelve, y se

reconoce. Pero este despertar varia segun los individuos; en los unos es tranquilo y experimentan una sensacion deliciosa; en otros está lleno de terror, de ansiedad, y produce el efecto de una terrible pesadilla.

7.—El momento del último suspiro no es pues el más penoso; porque, ordinariamente, el alma no tiene conciencia de sí misma; pero ántes sufre por la desagregacion de la materia, durante las convulsiones de la agonía, y depues por las angustias de la turbacion. Apresurémonos á decir que este estado no es general. La intensidad y la duracion del sufrimiento están, como hemos dicho, en razon de la afinidad que existe entre el cuerpo y el perispíritu; cuanto más grande es esta afinidad, mayores y más penosos son los esfuerzos del Espíritu para separarse de sus lazos; pero hay personas en las cuales la cohesion es tan débil, que la separacion se opera por sí misma y naturalmente. El Espíritu se separa del cuerpo como un fruto maduro cae de su tallo; esto sucede con las muertes tranquilas y de apacible despertar en la otra vida.

8.—El estado moral del alma es la causa principal que influye sobre la mayor ó menor facilidad de la separacion. La afinidad entre el cuerpo y el perispíritu está en razon de la adhesion del Espíritu á la materia; está en su máximum en el hombre cuyas preocupaciones se concentran todas en la vida y goces materiales; es casi nula en aquel cuya alma purificada se ha identificado por anticipacion con la vida espiritual.

Puesto que la lentitud y la dificultad de la separacion están en razon del grado de depuracion y desmaterializacion del alma, depende de cada uno hacer el tránsito más ó menos fácil ó penoso, agradable ó doloroso.

Sentado esto, á la vez como teoría y como resultado de observacion, nos queda por examinar la influencia de la clase de muerte sobre las sensaciones del alma en el último momento.

9.—En la muerte natural, la que resulta de la extincion de las fuerzas vitales por la edad ó la enfermedad, la separacion se opera gradualmente; en el hombre cuya alma está desmaterializada y cuyos pensamientos se han desprendido de las cosas terrestres, la separacion es casi completa ántes de la muerte real; el cuerpo vive aún con vida orgánica; cuando el alma ha entrado yá en la vida espiritual, y no está ligada al cuerpo sino por un lazo tan débil, que se rompe, á la última palpitacion del corazon. En este estado, el Espíritu puede haber recobrado yá su lucidez, y ser testigo consciente de la extincion de la vida de su cuerpo, considerándose feliz por haberse librado de él; para él la turbacion es casi nula; esto no es más que un momento de sueño pacífico, de donde sale con una indecible impresion de dicha y de esperanza.

En el hombre material y sensual, aquel que ha vivido más para el cuerpo que para el Espíritu, para quien la vida espiritual es nada, ni aún una realidad en su pensamiento, todo ha contribuido á estrechar los lazos que le adhieren á la materia; nada ha contribuido á aflojarlos durante la vida. Al aproximarse

la muerte, la separacion se hace tambien por grados, pero con esfuerzos continuos. Las convulsiones de la agonía son indicio de la lucha que sostiene el Espíritu que, á veces, quiere romper los lazos que le retienen y otras se aferra á su cuerpo del cual una fuerza irresistible le arranca violentamente como si dijéramos á pedazos.

10.—El Espíritu se adhiere tanto más á la vida corporal, cuanto no vé nada más allá; siente que se le escapa y quiere retenerla; en lugar de abandonarse al movimiento que le arrastra, resiste con todas sus fuerzas; puede así prolongar la lucha durante dias, semanas y meses enteros. Sin duda en este momento el Espíritu no tiene toda su lucidez; la turbacion ha comenzado mucho tiempo ántes de su muerte, pero por esto no sufre ménos y la vaguedad en que se encuentra, la incertidumbre de lo que vendrá á ser de él, aumentan sus angustias. Llega la muerte, y no se ha acabado todo; la turbacion continúa; siente que vive, pero no sabe si es de la vida material ó de la vida espiritual; lucha todavía hasta que las últimas ligaduras del perispíritu se rompen. La muerte ha puesto término á la enfermedad efectiva, pero no ha detenido sus consecuencias. Mientras existan puntos de contacto entre el cuerpo y el perispíritu, el Espíritu siente los achaques de aquél, y sufre.

11.—Muy diferente es la posicion del Espíritu desmaterializado, áun en las más crueles enfermedades. Los lazos fluidicos que le unen al cuerpo, siendo muy

débiles, se rompen sin ninguna sacudida: despues su confianza en el porvenir que ha entrevisto yá con el pensamiento, algunas veces tambien en realidad, le hace mirar la muerte como una libertad y sus males como una prueba; de lo que resulta para él una tranquilidad moral y una resignacion que endulzan el sufrimiento. Despues de la muerte, rotos estos lazos en el mismo instante, ninguna reaccion dolorosa se opera en él; siente su despertar, libre, dispuesto, aliviado de un gran peso, sobre todo contento, porque no sufre yá.

12.—En la muerte violenta, las condiciones no son exactamente las mismas. Ninguna desagregacion parcial ha podido traer una separacion anticipada entre el cuerpo y el perispíritu; la vida orgánica, en toda su fuerza, se para repentinamente; la separacion del perispíritu no comienza, pues, sino despues de la muerte, y en este caso como en los otros, no puede operarse instantáneamente. El Espiritu, sorprendido, está como aturdido; pero sintiendo que piensa, se cree aún vivo, y esta ilusion dura hasta que se dá cuenta de su posicion. Este estado intermediario entre la vida corporal y la vida espiritual, es una de las más interesantes para el estudio; porque presenta el singular espectáculo de un Espiritu que toma su cuerpo flúidico por su cuerpo material, y que experimenta todas las sensaciones de la vida orgánica. Ofrece una variedad infinita de matices segun el carácter, los conocimientos y el grado de adelantamiento moral del Espiritu. Es de corta duracion para aquellos cuya alma está depu-

rada, porque en ellos habia un desprendimiento anticipado, y la muerte, aún la mas súbita, no hace mas que apresurar su realizacion; en otros puede prolongarse durante años. Este estado es muy frecuente, aún en los casos de muerte ordinaria, y para algunos no tiene nada que sea penoso segun las cualidades del Espíritu; pero para otros, es una situacion terrible. En el suicidio sobre todo, ésta es la posicion más penosa. El cuerpo, reteniendo al perispiritu por todas sus fibras, todas las convulsiones del mismo se repercuten en el alma y por ésto siente atroces sufrimientos.

13.—El estado del Espíritu en el momento de la muerte puede resumirse así:

El Espíritu sufre tanto más cuanto el desprendimiento del perispiritu es más lento; la prontitud del desprendimiento está en razon del grado del adelanto moral del Espíritu; para el Espíritu desmaterializado, cuya conciencia es pura, la muerte es un sueño de algunos instantes, exento de todo sufrimiento y cuyo despertar está lleno de suavidad.

14.—Para trabajar en su depuracion, reprimir sus tendencias malas, vencer sus pasiones, *es preciso ver sus ventajas en el porvenir*; para identificarse con la vida futura, dirigir á ella sus aspiraciones y preferirla á la vida terrestre, es necesario no sólo creer en aquélla, sino comprenderla; es necesario representársela bajo un aspecto satisfactorio para la razon, en completa concordancia con la lógica, el buen sentido.

y la idea que uno se forma de la grandeza, de la bondad y de la justicia de Dios. De todas las doctrinas filosóficas, el Espiritismo es la que ejerce, bajo este aspecto, la más poderosa influencia por la fé inquebrantable que dá.

El Espíritu *formal* no se limita á creer; *Cree, porque comprende*, y comprende, porque se dirige á su discernimiento; la vida futura es una realidad que se descubre sin cesar á su vista; la vé y la toca, por decirlo así, en todos los instantes; la duda no puede entrar en su alma. La vida corporal tan limitada se borra para él ante la vida espiritual, que es la verdadera vida; de ahí el poco caso que hace de las sinuosidades del camino y su resignacion en las vicisitudes, de las cuales comprende la causa y la utilidad. Su alma se eleva por las relaciones directas que tiene con el mundo invisible, los lazos flúidicos que le adhieren á la materia se debilitan, y así se opera un primer desprendimiento parcial que facilita el tránsito de esta vida á la otra. La turbacion inseparable del tránsito dura poco tiempo; porque tan pronto como se ha franqueado el paso, se reconoce á sí mismo; nada le es extraño y se dá cuenta de su estado.

15.—Ciertamente el Espiritismo no es indispensable para obtener este resultado; así es que no tiene la pretension de que sólo él puede asegurar la salvacion del alma, pero la facilita por los conocimientos que procura, los sentimientos que inspira y las disposiciones en las cuales coloca al Espíritu, á quien hace comprender la necesidad de mejorarse. Además dá los me-

dios de facilitar el desprendimiento de *los otros Es-
piritus*, en el momento en que dejan la envoltura ter-
restre, y de abreviar el término de la perturbacion por
la plegaria y la evocacion. Por la oracion sincera,
que es una magnetizacion espiritual, se provoca una
desagregacion mas pronta del fluido perispiritual; por
una evocacion dirigida discretamente y con prudencia
y animando con palabras de benevolencia, se saca al
Espíritu del sopor en que se encuentra, y se le ayuda
á reconocerse mas pronto; si está sufriendo, se le ex-
cita al arrepentimiento, el solo que puede abreviar los
sufrimientos (1).

(1) Los ejemplos que vamos á citar presentan á los Espíritus en
las diferentes fases de dicha y de desgracia de la vida espiritual. No
hemos ido solo á buscarlos en los personajes más ó menos ilustres de
la antigüedad, cuya posicion ha podido cambiar considerablemente
desde la existencia que se les ha conocido y que por otra parte no
ofrecerian pruebas suficientes de autenticidad. Los hemos tomado de
las circunstancias más ordinarias de la vida contemporánea, porque
son aquellas en que cada uno puede encontrar mas similares y de
donde se pueden sacar las instrucciones mas provechosas por la
comparacion. Cuanto más cerca está de nosotros la existencia ter-
restre de los Espíritus, por la posicion social, las relaciones ó los
lazos de parentesco, tanto más nos interesan, y más fácil es compro-
bar su identidad. Las posiciones vulgares son las del mayor número,
por esto cada uno puede aplicárselas mas fácilmente: las posiciones
escepcionales tocan menos porque salen de la esfera de nuestras
costumbres. No hemos acudido pues á las ilustraciones: si en estos
ejemplos, se encuentran algunas individualidades conocidas, la ma-
yor parte son completamente obscuras; nombres retumbantes, nada
hubieran añadido á la instruccion, y habrian podido herir ciertas
susceptibilidades. No nos dirigimos á los curiosos, ni á los que son
amigos de escándalo, sino á los que quieren instruirse seriamente.

Estos ejemplos podrian multiplicarse hasta lo infinito, pero forza-
dos á limitar el número, hemos hecho eleccion de los que po-
dian dar mas luz sobre el estado del mundo espiritual, ya sea por
la posicion del espíritu, ya por las esplicaciones que podian

dar. La mayor parte son inéditos; solo algunos se han publicado ya en la *Revista espiritista*; hemos suprimido de estos, los detalles superfluos, no conservando mas que las partes esenciales al fin que nos proponemos aquí, y hemos añadido á ellos las instrucciones complementarias á las cuales han podido dar lugar ulteriormente.

CAPITULO II.

ESPÍRITUS FELICES.

EL SEÑOR SANSON.

El Sr. Sanson, antiguo miembro de la sociedad espiritista de París, murió el 21 de Abril de 1862, después de un año de crueles sufrimientos. Preveyendo su fin, dirigió al presidente de la sociedad una carta que contenía el párrafo siguiente:

«En el caso de sorpresa por la desgregacion de mi alma del cuerpo, tengo el honor de recordaros una súplica que ya la hice como cosa de un año atrás; esta es la de evocar mi Espíritu lo mas pronto posible, y lo mas á menudo que juzgareis á propósito, á fin de que, miembro bastante inútil de nuestra sociedad durante mi presencia sobre la tierra, pudiese servirle de alguna cosa en ultra-tumba, dándola los medios de estudiar fase por fase, en estas evocaciones, las diversas circunstancias que siguen á lo que el vulgo llama la muerte, pero que para nosotros, Espiritistas, no es más que una transformacion, segun las miras impenetrables de Dios, pero siempre útil al fin que se propone.

Además de esta autorizacion y súplica de hacerme el honor de esta especie de autopsia espiritual, que mi escaso adelantamiento como Espíritu quizás hará estéril, en cuyo caso vuestra prudencia os inclinará natu-

ralmente á no ir más lejos de cierto número de ensayos, me tomo la libertad de rogaros personalmente, así como á todos mis colegas, tengan la bondad de suplicar al Todopoderoso permita á los buenos 'Espíritus me asistan con sus consejos benévolos, en particular San Luis, nuestro presidente espiritual, al objeto de guiarme en la eleccion y época de otra reencarnacion; porque ahora esto ya me ocupa mucho; temo equivocarme sobre mis fuerzas espirituales, y pedir á Dios, demasiado pronto y presuntuosamente, un estado corporal en el cual no pudiese justificar la bondad divina, lo que en lugar de servir para mi adelanto, prolongaria mi situacion sobre la tierra ó en otra parte, si desfalleciera en mi prueba.»

Para cumplir mejor con su deseo de ser evocado, lo mas pronto posible despues de su fallecimiento, pasamos con algunos miembros de la sociedad á la casa mortuoria, y en presencia del cuerpo tuvo lugar la conversacion siguiente una hora antes de la inhumacion. Teníamos en esto un doble objeto, el de cumplir su voluntad postrera y el de observar una vez mas la situacion del alma en un momento tan inmediato á la muerte, y esto en un hombre eminentemente inteligente é ilustrado, y profundamente penetrado de las verdades espiritistas; íbamos á probar la influencia de estas creencias sobre el estado de Espíritu, cogiendo sus primeras impresiones. Nuestra esperanza no fué vana; el Sr. Sanson describió con perfecta lucidez el instante de la transicion; él se ha visto morir y se ha visto renacer, circunstancia poco comun y que dependia de la elevacion de su Espíritu.

I.

Habitacion mortuoria. 23 de Abril de 1862.

1.—*Evocacion*.—Vengo á vuestro llamamiento para cumplir mi promesa.

2.—Mi querido Sr. Sanson, tenemos un deber y un placer en evocaros lo mas pronto posible despues de vuestra muerte, así como lo deseabais.—R. Es un favor especial de Dios que permite á mi Espíritu el poder comunicarse; os doy las gracias por vuestra buena voluntad; pero estoy débil y *tiemblo*.

3.—Sufriais tanto, que pienso podemos preguntaros cómo os encontrais ahora. ¿Os resentis todavia de vuestros dolores? ¿qué sensacion teneis comparando vuestra situacion presente con la de hace dos dias?—R. Mi posicion es muy feliz, porque no siento ninguno de mis antiguos dolores; estoy regenerado y reparado de nuevo, como decís entre vosotros. La transicion de la vida terrestre á la vida de los Espíritus, al principio me lo habia hecho todo incomprendible, porque permanecemos algunas veces muchos dias sin recobrar nuestra lucidéz; pero antes de morir, hice una súplica á Dios para pedirle poder hablar á los que amo, y Dios me ha escuchado.

4.—¿Al cabo de cuanto tiempo habeis recobrado la lucidéz de vuestras ideas?—R. Al cabo de ocho horas; Dios, os lo repito, me habia dado una señal de su bondad; me juzgó bastante digno, y nunca podré darle suficientemente las gracias.

5.—¿Estais bien seguro de que no perteneceis á nuestro mundo? ¿en qué fundais vuestra seguridad?—
R. ¡Oh, ciertamente! no, no soy de vuestro mundo; pero estaré siempre cerca de vosotros para protejerlos y sostenerlos, á fin de predicar la caridad y la abnegacion que fueron los guias de mi vida; y despues enseñaré la fé verdadera, la fé espiritista, que debe levantar la creencia del justo y del bueno; soy fuerte, muy fuerte, transformado, en una palabra; no reconocerais al viejo enfermizo que debia olvidarlo todo, echando muy léjos de sí el placer y la alegría. Soy espíritu; mi pátria es el espacio y mi porvenir Dios que radia en la inmensidad. Bien quisiera hablar á mis hijos, porque les enseñaria lo que nunca han tenido la voluntad de creer.

6.—¿Qué efecto os hace experimentar la vista de vuestro cuerpo, que está á nuestro lado?—R. ¡Mi cuerpo! ¡pobre é infimo despojo, tú debes ir al polvo, y yo conservo el recuerdo de todos los que me estimaban! Miro esta pobre carne disforme, envoltura de mi Espíritu, prueba de tantos años! Gracias, pobre cuerpo mio! Tú has purificado mi Espíritu, y el sufrimiento diez veces santo, me ha proporcionado un lugar bien merecido, puesto que encuentro en seguida la facultad de hablaros.

7.—¿Habeis conservado vuestras ideas hasta el último momento?—R. Sí; mi Espíritu ha conservado sus facultades; no veia, pero presentia; toda mi vida se ha descorrido ante mi memoria, y mi último pensamiento,

mi última plegaria ha sido el poder hablaros, lo que hago, y luego he pedido á Dios que os proteja, á fin de que el sueño de mi vida se cumpliera.

8.—¿Tuvisteis conciencia del momento en que vuestro cuerpo dió el último suspiro? ¿Qué es lo que os ha pasado en aquel momento? ¿Qué sensacion habeis tenido?—R. La vida se rompe, y la vista, ó mejor dicho la vista del Espíritu se apaga, se encuentra el vacío, lo desconocido, y llevado por no se qué prestigio, se encuentra uno en un mundo donde todo es alegría y grandeza. No sentia, no me daba cuenta, y sin embargo una dicha inefable me llenaba: no sentia la opresion del dolor.

9.—¿Teneis conocimiento..... (de lo que me propongo leer sobre vuestra tumba?)

Apenas pronunciadas las primeras palabras de la pregunta, el Espíritu respondió antes de dejar concluir. Respondió además, sin preguntárselo, á una discusion que se habia promovido entre los asistentes, sobre la oportunidad de leer esta comunicacion en el cementerio, en razon de las personas que podrian no participar de estas opiniones.

R. ¡Oh! amigo mio, lo sé, porque os ví ayer y os veo hoy; ¡grande es mi satisfaccion!... Gracias! Gracias! ¡Hablad, á fin de que se me comprenda, y de que se os estime; nada temais, porque se respeta la muerte; hablad pues, á fin de que los incrédulos tengan fé, Adios; hablad; ánimo, confianza y ojalá que mis hijos pudiesen convertirse á una creencia venerada!....

J. SANSON.

Durante la ceremonia del cementerio, dictó las palabras siguientes:

¡No os asuste la muerte, amigos míos; es una etapa para vosotros, si habeis sabido vivir bien; es una dicha, si habeis merecido dignamente y cumplido bien vuestras pruebas. Os repito ¡ánimo y buena voluntad! No deis mas que una mediana importancia á los bienes de la tierra, y sereis recompensados; *no se puede gozar demasiado, sin quitar algo del bienestar de los otros*, y sin hacerse moralmente un mal inmenso. ¡Que la tierra me sea ligera!

II.

Sociedad espiritista de Paris 25 de Abril de 1862.

1.—*Evocacion*.—R. Amigos míos, estoy cerca de vosotros.

2.—Hemos tenido un gran placer en la conversacion que tuvimos con vos el dia de vuestro entierro, y puesto que lo permitís, tendremos, para nuestra instruccion, el mayor gusto en completarla.—R. Estoy preparado á todo, contento de que penseis en mi.

3.—Todo lo que puede ilustrarnos sobre el estado del mundo invisible, y hacérnoslo comprender, es de alta enseñanza, porque la idea falsa que se ha formado de aquel, es la que conduce muchas veces á la incredulidad. No os sorprendais, pues, de las preguntas que podremos dirigiros.—R. No me sorprenderé; las espero.

4.—¿Habeis descrito con luminosa claridad el pasage de la vida á la muerte; habeis dicho que en el momento en que el cuerpo dá el último suspiro, la vida se rompe, y que la vista del Espíritu se apaga. Este momento va acompañado de alguna sensacion penosa ó dolorosa?—R. Sin duda, porque la vida es una sucesion continua de dolores, y la muerte es el complemento de todos ellos; de ahí un desprendimiento violento, como si el Espíritu tuviera que hacer un esfuerzo sobrehumano para escapar de su envoltura, y este esfuerzo es el que absorve todo nuestro sér y le hace perder el conocimiento de lo que es.

Este caso no es general. La experiencia prueba que muchos Espíritus pierden el conocimiento antes de espirar, y que entre aquellos que han llegado á cierto grado de desmaterializacion, la separacion se efectúa sin esfuerzos.

5.—¿Sabeis si hay Espíritus para quienes este momento es mas doloroso? ¿Es penoso, por ejemplo, para el materialista, para el que cree que todo acaba en este momento para él?—R. Esto es cierto, porque el Espíritu que está preparado olvida el sufrimiento, ó mas bien, se acostumbra á él, y la tranquilidad con la que vé venir la muerte, le impide sufrir doblemente, porque sabe lo que le espera. La pena moral es la mas fuerte, y su ausencia en el instante de la muerte es un alivio muy grande. Aquel que no cree se parece al condenado á la pena capital, que en su imaginacion se le representa el cadalso y lo *desconocido*. Hay semejanza entre esta muerte y la del ateo.

6.—¿Hay materialistas bastante endurecidos para creer seriamente que en este momento supremo van á ser sumergidos en la nada?—R. Sin duda los hay que hasta la última hora creen en la nada; pero en el momento de la separacion, el Espíritu vuelve profundamente sobre sí; la duda se apodera de él y le atormenta, porque se pregunta lo que vendrá á ser; quiere coger alguna cosa y no la alcanza. Sin esta impresion no puede verificarse el desprendimiento del espíritu.

Un Espíritu nos dió en otra ocasion el cuadro siguiente del fin del incrédulo:

«El incrédulo endurecido siente en los últimos momentos las angustias de esas pesadillas terribles en que uno se vé al borde de un precipicio, próximo á caer en el abismo; se hacen inútiles esfuerzos para huir y no puede dar un paso; quiere apoyarse en alguna parte, buscar un punto de apoyo y se siente deslizar; quiere llamar y no puede articular ningun sonido, entonces es cuando se vé al moribundo retorcerse, crisar las manos y dar gritos ahogados, señales ciertas de que es presa de una pesadilla. En la pesadilla ordinaria, al despertarse se sale de inquietud y se considera uno feliz al reconocer que no ha tenido mas que un sueño; pero la pesadilla de la muerte se prolonga á menudo mucho tiempo, y aun años despues de la muerte, y lo que hace mas penosa todavía la sensacion para el Espíritu, son las tinieblas en que algunas veces está sumergido.»

7.—¿Habeis dicho que en el momento de morir no veiais nada, pero que presentiais. Se comprende que no vierais corporalmente; pero antes que la vida fuese extinguida, entreveiais ya la claridad del mundo de los Espíritus?—R. Esto es lo que he dicho anteriormente: el instante de la muerte da la penetracion al

Espíritu; los ojos no ven, pero el Espíritu que posee una vista mucho mas profunda, descubre instantáneamente un mundo desconocido, y apareciendo la verdad repentinamente, le dá *aunque momentáneamente* una alegría profunda ó una pena inexplicable, segun el estado de su conciencia y el recuerdo de su vida pasada.

«Se trata del instante que precede al en que el Espíritu pierde el conocimiento, lo que explica la significacion de las palabras *«aunque momentáneamente»* porque las mismas impresiones agradables ó penosas se siguen al despertar.»

8. ¿Quereis decirnos, lo primero que os ha impresionado en el instante en que vuestros ojos se han abierto á la luz? ¿lo que habeis visto? ¿Quereis pintarnos, si es posible, el aspecto de las cosas que se os han presentado?—R. Cuando he podido volver en mí, y ver lo que tenia ante mi vista, estaba como deslumbrado, y no me daba buena cuenta de ello porque la lucidez no viene instantáneamente. Pero Dios que me ha dado una señal profunda de su bondad, ha permitido que recobrase mis facultades. Me he visto rodeado de numerosos y fieles amigos. Todos los Espiritus protectores que vienen á asistirnos me rodeaban y me sonreian; una dicha sin igual los animaba, y yo mismo, fuerte y muy ligero, podia sin esfuerzos, trasportarme á través del espacio. Lo que he visto, no tiene nombre en el lenguaje humano.

En lo sucesivo vendré á hablaros mas ampliamente de todas mis felicidades, sin exedirme, sin embargo, del límite que Dios exige. Sabed que la dicha, tal co-

mo la entendeis entre vosotros es una ficción. Vivid prudentemente, con santidad, en el espíritu de caridad y amor, y os habreis preparado impresiones que vuestros mas grandes poetas no podrian describir.

Los cuentos de las hadas están llenos sin duda de cosas absurdas; ¿pero no serian en algunos puntos, la pintura de lo que pasa en el mundo de los Espíritus? ¿La descripción del Sr. Sanson no parece á la de un hombre que dormido en una pobre y obscura cabaña, se despertase en un palacio espléndido, en medio de una corte brillante?

III.

9. ¿Bajo que aspecto se os han presentado los Espíritus? ¿En el de la forma humana?—R. Sí, mi querido amigo, los Espíritus nos habian enseñado en la tierra que conservaban en el otro mundo la forma transitoria que tenian entre vosotros, y esta es la verdad. ¡Pero que diferencia entre la máquina informe que se arrastra penosamente con su cortejo de pruebas, y la fluidéz maravillosa del cuerpo de los Espíritus! La fealdad no existe, porque las facciones pierden la dureza de expresion que forma el carácter distintivo de la raza humana. Dios ha beatificado todos estos cuerpos agraciados, que se mueven con todas las elegancias de la forma; el lenguaje tiene entonaciones inimitables para vosotros, y la mirada tiene la intensidad de una estrella. Procurad, con el pensamiento, ver lo que Dios puede hacer en su omnitencia. El arquitecto de los arquitectos, y os habreis hecho una débil idea de la forma de los Espíritus.

10. ¿Pero, como os veis? ¿Os reconocéis una forma limitada, circunscrita, aunque fluidica? ¿Sentís una cabeza, un tronco, brazos, piernas?—R. El Espíritu, habiendo conservado su forma humana, pero divinizada, idealizada, tiene sin contradiccion todos los miembros de que hablais. Me siento perfectamente las piernas y los dedos, porque podemos por nuestra voluntad, apareceros ó apretaros las manos. Estoy cerca de vosotros y he dado la mano á todos mis amigos, sin que hayan tenido conciencia de esto, nuestra fluidez puede estar por todas partes sin ocupar el espacio, sin dar ninguna sensacion, si este es nuestro deseo. En este momento teneis las manos cruzadas y yo tengo las miás en las vuestras. Yo os digo: os amo, pero mi cuerpo no ocupa espacio, la luz lo atraviesa, y lo que llamariais un milagro, si era visible, es para los Espíritus la accion continúa de todos los instantes.

La vista de los Espíritus no tiene relacion con la vista humana, lo mismo que su cuerpo no tiene semejanza real, porque todo se cambia en el conjunto y en el fondo. El Espíritu, os lo repito, tiene una perspicacia divina que se extiende á todo, puesto que ni aun vuestro pensamiento puede adivinar; tambien puede oportunamente tomar la forma que mejor pueda recordarle á vuestra memoria. Pero de hecho el Espíritu superior que ha acabado sus pruebas ama la forma que le ha podido conducir á Dios.

11. Los Espíritus no tienen sexo; empero como hace pocos dias que aun erais hombre, teneis en vues-

tro nuevo estado, mas de la naturaleza masculina que de la femenina? ¿sucede lo mismo con un Espíritu que dejó su cuerpo hace tiempo?—R. No nos importa que nuestra naturaleza sea masculina ó femenina: los Espíritus no se reproducen. Dios los ha creado á su voluntad, y si por sus miras maravillosas, ha querido que los Espíritus se reencarnen en la tierra, debió añadir la reproduccion de las especies por el varon y la hembra. Pero vosotros lo conoceis, sin que haya necesidad de mas esplicacion; los Espíritus no pueden tener sexo.

«Siempre se ha dicho que los Espíritus no tienen sexo; los sexos no son necesarios sino para la reproduccion de los cuerpos; porque los Espíritus no reproduciéndose, los sexos serian para ellos inútiles. Nuestra pregunta no tenia por objeto acreditar el hecho, sino que en razon de la muerte reciente del Sr. Sanson, queríamos saber si quedaba impresion de su estado terrestre. Los Espíritus depurados se dan cuenta perfectamente de su naturaleza, pero entre los Espíritus inferiores, no desmaterializados, hay muchos de ellos que se creen aun lo que eran en la tierra, y conservan las mismas pasiones y los mismos deseos; esos se creen todavía hombres ó mugeres, y he ahí porque han dicho algunos que los Espíritus tienen sexos. Así es que ciertas contradicciones provienen del estado mas ó menos adelantado de los Espíritus que se comunican; el mal no está en los Espíritus, sino en los que les interrogan, y no se toman el trabajo de profundizar las cuestiones.

12.—¿Qué aspecto os presenta la sesion? ¿Es para vuestra nueva vista lo mismo que os parecia en vuestra vida? ¿Las personas tienen para vos la misma apariencia? ¿Lo veis todo tan claro y detallado?—R. Mu-

cho mas claro, porque puedo leer en el pensamiento de todos, y soy muy feliz con la agradable impresion que me deja la buena voluntad de todos los Espíritus reunidos. Deseo que el mismo sentido pudiese darse á las cosas, no solo en París, por la unidad de todos los grupos, sino tambien en toda la Francia, *donde los grupos se dividen y rivalizan seducidos por Espiritus enredadores que se complacen en el desórden*, mientras que el Espiritismo debe ser el olvido completo, absoluto del *yo*.

13.—¿Decís que leéis en nuestro pensamiento; podriais hacernos comprender cómo se opera esta transmision de pensamiento?—R. Esto no es fácil; para decirlos, esplicaros este prodigio singular de la vista de los Espiritus, seria menester abriros todo un arsenal de agentes nuevos, y sabriais tanto como nosotros, lo que no puede ser, pues que vuestras facultades están limitadas por la materia. Paciencia! sed buenos y llegareis á ello; en la actualidad solo teneis lo que Dios os concede, pero con la esperanza de progresar continuamente; mas tarde sereis como nosotros. Procurad, pues, morir bien para saber mucho. La curiosidad que es el estimulante del hombre pensador, os conduce tranquilamente hasta la muerte, reservándoos la satisfaccion de todas vuestras curiosidades pasadas, presentes y futuras. Mientras tanto os diré, para responder del modo que pueda á vuestra pregunta: que el aire que os rodea, impalpable como nosotros, lleva el carácter de vuestro pensamiento; el soplo que exhalais es, por decirlo asi, la página escrita de vuestros pen-

samientos los que se leen y comentan por los Espíritus que os rodean sin cesar; ellos son los mensajeros de una telegrafía divina, que nada deja desapercibido.

La muerte del Justo.

Enseguida de la primera evocacion del Sr. Sanson, hecha en la sociedad de París, un Espíritu dió bajo este título, la comunicacion siguiente:

La muerte del hombre de quien os ocupais en este momento, ha sido la del justo; esto es, acompañada de calma y esperanza. Como el dia sucede naturalmente al alba, la vida espiritual ha sucedido para él á la vida terrestre, sin sacudidas, sin amargura, y su último suspiro se ha exhalado en un himno de reconocimiento y de amor. ¡Cuán pocos atraviesan así este rudo pasaje! ¡Cuán pocos, despues de la embriaguez y las esperanzas perdidas de la vida, consiguen la rima armoniosa de las esferas! Así como el hombre en buena salud mutilado por una bala, sufre aun del miembro perdido, del mismo modo el hombre que muere sin fé y sin esperanza, se destroza y palpita escapándose del cuerpo, y lanzándose en el espacio, inconsciente de sí misma.

Rogad por estas almas perturbadas; rogad por todo aquel que sufre; la caridad no está restringida á la humanidad visible; ella socorre y consuela tambien á los seres que pueblan el espacio. Habeis tenido de ello la prueba palpable por la conversion tan rápida de este Espíritu enternecido por las oraciones espiritistas hechas sobre la tumba del hombre de bien, á quien acabais de preguntar y que desea haceros progresar en

la santa senda (1). El amor no tiene límites, llena el espacio, dando y recibiendo á la vez sus divinos consuelos. El mar se extiende en perspectiva infinita; su último límite parece confundirse con el cielo, y el Espíritu se deslumbra con el magnífico espectáculo de estas dos grandezas. Así es que el amor más profundo que las olas, más infinito que el espacio, debe reuniros á todos, hombres y Espíritus, en la misma comunión de caridad, y obrar la admirable fusión de lo que es finito y de lo que es eterno.

GEORGES.

EL SEÑOR JOBARD.

Director del Museo industrial de Bruselas; nacido en Baissey (Haute-Marne); muerto en Bruselas de un ataque de apoplejía fulminante el 27 de octubre de 1861, á la edad de 69 años.

I.

El Sr. Jobard era presidente honorario de la sociedad espiritista de París, la que se proponía evocarle en la sesión del 8 de noviembre, cuando él se adelantó á este deseo, dando espontáneamente la comunicación siguiente:

Heme aquí, ya que me íbais á evocar, y puesto que quiero manifestarme desde luego á este médium por cuyo conducto hasta ahora lo he deseado en vano.

Desde luego voy á contaros mis impresiones en el momento de la separación de mi alma: he sentido un

(1) Alusión al Espíritu de Bernard, quien se manifestó espontáneamente el día de los funerales del Sr. Sanson. (Véase la *Revista* de Mayo de 1862, página 133.)

sacudimiento inaudito, me he acordado de repente de mi nacimiento, mi juventud, mi edad madura; toda mi vida se ha reflejado claramente en mi memoria. No experimentaba más que un deseo piadoso de encontrarme en las regiones reveladas por nuestra querida creencia; luego todo este cúmulo de cosas se ha aplacado. Era libre y mi cuerpo yacía inerte. ¡Ah, mis queridos amigos! ¡qué placer embriagador el de despojarse de la pesadez del cuerpo! ¡qué arrobamiento causa el abarcar el espacio! No creais, sin embargo, que de repente sea ya un elegido del Señor; nó, estoy entre los Espíritus que habiendo retenido un poco, deben todavía aprender mucho. No he tardado en acordarme de vosotros, *mis hermanos de destierro*, y os aseguro que os he cobijado con toda mi simpatía y dirigido todos mis fervientes votos hácia vosotros.

¿Queréis saber cuáles son los Espíritus que me han recibido? ¿Cuáles han sido mis impresiones? Amigos míos, han sido todos aquellos que evocamos, todos los hermanos que han participado de nuestros trabajos. He visto el esplendor, pero no puedo describirlo. Me he dedicado á discernir la verdad en las comunicaciones; me he preparado á enmendar todas las aserciones erróneas, y á ser, en fin, el defensor de la verdad en el otro mundo, como lo he sido en el vuestro.

JUBARD.

I.—En vuestra vida, nos suplicasteis que os llamáramos cuando dejáseis la tierra; nosotros lo hacemos, no solamente para acceder á vuestro deseo, sino sobre todo para renovar el testimonio de nuestra muy viva y

síncera simpatía, y tambien en interés de nuestra instruccion; porque, mejor que nadie, estais en disposicion de darnos noticias precisas sobre el mundo en que os encontrais. Nos dareis el mayor gusto si nos complaceis respondiendo á nuestras preguntas.—R. Por ahora lo que más importa es vuestra instruccion. En cuanto á vuestra simpatía, yá la veo, y no la percibo tan sólo por el sentido auditivo, lo que constituye un gran progreso.

2.—¿Para fijar nuestras ideas, y no hablar vagamente, os preguntamos desde luego en qué sitio estais aquí, y cómo os veríamos si pudiésemos veros?—R. Estoy cerca del médium; me veríais bajo la apariencia del Jobard que se sentaba á vuestra mesa, porque vuestros ojos mortales, no abiertos, no pueden ver los Espíritus sino bajo su apariencia mortal.

3.—¿Tendríais la posibilidad de haceros visible para nosotros, y si no lo podeis, qué es lo que se opone á ello?—R. La disposicion que os es del todo personal. Un médium vidente me veria: los otros no me ven.

4.—Este sitio es el que ocupabais en vuestra vida, cuando asistíais á nuestrasesiones, sitio que os hemos reservado. Los que os han visto en él, deben figurarse veros en el mismo tal como erais entónces. Si no estais ahí con vuestro cuerpo material, estais con vuestro cuerpo fluidico que tiene la misma forma; si no os vemos con los ojos del cuerpo, os vemos con los del pensamiento; si no podeis comunicaros por la pa-

labra, podeis hacerlo por la escritura por medio de un intérprete; nuestras relaciones, pues, no están de ningún modo interrumpidas por vuestra muerte, y podemos conversar con tanta facilidad y precision como en otro tiempo. ¿No es verdad que es así?—R. Sí, y lo sabeis desde mucho tiempo. Este sitio, lo ocuparé á menudo, y áun sin saberlo vosotros, porque mi Espíritu habitará entre vosotros.

Llamamos la atencion sobre esta última frase: «Mi Espíritu habitará entre vosotros.» En la circunstancia presente no es una figura, sino una realidad. Por el conocimiento que el espiritismo nos dá de la naturaleza de los Espíritus, se sabe que un Espíritu puede estar entre nosotros, no sólo con el pensamiento, sino *con su persona*, con ayuda de su cuerpo etéreo, que hace de aquél una individualidad distinta. Un Espíritu puede pues habitar entre nosotros despues de la muerte, tan bien como cuando vivia su cuerpo; y mejor aún, pues que puede ir y volver cuando quiere. Así es que tenemos una porcion de comensales invisibles, los unos indiferentes, los otros que nos son adictos por el afecto; á estos últimos es á quienes sobre todo se aplica estas palabras: «habitan entre nosotros» que puede traducirse así: nos asisten, nos inspiran y nos protejen.

5.—No hace mucho tiempo que estabais sentado en este mismo sitio; ¿os parecen extrañas las condiciones con las cuales estais en él ahora? ¿Qué efecto os produce este cambio?—R. Estas condiciones no me parecen extrañas; porque mi Espíritu desencarnado goza de una claridad que no deja en la sombra ninguna de las cuestiones que vislumbra.

6.—¿Os acordais de haberos hallado en este mismo

estado ántes de vuestra última existencia, y encontráis en él alguna cosa cambiada?—R. Me acuerdo de mis existencias anteriores, y encuentro que he mejorado. Veo y me asimilo lo que veo. En tiempo de mis precedentes encarnaciones, mi Espíritu perturbado, no percibía más que claros terrestres.

7.—¿Os acordais de vuestra penúltima existencia, de la que precedió al S. Jobard?—R. En mi penúltima existencia, era un obrero mecánico, carcomido por la miseria y el deseo de perfeccionar mi trabajo. *He realizado siendo Jobard, los sueños del pobre obrero*, y alabo á Dios cuya bondad infinita ha hecho germinar la planta, cuyo gérmen habia colocado en mi cerebro.

8.—¿Os habeis comunicado yá en otra parte?—R. Muy poco me he comunicado todavía; en muchos parajes, otro Espíritu ha tomado mi nombre; algunas veces estaba cerca de él, sin poder hacerlo directamente; mi muerte es tan reciente que estoy sugeto aún á ciertas influencias terrestres. Es preciso que haya más perfecta simpatía para que pueda apreciar mi pensamiento. Dentro de poco obraré indistintamente; ahora no lo puedo aún, os lo repito. Cuando un hombre algo conocido muere, se le llama en todas partes; mil Espíritus se apresuran á revestir su individualidad; esto es lo que ha acontecido en cuanto á mí, en muchas circunstancias. Os aseguro que luego despues que se adquiere la libertad, pocos son los Espíritus que pueden comuicarse, aunque sea con un médium privilegiado.

9.—¿Veis á los Espíritus que están aquí con nosotros?—R. Veo sobre todo á *Lázaro* y á *Erasto*; despues mas alejado al *Espiritu de verdad*, cerniéndose en el espacio; luego una porcion de Espíritus amigos que os rodean, solícitos y benévolos. Sed dichosos amigos, porque buenas influencias impiden las calamidades del error.

10.—En vuestra vida, participabais de la opinion que ha sido emitida sobre la formacion de la tierra por incrustacion de cuatro planetas, que se unieron en un solo conjunto. ¿Estais siempre en esta misma creencia?—R. Es un error. Los nuevos descubrimientos geológicos prueban las convulsiones de la tierra y su formacion sucesiva. La tierra, como los otros planetas, ha tenido su vida propia, y Dios no ha tenido necesidad de este gran desórden, ó de esta agregacion de planetas. El agua y el fuego son los únicos elementos orgánicos de la tierra.

11.—¿Pensabais tambien que los hombres podian entrar en catalepsia durante un tiempo ilimitado, y que el género humano ha sido traído de este modo á la tierra?—R. Ilusion de mi imaginacion que se iba siempre mas allá del objeto. La catalepsia puede ser larga, pero no indeterminada. Tradiciones, leyendas aumentadas por la imaginacion oriental. Amigos míos, he sufrido yá mucho repasando las ilusiones con que he alimentado á mi Espíritu; no os engañeis con ellas. Habia aprendido mucho, y puedo decirlo, mi inteligencia, dispuesta á apropiarse estos vastos y di-

versos estudios, habia conservado de mi última encarnacion el amor á lo maravilloso y al conjunto sacado de las imaginaciones populares.

Poco me he ocupado todavía de las cuestiones puramente intelectuales en el sentido en que lo tomáis.

¿Cómo lo podría, deslumbrado, absorto como estoy por el maravilloso espectáculo que me rodea? El lazo del Espiritismo, mas poderoso que lo que vosotros como hombres podeis concebir, puede sólo atraer mi sér hácia esta tierra que abandono, no con alegría, lo que seria una impiedad, sino con el profundo reconocimiento de la libertad.

En la suscripcion abierta por la sociedad, para socorro de los obreros de Lion, en Febrero de 1862, un miembro dió 50 francos; 25 por su propia cuenta, y 25 en nombre del Sr. Jobard. Este último dictó á este objeto la comunicacion siguiente:

Tengo el mayor placer y reconocimiento porque mis hermanos Espiritistas no me han olvidado.

Gracias al corazon generoso que os ha traído la ofrenda, la misma que yo hubiese dado si hubiera habitado aún vuestro mundo. En éste, en que habito ahora, no hay necesidad de moneda; me ha sido, pues, necesario sacar de la bolsa de la amistad para dar pruebas materiales de que estaba conmovido por el infortunio de mis hermanos de Lion. Bravos trabajadores que ardentemente cultiváis la viña del Señor, es preciso que creais que la caridad no es una palabra vana, puesto que pequeños y grandes os han mostrado simpatía y fraternidad. Estais en la gran via humanitaria del progreso; quiera Dios manteneros en ella, para

que podais ser más y más dichosos; los Espíritus amigos os sostendrán y triunfareis!

Empiezo á vivir espiritualmente, más pacífico y ménos turbado por las evocaciones que como lluvia caian sobre mí. La moda reina tambien entre los Espíritus; cuando la moda Jobard pase y dé lugar á otra, entraré en la nada del olvido humano, suplicaré entónces á mis amigos formales, entendiendo por formales aquellos cuya inteligencia no olvida, que me evoquen; entónces profundizaremos cuestiones tratadas demasiado superficialmente, y vuestro Jobard, trasfigurado del todo, podrá seros útil, lo que desea de todo corazon.

JOBARD.

Despues de los primeros tiempos consagrados á tranquilizar á sus amigos, el Sr. Jobard se ha colocado entre los Espíritus que trabajan activamente en la renovacion social, esperando su próxima vuelta entre los vivos para tomar con ellos en la misma una parte más directa. Desde esta época ha dado á menudo á la sociedad de París, de la que continúa siendo miembro, comunicaciones de una incontestable superioridad, sin desistir de la originalidad y de los graciosos arranques que formaban el fondo de su carácter, y le hacen reconocer ántes de que haya puesto su firma.

SAMUEL PHILIFE.

Samuel Philife era un hombre de bien en toda la acepcion de la palabra; nadie se acordaba haberle visto cometer una mala accion, ni haber hecho volunta-

riamente perjuicio á quien quiera que fuese. De una adhesión sin límites para con sus amigos, se tenía siempre la seguridad de encontrarle dispuesto cuando se trataba de prestar algún servicio, aunque fuese á costa de sus intereses. Penas, fatigas, sacrificios, no le importaban nada con tal de ser útil, y lo hacía naturalmente sin ostentación, admirándose de que de esto pudiese hacerse un mérito. Jamás dejó de hacer lo mismo á los que le habían hecho mal, y para obligarles ponía tanto celo, como si le hubiesen hecho bien. Cuando tenía negocios con ingratos, decía: «no es á mí á quien debe compadecerse, sino más bien á ellos.» Aunque muy inteligente y dotado de mucho talento natural, su vida, siempre laboriosa, había sido oscura y sembrada de rudas pruebas. Era una de esas naturalezas elegidas que florecen en la sombra, de quienes el mundo no habla, y cuyo resplandor no brilla en la tierra. Había adquirido en conocimiento del espiritismo una fé ardiente en la vida futura y una grande resignación en los males de la vida terrenal. Murió en Diciembre de 1862, á la edad de cincuenta años, á consecuencia de una dolorosa enfermedad, sinceramente sentido de su familia y de algunos amigos. Fué evocado muchos meses después de su muerte.

P. ¿Teneis un recuerdo claro de vuestros últimos instantes en la tierra?—R. Perfectamente; este recuerdo me ha venido poco á poco, porque en aquel momento mis ideas estaban todavía confundidas.

P. ¿Querriais, para nuestra instrucción y por el interés que nos inspira vuestra vida ejemplar, descri-

birnos cómo se ha efectuado en vos el pasage de la vida corporal á la vida espiritual, así como vuestra situacion en el mundo de los Espíritus?—R. Con mucho gusto, esta relacion no será solamente útil para vosotros, lo será tambien para mí. Dirigiendo mis pensamientos á la tierra, la comparacion me hace apreciar mejor todavia la bondad del Criador. Vosotros sabeis cuántas tribulaciones envolvieron mi vida terrestre; no tuve jamás falta de valor en la adversidad, ¡gracias á Dios! y hoy dia me felicito de esto. ¡Cuánto hubiera perdido, si me hubiese desanimado! Tiemblo sólo al pensar que por mi cobardía, lo que he sufrido, hubiera sido sin provecho, y tendria que volver á empezar. Ó amigos míos! si pudieseis penetraros bien de esta verdad, veríais que en ello vá vuestra vida futura. Ciertamente, no es comprar esta dicha demasiado cara, pagándola sólo con algunos años de sufrimientos. ¡Si supiéseis cuán poca cosa son algunos años en presencia de lo infinito!

Si mi última existencia ha tenido algun mérito á vuestros ojos, no habríais dicho otro tanto de las que le han precedido. Sólo á fuerza de mi trabajo he alcanzado ser lo que soy ahora. Para borrar los últimos restos de mis faltas anteriores, me ha sido preciso sufrir aún estas últimas pruebas, que he aceptado voluntariamente. He sacado de la firmeza de mis resoluciones la fuerza de soportarlas sin murmurar. Yo bendigo hoy estas pruebas; por ellas he roto con el pasado, que no es para mí sino un recuerdo, y puedo en adelante contemplar con legítima satisfaccion el camino que he recorrido.

¡Ó vosotros que me habeis hecho sufrir en la tierra, que habeis sido duros y malévolos para mí, que me habeis humillado y llenado de amargura, cuya mala fé me ha reducido muchas veces á las más duras privaciones, no solamente os perdono, sino que os doy las gracias! Queriendo hacerme mal, no pensabais que me haríais tanto bien. Sin embargo, es verdad que á vosotros debo en gran parte la dicha que gozo, por que me habeis dado la ocasion de perdonar y de volver bien por mal. Dios ha permitido que me salierais al paso para probar mi paciencia, y ejercitarme en la práctica de la caridad más difícil: la del amor á los enemigos.

No os impacientéis por esta digresion; voy á lo que me pedís.

Aunque sufrí cruelmente en mi última enfermedad, no tuve agonía; la muerte llegó como un sueño, sin lucha y sin sacudidas. No teniendo miedo al porvenir, no me aferré á la vida y por consiguiente no tuve necesidad de luchar para romper los últimos lazos; la separacion se verificó sin esfuerzos, sin dolor y sin que me apercibiese de ella.

Ignoro cuanto duró este último sueño, pero ha sido corto. El despertar ha sido de una calma que contrastaba con mi estado precedente; no sentia dolor y me regocijaba de ello; queria levantarme, y marchar; pero un entorpecimiento que no era nada desagradable y que hasta tenia cierto encanto, me retenia, y yo me abandonaba á él con una especie de deleite, sin darme ninguna cuenta de mi situacion, y sin pensar que habia dejado la tierra. Lo que me rodeaba me aparecía como

un sueño. Ví á mí muger y á algunos amigos, de rodillas en la alcoba y llorando, y me dije que sin duda me creían muerto; quise desengañarles, pero no pude articular ninguna palabra, de lo que deduje que soñaba. Lo que me confirmó en esta idea, fué que me ví rodeado de muchas personas que apreciaba, muertas desde mucho tiempo, y otras que no reconocí al pronto, y que parecia que me velaban y esperaban que me despertase.

Este estado tuvo instantes de lucidez y de somnolencia, durante los cuales recobraba y perdía alternativamente la conciencia de mi *yo*. Poco á poco mis ideas adquirieron más claridad; la luz que no entreveía sino á través de una niebla, se hizo más brillante; entónces comencé á reconocerme y comprendí que no pertenecía al mundo terrestre. Si no hubiera conocido el espiritismo, la ilusión se hubiera sin duda prolongado mucho tiempo más.

Mi despojo mortal no estaba todavía enterrado; lo consideraba con piedad, felicitándome por haberme desembarazado de él. ¡Era tån feliz de ser libre! Respiraba con placer como aquel que sale de una atmósfera nauseabunda; una indecible sensacion de dicha penetraba todo mi sér; la presencia de los que habia amado me colmaba de alegría; no estaba nada sorprendido de verles; y esto me parecia muy natural, pero me creia volverles á ver despues de un largo viaje. Una cosa me admiró desde luego, y fué que nos comprendíamos sin articular ninguna palabra; nuestros pensamientos se trasmitian por la sola mirada y como por una penetracion fluidica.

Sin embargo, no estaba todavía completamente libre de las ideas terrestres; el recuerdo de lo que habia sufrido, me venia de vez en cuando á la memoria, como para hacerme apreciar mejor mi nueva situacion. Habia sufrido corporal; pero sobre todo moralmente; habia sido presa de la malevolencia, de esas mil perplejidades más penosas quizá que los males reales, porque causan una ansiedad perpétua. Su impresion no se me habia borrado enteramente, y á veces me preguntaba si realmente me habia desembarazado de ellas; me parecia oír aún ciertas voces desagradables; sabia las contrariedades que me habian atormentado tan á menudo, y temblaba á pesar mio; me sondeaba, por decirlo así, para asegurarme de que no era juguete de un sueño; y cuando hube adquirido la certeza de que todo esto se habia acabado, me pareció que me habia quitado de encima un peso enorme. Lo que es muy cierto, me decia yo, es que por fin estoy libre de todos los cuidados que hacen un tormento de la vida, y por ello daba gracias á Dios. Era como un pobre que hereda de repente una gran fortuna; durante algun tiempo duda de la realidad y siente los temores de la necesidad. ¡Oh, si los hombres comprendieran la vida futura! ¡qué fuerza, qué valor no daria esta conviccion en la adversidad! ¡Qué no harian, durante su estancia en la tierra, para asegurarse la dicha que Dios reserva á aquellos que han sido dóciles á sus leyes! ¡Verian cuán poca cosa son los goces que envidian al lado de los que desprecian!

P. Ese mundo tan nuevo para vos, y al lado del cual el nuestro es tan poca cosa, y acaso los numerosos ami-

gos que habeis vuelto á encontrar en él os han hecho perder de vista á vuestra familia y á vuestros amigos de la tierra?—R. Si les hubiera olvidado, seria indigno de la dicha que gozo; Dios no recompensa el egoismo, por el contrario, le castiga. El mundo en que estoy puede hacerme desdeñar la tierra, pero no los Espíritus que están encarnados en ella. Sólo los hombres que se hallan en la prosperidad olvidan á los compañeros de infortunio. Voy á ver muchas veces á los míos; la buena memoria que de mí conservan me hace feliz, su pensamiento me atrae; asisto á sus conversaciones, gozo con sus alegrías, sus penas me entristecen, pero no con esa tristeza ansiosa de la vida humana; porque comprendo que no son más que pasajeras y para su bien. Me causa satisfaccion el pensar que un dia vendrán á esta morada afortunada donde se desconoce el dolor. Yo me dedico á que se hagan dignos de él, me esfuerzo en sugerirles buenos pensamientos, y sobre todo, la resignacion que yo he tenido, conformándome con la voluntad de Dios. Tengo el mayor sentimiento cuando veo que retardan ese momento con su falta de valor, sus murmuraciones, la duda del porvenir, ó con alguna accion reprehensible. Procuro entónces apartarles del mal camino; si lo consigo, es una gran dicha para mí, y todos nos regocijamos; si no lo consigo, me digo con sentimiento: ¡Siguen aún en el atraso; pero me consuelo pensando que no se ha perdido todo irremisiblemente!

EL SR. VAN DURST.

Antiguo empleado, muerto en Anveres, en 1863, á la edad de ochenta años.

Poco tiempo despues de su muerte, un médium preguntó á su guía espiritual si se le podia evocar, y se le contestó: «Este Espiritu sale lentamente de su turbacion; podria yá responderos, pero la comunicacion le costaria mucho trabajo. Os ruego, pues, que esperéis aún cuatro dias y os responderá. Entónces sabrá yá las buenas intenciones que habeis manifestado respecto á él, y vendrá reconocido y amistosamente.»

Cuatro dias más tarde el Espiritu dictó lo que sigue:

Amigo mio: mi vida fué de muy poco peso en la balanza de la eternidad; sin embargo, estoy léjos de ser desgraciado; estoy en la condicion humilde, pero relativamente feliz de aquel que hizo poco mal, sin que por esto me crea perfecto. Si hay gentes felices en una pequeña esfera, yo soy una de ellas. Sólo siento una cosa, y es no haber conocido lo que sabeis ahora; mi turbacion hubiera sido ménos larga y penosa. Grande cosa es, en efecto, vivir y no vivir, ver su cuerpo, estar fuertemente adherido á él, y, sin embargo, no poder servirse del mismo, ver á los que se ha amado y sentir extinguirse el pensamiento que nos une á ellos, ¡qué terrible es esto! ¡Oh! qué momento cruel! ¡Qué momento cuando el aturdimiento os coge y os ahoga! ¡y un instante despues en tinieblas! ¡Sentir, y despues aniquilarse! Se quiere tener la conciencia de

su *yo*, y no se puede recobrar; no ser, y sin embargo se siente uno ser; pero se está en una turbacion profunda! ¡Y despues de un tiempo inapreciable, tiempo de angustias entrecortadas, porque no se tiene la fuerza de sentir las, despues de este tiempo que parece interminable, renacer lentamente á la existencia, despertarse en un nuevo mundo! ¡Basta de cuerpo material, de vida terrestre, de hombres carnales: la vida inmortal! ¡Formas ligeras, Espíritus que se deslizan por todos lados, que voltigean á vuestro alrededor y que no podeis abrazar con vuestra mirada, porque flotan en el infinito! ¡Tener ante sí el espacio y poderlo cruzar con la sola voluntad; comunicar por el pensamiento con todo lo que os rodea! ¡Amigo, qué vida nueva! ¡qué vida brillante! ¡qué vida de goces...! ¡Salud, oh! salud, eternidad que me contiene en tu seno...! ¡Adios, tierra que me retuviste tan largo tiempo léjos del elemento natural de mi alma! ¡Nó, no quiero nada tuyo, porque tú eres la tierra del destierro y tu mayor dicha no tiene ninguna importancia!

¡Pero si hubiera sabido lo que sabeis, cuán fácil y agradable me hubiese sido esta iniciacion de la otra vida! Habria sabido ántes de morir lo que he debido aprender más tarde, en el momento de la separacion, y mi alma se habria desprendido más fácilmente. ¡Estais en el camino, pero jamás, jamás ireis bastante léjos! Decídselo á mi hijo, pero repetídselo mucho para que crea y se instruya; en este caso, cuando llegue aquí, no estaremos separados.

Adios á todos, amigos, adios; os espero, y miéntras esteis en la tierra, vendréis muchas veces á instruir-

me cerca de vosotros, porque no sé todavía tanto como muchos de los vuestros; pero yo aprenderé pronto aquí donde no tengo las trabas que me retenian, y donde no tengo la edad que debilite mis fuerzas. Aquí se vive á grandes rasgos y se adelanta, porque se ven ante sí horizontes tan bellos, que estamos impacientes por abarcarlos.

Adios, os dejo, adios.

VAN DURST.

SIXDENIERS.

Hombre de bien, muerto accidentalmente. y conocido del médium en su vida.

(*Burdeos, 11 de Febrero de 1861.*)

P.—¿Podeis darme algunos detalles sobre vuestra muerte?—R. A partir desde que me ahogué, sí.—P. ¿Por qué no á partir de ántes?—R. Tú los conoces. (El médium los conocia efectivamente.)—P. ¿Quereis, pues, describirme vuestras sensaciones despues de vuestra muerte?

R. He tardado mucho en reconocerme, pero con la gracia de Dios y con la ayuda de los que me rodeaban, cuando la luz se ha hecho, me ha inundado. Por mucho que esperes, encontrarás siempre más de lo que creias.

Nada material; todo hiere los sentidos ocultos, aquello que no alcanza la vista ni la mano, ¿me comprendes? Es una maravilla espiritual que sobrepuja vuestro entendimiento, porque no hay palabras para explicarlo: esto no puede sentirse más que con el alma.

Mi despertar ha sido muy feliz. La vida es uno de

esos sueños que, á pesar de la idea grotesca que se dá á esta palabra, no puedo calificar sino de pesadilla. Figúrate que sueñas, que estás encerrado en un calabozo infecto, que tu cuerpo lo roen gusanos que se introducen hasta la médula de los huesos, que estás suspendido sobre un horno ardiente; que tu boca seca no encuentra ni áun el aire que la refresque; que tu Espiritu lleno de horror, no vé al rededor suyo más que mónstruos preparados á devorarte; figúrate, en fin, todo lo más fantástico, asqueroso y horrible que el sueño puede crear, y transpórtate repentinamente á un Eden delicioso. Despiértate rodeado de todos los que has amado y llorado; ves á tu alrededor sus caras adoradas sonreírte con alegría; respiras los perfumes más suaves, refrescas tu seca garganta en la fuente de agua viva; sientes como tu cuerpo se suspende en el espacio infinito que le lleva y le mece, como lo hace la brisa con la flor que descuella en la cima de un árbol; siénteste envuelto en el amor de Dios, como el niño que nace está envuelto en el amor de su madre, y no tendrás más que una idea imperfecta de esta transición. He procurado explicarte la dicha de la vida que espera al hombre despues de la muerte de su cuerpo, pero no he podido. ¿Se explica lo infinito á aquel que tiene los ojos cerrados á la luz, y cuyos miembros no han podido salir jamás del círculo estrecho en que están encerrados? Para explicarte la felicidad eterna, te diria: ¡ama! porque el amor sólo puede hacerla presentir, y quien dice amor, dice ausencia de egoismo.

P. ¿Vuestra posicion ha sido dichosa desde vuestra entrada en el mundo de los Espíritus?—R. Nó; he te-

nido que pagar la deuda del hombre. Mi corazón me habia hecho presentir el porvenir del Espíritu, pero no tenia fé. He debido expiar mi indeferencia por el Criador, pero su misericordia ha tomado en cuenta el poco bien que habia podido hacer, los dolores que habia experimentado con resignacion á pesar de mi sufrimiento, y su justicia que tiene una balanza que los hombres no comprenderán jamás, ha pesado el bien con tanta bondad y amor, que el mal se ha borrado pronto.

P. ¿Quereis darme noticias de vuestra hija? (muerta cuatro ó cinco años despues de su padre).—R. Está en mision en vuestra tierra.

P. ¿Es dichosa como criatura? No quiero haceros preguntas indiscretas.—R. Bien lo sé; ¿creeis que no veo tu pensamiento como un cuadro ante mis ojos? Nó, como criatura no es dichosa, al contrario, todas las miserias de vuestra vida deben alcanzarla; pero debe preconizar con su ejemplo esas grandes virtudes que vosotros tanto encomiais; yo la ayudaré, porque debo velar por ella; mas no tendrá gran trabajo en superar los obstáculos; *no estará en expiacion, sino en mision*. Tranquilízate pues respecto de ella, y gracias por tu recuerdo.

En este momento el médium experimenta dificultad en escribir y dice; si es un Espíritu que sufre el que me detiene, le suplico se nombre.—R. Una desgraciada.

P. ¿Quereis decirme vuestro nombre.—R. Valeria.

P. ¿Quereis decirme que es lo que os ha conducido al castigo?—R. Nó.

P. ¿Os arrepentís de vuestras faltas?—R. Bien lo ves.

P. ¿Quien os ha conducido aquí?—Sixdeniers.

P. ¿Con qué fin lo ha hecho?—R. Para que tú me ayudes.

P. ¿Erais vos quien me impedía escribir ahora mismo?—R. El me ha puesto en su lugar.

P. ¿Qué relacion hay entre vosotros?—R. El me guía.

P. Pedidle que una su plegaria á la nuestra.— (Despues de la oracion. Sixdeniers vuelve á tomar la palabra:) Gracias por ella; tú lo has comprendido, no te olvidaré; piensa en ella.

P. (A Sixdeniers). ¿Cómo Espiritu teneis encargo de guiar á otros Espiritus que sufren?—R. Nó; pero tan pronto como conducimos uno al bien, tomamos otro, sin abandonar por esto á los primeros.

P. ¿Cómo podeis bastar á una vigilancia que debe multiplicarse con los siglos hasta lo infinito?—R. Comprended que los que nosotros hemos guiado se depuran y progresan; nos dan ménos trabajo; y al mismo tiempo nos elevamos nosotros mismos, y ascendiendo, nuestras facultades progresan, nuestro poder irradia en proporcion de nuestra pureza.

Nota. Los Espiritus inferiores están, pues, asistidos por los buenos Espiritus que tienen la mision de guiarles; esta tárea no es exclusivamente propia de los encarnados, pero éstos deben concurrir á ella; porque para ellos es un medio de adelantamiento. Cuando un Espiritu inferior se interpone en una buena comunicacion, como en el caso presente, sin duda que no lo hace siempre con una buena intencion; pero los buenos Espiritus lo permiten, sea como prueba, sea á fin de que

aquel á quien se dirige trabajo en su mejoramiento. Su persistencia, es verdad, degenera á veces en obsesion, pero cuanto más tenaz es, tanto más prueba de grande de la necesidad de asistencia. Se hace, pues, un mal en rechazarle; es preciso mirarle como un pobre que viene á pedir limosna, y decir: Este es un Espíritu desgraciado que los buenos me envian para que le eduque. Si lo consigo, tendré la alegría de haber conducido una alma al bien, y de haber abreviado sus sufrimientos. Esta tarea es á menudo penosa; sin duda seria más agradable tener siempre buenas comunicaciones, y no conversar sino con Espíritus de nuestro gusto; pero buscando nuestra propia satisfaccion y rehusando las ocasiones que se nos presentan para hacer bien, no es cómo se merece la proteccion de los buenos Espíritus.

EL DOCTOR DEMEURE.

Muerto en Albi (Tarn) el 25 de Enero de 1865.

El Sr. Demeure era un médico homeópata muy distinguido de Albi. Su carácter, tanto como su saber le habian conquistado la estimacion y la veneracion de sus conciudadanos. Su bondad y su caridad eran inagotables, y á pesar de su avanzada edad, ningun trabajo le costaba ir á prestar sus cuidados á los pobres enfermos. El precio de sus visitas era el menor de sus cuidados; estaba más dispuesto á prestar sus cuidados al desgraciado, que á aquel que sabia que podia pagarle; porque decia, que éste, á falta suya, podia siempre procurarse otro médico.

Al primero, no solamente daba los remedios gratuitamente, sino que á menudo le dejaba con que subvenir á las necesidades materiales, lo que es á veces el más útil de los medicamentos. Se puede decir de él que era el cura de Ars de la medicina.

El Sr. Demeure habia abrazado con ardor la doctrina espiritista, en la que encontró la clave de los más graves problemas, de los cuales habia vanamente pedido la solución á la ciencia y á todas las filosofías. Su Espíritu profundo é investigador le hizo inmediatamente comprender toda su importancia; también fué uno de sus más celosos propagadores. Por correspondencia se habian establecido entre nosotros relaciones de viva y mútua simpatía.

Supimos su muerte el 30 de Enero, y nuestro primer pensamiento fué el de conversar con él. Hé aquí la comunicacion que nos dió él mismo dia:

«Héme aquí. Habia prometido, cuando vivia, que despues de mi muerte, vendria, si me era posible, á dar la mano á mi querido maestro y amigo, Allan Kardec.

«La muerte dió á mi alma ese pesado sueño que se llama letargo; pero mi pensamiento velaba. He sacudido esa torpeza funesta, que prolonga la turbacion que sigue á la muerte, me he despertado, y de un salto he hecho el viaje.

«¡Qué feliz soy! No soy viejo ni achacoso; mi cuerpo no era más que un disfraz sobrepuesto; soy jóven y hermoso, con esa eterna juventud de los Espíritus, sin pliegues que arruguen las facciones, sin cabellos que encanezcan con el tiempo. Soy ligero como el ave

que atraviesa de un vuelo rápido el horizonte de vuestro cielo nebuloso, y admiro, contemplo, bendigo, amo y me inclino, átomos, ante la grandeza, la sabiduría, la ciencia de nuestro Criador, ante las maravillas que me rodean.

«¡Soy dichoso; estoy en la gloria! ¡Oh! ¿quién podrá jamás revelar las espléndidas hermosuras de la tierra de los elegidos; los cielos, los mundos, los soles, su misión en el gran concurso de la armonía universal? ¡Pues bien! yo probaré, maestro mío; voy á hacer de ello el estudio, vendré á depositaros el homenaje de mis trabajos de Espíritu, que os dedico por adelantado. Hasta luego.

»DEMEURE.»

Las dos comunicaciones siguientes dadas el 1.º y el 2 de febrero, son relativas á la enfermedad de que estoy atacado en este momento. Aunque sean personales, las reproducimos, porque prueban que el señor Demeure es tan bueno en Espíritu, como lo era siendo hombre.

«Mi buen amigo, tened confianza en nosotros y buen ánimo, esta crisis, aunque fatigosa y dolorosa, no será duradera y con los tratamientos prescritos, podreis, segun vuestros deseos, completar la obra que ha sido el objeto principal de vuestra existencia. No obstante, estoy siempre á vuestro lado con el Espíritu de *Verdad*, quien me permite tomar en su nombre la palabra como el último de vuestros amigos que ha venido entre los Espíritus. Me hacen los honores de la bienvenida. Querido maestro ¡qué feliz soy de haber muerto á tiempo, para estar con ellos en este momento! Si hubiese muerto más pronto, quizá os hu-

hiera podido evitar esta crisis que no preveía; hacia muy poco tiempo que estaba desencarnado para ocuparme de otra cosa más que de lo espiritual; pero ahora os velará, querido maestro, vuestro hermano y amigo que está contento de ser Espíritu para poder estar á vuestro lado, y cuidaros en vuestra enfermedad; conocéis el proverbio: «Ayúdate, y el cielo te ayudará.» Ayudad pues á los buenos Espíritus en los cuidados que os tienen, conformándoos estrictamente con sus prescripciones.

»Hace aquí demasiado calor; este carbon os es nocivo. Mientras esteis enfermo, no lo encendais; contribuye á aumentar vuestra opresion, los gases que de él se desprenden son deletéreos.

»Vuestro amigo, DEMEURE.»

«Soy yo, Demeure, el amigo de Kardec. Vengo á decirle que estaba cerca de él en el acto del accidente que ha tenido, y que pudo ser funesto sin una intervencion eficaz á la que he tenido la suerte de concurrir. Segun mis observaciones y las noticias que he tomado de buena fuente, es evidente para mí que cuanto más pronto se verifique su desencarnacion más pronto podrá reencarnarse para poder acabar su obra. Sin embargo, le es preciso dar, ántes de partir, la última mano á las obras que deben completar la teoría doctrinal, de la cual es el iniciador, y se hace culpable de homicidio voluntario contribuyendo, por exceso de trabajo, á lo defectuoso de su organizacion que le amenaza de una repentina partida para nuestros mundos. No debe temerse decirle toda la verdad,

para que esté sobre aviso, y siga literalmente nuestras prescripciones.

»DEMEURE.»

«La comunicacion siguiente fué obtenida en Montauban el 26 de Enero, al dia siguiente de su muerte, en el círculo de los amigos espiritistas que habia en aquella ciudad.

»Antonio Demeure. No he muerto para vosotros, mis buenos amigos, sino para aquellos que no conocen esta santa doctrina que reúne á los que se han amado en esta tierra, y han tenido los mismos pensamientos de amor y de caridad.

»Soy feliz, más feliz de lo que podia esperar; porque gozo de una lucidez rara entre los Espíritus separados de la materia hace tan poco tiempo. Tened valor, amigos míos; estaré á menudo cerca de vosotros, y no dejaré de instruiros sobre muchas cosas que ignoramos, cuando estamos sugetos á nuestra pobre materia que nos oculta tántas magnificencias y tántos goces. Rogad por los que están privados de esta dicha, porque no saben el mal que se hacen á sí mismos.

»No continuaré hoy mucho tiempo; pero os diré que no me encuentro del todo extraño en este mundo de los invisibles; me parece que le he habitado siempre. Soy feliz, porque veo á mis amigos y puedo comunicarme con ellos todas las veces que lo deseo.

»No lloreis, amigos míos; me haríais sentir el haberos conocido. Dejad obrar al tiempo, y Dios os conducirá á esta morada en que debemos todos encontrarnos reunidos. Buenas noches, amigos míos; que Dios os consuele; estoy aquí cerca de vosotros.

»DEMEURE.»

Otra carta de Montauban contiene el relato siguiente:

«Ocultamos á la señora G..., médium vidente y sonámbula muy lucida, la muerte del Sr. Demeure, para no afectar su extrema sensibilidad, y el buen doctor, comprendiendo sin duda nuestras miras, habia evitado manifestarse á ella. El 10 de Febrero último, estábamos reunidos á invitacion de nuestros guías, que decian querian aliviar á la señora G... de una torcedura de pié, de la cual sufría cruelmente desde la víspera. Nada más sabíamos y estábamos léjos de pensar en la sorpresa que nos preparaban. Apenas estuvo esta señora en estado de sonambulismo, dió gritos desgarradores, señalando el pié. Hé aquí lo que pasó:

«La señora G... veia un Espíritu encorbado sobre su pierna, ocultando sus facciones; hacia fricciones, y como si hiciera maceraciones, ejerciendo de tiempo en tiempo en la parte enferma una traccion longitudinal, absolutamente como habria podido hacerlo un médico. La operacion era tan dolorosa, que la paciente se abandonaba á veces á los gritos más espantosos y á grandes convulsiones. Pero la crisis no fué de mucha duracion; al cabo de diez minutos, toda señal de torcedura habia desaparecido, ninguna hinchazon, el pié habia tomado su apariencia normal; la señora G... estaba curada.

»Sin embargo, el Espíritu permanecia siempre oculto del médium, y persistia en no mostrar sus facciones; casi se le conocia el ademan de escaparse cuando nuestra enferma, que pocos minutos ántes no podia

dar un paso, de un salto se puso en medio de la habitación para coger y apretar la mano de su doctor espiritual. Sin embargo, el Espíritu había también desviado su cabeza, abandonando sólo la mano en la suya. En este momento, la Señora G... dió un grito y cayó desmayada sobre el pavimento; acababa de reconocer al señor Demeure en el Espíritu que la había curado. Durante la síncope, recibía cuidados solícitos de muchos Espíritus simpáticos. En fin, habiendo reaparecido la lucidez sonambúlica, habló con los Espíritus, cambiando con ellos apretones de manos, particularmente con el Espíritu del doctor que correspondía á sus muestras de afecto, comunicándola un fluido reparador.

«Esta escena no es acaso tierna y conmovedora? ¿y no se creería ver á todos estos personajes representando su papel como si estuvieran en la vida humana? ¿No es esta una prueba entre mil de que los Espíritus son seres muy reales, teniendo un cuerpo y obrando como lo hacian en la tierra? Eramos felices al volver á encontrar á nuestro amigo espiritualizado con su buen corazón y su delicada solitud. Había sido durante su vida el médico del médium; conocia su extremada sensibilidad, y le había tratado como á su propia hija. Esta prueba de identidad dada á los que el Espíritu amaba, ¿no es interesante y muy oportuna para que la vida futura se mire bajo un aspecto más consolador?»

Observacion. — La situación del señor Demeure, como Espíritu, es la que podía hacer presentir su vida tan digna y tan útilmente empleada; pero otro hecho

no ménos instructivo resalta de estas comunicaciones, éste es la actividad que despliega casi inmediatamente despues de su muerte para ser útil. Por su alta inteligencia y sus cualidades morales, pertenece al órden de los Espíritus muy avanzados, es dichoso ; pero su dicha no está en la inaccion. Hacia algunos dias que curaba á los enfermos como médico, y apenas desprendido, se apresura á cuidarlos como Espiritu. ¿Qué se gana, pues, en estar en el otro mundo, dirán ciertas personas, si no se goza en él de descanso? A esto les preguntaremos desde luego ¿creeis que no es nada el tener los cuidados, ni las necesidades, ni los achaques de la vida, el ser libre, y el poder recorrer sin fatigarse el espacio, con la rapidez del pensamiento, ir á ver á sus amigos á todas horas á cualquiera distancia que se encuentren? Y añadamos: Cuando esteis en el otro mundo, nadie os forzará á trabajar, sereis perfectamente libres y podreis estar en una ociosa beatitud tanto tiempo como os plazca; pero os cansareis pronto de este reposo egoista; sereis los primeros en pedir una ocupacion. Entónces se os responderá. Si os fastidia la ociosidad, procurad buscar vosotros mismos el modo de ocuparos en algo; las ocasiones de hacerse útil no faltan en el mundo de los Espíritus como entre los hombres. Así es que la actividad espiritual no se impone, es una necesidad, una satisfaccion para los Espíritus que buscan las ocupaciones en relacion con sus gustos y sus aptitudes, y eligen con preferencia las que pueden ayudar á su adelantamiento.

LA SEÑORA WOLLIS, VIUDA DE FOULON.

La señora de Foulon, muerta en Antibes, el 3 de Febrero de 1865, habia vivido mucho tiempo en el Havre, donde adquirió reputacion como pintora muy hábil en miniatura. Su notable capacidad no la sirvió por el pronto sino para distraerse como aficionada; pero, más tarde, cuando vinieron dias malos, supo hacer desu facultad un precioso recurso. La amenidad de su carácter; sus cualidades privadas que sólo pueden apreciar los que sabian su vida íntima en toda su extension, la habian conquistado el aprecio y el amor de todos los que la conocian.

Como todos aquellos en quienes el sentimiento del bien es innato, no hacia de ello ostentacion, ni áun lo sabia. Si hay alguno en quien el egoismo no haya hecho ninguna mella, sin duda ella es una de tantos; puede ser que jamás el sentimiento de la abnegacion personal fuese llevado más léjos; siempre dispuesta á sacrificar su reposo, su salud, sus interéses por aquellos á quienes podia ser útil, su vida no fué más que una larga série de sacrificios, así como no fué desde su juventud sino una larga série de rudas y crueles pruebas, ante las cuales el valor y perseverancia no le han faltado jamás. Pero su vista fatigada por un trabajo minucioso, se disminuia de dia en dia; algun tiempo más, y la ceguedad muy adelantada yá, hubiera sido completa.

Cuando la Sra. Foulon tuvo conocimiento de la doctrina espiritista, fué para ella como una chispa luminosa; le parecia que un velo se levantaba mostrando alguna cosa que no le era del todo descocida; pero

de la que no tenía más que una vaga intuición, así es que la estudió con ardor; pero al mismo tiempo con aquella lucidez de espíritu, con aquella exactitud de apreciación, que era propia de su alta inteligencia. Es necesario conocer todas las perplejidades de su vida, perplejidades que tenían siempre por móvil, no ella misma, sino los seres que le eran queridos, para comprender todos los consuelos que adquirió de esta sublime revelación que le daba una fé inquebrantable en el porvenir, y le mostraba la pequeñez de las cosas terrestres.

Su muerte fué digna de su vida, la vió venir sin ningún temor, pues que era para ella la libertad de los lazos terrestres, que debía abrirla esa bienaventurada vida espiritual con la cual se había identificado por el estudio del Espiritismo. Ha muerto con calma, porque tenía la conciencia de haber cumplido la misión que había aceptado viniendo á la tierra, de haber llenado escrupulosamente sus deberes de esposa y madre de familia; porque durante su vida había también abjurado todo resentimiento contra aquellos que se portaron mal con ella y que la habían pagado con ingratitud; porque les habían vuelto siempre bien por mal, y ha dejado esta vida perdonándoles, dejándolo todo á la bondad y á la justicia de Dios. Ha muerto, en fin, con la serenidad que dá una conciencia pura, y la certeza de estar ménos separada de sus hijos que durante la vida corporal, puesto que podrá en adelante estar con ellos en Espíritu, en cualquier punto del globo que se encuentren, ayudarles con sus consejos y envolverles con su protección.

Desde que supimos la muerte de la señora Foulon, nuestro primer deseo fué conversar con ella. Las relaciones de amistad y de simpatía que la doctrina espiritista habia hecho nacer entre nosotros, explican algunas de sus palabras y la familiaridad de su lenguaje.

I.

(Paris 6 de Febrero, tres dias despues de su muerte).

Estoy segura que tendríais el pensamiento de evocarme luego de mi libertad, y estaba preparada á responderos; porque no he conocido turbacion. Sólo los que tienen miedo se hallan envueltos en sus espesas tinieblas.

¡Pues bien! amigo mio, ahora soy dichosa; estos pobres ojos que se habian debilitado y que no me dejaban sino el recuerdo de los prismas que habian matizado mi juventud con sus diferentes resplandores, se han abierto aquí y han vuelto á encontrar los espléndidos horizontes que idealizan, en sus vagas reproducciones, algunos de vuestros grandes artistas; pero cuya realidad magestuosa, severa, llena de encantos, tiene impresa la más completa realidad.

No hace más que tres dias que he muerto, y siento que soy artista; mis inspiraciones hácia lo ideal de la hermosura en el arte no eran sino la intuicion de una facultad que habia estudiado y adquirido en otras existencias, y que se han desenvuelto en mi última. ¡ Pero qué tengo que hacer para reproducir una obra

maestra digna de la grande escena que impresiona al Espíritu, al llegar á la region de la luz! ¡pinceles! ¡pinceles! y probaré al mundo que el arte espiritista es el coronamiento del arte pagano, del arte cristiano que peligra, y que al Espiritismo sólo está reservada la gloria de hacerle revivir con todo su brillo sobre vuestro mundo.

Basta para el artista; vamos á la amiga. ¿Por qué mi buena amiga (la Sra. de Allan Kardec) os afectáis así por mi muerte? Sobre todo sabiendo las decepciones y las amarguras de mi vida; al contrario debíais regocijaros, al ver que ahora no he de beber en la copa amarga de los dolores terrestres que he vaciado hasta las heces. Creedme, los muertos son mas felices que los vivos, y llorarlos es dudar de la verdad del Espiritismo. Me volveréis á ver, estad segura de ello; he partido la primera; porque mi tarea ahí estaba concluida; cada uno tiene que llenar la suya en la tierra, y cuando la vuestra haya terminado, vendreis á descansar un poco á mi lado, para volver á empezar, si es preciso, atendido que no está en la naturaleza permanecer inactivo. Cada uno tiene sus tendencias y obedece á ellas; ésta es una ley suprema que prueba la potencia del libre alvedrío. Además, buena amiga, indulgencia y caridad, todos tenemos necesidad de estas recíprocamente, sea en el mundo visible, sea en el mundo invisible; con esta divisa todo vá bien.

No me diríais que me detuviese. ¡Sabeis que hablo demasiado por la primera vez! Os dejo, pues, para volver á mi excelente amigo Kardec. Quiero darle

las gracias por las afectuosas palabras que ha tenido á bien dirigir á la amiga que le ha precedido en la tumba ; porque ha faltado poco para partir juntos al mundo en que me encuentro, mi buen amigo! (Alusion á la enfermedad de que habla el doctor Demeure.) ¿Qué habria dicho la compañera muy amada de vuestros dias, si los buenos Espíritus no hubieran mediado en ello? Entónces sí que hubiera llorado y gemido, y lo comprendo; pero tambien es necesario que vele para qué no os expongais de nuevo al peligro ántes de haber acabado vuestro trabajo de iniciacion espiritista, sin esto correis riesgo de llegar demasiado pronto entre nosotros y de no ver, como Moisés, la tierra prometida sino de léjos. Estad sobre aviso, os lo previene una amiga.

Ahora, me marchó; voy al lado de mis hijos; despues á ver, mas allá de los mares, si mi oveja viajera ha llegado por fin á puerto, ó si es juguete de la tempestad. (Una de sus hijas que habitaba en América.) Que los buenos Espíritus la protejan; con este propósito voy á reunirme con ellos. Volveré á hablaros, porque soy una habladora infatigable; yá lo recordareis. Hasta la vuelta pues, mis buenos y queridos amigos; hasta luego.

VIUDA FOULON.

II.

(8 de Febrero de 1865.)

P. Querida madama Foulon, estoy muy contento por la comunicacion que habeis dado para mí el otro

dia y con vuestra promesa de continuar nuestras conversaciones.

Os he reconocido perfectamente en la comunicacion; hablais en ella de cosas ignoradas del médium, y que sólo pueden ser vuestras; despues, vuestro afectuoso lenguaje en cuanto á mí es el de vuestra alma cariñosa; pero hay en él una seguridad, un aplomo, una firmeza que no os conocia en vuestra vida. Sabeis que sobre esto me he permitido más de una amonestacion en ciertas circunstancias.

R. Es verdad; pero desde que me ví gravemente enferma, he recobrado mi firmeza de espíritu, perdida por las penas y las vicisitudes que me habian á veces hecho tímida durante la vida. Me he dicho: Tú eres espiritista, olvida la tierra; prepárate á la transformacion de tu sér, y vé por el pensamiento, el sendero luminoso que debe seguir tu alma al dejar tu cuerpo, y que la conducirá dichosa y libre, á las esferas celestes en que tú debes vivir en adelante.

Me direis que era un poco presuntuoso por mi parte, contar en la dicha perfecta al dejar la tierra, pero habia sufrido tanto, que tuve que expiar mis faltas de esta existencia y de las precedentes. Esta intuicion no me engañó, y ella es la que me dió el valor, la calma y la firmeza de los últimos instantes; esta firmeza se ha aumentado naturalmente, cuando despues de mi libertad, he visto mis esperanzas realizadas.

P. Quereis describirnos ahora vuestro tránsito, vuestro dispartar y vuestras primeras impresiones.

R. He sufrido, pero mi Espíritu ha sido mas fuerte que el sufrimiento material que el desprendimiento le

hacia sentir. Me he encontrado *despues del ultimo suspiro*, como en síncope, sin tener ninguna conciencia de mi estado, ni pensar en nada y en una vaga somnolencia que no era ni el sueño del cuerpo, ni el despertar del alma. He permanecido bastante tiempo así; despues, como si saliese de un largo desmayo, me he despertado poco á poco en medio de hermanos que no conocia; me prodigaban sus cuidados y sus caricias, me mostraban un punto en el espacio que parecia una estrella brillante, y me han dicho: «Allí es á donde vás á ir con nosotros; tú no perteneces á la tierra.» Entónces he recobrado la memoria; me he apoyado en ellos, y como un grupo gracioso que se lanza á las esferas desconocidas, pero con la certidumbre de encontrar allí la dicha, hemos subido, subido, y la estrella se engrandecia. Era un mundo feliz, un mundo superior, donde vuestra buena amiga vá á encontrar al fin el descanso; quiero decir el descanso atendiendo á las fatigas corporales que he sufrido y á las vicisitudes de la vida terrestre, pero no la indolencia del Espiritu, porque la actividad del Espiritu es un goce.

P. ¿Es decir que habeis dejado definitivamente la tierra?

R. Tengo aún en ella muchos séres que me son queridos, para dejarla definitivamente. Volveré á ella pues en Espiritu, porque tengo que cumplir una mision al lado de mis hijos. Bien sabeis, por otra parte, que ningun obstáculo se opone á que los Espíritus que habitan en los mundos superiores á la tierra, vengán á visitarla.

P. La posicion en que estais parece debe debilitar

vuestras relaciones con aquellos que habeis dejado aquí.

R. Nó, amigo mio, el amor une las almas. Creedme, se puede estar en la tierra, más cerca de los que han alcanzado la perfeccion, que de aquellos que la inferioridad y el egoismo hace dar vueltas alrededor de la esfera terrestre. La caridad y el amor son dos motores de una atraccion poderosa. Es el lazo que cimenta la union de las almas, enlazadas la una á la otra, y la continúa á pesar de la distancia y de los lugares. No hay distancia sino para los cuerpos materiales; no la hay para los Espíritus.

P. ¿Qué idea os formais ahora de mis trabajos concernientes al Espiritismo?

R. Encuentro que teneis cargo de almas y que es penoso de llevar; pero veo el fin y sé que lo alcanzareis; os ayudaré, si puede ser, con mis consejos de *Espiritu* para que podais superar las dificultades que os serán suscitadas, comprometiéndoos á propósito á tomar ciertas medidas propias para activar en vuestra vida el movimiento renovador á que se dirige el Espiritismo. Vuestro amigo Demeure, unido al *Espiritu de verdad*, os será un auxilio más útil todavía; es más sábio y más lúcido que yo; pero como sé que la asistencia de los buenos Espíritus os fortifica y os sostiene en vuestra obra, creed que la mia os la ofrezco siempre y por todas partes.

P. Se podria deducir de algunas de vuestras palabras que no prestareis una cooperacion personal muy activa á la obra del Espiritismo.

R. Os engañais; pero veo tantos otros Espíritus

más capaces que yo para tratar esta cuestion importante, que un sentimiento invencible de timidez me impide, por el momento, responderos segun vuestros deseos. Puede ser que esto suceda, y entónces tendré más ánimo y atrevimiento; pero es preciso que ántes los conozca mejor. No hace más que cuatro dias que he muerto; estoy aún bajo la impresion del encanto por deslumbramiento que me rodea; amigo mio ¿no lo comprendeis? No soy capaz de expresar las nuevas sensaciones que experimento. He debido hacerme violencia para volver en mí de la fascinacion que ejercen sobre mí sér las maravillas que admiro. No puedo hacer otra cosa sino bendecir y adorar á Dios en sus obras. Pero esta situacion pasará, los Espíritus me aseguran que pronto estaré acostumbrada á todas estas magnificencias, y que podré entónces con mi lucidez de Espíritu, tratar todas las cuestiones relativas á la renovacion terrestre. Además de esto, debeis considerar que en este momento, sobre todo, tengo una familia que consolar.

Adios y hasta luego; vuestra buena amiga que os ama y os amará siempre, maestro mio, porque sois vos á quien ha debido el solo consuelo durable y verdadero que ha conocido en la tierra.

VIUDA FOULON.

III.

La comunicacion siguiente la dió para sus hijos el 9 de Febrero.

Hijos míos muy amados, Dios me ha separado de

vosotros, pero la recompensa que se ha dignado concederme es muy grande en comparacion de lo poco que he hecho en la tierra. Sed resignados, mis buenos hijos, á la voluntad del Altísimo; sacad de todo aquello que ha permitido que recibierais la fuerza para soportar las pruebas de la vida. Tened siempre en vuestro corazon la firmeza de esta creencia, que ha facilitado tanto mi pasaje de la vida terrestre á la vida que nos espera, al salir de ese atrasado mundo. Dios ha extendido sobre mí, despues de mi muerte, su inagotable bondad, como quiso hacerlo cuando estaba en la tierra. Dadle las gracias por todos los beneficios que os conceda; bendecidle, hijos mios, bendecidle siempre y en todos los instantes. No perdais jamás de vista el fin que se os ha indicado, ni el camino que debeis seguir; pensad en el empleo que debeis hacer del tiempo que Dios os concede en la tierra. Sereis en ella dichosos, mis muy amados, dichosos los unos por los otros, si la union reina entre vosotros; dichosos por vuestros hijos, si los educais en el buen camino que Dios ha permitido revelaros.

Oh! si no podeis verme, sabed bien que el lazo que nos unia ahí en la tierra, no está roto por la muerte del cuerpo, porque no era la envoltura la que nos unia, sino el Espíritu; por esta razon, amados mios, podré, mediante la bondad del Todopoderoso, guiaros todavía y daros ánimo en vuestro camino para volvernos á unir más tarde.

Id, hijos mios, cultivad con el mismo amor esta sublime creencia; hermosos dias os están reservados á los que creéis. Yá se os ha dicho, pero yo no debia verlos

en la tierra; mas, desde lo alto, contemplaré los tiempos venturosos, prometidos por Dios bueno, justo y misericordioso.

No lloreis, hijos míos; que estas conversaciones fortifiquen vuestra fé, vuestro amor á Dios, que tantos dones ha derramado sobre vosotros, quien ha enviado tantas veces socorros á vuestra madre. Rogadle siempre, la oracion fortifica; conformaos con las instrucciones, que yo seguia tan ardientemente, durante la vida que Dios os conceda.

Volveré á vosotros, hijos míos, pero es preciso que sostenga á mi pobre hija, que tanta necesidad tiene de mí. Adios, hasta luego. Creed en la bondad del Todopoderoso; le ruego por vosotros. Hasta la vista.

VIUDA FOULON.

Observacion.—Cualquier Espiritista formal é ilustro, deducirá fácilmente de estas comunicaciones las enseñanzas que resultan de ellas; no llamaremos, pues la atencion sino sobre dos puntos. El primero es que este ejemplo nos demuestra la posibilidad de no encarnarse en la tierra, y de pasar de aquí á un mundo superior, sin estar por esto separado de los seres amados que se dejan en ella. Aquellos, pues, que temen la reencarnacion á causa de las miserias de la vida, pueden librarse de la misma, haciendo lo que es necesario, esto es, trabajando en su mejoramiento, así como aquel que no quiere vejetar en las clases inferiores, debe instruirse y trabajar para ascender un grado.

El segundo punto, es la confirmacion de la verdad de que, despues de la muerte, estamos ménos separados

de los seres que nos son queridos que durante la vida. La Sra. Foulon, retenida por la edad y los achaques en una pequeña ciudad del Mediodía, no tenía á su lado más que una parte de su familia; la mayor parte de sus hijos y de sus amigos estaban lejos de ella, obstáculos materiales se oponian á que pudiese verles tan á menudo como unos y otros lo hubiesen deseado. La gran distancia hacia tambien que la correspondencia fuese rara y difícil para algunos. Apenas se desembarazó de su envoltura, corre ligera al lado de cada uno, salva las distancias sin fatiga, con la rapidez de la electricidad, les vé, asiste á sus reuniones íntimas, les rodea con su proteccion, y puede por la mediumnidad conversar con ellos en todos los instantes, como cuando vivia. ¡Y decir que á este consolador pensamiento, hay gentes que prefieren la idea de una separacion indefinida!

UN MÉDICO RUSO.

El Sr. P... era un médico de Moscou, tan distinguido por sus eminentes cualidades morales, como por su saber. La persona que le evocó le conocia tan sólo por su reputacion, y no habia tenido con él más que relaciones indirectas. La comunicacion original estaba en idioma ruso.

P. (despues de la evocacion) ¿Estais aqui? —R. Sí. El dia de mi muerte os perseguia con mi presencia, pero habeis resistido á todas mis tentativas para haceros escribir. Habia oido vuestras palabras sobre mí; esto me hizo conoceros, y entónces para seros útil tuve el deseo de entablar conversacion con vos.

P. ¿Por qué, siendo tan bueno, habeis sufrido tanto?—R. Esto era una de las bondades del Señor que queria que sintiera doblemente el precio de mi libertad, y hacerme adelantar todo lo más posible en la tierra.

P. ¿La idea de la muerte os ha causado terror?—R. Nó, tenia mucha fé en Dios, y me sirvió en este caso.

P. La separacion ha sido dolorosa?—R. Nó; lo que llamis el último momento no es nada; no he sentido más que un ligero crugido, y luego despues me he considerado muy feliz, viéndome desembarazado de mi miserable envoltura.

P. ¿Qué ha sucedido entónces?—R. He tenido la dicha de ver una porcion de amigos que me salian al encuentro, dándome la bien venida especialmente aquellos á quienes tuve la fortuna de ayudar.

P. ¿Qué region habitais? ¿Estais en un planeta?—R. Todo lo que no es un mundo, es lo que vosotros llamis el espacio, en el cual estoy. Pero qué ¡grados en esta inmensidad, de la cual el hombre no puede formarse una idea! ¡Qué gradacion en esta escala de Jacob que va de la tierra al cielo, esto es, del envilecimiento de la encarnacion en un mundo inferior como el vuestro, hasta la purificacion completa del alma. A donde estoy no se llega sino en virtud de muchas pruebas, lo que significa muchas encarnaciones.

P. ¿Segun esto debeis haber tenido muchas existencias?—R. ¿Cómo podria ser de otra manera? Nada es excepcional en el orden inmutable establecido por Dios; la recompensa no puede venir sino despues de la victoria conseguida en la lucha; y cuando la recom-

pensa es grande, es de toda necesidad que la lucha lo sea también. Pero la vida humana es tan corta, que la lucha no es real sino por intervalos, y estos intervalos son las diferentes existencias sucesivas; así pues, si yo estoy en uno de los escalones más elevados, he alcanzado esta dicha por una serie de luchas en las que Dios ha permitido que obtuviese algunas veces la victoria.

P. ¿En qué consiste vuestra dicha?—R. Esto es más difícil de hacérselo comprender. La dicha que gozo es un contento extremo de mí mismo; no de mis méritos, esto sería orgullo, y el orgullo es cualidad de los Espíritus atrasados, sino un contento saturado, por decirlo así, del amor de Dios, en el reconocimiento de su bondad infinita; es la alegría profunda de ver lo bueno, el bien; de decirme: puede ser he contribuido al mejoramiento de algunos de los que se han elevado hácia el Señor. Está uno como identificado con el bienestar; es una especie de fusión del Espíritu y de la bondad divina. Se tiene el don de ver los Espíritus más purificados, comprenderles en sus misiones, y saber que llegaremos á eso mismo también; se entreveé en el infinito inconmensurable las regiones tan resplandecientes del fuego divino, que uno se deslumbra contemplándolas, aunque á través del velo que las cubre todavía. ¿Pero qué os digo? ¿Comprendéis mis palabras? ¿Este fuego de que os hablo, creéis que sea semejante al sol, por ejemplo? Nó, nó; es alguna cosa indecible para el hombre, porque las palabras no expresan más que los objetos, las cosas físicas ó metafísicas de que se tiene conocimiento por la memoria ó

la intuición del alma, mientras que, no pudiendo tener la memoria de lo desconocido absoluto, no hay términos que puedan darle la percepción de ello. Pero sabedlo: es ya una inmensa dicha el pensar que uno se puede elevar infinitamente.

P. ¿Habeis tenido la bondad de decirme que quereis serme útil, os ruego que me digais en qué?—R. Puedo ayudaros en vuestros desfallecimientos, sosteneros en vuestras debilidades, consolaros en vuestras penas. Si vuestra fé, quebrantada por alguna sacudida que os turbe, vacila, llamadme: Dios me dará palabras para que le recordeis y volvais á él; si os sentís dispuesto á sucumbir bajo el peso de inclinaciones que reconozcais vos mismo que son culpables, llamadme: os ayudaré á llevar vuestra cruz, como en otro tiempo ayudaron á Jesús á llevar la suya, la que debia proclamarnos tan altamente la verdad, la caridad; si flaqueais bajo el peso de vuestras penas, si la desesperacion se apodera de vos, llamadme: vendré á sacaros de ese abismo, hablándoos de Espíritu á Espíritu, recordándoos los deberes que se os han impuesto, no por consideraciones sociales y materiales, sino por el amor que sentireis en mí, amor que Dios ha puesto en mi sér para transmitirse á los que pueda salvar.

Sin duda teneis amigos en la tierra; éstos quizá participan de vuestros dolores, y puede ser tambien que os hayan salvado. En las penas vais á encontrarlos, á manifestarles vuestros desconsuelos y vuestras lágrimas, y en cambio de esta señal de afecto, os dan sus consejos, su apoyo, sus caricias; pues bien, ¿no pensais acaso que un amigo de aquí puede tambien

ser bueno? No es un consuelo poder decirse: Cuando moriré mis amigos de la tierra estarán á mi cabecera, rogando y llorando por mí, pero mis amigos del espacio estarán en el umbral de la vida, y vendrán sonriendo á conducirme al sitio que habré merecido por mis virtudes.

P. ¿Por qué he merecido la proteccion que quereis dispensarme?—R. Hé aquí porque os tengo afecto desde el dia de mi muerte. Os he visto espiritista, buen médium y sincero adepto; entre los que he dejado en la tierra, vos sois á quien he visto más pronto á oirme; desde entónces resolví contribuir á haceros adelantar, en vuestro interés sin duda, pero más aún en interés de todos los que estais llamados á enseñar la verdad. Yá lo veis, Dios os quiere bastante para haceros misionero; á vuestro alrededor, todos poco á poco, participan de vuestras creencias, los más rebeldes, cuando ménos os escuchan, y un dia les vereis creyentes. No os canseis; marchad siempre á pesar de las piedras que encontréis en el camino: tomadme por báculo.

P. No me atrevo á creer merezca tan gran favor.—R. Sin duda estais léjos de la perfeccion; pero vuestro ardor en propagar las sanas doctrinas, en sostener la fé de los que os escuchan, en predicar la caridad, la bondad y la benevolencia, áun cuando se porten mal con vos; la resistencia que haceis á vuestros instintos de cólera que podriais satisfacer tan fácilmente contra los que os afligen ó desconocen vuestras intenciones, vienen felizmente á neutralizar lo que teneis de malo; y sabedlo, el perdon es un poderoso contrapeso.

Dios os colma de sus gracias por la facultad que os dá, y solo á vos corresponde el aumentarla con vuestros esfuerzos, á fin de trabajar eficazmente en la salvacion del prójimo. Voy á dejaros, pero contad conmigo. Procurad moderar vuestras ideas terrestres y vivir más á menudo con vuestros amigos de aquí.

P...

BERNARDIN.

(Burdeos, Abril de 1862.)

Soy un Espíritu olvidado desde muchos siglos; he vivido en la tierra en la miseria y el oprobio; he trabajado sin descanso para llevar cada dia á mi familia un pedazo de pan insuficiente; pero amaba á mi verdadero dueño, y cuando el que me cargaba en la tierra, aumentaba el peso de mi dolor, decia: Dios mio, dadme la fuerza de soportar este peso sin quejarme. Expiaba, amigos míos; pero al salir de esta ruda prueba, el Señor me ha recibido en la paz, y mis fervientes votos han sido para reuniros á todos á mi alrededor, mis queridos hijos y hermanos, para deciros: Por muy alto que eleveis su precio, la dicha que os espera está aún mucho más alta.

No tenía estado; hijo de una numerosa familia, he servido á quien podia ayudarme á soportar mi vida. Nacido en una época en que la servidumbre era cruel, he soportado todas las injusticias, todos los vasallajes, todas las cargas que querian imponerme los subalternos del Señor. ¡He visto á mi mujer ultrajada; á mis hijas arrebatadas y despues abandonadas sin

que me pudiera quejar; he visto llevar á mis hijos á las guerras de pillaje y de crímenes, ahorcados por faltas que no habian cometido! ¡Si supiéseis, pobres amigos, lo que he sufrido en mi bastante larga existencia! pero esperaba, esperaba la dicha que no está en la tierra, y el Señor me la ha concedido. Así, pues, á todos hermanos míos os encargo valor, paciencia y resignacion.

Hijo mio, tú puedes conservar lo que te he dado, es una enseñanza práctica. Al que predica le escuchan mejor, cuando puede decir: Hé sufrido más que vosotros y he sufrido sin quejarme.

P. ¿En qué época vivíais?—R. de 1400 á 1460.

P. ¿Habeis tenido otra existencia despues?—R. Sí, he vivido tambien entre vosotros como misionero; sí, misionero de la fé; pero de la verdadera, de la pura, de la que sale de Dios, y no de la que los hombres han hecho.

P. ¿Ahora como Espiritu teneis todavía ocupaciones?—R. ¿Podríais creer que los Espiritus permanezcan inactivos? La inaccion, la inutilidad seria para ellos un suplicio. Mi mision es la de guiar centros de obreros al espiritismo, inspiro á éstos, buenos pensamientos y me esfuerzo en neutralizar los que los malos Espiritus desean sugerirles.

BERNARDIN.

LA CONDESA PAULA.

Esta era una muger jóven, bella, rica de un ilustre nacimiento segun el mundo, y además un modelo cum-

plido de todas las buenas cualidades del corazón y del espíritu. Murió á los treinta y seis años, en 1851. Era una de esas personas, cuya oración fúnebre se resume en todas las bocas con estas palabras: ¿Por qué se lleva Dios á tales personas tan pronto de la tierra? ¡Venturosos aquellos que de este modo hacen bendecir su memoria! Era buena, dulce é indulgente para todo el mundo; siempre dispuesta á excusar ó atenuar el mal, en lugar de envenenarle; jamás la maledicencia manchó sus labios. Sin ceño, ni fiereza, trataba á sus inferiores con una benevolencia que nada tenía de baja familiaridad, sin manifestarles ni altivez ni protección humillante. Comprendiendo que las gentes que viven de su trabajo no son rentistas, y tienen necesidad de su jornal, ya sea por su estado, ya para vivir, jamás aplazó el pago de un salario; la idea de que alguno pudiera sufrir por su falta de pago hubiera sido para ella un remordimiento de conciencia. No era de esas personas que encuentran siempre dinero para satisfacer sus caprichos, y no tienen nunca para pagar lo que deben; no comprendía que fuese de gran tono para un rico tener deudas, y se hubiera humillado si se hubiese podido decir que sus abastecedores le hacían adelantos. Así es que á su muerte sólo hubo llantos sin ninguna reclamación.

Su caridad era inagotable, pero no esa caridad oficial que se hace en público; en ella era la caridad del corazón y no la de la apariencia. Sólo Dios sabe las lágrimas que secó y las desesperaciones que calmó, porque sus buenas acciones sólo tenían por testigos al Todopoderoso y á los desgraciados á quienes asistía,

Sobre todo sabia descubrir esos infortunios ocultos, que son los más punzantes, y socorrerlos con la delicadeza que eleva la moral, en lugar de rebajarla.

Su posición y las altas funciones que ejercía su marido, la obligaban á un tren de casa del que no podía prescindir; pero satisfaciendo las exigencias de su posición sin mezquidad, había establecido un orden que, evitando los despilfarros ruinosos y los gastos superfluos, le permitía tener bastante con la mitad de lo que hubiera costado á otros, sin que por esto hubiera brillado más.

Así es como podía sacar de su fortuna una parte mayor para los necesitados. Había separado de la misma un capital importante cuyos intereses estaban destinados á este objeto, sagrado para ella, y consideraba que tenía eso de ménos para los gastos de su casa. De esta manera encontraba el medio de conciliar sus deberes para con la sociedad y para con la desgracia (1).

Evocada doce años después de su muerte, por uno de sus parientes iniciado en el espiritismo, dió la comunicación siguiente en respuesta á diversas preguntas que se le dirigian (2).

«Teneis razon, amigo mio, de pensar que soy dichosa; lo soy, en efecto más de lo que puede expresarse, y no obstante, estoy léjos todavía del último escalon. Estaba sin embargo entre los felices

(1) Se puede decir que esta señora era el vivo modelo de la mujer benéfica, trazado en el Evangelio segun el espiritismo, cap. XIII.

(2) Extractamos de esta comunicación, cuyo original está en lengua alemana, las partes instructivas para el objeto que nos ocupa, suprimiendo lo que es de interés de familia.

de la tierra, porque no me acuerdo de haber sentido pena real. Juventud, salud, fortuna, homenajes, tenia todo lo que constituye la felicidad entre vosotros; pero ¿qué es esta dicha al lado de la que se goza aquí? ¿Qué son vuestras fiestas más espléndidas en que se ostentan los más ricos adornos, al lado de estas asambleas de Espíritus resplandeciendo con una brillantez que vuestra vista no podría soportar, y que es el patrimonio de la pureza? ¿Qué son vuestros palacios y vuestros salones dorados al lado de las moradas aéreas, de los vastos campos del espacio, matizados de colores que harian palidecer al arco iris? ¿Qué son vuestros paseos á pasos contados en vuestros parques, al lado de las correrías á través de la inmensidad, más rápidas que el relámpago? ¿Qué son vuestros horizontes limitados y nebulosos al lado del espectáculo grandioso de los mundos, moviéndose en el universo sin limites bajo la poderosa mano del Altísimo? ¡Qué tristes y chillones son vuestros conciertos más melodiosos, al lado de esta suave armonía que hace vibrar los flúidos del éter y todas las fibras del alma! ¡Qué tristes é insípidas son vuestras mayores alegrías, al lado de la inefable sensación de dicha que penetra incesantemente todo nuestro sér como un effluvio benéfico, sin mezcla de ninguna inquietud, de ningún temor, de ningún sufrimiento! Aquí todo respira amor, confianza, sinceridad; por todas partes corazones amorosos, por todas partes amigos, en ninguna parte envidiosos y celosos. Tal es el mundo en que estoy, amigo mio, y á donde llegareis infaliblemente, siguiendo el camino recto.

»No obstante, se cansaría uno pronto de una ventura uniforme; no creáis que nuestro mundo esté exento de peripecias; no es un concierto perpétuo, ni una fiesta sin fin, ni una beata contemplación durante la eternidad; nó, es el movimiento, la vida y la actividad. Las ocupaciones, aunque exentas de fatigas, tienen una incesante variedad de aspectos y de emociones por los mil incidentes de que están salpicadas. Cada uno tiene su misión que cumplir, sus protegidos á quienes asistir, amigos en la tierra que visitar, rodajes de la naturaleza que dirigir, almas en sufrimiento que consolar; se vá, se viene, no de una calle á la otra, sino de un mundo al otro; se congregan y se separan para congregarse otra vez; se citan en un punto, se comunican lo que ha hecho cada uno; se felicitan de los resultados obtenidos; se conciertan y asisten recíprocamente en los casos difíciles; en fin, os aseguro que nadie tiene motivo de fastidiarse un instante.

»En este momento la tierra nos preocupa mucho. ¡Qué movimiento entre los Espíritus! ¡Qué numerosas cohortes afluyen á ella para concurrir á su transformación! Se diría que una nube de trabajadores ocupados en desmontar un bosque á las órdenes de jefes experimentados, derriban los unos los viejos árboles con el hacha y arrancan sus profundas raíces; los otros desmontan; éstos labran y siembran y aquéllos edifican la nueva ciudad sobre las ruinas carcomidas del viejo mundo. Mientras tanto, los jefes se reúnen, tienen consejo y envían mensajeros á dar órdenes en todas direcciones. La tierra debe ser regenerada en un tiempo dado: es preciso que los designios

de la Providencia se cumplan; por esto cada uno acude á la obra. No creais que sea simple espectadora de este gran trabajo; me avergonzaria de permanecer inactiva cuando todo el mundo trabaja; una importante mision me está confiada, y me esfuerzo en cumplirla lo mejor que puedo.

»No he llegado al lugar en qué estoy, sin luchas en la vida espiritual; persuadios de que mi última existencia, por meritoria que os parezca, no hubiera bastado para conseguirlo. Durante muchas existencias he pasado por las pruebas del trabajo y de la miseria, que habia voluntariamente elegido para fortificar y purificar mi alma: he tenido la dicha de salir victoriosa de ellas, pero quedaba una que vencer, la más peligrosa de todas: la de la fortuna y del bienestar material, *un bienestar sin mezcla de amargura*: ahí estaba el peligro. Antes de intentarla, he querido sentirme bastante fuerte para no sucumbir. Dios tuvo cuenta de mis buenas intenciones, y me hizo la gracia de sostenerme. Muchos otros Espíritus seducidos por las apariencias, se apresuran á elegirla; demasiado débiles, por desgracia, para arrostrar el peligro, las seducciones triunfan de su inexperiencia.

«Trabajadores, he estado en vuestras filas; yo, la noble dama, como vosotros, he ganado mi pan con el sudor de mi frente; he sufrido las privaciones, he soportado intempéries, y esto fué lo que desarrolló las fuerzas viriles de mi alma; sin eso hubiera probablemente caido en mi última prueba, lo que me hubiera hecho retroceder mucho. Como yo, tendreis tambien á vuestra vez la prueba de la fortuna, pero no os apre-

sureis á pedirla demasiado pronto; y vosotros que sois ricos, tened siempre presente que la verdadera fortuna, la fortuna imperecedera, no está en la tierra, y comprended á qué precio podeis merecer los beneficios del Todo-Poderoso.»

*En la tierra, condesa de****

JUAN REYNAUD.

(Sociedad Espiritista de Paris. Comunicacion espontánea).

«Amigos míos, ¡qué magnífica es esta nueva vida! ¡Semejante á un torrente luminoso, lo infinito arrastra en su curso inmenso á las almas embriagadas! Después de la rotura de los lazos carnales, mis ojos han abrazado los nuevos horizontes que me rodean, y gozo de las espléndidas maravillas de lo infinito. He pasado de las sombras de la materia, á la aurora resplandeciente que anuncia al Todopoderoso. Me he salvado, no por el mérito de mis obras, sino por el conocimiento del principio eterno que me ha hecho evitar los lunares, impresos por la ignorancia á la pobre humanidad. Mi muerte ha sido bendecida, mis biógrafos la considerarán prematura; ¡ciegos! hallarán á faltar algunos escritos nacidos del polvo, y no comprenderán cuán útil es á la santa causa del Espiritismo el ruido que se hace al rededor de mi tumba á medio cerrar. Mi obra estaba acabada; mis predecesores van á la carrera; habia alcanzado ese punto culminante en que el hombre dá lo mejor que tiene y en que no hace sino volver á empezar. Mi muerte dispierta la

atencion de los hombres de letras, y la conduce á mi obra capital, que toca á la gran cuestion espiritista que afectan desconocer, y que pronto los unirá. ¡Gloria á Dios! Ayudado por los Espíritus superiores que protejen la nueva doctrina, voy á ser uno de los que marquen vuestra ruta.»

JUAN REYNAUD.

(Paris, reunion de familia. Otra comunicacion espontánea.)

El Espíritu responde á una reflexion hecha sobre su muerte inesperada en una edad poco avanzada, y que sorprendió á muchas personas.

«¿Quién os ha dicho que mi muerte no es un beneficio para el Espiritismo, para su porvenir, para sus consecuencias? ¿habeis observado, amigo mio, la marcha que sigue el progreso, la ruta que toma la fé espiritista? Dios ha dado desde luego pruebas materiales: movimiento de las mesas, golpes y toda clase de fenómenos; esto era para llamar la atencion; era un divertido prefacio. Son necesarias al hombre pruebas palpables para creer. ¡Ahora es otra cosa! Despues de los hechos materiales, Dios habla á la inteligencia, al buen sentido, á la fria razon; éstos no son juegos de fuerza, sino cosas racionales que deben convencer y unir hasta á los incrédulos, y á los más tercos. Y esto no es todavía más que el principio. Observad bien lo que os digo: toda uná série de hechos inteligentes, irrefutables, van á seguirse, aumentándose tambien el número, yá tan grande, de los adeptos de la fé espiritista. Dios vá á ocuparse de las inteligencias escogidas, de las eminencias del espíritu, del talento y del saber.

Esto será un rayo luminoso que se extenderá por toda la tierra como un fluido magnético irresistible, y empujará á los más pertinaces á la investigacion de lo infinito, al estudio de esta admirable ciencia que nos enseña máximas tan sublimes. Todos se agruparán á vuestro alrededor, y haciendo abstraccion del diploma del génio que les fué dado, se harán humildes y pequeños para aprender y convencerse. Despues, más tarde, cuando estarán bien instruidos y bien convencidos, se servirán de su autoridad y de la notoriedad de su nombre para ir todavía más léjos, y alcanzar los últimos límites del fin que todos os habeis propuesto: la regeneracion de la especie bumana por el conocimiento razonado y profundo de las existencias pasadas y futuras. Hé ahí mi sincera opinion sobre el estado actual del Espiritismo.»

(Burdeos.)

Evocacion.—Vengo con gusto á vuestro llamamiento, señora. Sí, teneis razon; la turbacion espiritista, por decirlo así, no ha existido para mí (*esto respondia al pensamiento del médium*): desterrado voluntariamente en vuestra tierra, donde yo tenia que echar la primera simiente formal de las grandes verdades, que envuelven al mundo en este momento, he tenido siempre la conciencia de la pátria, y me he hallado pronto en medio de mis hermanos.

P. Os doy las gracias por habernos hecho el favor de venir; pero no hubiera creido que mi deseo de conversar con vos tuviese influencia alguna; debe necesariamente haber una diferencia tan grande entre nosotros, que sólo lo pienso con respeto.

R. Gracias por este buen pensamiento, querida mía; pero debéis saber también que cualquiera distancia que las pruebas acabadas más ó menos pronto, más ó menos felizmente, pudiesen establecer entre nosotros, hay siempre un lazo poderoso que nos une: la simpatía, y este lazo, lo habeis unido más con vuestro pensamiento constante.

P. Aunque muchos Espíritus hayan explicado sus primeras sensaciones al despertar, ¿seríais bastante bueno para decirme lo que habeis sentido, reconociéndos, y cómo se ha verificado la separacion de vuestro Espíritu y de vuestro cuerpo?

R. Como para todos. He conocido que se acercaba el momento de la libertad; pero más feliz que muchos, me ha causado angustias, porque sabia de esto los resultados, aunque fueron más grandes que lo pensaba. El cuerpo es una traba de las facultades intelectuales, y cualesquiera que sean las luces que se hayan conservado, están siempre más ó menos ahogadas por el contacto de la materia. ¡Me he dormido esperando un despertar dichoso; el sueño fué corto, la admiracion inmensa! Los esplendores celestes recorridos á mis miradas, brillaban con toda su hermosura. Mi vista maravillada, se hundia en las inmensidades de estos mundos, de los cuales habia afirmado la existencia y la habitabilidad. Era un espejismo que me revelaba y me confirmaba la verdad de mis sentimientos. El hombre, por seguro que se crea, cuando habla, tiene á menudo en el fondo de su corazon momentos de duda, de incertidumbre; desconfia, sino de la verdad que proclama, muchas veces, al ménos, de los me-

dios imperfectos que emplea para demostrarla. Convencido de la verdad que quería hacer admitir, he tenido que combatir frecuentemente contra mí mismo, contra el desaliento de ver, de tocar, por decirlo así, la verdad, y no poder hacerla palpable á los que tendrían tanta necesidad de creer en ella, para marchar seguramente en la via que han de seguir.

P. ¿En vuestra vida profesabais el Espiritismo?

R. Entre profesar y practicar hay una gran diferencia. Muchas gentes profesan una doctrina que no la practican; yo practicaba y no profesaba. De la misma manera que todo hombre que sigue las leyes de Cristo, es cristiano, aunque lo ignore, de la misma manera todo hombre puede ser espiritista si cree en su alma inmortal, en sus muchas existencias, en su marcha progresiva, incesante en las pruebas terrestres, abluciones necesarias para purificarse; yo creía en ello, era pues espiritista. He comprendido el estado errante, este lazo intermediario entre las encarnaciones, este purgatorio donde el Espíritu culpable se despoja de sus vestidos manchados, para volver á vestir una nueva ropa; donde el Espíritu en progreso *teje* con cuidado el traje que vá á llevar de nuevo y que quiere conservar puro. He comprendido, os lo he dicho, y sin profesar, he continuado practicando.

Nota.—Estas tres comunicaciones se obtuvieron por tres médiums diferentes completamente extraños los unos á los otros. En la analogía de los pensamientos, en la forma del lenguaje, se puede admitir al ménos la presuncion de identidad. La expresion: *teje con cuidado el traje que vá á llevar de nuevo* es una

figura encantadora , que pinta el cuidado con que el Espíritu en progreso prepara la nueva existencia que debe hacerle progresar todavía. Los Espíritus atrasados toman ménos precauciones, y hacen algunas veces elecciones desgraciadas que les fuerzan á volver á empezar.

ANTONIO COSTEAU.

Miembro de la sociedad Espiritista de París, sepultado el 12 de Setiembre de 1863, en el cementerio de Montmartre, en la fosa comun. Era un hombre de corazon que el Espiritismo condujo á Dios; su fé en el porvenir era completa, sincera y profunda. Simple obrero empedrador, practicaba la caridad en pensamientos, en palabras y en acciones, segun sus débiles recursos, porque encontraba tambien el medio de asistir á los que tenian ménos que él. Si la sociedad no costó los gastos de una fosa particular, fué porque habia á la sazón una aplicacion más útil de los fondos, pues estos gastos son para los vivos una vana satisfaccion de amor propio, y los espiritistas saben que la fosa comun es una puerta que conduce al cielo, tan bien como el más suntuoso mausoleo.

El Sr. Canu, secretario de la sociedad, en otro tiempo profundo materialista, pronunció sobre su tumba el discurso siguiente:

«Querido hermano Costeau; hace apenas algunos años, muchos de entre nosotros, y lo confieso, yo el primero, no habríamos visto ante esta tumba abierta más que el fin de las miserias humanas, y despues, la nada,

la horrible nada; esto es, ninguna alma para merecer ó expiar, y consecuentemente ningun Dios para recompensar, castigar ó perdonar. Hoy, gracias á nuestra divina doctrina, vemos en ella el fin de las pruebas; y para vos, querido hermano, de quien volvemos á la tierra el despojo mortal, el triunfo de vuestros trabajos y el principio de las recompensas que os han merecido vuestro valor, vuestra resignacion, vuestra caridad, en una palabra, vuestras virtudes, y por encima de todo la glorificacion de un Dios sábio, Todopoderoso, justo y bueno. Llevad, pues, querido hermano, nuestras acciones de gracias á los piés del Eterno, que ha tenido á bien disipar al rededor nuestro las tinieblas del error y de la incredulidad; porque, hace poco tiempo todavía, habríamos dicho en esta circunstancia, la frente ceñuda y el desaliento en el corazon: «Adios, amigo, para siempre.» Hoy, os decimos, la frente alta y radiante de esperanza, el corazon lleno de valor y de amor: «Querido hermano, hasta luego y rogado por nosotros. (1)»

Uno de los mediums de la Sociedad obtuvo sobre la misma fosa, áun no cerrada, la comunicacion siguiente, de la cual todos los asistentes, incluso los sepultureros, escucharon la lectura, descubierta la cabeza y con profunda emocion. Era, en efecto, un espectáculo nuevo y pasmoso oír las palabras de un muerto, recogidas en el mismo seno de la tumba.

«Gracias, amigos, gracias, mi tumba no está todavía cerrada, y sin embargo, un segundo más, y la

(1) Para más detalles, y los otros discursos, véase la *Revista Es-piritista* de Octubre de 1863, pág. 297.

tierra vá á cubrir mis restos. Pero lo sabeis; bajo este polvo no quedará mi alma enterrada; ¡vá á cernerse en el espacio para subir hasta Dios!

»Por lo tanto. ¡qué consolador es poderse decir todavía, á pesar de tener la envoltura destrozada: ¡Oh! ¡nó, no estoy muerto, vivo con la verdadera vida, con la vida eterna!

»El entierro del pobre no lleva gran séquito; las orgullosas manifestaciones no tienen lugar sobre su tumba, y sin embargo, creedme, amigos, *el gentio inmenso no falta aquí*, y buenos Espíritus han seguido con vosotros y con estas mujeres piadosas el cuerpo de aquel que está ahí echado. ¡Todos al ménos creéis y amais al buen Dios!

»¡Oh! ¡ciertamente nó! ¡nosotros no morimos, porque el cuerpo se descomponga, esposa muy amada! y en adelante estaré siempre cerca de tí, para consolarte y ayudarte á soportar la prueba. La vida será ruda para tí, pero con la idea de la eternidad y lleno tu corazon del amor de Dios, ¡qué ligeros te se harán tus sufrimientos!

»Parientes que rodeais á mi muy amada compañera, amadla, respetadla, sed para ella hermanos. No olvidéis que os debeis todos asistencia en la tierra, si quereis entrar en la morada del Señor.

»Y vosotros, espiritistas, hermancs, amigos, gracias por haber venido á darme el adios hasta esta morada de polvo y de barro; pero yá sabeis que mi alma vive inmortal, y que irá algunas veces á pedir os oraciones que no me serán rehusadas, para ayudarme á marchar en esta vía magnífica que me abristeis durante mi vida.

LA SEÑORITA EMMA.

Fué ésta una jóven que murió á consecuencia de un accidente causado por el fuego, y despues de crueles sufrimientos. Alguno se propuso pedir su evocacion á la Sociedad Espiritista de París, cuando se presentó espontáneamente el 31 de Julio de 1863, poco tiempo despues de su muerte.

«Héme aquí, pues, todavía en el teatro del mundo á mi, que me creia enterrada para siempre con mi velo de inocencia y de juventud. El fuego de la tierra me salvaba del fuego del infierno: así pensaba en mi fé católica, y si no me atrevia á entrever los esplendores del paraíso, mi alma trémula se refugiaba en la expiacion del purgatorio, y rogaba, sufría y lloraba. Pero ¿quién dió á mi debilidad la fuerza de soportar mis angustias? ¿quién en las largas noches de insomnio y de fiebre dolorosa se inclinaba sobre mi cabecera de mártir? ¿quién refrescaba mis lábios ardientes? Erais vos mi ángel guardian, cuya blanca aureola me rodeaba; erais vosotros tambien, queridos Espíritus amigos, que veniais á decir á mi oido palabras de esperanza y de amor.

»La llama que consumió mi débil cuerpo, me despojó del afecto á lo que pasa: *tambien mori viviendo de la verdadera vida*. No conocí la turbacion, y entré serena y recogida en el dia radiante que envuelve á los que, despues de haber sufrido mucho, han esperado un poco. Mi madre, mi querida madre, fué la última vibracion terrestre que resonó en mi alma. ¡Cómo me complaceria que fuese espiritista!

»Me he desprendido del árbol terrestre como un fruto maduro ántes del tiempo. Tan sólo rozóme el demonio del orgullo, que punza á las almas de las desgraciadas arrastradas por brillantes triunfos y la embriaguez de la juventud. Yo bendigo la llama; bendigo los sufrimientos; bendigo la prueba que era una expiacion. Semejante á esas ligeras nubecillas blancas del otoño, floto arrastrada en la corriente luminoso; no son estrellas de diamantes las que brillan en mi frente, sino las estrellas de oro del buen Dios.

EMMA.»

En otro centro, en el Havre, el mismo Espíritu dió tambien espontáneamente la comunicacion siguiente, el 30 de Julio de 1863.

«Los que sufren en la tierra son recompensados en la otra vida. Dios está lleno de justicia y de misericordia para los que sufren aquí abajo. Concede dicha tan pura, felicidad tan perfecta, que no se debieran temer ni los sufrimientos, ni la muerte, si á las pobres criaturas humanas les fuera posible sondear los misteriosos designios de nuestro Criador. Pero la tierra es un lugar de pruebas, á menudo muy grandes, á veces sembradas de dolores muy punzantes. Resignáos á todo, si ellas os alcanzan; resignáos á todas ante la bondad suprema de Dios, que es todopoderoso, si os dá una carga pesada para que la lleveis; si os llama á él despues de grandes sufrimientos, vereis en la otra vida, en la vida feliz, cuán poca cosa son estos dolores y estas penas de la tierra, cuando juzgueis de la recompensa que Dios os reserva, si vuestro corazon no ha pronunciado ninguna queja, ningun murmullo. Muy jóven he

dejado la tierra; Dios ha querido perdonarme y darme la vida de los que han respetado sus voluntades. Adorad siempre á Dios, amadle con todo vuestro corazón; rogadle sobre todo, rogadle firmemente, ese es vuestro sosten acá en la tierra, vuestra esperanza, vuestra salvacion.

EMMA.»

EL DOCTOR VIGNAL.

Antiguo miembro de la sociedad de París, muerto el 27 de Marzo de 1865. La víspera de su entierro, un sonámbulo muy lúcido que vé muy bien los Espíritus, á quien se rogó se trasportase cerca del expresado doctor y dijese si le veía, respondió:

«Veo un cadáver en el cual se verifica un trabajo extraordinario; se diría una masa que se agita, y como alguna cosa que hace esfuerzos para desprenderse de ella, pero le cuesta trabajo vencer la resistencia. No distingo forma de Espíritu bien determinada.»

Fué evocado en la sociedad de París el 31 de marzo.

P. Querido señor Vignal, todos vuestros antiguos colegas de la sociedad de París os han conservado el mejor recuerdo, y yo en particular el de las excelentes relaciones que no han cesado entre nosotros. Llamándoos, tenemos desde luego por objeto daros un testimonio de simpatía, y seremos muy felices si quereis ó podeis comunicaros con nosotros.—R. Querido amigo y digno maestro, vuestro buen recuerdo y vuestra simpatía me son muy gratos. Si puedo venir á vosotros en el día de hoy, y asistir libre y desprendido á esta reunion de todos nuestros buenos amigos

y hermanos espiritistas, lo debo á vuestro buen pensamiento y á la asistencia de vuestras oraciones. Como decia con exactitud mi jóven secretario, estaba impaciente por comunicarme; desde el principio de esta reunion, he empleado todas mis fuerzas espirituales en dominar este deseo; vuestras conversaciones y las graves cuestiones que habeis agitado, interesándome vivamente, han hecho mi espera ménos penosa. Perdonad, querido amigo, pero mi reconocimiento desea manifestarse.

P. Quereis decirnos, desde luego, cómo os encontrais en el mundo de los Espíritus. Quereis, al mismo tiempo, describirnos el trabajo de la separacion, vuestras sensaciones en ese momento, y decirnos al cabo de cuanto tiempo os habeis reconocido.—R. Soy tan dichoso como se puede serlo, cuando se ven confirmados plenamente todos los pensamientos secretos, que se pueden haber emitido sobre una doctrina consoladora y reparadora. ¡Soy feliz! sí, lo soy, porque ahora veo, sin ningun obstáculo, desenvolverse ante mí el porvenir de la ciencia y de la filosofía espiritista.

Pero apartemos por hoy estas digresiones inoportunas; vendré otra vez á hablaros sobre este objeto, sabiendo que mi presencia os proporcionará tanto placer como yo mismo siento en visitaros.

El desprendimiento ha sido rápido, más rápido de lo que podia esperar de mi escaso mérito. Con vuestro concurso he sido ayudado poderosamente, y vuestro sonámbulo os ha dado una idea bastante clara del fenómeno de la separacion, para que insista en ello. Esta era una especie de oscilacion discontinua, una es-

pecie de arrastramiento en dos sentidos opuestos. El Espíritu ha triunfado, puesto que estoy aquí. No he dejado completamente el cuerpo hasta el momento en que ha sido colocado en tierra; entónces os he vuelto á ver.

P. ¿Qué pensais del oficio divino que se celebró en vuestros funerales? He considerado un deber asistir á ellos. ¿En aquel momento estábais bastante desprendido para verlo? y las oraciones que os he dicho (no ostensiblemente, bien entendido), ¿han llegado hasta vos?—R. Sí; como os lo he dicho, vuestra asistencia de cierto modo, lo ha hecho todo, y he venido hácia vos, abandonando completamente mi vieja crisálida. Las cosas materiales me mueven poco, yá lo sabeis. No pensaba sino en el alma y en Dios.

P. Os acordais que, á peticion vuestra, hace cinco años, en el mes de Febrero de 1860, hicimos un estudio sobre vos mismo estando todavía vivo. (1) En aquel momento vuestro Espíritu se desprendió para venir á conversar con nosotros. ¿Queréis describirnos en lo posible la diferencia que existe entre vuestro desprendimiento actual y el de entónces?—R. Sí, ciertamente me acuerdo de eso; ¡pero qué diferencia entre mi estado de entónces y el de hoy! Entónces la materia me estrechaba todavía con su red inflexible; queria descartarme de una manera más absoluta, y no lo podia. Hoy soy libre; un vasto campo, el de lo desconocido, se abre ante mí, y espero, con vuestra ayuda y la de los buenos Espíritus á los cuales me re-

(1) Véase la Revista Espiritista de París del mes de Marzo de 1860.

comiendo, avanzar y penetrarme lo más rápidamente posible de los sentimientos que es preciso experimentar y de los actos que es preciso cumplir, para cruzar el sendero de la prueba y merecer el mundo de las recompensas. ¡Qué magestad! ¡qué grandeza! es casi un sentimiento de espanto el que domina, cuando débiles como somos, queremos fijarnos en las sublimes claridades.

P. Otra vez tendremos el mayor gusto en continuar esta conversacion, cuando tenga á bien venir entre nosotros.—R. He contestado suscintamente y sin orden á vuestras diversas preguntas. No pidais demasiado aún á vuestro fiel discípulo: no estoy enteramente libre; hablaros siempre fuera mi mayor placer; mi guía modera mi entusiasmo, y he podido apreciar bastante su bondad y su justicia para dejar de someterme enteramente á su decision, por más que sienta que me interrumpen. Me consuelo cuando pienso que podré venir á menudo de incógnito, á asistir á vuestras reuniones. Algunas veces os hablaré; os amo y quiero probároslo. Pero otros Espíritus más adelantados que yo reclaman la preferencia, y debo retirarme ante ellos, que han querido permitir á mi Espíritu la mayor expansion al cúmulo de ideas que tenia reunidas.

»Os dejo, amigos, y os debo estar doblemente agradecido, no sólo á los espiritistas que me habeis llamado, si que tambien á este Espíritu que ha tenido la bondad de permitir que ocupara su puesto, y que en su vida llevaba el nombre ilustre de Pascal.

»El que fué y será siempre el más apasionado de vuestros adeptos.

DR. VIGNAL.»

VICTOR LEBUFLE.

Jóven práctico, perteneciente al puerto del Havre, muerto á la edad de veinte años. Habitaba con su madre, modesta revendedora, á la cual prodigaba los cuidados más tiernos y más afectuosos, y sostenía con el producto de su rudo trabajo. Jamás se le vió frecuentar las tabernas, ni entregarse á los excesos tan frecuentes en su profesion, porque no queria distraer la menor parte de su ganancia, del piadoso uso á que la consagraba. Todo el tiempo que no estaba ocupado en su oficio, lo dedicaba á su madre para evitarla cansancio. Atacado desde largo tiempo por la enfermedad, de la cual conocia que debia morir, ocultaba sus sufrimientos por miedo de causarla inquietud, y de que no quisiese encargarse ella misma de sus ocupaciones. Era preciso que este jóven tuviese un gran fondo de cualidades naturales, y muy grande fuerza de voluntad, para resistir, en la edad de las pasiones, á las perniciosas tentaciones del centro en que vivia. Era de una piedad sincera, y su muerte ha sido edificante.

La víspera de ella exigió de su madre que fuese á descansar un poco diciéndole que él tambien tenia necesidad de dormir. Aquella tuvo entónces una vision; se encontraba, dice, en una grande *oscuridad*; despues vió un punto luminoso que se engrandecia poco á poco, y la habitacion se encontró

iluminada por una brillante claridad, de la cual se destacó la figura de su hijo, radiante y elevándose en el espacio infinito. Comprendió que su fin estaba próximo; en efecto, al día siguiente, su alma bella habia dejado la tierra, mientras sus lábios murmuraban una oracion.

Una familia espiritista que conocia su admirable conducta y se interesaba por su madre, que quedaba sola, habia tenido la intencion de evocarle poco tiempo despues de su muerte; pero se manifestó espontáneamente, dando la comunicacion siguiente:

»Deseais saber lo que soy ahora: ¡muy dichoso! ¡oh! ¡muy dichoso! No conteis por nada los sufrimientos y las angustias, porque son origen de bendiciones y de felicidad, más allá de la tumba. ¡La dicha! no comprendéis lo que esta palabra significa. ¡Las felicidades de la tierra están tan distantes de lo que sentimos, cuando volvemos hácia el Señor con una conciencia pura, con la confianza del servidor que ha cumplido bien su deber, y que espera lleno de alegría la aprobacion de aquel que lo es todo!

«¡Oh! amigos míos, la vida es penosa y difícil, si no miráis el fin; pero, os lo digo en verdad, cuando ven-gais entre nosotros, si vuestra vida ha sido segun la ley de Dios, sereis recompensados mucho más de los sufrimientos y de los méritos que creéis haber ganado para el cielo. Sed buenos, sed caritativos, con esa caridad desconocida por muchos de entre los hombres, que se llama benevolencia. Socorred á vuestros semejantes; haced por ellos lo que quisiérais que se hiciese por vosotros mismos; porque ignorais la miseria ínti-

ma y conoceis la vuestra. Socorred á mi madre, mi pobre madre, mi solo recuerdo de la tierra. Debe sufrir otras pruebas y es necesario que llegue al cielo. Adios, voy á ella.

VICTOR.

(*El guia del médium.*)—Los sufrimientos que se tienen durante una encarnacion terrestre, no son siempre un castigo. Los Espiritus que por la voluntad de Dios, vienen á cumplir una mision en la tierra, como el que acaba de comunicarse á vosotros, son felices cuando sufren los males, que para otros serian una expiacion. Durante el sueño van á refrescar su Espíritu cerca del Altísimo, y éste les dá la fuerza de soportarlo todo para su mayor gloria. La mision de este Espíritu, en su última existencia, no era una mision brillante; pero, aunque haya sido oscura, no por eso ha tenido ménos mérito, porque no podia ser estimulado por el orgullo. Tenia desde luego que cumplir un deber de reconocimiento hácia la que fué su madre; debia en seguida demostrar que en los más malos centros pueden encontrarse almas puras, de sentimientos nobles y elevados, y que con la voluntad se puede resistir á todas las tentaciones. Esta es una prueba de que las cualidades tienen una causa anterior, y su ejemplo no habrá sido esteril.

LA SEÑORA ANAIS GOURDON.

Jóven, notable por la dulzura de su carácter, y por las más eminentes cualidades morales, muerta en Noviembre de 1860. Pertenece á una familia de

trabajadores en las minas de carbon de las cercanías de Saint-Etienne, circunstancia importante para apreciar su posición como Espíritu.

Evocacion.—R. Aquí estoy.

P. Vuestro esposo y vuestro padre me han pedido que os llamara; estarían muy satisfechos si obtuviesen una comunicación vuestra.—R. Me felicito mucho en poderla dar.

P. ¿Por qué habéis sido arrebatada tan joven al afecto de vuestra familia?—Porque terminaba mis pruebas terrestres.

P. ¿Los vais á ver algunas veces?—R. ¡Oh! estoy á menudo á su lado.

P. ¿Sois feliz como Espíritu?—R. Soy feliz, espero, aguardo, amo; los cielos no me causan terror, y aguardo con confianza y amor que las blancas alas me empujen.

P. ¿Qué entendéis por blancas alas?—R. Entiendo venir á ser Espíritu puro, y resplandecer como los mensajeros celestes que me deslumbran.

Las alas de los ángeles, arcángeles y serafines que son Espíritus puros, no son evidentemente sino un atributo imaginado por los hombres, para pintar la rapidez con que se trasportan, porque su naturaleza etérea no necesita de ningún sostenimiento para recorrer los espacios. Pueden sin embargo, aparecer á los hombres con este accesorio, para responder á su pensamiento, como otros Espíritus toman la apariencia que tenían en la tierra para hacerse reconocer.

P. ¿Vuestros parientes pueden hacer alguna cosa que os sea agradable?—R. Pueden estos seres queridos no entristecerme con su pesar; pues que saben

que no me he perdido para ellos, que mi pensamiento les sea dulce, ligero y perfumado de su recuerdo. He pasado como una flor; y nada triste debe quedar de mi rápido pasaje.

P. ¿En qué consiste que vuestro lenguaje es tan poético y tan poco en relacion con la posición que tenais en la tierra?—R. Mi alma es la que habla. Sí, tenia conocimientos adquiridos y muchas veces permite Dios que Espíritus inteligentes se encarnen entre los hombres más rudos, para hacerles presentir las delicadezas que alcanzarán y comprenderán mástarde.

Sin esta explicación tan lógica y tan conforme con la santidad de Dios por sus criaturas, con dificultad nos daríamos cuenta de lo que desde luego podría parecer una anomalía. En efecto, ¿qué cosa más encantadora y poética que el lenguaje del Espíritu de esta joven, educada en medio de los más rudos trabajos? El contraste se vé muchas veces; con un fin opuesto se encarnan Espíritus inferiores entre los hombres más adelantados; y para su propio adelantamiento, Dios les pone en contacto con un mundo ilustrado, y algunas veces para servir de prueba á este mismo mundo. ¿Qué otra filosofía puede resolver tales problemas?

MAURICIO GONTRAN.

Era hijo único, muerto, á los diez y ocho años, de una afección de pecho. Inteligencia rara, razón precoz, grande amor al estudio, carácter dulce, amante y simpático, poseía todas las cualidades que dan las más legítimas esperanzas de un brillante porvenir. Sus estudios habían terminado muy pronto con el mayor éxito, y trabajaba para la Escuela politécnica.

Su muerte fué para suspadres la causa de uno de esos dolores que dejan señales profundas, y tanto más penosas cuanto que, habiendo sido siempre de una salud delicada, atribuían su fin prematuro al trabajo á que le habian dedicado y se lo vituperában. «¿Para qué, decían, le sirve ahora todo lo que ha aprendido? Mejor hubiera sido que se hubiese quedado siendo ignorante, porque no tenia necesidad de eso para vivir, y sin duda estaria todavía entre nosotros; hubiera sido el consuelo de nuestra vejez.» Si hubiesen conocido el Espritismo, sin duda razonáran de otra manera. Más tarde, encontraron en él el verdadero consuelo. La comunicacion siguiente la dió su hijo á uno de mis amigos, algunos meses despues de su muerte:

P. Mi querido Mauricio, el tierno cariño que teniais por vuestros padres hace que no dude de vuestro deseo en consolarles, si podeis hacerlo. La pena, mejor dicho, la desesperacion en que vuestra muerte les ha sumido, altera visiblemente su salud, y les tiene disgustados de la vida. Algunas buenas palabras vuestras podrán sin duda hacerles renacer la esperanza.

R. Mi antiguo amigo, aguardaba con impaciencia la ocasion que me ofreceis de comunicarme. El dolor de mis padres me aflige; pero se calmará cuando tengan la certeza de que no me han perdido; en convencerles de esta verdad es preciso que os ocupeis, y seguramente lo conseguireis. Era necesario este acontecimiento para conducirles á una creencia que hará su dicha, porque les impedirá murmurar contra los decretos de la Providencia. Mi padre, yá lo sabeis, era muy escéptico en cuanto á la vida futura; *Dios*

ha permitido que tuviera esta afliccion para sacarle de su error.

Nos volveremos á encontrar aquí en este mundo, donde no se conocen las penas de la vida material, y á donde les he precedido; pero decidles que la satisfaccion de volverme á ver les será rehusada como castigo por su falta de confianza en la bondad de Dios. No se me permitiría tampoco el comunicarme con ellos mientras estén en la tierra. La desesperacion es una rebelion contra la voluntad del Todopoderoso, que siempre es castigada por *la prolongacion de la causa que ha ocasionado esta desesperacion*, hasta tanto que al fin uno se somete á ello. La desesperacion es un verdadero suicidio, porque mina las fuerzas del cuerpo, y aquel que abrevia sus dias con el pensamiento de escapar más pronto al dolor, se prepara las más crueles decepciones; al contrario, para conservar las fuerzas del cuerpo es preciso el trabajo que ayuda á sobrellevar el peso de las pruebas.

Mis buenos padres, á vosotros es á quienes me dirijo. Desde que dejé mi despojo mortal, no he cesado de estar á vuestro lado, más á menudo que cuando vivia en la tierra. Consolaos, pues, porque no estoy muerto; estoy más vivo que vosotros; sólo murió mi cuerpo; pero mi Espíritu vive siempre. Es libre, feliz y está al abrigo de las enfermedades, de los achaques y del dolor. En lugar de afligiros, regocijaos de tenerme en un lugar exento de cuidados y de lágrimas, donde el corazon está embriagado de una alegría pura.

Oh! amigos míos, no compadezcáis á los que mueren prematuramente, es una gracia que Dios les con-

cede para ahorrarles las tribulaciones de la vida. Mi existencia no debia prolongarse mucho más tiempo esta vez en la tierra; adquirí en ésta, aquella fuerza que debia prepararme para cumplir más tarde una misión más importante. ¿Si hubiera vivido muchos años, sabeis á qué peligros, á qué seducciones me hubiese expuesto? ¿Sabeis que, no siendo aún bastante fuerte para resistir, hubiera sucumbido? esto podia, ser para mi un atraso de muchos siglos! ¿Por qué, pues, sentir lo que me es ventajoso? Un dolor inconsolable en este caso, acusaria falta de fé, y no podria ser legitimada sino por la creencia en la nada. Oh! sí, son dignos de compasion los que tienen esa desesperada creencia, porque para ellos no hay consuelo posible; los seres que les son queridos están perdidos sin remedio; ¡la tumba se ha llevado su última esperanza!

P. ¿Vuestra muerte ha sido dolorosa?—R. Nó, amigo mio, no he sufrido sino ántes de morir, de la enfermedad que me aquejaba, pero *este sufrimiento disminuía á medida que el último momento se acercaba*; despues me dormí sin pensar en la muerte, soñé; ¡oh! un sueño delicioso. Soñaba que estaba curado; no sufría, respiraba con libertad y con deleite, un aire embalsamado y fortificante; era transportado á través del espacio por una fuerza desconocida; una luz brillante resplandecía á mi alrededor, pero sin fatigar mi vista. Ví á mi abuelo; no tenia la figura descarnada, sino aire de frescura y de juventud; me tendió los brazos y me apretó con efusion sobre su corazon. Una porcion de perso-

nas, que sonreían, le acompañaban; todas me acogían con bondad y benevolencia; me parecía reconocerlas, era feliz viéndolas y todos cambiamos palabras y testimonios de amistad. Pues bien; lo que creía ser un sueño, era la realidad; no debía despertarme más en la tierra; me había despertado en el mundo de los Espíritus.

P. ¿Vuestra enfermedad no tendría por causa, vuestra demasiada asiduidad al estudio? R. Oh! persuádmelos de que nó. El tiempo que debía vivir en la tierra estaba determinado, y nada podía retenerme en ella. Mi Espíritu, en sus momentos de separación, lo sabía muy bien, y se gozaba pensando en su próxima libertad. Pero el tiempo que he pasado ahí lo he aprovechado, y ahora me felicito por no haberlo perdido. Los estudios serios que hice han fortificado mi alma y aumentado mis conocimientos; es otro tanto aprendido, y si no he podido aplicarlo en mi corta morada entre vosotros, lo aplicaré más tarde con más fruto.

Adios, querido amigo, voy al lado de mis padres para prepararles á recibir esta comunicacion.

MAURICIO.

CAPITULO III.

ESPÍRITUS EN MEDIANA CONDICION.

JOSÉ BRÉ.

Muerto en 184), evocado en Burdeos por su nieta en 1862.

El hombre honrado segun Dios o segun los hombres.

1.—Querido abuelo, ¿quereis decirme como estais en el mundo de los Espíritus y darme algunos detalles instructivos para nuestro adelantamiento?—R. Todo lo que tú quieras, mi querida hija. Expio mi falta de fé, pero la bondad de Dios es grande; toma en cuenta las circunstancias. Sufro, no como podrias entenderlo, sino por el sentimiento que tengo de no haber empleado bien mi tiempo en la tierra.

2.—¿Cómo no lo habeis empleado bien, si habeis vivido siempre como hombre honrado?—R. Sí, bajo el punto de vista de los hombres; pero hay un abismo entre *el hombre honrado ante los hombres y el hombre honrado ante Dios*. Quieres instruirte, hija mia; trataré de hacerte conocer la diferencia.

Entre vosotros se tiene á un hombre como honrado, cuando respeta las leyes de su país, respeto elástico para muchos; cuando no se hace mal á su prójimo, quitándole ostensiblemente lo suyo; pero se le quita á

menudo sin ningun reparo, su honor y su dicha desde el momento en que el código ó la opinion pública no puede alcanzar al culpable hipócrita. Cuando se ha gravado en la lápida de la tumba la retahila de virtudes que se ensalzan, se crée haber pagado una deuda á la humanidad. ¡Que error! No basta para ser honrado ante Dios, dejar de infrinjir las leyes de los hombres, es preciso ante todo no haber quebrantado las leyes divinas.

El hombre honrado ante Dios es aquel que, lleno de abnegacion y de amor, consagra su vida al bien, al progreso de sus semejantes; aquel que, marchando al fin que se propone, es activo en la vida para cumplir la tarea material que se le ha impuesto, porque debe enseñar á sus hermanos el amor al trabajo; activo en las buenas obras, porque no debe olvidar que sólo es un servidor al cual el amo pedirá un dia cuenta del empleo de su tiempo; activo hasta el fin, porque debe predicar con el ejemplo, el amor del Señor y del prójimo. El hombre honrado ante Dios debe evitar con cuidado esas palabras mordaces, veneno escondido entre flores, que destruyen las reputaciones, y á menudo mata al hombre moral, cubriéndole con el ridículo. El hombre honrado ante Dios debe tener siempre el corazon firme contra el menor átomo de orgullo, de envidia, de ambicion. Debe ser paciente y dulce con los que le atacan; debe perdonar de todo corazon, sin esfuerzos y sobre todo sin ostentacion, á cualquiera que le haya ofendido; debe amar á su Criador en todas sus criaturas; debe en fin poner en práctica este resúmen tan conciso y tan grande de los deberes

del hombre: amar á Dios sobre todas las cosas y á su prójimo como á sí mismo.

Hé ahí, mi querida hija, casi explicado lo que debe ser el hombre honrado ante Dios. Pues bien; ¿he hecho todo esto? Nó, he faltado á muchas de esas condiciones, lo confieso sin avergonzarme; no he tenido la actividad que el hombre debe tener; el olvido del Señor me ha arrastrado á otros olvidos que, por no caer bajo la ley humana, no dejan de ser prevaricaciones á la ley de Dios. He sufrido bastante por eso cuando lo he conocido; y por esta razon me anima hoy la consoladora esperanza en la bondad de Dios, que vé mi arrepentimiento. Decidlo, querida hija; repetidlo á los que tienen la conciencia cargada; que cubran sus faltas á fuerza de buenas obras, y la misericordia divina se detendrá en la superficie; sus ojos paternales contarán las expiaciones y su mano poderosa borrará las faltas.

LA SRA. HELENA. MICHEL.

Jóven de veinte y cinco años, muerta súbitamente en algunos minutos, en su habitacion, sin sufrimientos y sin causa conocida. Era rica, un poco frívola, y por consecuencia de la ligereza de su carácter, se ocupaba más de las bagatelas de la vida que de las cosas formales; á pesar de esto, su corazon era bueno; era dulce, benévola y caritativa.

Evocada, tres dias despues de su muerte, por personas que la habian conocido, se expresó así:

«No sé donde estoy... ¡qué turbacion me cerca!...

Me habeis llamado , y vengo.... No comprendo porque no estoy en mi casa... se me llora como si estuviera ausente , y no puedo hacerme reconocer de todos ellos... Mi cuerpo no me pertenece, y sin embargo, lo siento frio, helado... Quiero dejarle y estoy como sujeta; vuelvo á él siempre... Soy dos personas... Oh! ¿cuándo comprenderé lo que me pasa?... Es preciso que vuelva allá,... ¿qué seria de mi otro *yo* estando ausente?... Adios.»

El sentimiento de la dualidad que no está aún destruido por una separacion completa, es aquí evidente. Carácter poco sério, su posicion de fortuna, permitiéndole satisfacer sus caprichos, debia favorecer sus tendencias á la ligereza. No es, pues, de extrañar que su desprendimiento haya sido poco rápido, y que tres dias despues de su muerte, se sintiese aún ligada á su envoltura corporal. Pero, como no habia en ella ningun vicio grave, y como el fondo era bueno, esta situacion no tenia nada que fuese penoso y no duró mucho tiempo. Evocada nuevamente, algunos dias despues, sus ideas habian cambiado bastante. Hé aquí lo que dijo:

«Gracias por haber orado por mí. Reconozco la bondad de Dios, que me ha evitado los sufrimientos y el temor del momento de separarse mi Espíritu de mi cuerpo. A mi pobre madre le costará mucho resignarse; pero será auxiliada, y lo que á sus ojos es una terrible desgracia, era indispensable á fin de que las cosas del cielo viniesen á ser para ella lo que deben ser: todo. Yo estaré á su lado hasta el fin de su prueba terrestre, y le ayudaré á soportarla. No soy desgraciada; pero tengo todavía mucho que hacer para adelantar hácia la mansion de la bienaventuranza.

Rogaré á Dios me permita volver á esta tierra, porque tengo que reparar el tiempo que he perdido en esta existencia. Que la fé os sostenga, amigos míos; tened confianza en la eficacia de la plegaria cuando sale verdaderamente del corazón. Dios es bueno.»

P. ¿Habeis estado mucho tiempo sin reconoceros?—

R. He comprendido mi muerte el mismo dia en que habeis rogado por mí.

P. ¿Este estado de turbacion era de sufrimiento?

—R. Nó, no sufría, creía soñar y esperaba despertarme. Mi vida no estuvo exenta de dolores, pero todo sér encarnado en la tierra debe sufrir; me he resignado á la voluntad de Dios, y me lo ha tomado en cuenta. Os estoy muy agradecida por las oraciones que me han ayudado á reconocerme. Gracias; volveré siempre con placer. Adios.

HELENA.

EL MARQUÉS DE SAIN-PAUL.

Muerto en 1860, evocado á petición de su hermana, miembro de la sociedad de Paris, el 16 de Mayo de 1861.

1. *Evocacion.*—R. Héme aquí.

2. Vuestra señora hermana nos ha pedido que os evoquemos, pues aunque es médium, no está todavía bastante formada para estar segura de sí misma.—
R. Trataré de responder lo mejor que pueda.

3. Desea saber en primer lugar si sois dichoso.—R. Estoy errante, y este estado transitorio no trae jamás ni la felicidad, ni el castigo absoluto.

4. ¿Habeis estado mucho tiempo sin reconoceros?—

R. He permanecido bastante tiempo en turbacion, y no he salido de ésta, sino para bendecir la piedad de los que no me olvidaban y rogaban por mí.—

P. ¿Podeis apreciar la duracion de esa turbacion?

—R. Nó.

5. ¿Cuáles son los parientes que habeis reconocido primero?—R. He reconocido á mis padres, quienes me han recibido al despertar, y me han iniciado en la nueva vida.

6. ¿De qué proviene que al fin de vuestra enfermedad, parecia que conversabais con los que habeis amado en la tierra?—R. Porque tuve ántes de morir, la revelacion del mundo que iba á habitar. Era vidente ántes de morir, y mis ojos se han velado en el pasaje de la separacion definitiva del cuerpo, porque los lazos carnales eran todavía muy vigorosos.

7. ¿En qué consiste que vuestros recuerdos de la infancia os venian, al parecer, con preferencia.—R. Porque el principio y el fin de la vida están más en contacto que el medio.—P. Cómo entendeis esto?—R. Que los moribundos se acuerdan y ven, *como un espejismo de consuelo*, sus primeros y más puros años.

Probablemente por un motivo providencial semejante, los ancianos, á medida que se acercan al término de la vida, tienen algunas veces un recuerdo preciso de los menores detalles de sus primeros años.

8. ¿Por qué, hablando de vuestro cuerpo, hablábais siempre en tercera persona?—Porque era vidente, como os lo he dicho, y conocia claramente las di-

ferencias que existen entre lo físico y lo moral; estas diferencias ligadas entre sí por el fluido de vida, son muy marcadas á los ojos de los moribundos videntes lúcidos.

Es una particularidad singular que ha presentado la muerte de este caballero. En sus últimos momentos decia siempre: «Tiene sed, es preciso darle de beber; tiene frio, es preciso calentarle; sufre en tal paraje, etc.» Y cuando se le decia: «Pero sois vos quien tiene sed,» respondia: «No, es él.» Aquí se dibujan perfectamente las dos existencias; el *yo* pensante está en el Espíritu y no en el cuerpo; el Espíritu en parte separado yá considera su cuerpo como otra individualidad que no era *él* propiamente hablando; era pues á su cuerpo á quien debía darse de beber y no á su Espíritu. Este fenómeno se observa tambien entre ciertos sonámbulos.

9. Lo que habeis dicho acerca de vuestro estado errante, y del tiempo que ha durado vuestra turbacion, dá á entender que no sois dichoso, y sin embargo, vuestras cualidades deberian hacer suponer lo contrario. Hay, por otra parte, Espíritus errantes que son dichosos, como los hay desgraciados.—R. Estoy en un estado transitorio; las virtudes humanas adquieren aquí su verdadero precio. Sin duda mi estado es mil veces preferible al de la encarnacion terrestre, pero he llevado siempre en mí las aspiraciones del verdadero bien y de lo verdaderamente bello, y mi alma no quedará saciada, sino cuando vuele á los piés de su Criador.

EL SEÑOR CARDON, médico.

El Sr. Cardon habia pasado una parte de su vida en

la marina mercante, en calidad de médico de un buque dedicado á la pesca de la ballena, adquiriendo en él costumbres é ideas un poco materiales; retirado en la aldea de J..., ejercia en ella la modesta profesion de médico de la comarca. Desde algun tiempo, tenia la certeza de que estaba atacado de una hipertrofia del corazon, y sabiendo que esta enfermedad es incurable, la idea de la muerte le ocasionaba una gran melancolía, que nada podia distraer. Unos dos meses ántes, predijo el dia fijo de su muerte; cuando se vió cerca de morir, reunió alrededor suyo á su familia para darle su último adios. Su mujer, su madre, sus tres hijos y otros parientes estaban alrededor de su lecho; en el momento en que su mujer trató de levantarle, cayó aplomado, se puso de un azul lívido, sus ojos se cerraron, y se le creyó muerto; su mujer se colocó ante él para ocultar este espectáculo á sus hijos. Despues de algunos minutos, volvió á abrir los ojos; su cara, por decirlo así iluminada, tomó una expresion de radiante beatitud, y exclamó: «Oh! hijos míos, qué belleza! qué sublimidad! Oh! la muerte! qué beneficio! qué cosa tan dulce! Estaba muerto y he sentido mi alma elevarse muy alto, muy alto; pero Dios me ha permitido volver para deciros: «No temais la la muerte, ella es la libertad...» ¡Qué no pueda pintaros magnificencia de lo que he visto, y las impresiones de que me he sentido penetrado! Pero no podríais comprenderlo... Oh! hijos míos, conducíos siempre de modo que merezcáis esta inefable felicidad, reservada á los hombres de bien; vivid segun la caridad; si teneis alguna cosa, dad una parte aquellos á quienes falta lo

necesario... Mi querida esposa, te dejo en una posicion que no es feliz; se nos debe dinero, pero te suplico no atormentes á los que nos deben; si deben, aguarda que queden en paz, y á los que no pueden pagarte haz el sacrificio de perdonarles la deuda. Dios te recompensará. Tú, hijo mio, trabaja para sostener á tu madre; se siempre hombre honrado, y guárdate de hacer nada que pueda deshorrar á nuestra familia. Toma esta cruz que proviene de mi madre; no la dejes, y que ella te recuerde siempre mis últimos consejos... Hijos mios, ayudaos y sosteneos mutuamente; que la buena armonía reine entre vosotros; no seais ni vanos, ni orgullosos; perdonad á vuestros enemigos, si quereis que Dios os perdone ..» Despues, habiendo hecho acercar á sus hijos, extendió sus manos hácia ellos, y añadió: «Hijos mios, yo os bendigo.» Y sus ojos se cerraron esta vez para siempre; pero su rostro conservó una expresion tan imponente, que hasta el momento de enterrarle un gentío numeroso fué á contemplarle con admiracion.

Habiéndonos sido transmitidos por un amigo de la familia estos interesantes detalles, hemos creido que esta evocacion seria instructiva para todos, y al mismo tiempo útil al Espíritu.

1.—*Evocacion*.—Estoy al lado vuestro.

2.—Se nos han referido vuestros últimos instantes que nos han llenado de admiracion. ¿Querriais ser bastante bueno para describirnos, mejor que no lo habeis hecho, lo que habeis visto en el intervalo de lo que se podria llamar vuestras dos muertes?—R. ¡Lo qué he visto!... podriais comprenderlo? Yo no lo sé por-

que no podría encontrar expresiones capaces de hacer comprensible lo que he podido ver durante los pocos instantes; en que me ha sido posible dejar mi despojo mortal.

3. ¿Os dais razon de dónde habeis estado? ¿Es léjos de la tierra, en otro planeta ó en el espacio?—R. El Espiritu no conoce el valor de las distancias tales como vosotros las considerais. Conducido por no sé que agente maravilloso, he visto el esplendor de un cielo como nuestros sueños sólo podrian realizarlo. Esta correria á través lo infinito se hizo tan rápidamente, que no puedo precisar los instantes empleados por mi Espiritu.

4.—¿Actualmente gozais de la dicha que habeis entrevisto?—R. Nó; mucho desearia poder gozar de ella, pero Dios no me puede recompensar así. Me he revelado muy á menudo contra los pensamientos benditos que dictaba mi corazon, y la muerte me parecia una injusticia. Médico incrédulo, tomé en el arte de curar una aversion contra la segunda naturaleza que es nuestro movimiento inteligente y divino; la inmortalidad del alma era una ficcion propia para seducir las naturalezas poco elevadas; sin embargo, el vacío me espantaba, porque he maldecido muchas veces este agente misterioso que hiere sin tregua ni descanso. La filosofía me habia extraviado sin hacerme comprender toda la grandeza del Eterno, que sabe repartir el dolor y la alegría para la enseñanza de la humanidad.

5.—¿Cuándo ocurrió vuestra verdadera muerte, os reconocísteis al momento?—R. Nó; me reconocí durante la transicion que mi Espiritu sufrió para recorrer

los lugares etéreos; pero despues de la muerte real, nó; han sido precisos algunos dias para reconocermé.

Dios me habia concedido una gracia; voy á deciros la razon.

“Mi incredulidad primera no existia; ántes de mi muerte, creí, porque despues de haber sondeado científicamente la materia que me echaba á perder, no habia, al cabo de razones terrestres, encontrado más que la razon divina; ella me habia inspirado, consolado, y mi ánimo era más fuerte que el dolor. Bendecia lo que habia maldecido; el fin me parecia la libertad. ¡ El pensamiento de Dios es grande como el mundo ! ¡ Oh ! que supremo consuelo en la oracion que dá ternuras inefables; es el elemento más seguro de nuestra naturaleza inmaterial; por ella he comprendido, he creido firmemente, soberanamente, y por esto Dios escuchando mis acciones bendecidas, ha tenido á bien recompensarme ántes de acabar mi encarnacion.

6.—¿Se podria decir que estabais muerto la vez primera?—R. Sí y nó; el Espiritu habiendo dejado el cuerpo, naturalmente la carne se extinguia; pero al tomar otra vez posesion de mi morada terrestre, la vida volvió al cuerpo que habia sufrido una transicion, un sueño.

7.—¿En ese momento sentiais los lazos que os retenian á vuestro cuerpo?—R. Sin duda: el Espiritu tiene un lazo difícil de quebrantar, le es preciso el último estremecimiento de la carne para entrar en su vida natural.

8.—¿Cómo es que en vuestra muerte aparente y durante algunos minutos, haya podido vuestro Es-

píritu separarse instantáneamente y sin turbacion, mientras que la muerte real fué seguida de una turbacion de muchos dias? Parece que en el primer caso los lazos entre el alma y el cuerpo, subsistiendo más que en el segundo, el desprendimiento debia ser más lento, y lo contrario es lo que ha tenido lugar.—R. Habeis hecho muchas veces la evocacion de un Espíritu encarnado, y habeis recibido de éste respuestas reales; yo estaba en la posicion de estos Espíritus. Dios me llamaba, y sus servidores me dijeron: «Ven...» He obedecido, y doy gracias á Dios por el favor especial que tuvo á bien hacerme; pude ver lo infinito de su grandeza y darme cuenta de ésta. Gracias á vos, Señor, que ántes de la muerte real, me habeis permitido enseñar á los míos para que tengan buenas y justas encarnaciones.

9.—¿De dónde sacabais las buenas y hermosas palabras que dijisteis á vuestra familia, cuando volvísteis á la vida?—R. Eran el reflejo de lo que habia visto y oido; los buenos Espíritus inspiraban mi voz y animaban mi rostro. .

10.—¿Qué impresion creéis que ha hecho vuestra revelacion á los asistentes, y á vuestros hijos en particular?—R. Grande, profunda; la muerte no engaña; los hijos, por ingratos que pudiesen ser, se inclinan ante la encarnacion que se vá. Si se podia escudriñar el corazon de los hijos, al lado de una tumba entreabierta, no se verian palpitar sino sentimientos verdaderos, movidos profundamente por la mano secreta de los Espíritus, que dicen á todos los pensamientos: Temblad, si estais en la duda; la muerte es la repara-

cion, la justicia de Dios, y os lo aseguro, á pesar de los incrédulos, mis amigos y mi familia creerán en las palabras que mi voz pronunció ántes de morir. Era el intérprete de otro mundo.

11.—¿Habeis dicho que no disfrutais de la dicha que habeis entrevisto; consiste eso en que sois desgraciado?—Nó, puesto que creia ántes de morir y esto en mi alma y mi conciencia. El deber oprime en la tierra, pero reanima para el porvenir espiritista. Observad que Dios tomó en cuenta mis ruegos y mi creencia absoluta en él; estoy en el camino de la perfeccion, y llegaré al fin que me ha sido permitido entrever. Orad, amigos míos, por este mundo invisible que preside á vuestros destinos; este cambio fraternal, es caritativo; es una palanca poderosa que pone en comunicacion los Espíritus de todos los mundos.

12.—¿Teneis que dirigir algunas palabras á vuestra mujer y á vuestros hijos?

R. Suplico á todos los míos crean en Dios poderoso, justo, inmutable; en la oracion que consuela y alivia; en la caridad que es el acto más puro de la encarnacion humana; que se acuerden que se puede dar poco; el óbolo del pobre es el más meritorio ante Dios, que sabe que un pobre dá mucho, dando poco; es preciso que el rico dé mucho y á menudo para merecer tanto como él.

El porvenir es la caridad, la benevolencia en todas las acciones; esto es, creer que todos los Espiritus son hermanos, no haciendo nunca caso de vanidades pueriles.

Familia mia muy amada, tendrás pruebas rudas;

pero sábe tomarlas valerosamente, pensando que Dios las vé.

Decid muchas veces esta oracion:

Dios de amor y de bondad, que lo dás todo y siempre; concédenos esta fuerza que no retrocede ante ninguna pena; hacednos buenos, dulces y caritativos; pequeños por la fortuna, grandes por el corazon. Que nuestro Espiritu sea Espiritista en la tierra para mejor comprenderos y amaros.

Que vuestro nombre ¡oh Dios mio! emblema de libertad, sea el fin consolador de todos los oprimidos, de todos los que tienen necesidad de amar, de perdonar y de creer.

CARDON.

ERIC STANISLAS.

(Comunicacion espontánea; sociedad de Paris, agosto de 1863.)

¡Cuántas veces las emociones sentidas vivamente por ardientes corazones nos proporcionan felicidad! O dulces pensamientos que venís á abrir una via de salvacion á todo lo que vive, á todo lo que respira material y espiritualmente, que vuestro bálsamo salvador no cese de derramarse á torrentes sobre vosotros y sobre nosotros! ¡Qué palabras escojer para traducir la dicha que experimentan todos vuestros hermanos de ultra-tumba, en la contemplacion del puro amor que os une á todos!

Ah! hermanos, ¡cuánto bien por todas partes, cuántos dulces sentimientos elevados y sencillos como vosotros, como vuestra doctrina, estais llamados á sembrar sobre la larga via que teneis aún que recorrer;

pero tambien cuánto de todo esto os será recompensado áun ántes del momento en que tendreis derecho para ello!

He asistido á toda esta reunion; he escuchado, he oido, he comprendido, y voy á tratar á mi vez de cumplir mi deber é instruir á la clase de Espiritus imperfectos.

Escuchad: estaba léjos de ser dichoso; sumergido en la inmensidad, en lo infinito, mis sufrimientos eran tanto más vivos, cuanto no podia darme de ellos una cuenta exacta. Dios sea bendecido! Me ha permitido venir á un santuario al que no pueden *impunemente* acercarse los malos. Amigos, ¡cuán agradecido os estoy, cuántas fuerzas he tomado entre vosotros!

Oh! hombres de bien, reunios á menudo; instruid, porque no podeis saber cuántos frutos dan todas las reuniones serias que teneis entre vosotros; los Espiritus que todavía han de aprender muchas cosas, los que permanecen voluntariamente inactivos, perezosos y olvidados de sus deberes, pueden encontrarse, sea por una circunstancia fortuita ó de otra manera, entre vosotros; heridos por un choque terrible, pueden, y es lo que acontece muchas veces, replegarse sobre sí mismos, reconocerse, entrever el fin que se ha de alcanzar, y fuertes con el ejemplo que les dais, buscar los medios que pueden hacerles salir del estado penoso en que se encuentran. Me hago, con gran satisfaccion mia, el intérprete de las almas que sufren, porque á los hombres de corazon es á quienes me dirijo, y sé que no será rechazado.

Tened la bondad, repito, oh! hombres generosos, de

recibir la expresion de mi reconocimiento particular y el de todos nuestros amigos, á quienes habeis hecho, puede ser sin pensarlo, tanto bien.

ERIC STANISLÁS.

El guia del médium:—Hijos míos, éste es un Espíritu que ha sido muy infeliz, porque estuvo mucho tiempo extraviado. Ahora, comprendiendo sus faltas, y arrepintiéndose, por fin ha vuelto sus miradas hácia Dios á quien habia desconocido; su posicion no es la dicha, pero aspira á ella y no sufre. Dios le ha permitido venir á escuchar, y despues ir á una esfera inferior á instruir y hacer adelantar á los Espíritus que, como él, han quebrantado las leyes del Eterno; la reparacion es la que se le ha pedido. En adelante conquistará la felicidad, porque tiene voluntad para ello.

LA SRA. ANA BELLEVILLE.

Jóven, muerta á los treinta y cinco años despues de una larga y cruel enfermedad. De mucha viveza espiritual, dotada de una rara inteligencia, de grande rectitud y de eminentes cualidades morales, esposa y madre de familia apasionada, tenia además una fuerza de carácter poco comun, y un talento fecundo en recursos que no la tenia jamás desprevenida en las circunstancias mas críticas de la vida. Sin rencor hácia aquellos de quienes tenia más que quejarse, estaba siempre dispuesta á prestarles cualquier servicio, si llegaba la ocasion. Habiendo tenido con ella una amistad íntima desde largos años, hemos podido seguir todas las fases de su existencia y todas las peripecias de su fin.

Un accidente ocasionó la terrible enfermedad que debía llevársela y que la retuvo tres años en su lecho, presa de los más atroces sufrimientos, que soportó hasta el último momento con un valor heróico, y en medio de los cuales su alegría natural no la abandonó. Creía firmemente en el alma y en la vida futura, pero se preocupaba muy poco de ello; todos sus pensamientos se dirigian hácia la vida presente á la cual tenia en mucho, sin tener, sin embargo, miedo á la muerte, y sin buscar los goces materiales; porque su vida éra muy sencilla, y se olvidaba sin dificultad de aquello que no podia procurarse; pero tenia instintivamente el gusto del bien y de lo bello, que sabia encontrar hasta en las cosas más insignificantes. Quería vivir, ménos para ella que para sus hijos, para quienes conocia que era necesaria; por esto se aferraba á la vida. Conocia el Espiritismo sin haberle estudiado á fondo; hasta se interesaba por él, y sin embargo no llegó á fijar sus pensamientos sobre el porvenir; era para ella una idea verdadera, pero que no dejaba ninguna impresion profunda en su Espiritu. El bien que hacia era el resultado de un sentimiento natural, espontáneo, y no inspirado por el pensamiento de una recompensa ó de penas futuras.

Desde mucho tiempo, su estado era yá desesperado, y se contaba verla marchar de un momento á otro; ella misma no se hacia ilusion. Un dia que su marido estaba ausente, se sintió desfallecer, y comprendió que su hora habia llegado; su vista se habia velado, la turbacion se apoderaba de ella, y sentia todas las angustias de la separacion. No obstante, le causaba mucha pena

morir antes de que volviese su marido. Haciendo sobre sí misma un esfuerzo supremo, se dijo: «Nó, nó, no quiero morir!» Sintió entónces renacer la vida y recobró el pleno uso de sus facultades. Cuando su marido volvió, le dijo: «Iba á morir, pero he querido esperar á que estuvieses cerca de mí, porque tenia todavía que hacerte muchas recomendaciones.» La lucha entre la vida y la muerte se prolongó así, durante tres meses, que no fueron más que una larga y dolorosa agonía.

Evocacion, el dia siguiente de su muerte.—Mis buenos amigos, gracias porque os ocupais de mí; por lo demás habeis sido para mí como buenos parientes. Pues bien; regocijáos, soy dichosa, tranquilizad á mi pobre marido y velad sobre mis hijos. He ido junto á ellos en seguida.

P. Parece que la turbacion no ha sido larga, pues que nos habeis contestado con lucidez.—R. Amigos míos ¡he sufrido tánto y sabíais que sufría con resignacion! Y bien! mi prueba está terminada. ¡Deciros que estoy completamente desprendida, nó; pero no sufro, y para mí es muy grande alivio! Por esta vez estoy radicalmente curada, os lo aseguro; pero tengo necesidad de que se me ayude con el socorro de las oraciones, á fin de venir desde luego á trabajar con vosotros.

P. ¿Cuál ha podido ser la causa de vuestros largos sufrimientos?—R. Pasado terrible, amigo mio.

P. ¿Podeis decirnos cuál ha sido este pasado?—R. Oh! dejad que lo olvide un poco, lo he pagado tan caro!

Un mes despues de su muerte.—P. Ahora que debeis estar completamente desprendida y que os reconocéis mejor, tendríamos el mayor gusto en tener con vos una conversacion mas explícita. ¿Podriais decirnos cuál ha sido la causa de vuestra larga agonía? ¿por qué habeis estado durante tres meses entre la vida y la muerte?—R. Gracias, mis buenos amigos, por vuestro recuerdo y por vuestras buenas oraciones! ¡Cuán saludables me son y cuánto han contribuido á mi desprendimiento! Todavía tengo necesidad de que me ayuden; continuad rogando por mí. Vosotros comprendéis la oracion. Las que decís no son fórmulas banales, como tantos otros que no se dan cuenta del efecto que produce una buena plegaria.

¡He sufrido mucho, pero mis sufrimientos se me han tomado mucho en cuenta, y me es permitido ir á menudo hácia mis queridos hijos, que habia dejado con tanto sentimiento!

Yo misma he prolongado mis sufrimientos; mi ardiente deseo de vivir para mis hijos hacia que me aferrase de cierto modo á la materia, y al contrario de los otros, me aferraba y no queria abandonar este desgraciado cuerpo con el cual era preciso romper, y que sin embargo, era para mí el instrumento de tantos tormentos. Hé ahí la verdadera causa de mi larga agonía. Mi enfermedad, los sufrimientos que he tenido: expiacion del pasado, una deuda ménos.

¡Ay de mí! mis buenos amigos, si os hubiera escuchado, ¡qué inmenso cambio en mi vida presentel! ¡Qué mitigacion habria sentido en mis últimos instantes, y cuán fácil hubiera sido esta separacion, si en lugar de

contrariarla, me hubiera entregado con confianza en la voluntad de Dios, á la corriente que me arrastraba! ¡Pero en lugar de dirigir mis miradas hácia el porvenir que me esperaba, no veia más que el presente que iba á dejar!

Cuando vuelva á la tierra seré espiritista, os lo aseguro. ¡Qué ciencia tan inmensa! Asisto muy á menudo á vuestras reuniones y á las instrucciones que se os dán. Si hubiera podido comprender, cuando estaba en la tierra, mis sufrimientos se hubieran mitigado mucho; pero la hora no habia llegado. Hoy comprendo la bondad de Dios y su justicia; pero no estoy aún bastante adelantada para que deje de ocuparme de las cosas de la vida; mis hijos, sobre todo, me unen todavía á ella, no para contemplarles, sino para velar por ellos, y procurar que sigan la ruta que el Espiritismo traza en este momento. Sí, mis buenos amigos, tengo aún graves preocupaciones; una sobre todo, porque el porvenir de mis hijos depende de ella.

P. ¿Podeis darnos algunas explicaciones sobre el pasado que deplorais?—R. ¡Ay de mí! mis buenos amigos, estoy dispuesta á hacer mi confesion. Habia desconocido el sufrimiento; habia visto morir á mi madre sin haber tenido piedad de ella; la habia tratado de enferma imaginaria. No viéndola jamás en cama, sospechaba que no sufría, y reia de sus sufrimientos. Hé ahí como Dios castiga.

Seis meses despues de su muerte.—P. Ahora que ha pasado un tiempo bastante largo desde que habeis dejado vuestra envoltura terrestre, ¿quereis describirnos vuestra situacion y vuestras ocupaciones en

el mundo de los Espíritus?—R. Durante mi vida terrestre, era lo que se llama generalmente una mujer de bien, pero ante todo amaba mi bienestar; compasiva por naturaleza, puede ser no hubiera sido capaz de un sacrificio penoso para aliviar un infortunio. Hoy todo ha cambiado; soy siempre yo, pero el *yo* de otro tiempo ha sufrido modificaciones. He adquirido; veo que no hay clases ni otras condiciones sino el mérito personal en el mundo de los invisibles, donde un pobre caritativo y bueno está sobre el rico orgulloso, que le humillaba con su limosna. Velo especialmente por la clase de los afligidos, por los tormentos de familia, la pérdida de parientes ó de fortuna; tengo por mision el consolarles y animarles, y soy feliz en hacerlo.

ANA.

Una importante cuestion se deduce de los hechos expresados, á saber:

¿Una persona puede por un esfuerzo de su voluntad, retardar el momento de la separacion del alma y el cuerpo?

Respuesta del Espiritu de S. Luis.—Resuelta esta cuestion de una manera afirmativa y sin restriccion, podria dar lugar á falsas consecuencias. Seguramente, un Espiritu encarnado puede en ciertas circunstancias, prolongar la existencia corporal para terminar instrucciones indispensables ó que él las crée tales; esto puede permitírsele, como en el caso de que tratamos, y se tienen de ello diferentes ejemplos. Esta prolongacion de la vida no podria ser de mucha duracion en todo lo caso, porque no puede permitírsele al hombre invertir el orden de

las leyes de la naturaleza, ni provocar una vuelta real á la vida, cuando ha llegado á su término; esto no es sino una prorogacion momentánea. Sin embargo de la posibilidad del hecho, no deberá deducirse de ello que pueda ser general, ni creer que dependa de cada uno prolongar así su existencia. Como *prueba para el Espiritu*, ó en interés de una mision que concluir, los órganos gastados, pueden recibir un suplemento de flúido vital que les permita añadir algunos instantes á la manifestacion material del pensamiento; los casos semejantes son excepciones y no la regla. Es necesario no ver tampoco en este hecho una derogacion de Dios á la inmutabilidad de sus leyes, sino una consecuencia del libre alvedrío del alma humana, que en el último instante tiene la conciencia de la mision de que ha estado encargada, y quisiera, á pesar de la muerte, cumplir lo que no ha podido acabar. Puede ser tambien algunas veces una especie de castigo impuesto al Espiritu que duda del porvenir, concediéndole una prolongacion de vitalidad, por la cual sufre necesariamente.

SAN LUIS.

Podríamos tambien maravillarnos de la rapidez del desprendimiento de este Espiritu, atendiendo á su adhesion á la vida corporal; pero es preciso considerar que esta adhesion no tenia nada de sensual ni de material; tenia aún su parte moral, puesto que era movida por el interés de sus hijos menores. Era además un Espiritu adelantado en inteligencia y en moralidad: un grado más, y hubiera estado con los Espiritus muy felices. No tenia, pues, en los lazos perispirituales la tenacidad que resulta de la identificacion con la materia; se puede decir que la vida,

debilitada por una larga enfermedad, no dependia más que de algunos hilos; hilos que queria impedir que se rompiesen. No obstante, fué castigada su resistencia por la prolongacion de sus sufrimientos que dependian de la naturaleza de la enfermedad, y no de la dificultad del desprendimiento, y de esto ha resultado que despues de la libertad, la perturbacion fué de corta duracion.

Un hecho igualmente importante se deduce de esta evacion, así como de la mayor parte de aquellas que han tenido lugar en diversas épocas más ó ménos distantes de la muerte, éste es el cambio que se verifica gradualmente en las ideas del Espíritu y del cual se puede seguir el progreso; en dicho Espíritu se traduce, no por mejores sentimientos, sino por una apreciacion más sana de las cosas. El progreso del alma en la vida espiritual, es, pues, un hecho acreditado por la experiencia; la vida corporal es la que pone en práctica este progreso; es la prueba de sus resoluciones y el crisol donde se depura.

Desde el instante en que el alma progresa despues de la muerte, su suerte no puede fijarse irrevocablemente, porque la fijacion definitiva de la suerte es, como hemos dicho en otra parte, la negacion del progreso. Las dos cosas no pueden existir simultáneamente; queda la que tiene la sancion de los hechos y de la razon.

CAPITULO IV.

ESPÍRITUS QUE SUFREN.

El castigo.

Exposicion general del estado de los culpables á su entrada en el mundo de los Espíritus, dictada á la Sociedad Espiritista de Paris, en Octubre de 1861.

Los Espíritus malos, egoistas y endurecidos, están, luego despues de la muerte, entregados á una duda cruel sobre su destino presente y futuro; miran á su alrededor, no ven al principio ningun objeto sobre el que puedan ejercerse sus fechorías, y la desesperacion se apodera de ellos, porque el aislamiento y la inaccion son intolerables á los malos Espíritus: no se elevan hácia los lugares habitados por los Espíritus puros; consideran lo que les rodea, é impresionados al instante por el abatimiento de los Espíritus débiles y castigados, se adhieren á ellos como á una presa, y les recuerdan sus pasadas faltas, que ponen sin cesar en accion por sus gestos irrisorios. No bastándoles esta burla, se sumergen en la tierra como buitres hambrientos; buscan entre los hombres el alma más accesible á sus tentaciones; se apoderan de ella, exaltan su concupiscencia, procuran apagar su fé en Dios, y cuando en fin, dueños de su conciencia, consideran su presa asegurada, extienden sobre todo lo que rodea á su víctima el fatal contagio.

El Espiritu malo, cuando puede ejercer su ira, escasi feliz; no sufre sino en los momentos en que no puede obrar y en los que el bien triunfa del mal.

Sin embargo, los siglos corren; el Espiritu malo siente de repente que las tinieblas le invaden; su círculo de accion se estrecha, su conciencia sorda hasta entónces, le hace sentir las puntas aceradas del arrepentimiento. Inactivo, llevado por el torbellino, corre al acaso sintiendo, como dice la escritura, erizársele de espanto los cabellos; pronto se hace un gran vacío á su alrededor; el momento de su expiacion ha llegado, la encarnacion se le presenta amenazadora; vé como en un espejismo las pruebas terribles que le aguardan; quisiera retroceder, adelanta, y precipitado en el ancho abismo de la vida, divaga espantado hasta que el velo de la ignorancia cae sobre sus ojos. Vive, obra, áun es culpable; siente en él no sé qué recuerdos que le inquietan, presentimientós que le hacen temblar, pero no retroceder en la via del mal. Cargado de violencias y de crímenes, vá á morir. Extendido en el suelo, ó sobre su cama ¡qué importa! el hombre culpable siente, bajo su aparente inmovilidad, removerse y vivir un mundo de sensaciones olvidadas. Bajo sus párpados cerrados vé apuntar una luz, oye sonidos extraños; su alma que vá á dejar su cuerpo se agita impaciente, miéntras que sus manos crispadas tratan de agarrarse á las sábanas; quisiera hablar, quisiera gritar á los que le rodean: Retenedme ¡veo el castigo! No lo consigue; la muerte se fija sobre sus labios descoloridos, y los asistentes exclaman: ¡Descansa en paz!

Empero lo oye todo; gira alrededor de su cuerpo

que no quisiera abandonar; una fuerza secreta le atrae; lo vé y reconoce todo. Desatinado se lanza en el espacio donde quisiera ocultarse. ¡No puede retroceder! ¡no tiene reposo! otros Espíritus le vuelven el mal que ha hecho, y castigado, burlado, confuso á su vez, camina y caminará al acaso, hasta que la divina luz se deslice en su endurecimiento y le ilumine para mostrarle el Dios de justicia, el Dios triunfante del mal, que no podrá aplacar sino á fuerza de gemidos y de expiaciones.

GEORGES.

Jamás se ha trazado un cuadro más elocuente, más terrible y más verdadero de la suerte del malo; ¿qué necesidad hay, pues, de recurrir á la fantasmagoría de las llamas y de los tormentos físicos?

NOVEL.

(El Espiritu se dirige al médium que le habia conocido en su vida.)

Voy á contarte lo que he sufrido al morir. Mi Espiritu, retenido en mi cuerpo por lazos materiales, tuvo gran trabajo en desprenderse de aquél, lo que fué una primera y ruda agonía. La vida que dejé á los veinte y cuatro años era todavía tan fuerte en mí, que no creia en su pérdida. Buscaba mi cuerpo, y estaba admirado y espantado de verme perdido en medio de esta multitud de sombras. En fin la conciencia de mi estado y la revelacion de las faltas que habia cometido en todas mis encarnaciones, se me presentaron de repente; una luz implacable iluminó los

más secretos pliegues de mi alma, que se sintió *desnuda*, y despues sobrecogida por una vergüenza abrumadora. Trataba de escaparme de ella, interesándome en los objetos nuevos, *aunque conocidos*, que me rodeaban; los Espíritus radiantes; flotando en el éter, me daban la idea de una dicha á la que no podia aspirar; formas sombrías y desoladas, las unas sumergidas en una triste desesperacion, las otras irónicas ó furiosas, se deslizaban á mi alrededor, y sobre la tierra á la cual permanecia adherido. Veia agitarse á los humanos cuya ignorancia envidiaba; un órden de sensaciones desconocidas ó *vueltas á encontrar*, me invadieron á la vez. Arrastrado como por una fuerza irresistible, procurando huir de este dolor encarnizado, salvaba las distancias, los elementos, los obstáculos materiales, sin que las hermosuras de la naturaleza, ni los esplendores celestes pudiesen calmar un instante la amargura de mi conciencia, ni el espanto que me causaba la revelacion de la eternidad. Un mortal puede presentir los tormentos materiales por los temblores de la carne, pero vuestros frágiles dolores, endulzados por la esperanza, templados por las distracciones, muertos por el olvido, no podrán jamás haceros comprender las angustias de una alma que sufre sin tregua, sin esperanza, sin arrepentimiento. He pasado un tiempo del cual no puedo apreciar la duracion, envidiando á los elegidos cuyo esplendor entreveia, detestando á los malos Espíritus que me perseguian con sus burlas, menospreciando á los humanos de quienes veia las torpezas, pasando de un profundo abatimiento á una rebelion insensata.

En fin, tú me has llamado, y por la primera vez un sentimiento dulce y tierno me calmó; escuchando las enseñanzas que te dan tus guías, la verdad me ha penetrado, he orado; y Dios, oyéndome, se me ha revelado por su clemencia, como se me había revelado por su justicia.

NOVEL.

AUGUSTO MICHEL.

(El Havre, Marzo de 1863.)

Este era un joven rico, amigo de tratarse bien y que gozaba amplia y exclusivamente de la vida material. Aunque inteligente, la indiferencia por las cosas serias era el fondo de su carácter. Sin maldad, antes bueno que malo, era amado por sus compañeros de placer y buscado en la alta sociedad por sus cualidades de hombre de mundo; sin haber hecho mal, no había hecho bien. Murió á consecuencia de la caída de su carruaje en el paseo. Evocado algunos días después de su muerte por un médium que le conocía indirectamente, dió sucesivamente las comunicaciones siguientes.

8 de Marzo de 1863.—Estoy apenas separado de mi cuerpo, así es que difícilmente puedo hablaros. La terrible caída que ha hecho morir á mi cuerpo pone á mi Espíritu en grande perturbación. Temo por lo que vá á ser de mí, y esta incertidumbre es cruel. El horrible sufrimiento que mi cuerpo ha experimentado no es nada, comparándole á la turbación en que estoy. Orad para que Dios me perdone. Oh! qué dolor! Oh! gracias Dios mio! qué dolor! Adios.

18 de Marzo.—Yo vine á vos, pero no pude hablaros sino muy difícilmente. Aun en este momento no puedo comunicarme sino con trabajo. Sois el solo médium á quien puedo pedir oraciones para que la bondad de Dios me saque de la turbacion en que estoy. ¿Por qué sufro aún, cuando mi cuerpo no sufre? ¿Por qué este dolor horrible, esta terrible angustia *existe siempre?* Orad! oh, orad para que Dios me conceda el reposo... Oh! qué cruel incertidumbre! Estoy aún adherido á mi cuerpo. Difícilmente veo en donde puedo estar; mi cuerpo está allá, ¿y por qué estoy allí siempre? Venid á orar *sobre él*, para que pueda separarme de esta opresion cruel. Dios tendrá á bien perdonarme, así lo espero. Veo los Espíritus que están cerca de vos y por ellos puedo hablaros. Orad por mí.

6 de Abril.—Soy yo que vengo á vos para pedir os oreis por mí. Sería preciso que vinierais *al lugar donde yace mi cuerpo*, á rogar al Todopoderoso para que calme mis sufrimientos. Sufro! oh! sufro! id á ese lugar; es necesario, y dirigid al Señor una plegaria para que me conceda el perdon. Veo que podré estar más tranquilo; pero vuelvo sin cesar hácia el paraje donde se ha colocado *lo que ha sido mi yo*.

El médium, no dándose cuenta de la insistencia del Espíritu que le pedia fuese á orar sobre su tumba, habia descuidado hacerlo. Sin embargo, fué á ella más tarde y recibió la comunicacion siguiente:

11 de Mayo.—Os esperaba. Aguardaba el momento en que vendríais al lugar donde mi Espíritu parece enclavado en su envoltura, á implorar al Dios de las misericordias para que su bondad calme mis sufri-

mientos. Podeis hacerme bien con vuestras oraciones; no os canseis, os lo suplico. Veo cuán opuesta ha sido mi vida á lo que debia ser, veo las faltas que he cometido. He sido un sér inútil en el mundo; no he hecho ningun buen empleo de mis facultades, mi fortuna no ha servido sino para satisfacer mis pasiones, mis gustos, mi lujo y mi vanidad; no he pensado más que en los goces del cuerpo y no en mi alma. ¿Descenderá sobre mí la misericordia de Dios, pobre Espíritu que sufro aún por mis faltas terrestres? Rogad para que me perdone, y para que sea libertado de los dolores que siento aún. Os doy gracias por haber venido á orar por mí.

8 de Junio.—Puedo hablaros, y doy gracias á Dios por haberlo permitido. He visto mis faltas y espero que Dios me perdonará. Seguid siempre vuestro camino segun la creencia que os anima, porque os reserva para más adelante un descanso que no tengo todavía. Gracias por vuestras oraciones. Hasta la vista.

La insistencia del Espíritu en que se fuese á orar sobre su tumba, es una particularidad notable; pero que tiene su razon de ser, si se considera cuán tenaces eran los lazos que lo retenian á su cuerpo, y cuán larga y difícil era la separacion, por consecuencia de la materialidad de su existencia. Se comprende que, acercándose al cuerpo, la oracion podia ejercer una especie de accion magnética más poderosa para ayudar al desprendimiento. El uso casi general de orar junto al cuerpo de los difuntos, ¿no provendria de la intuicion inconsciente que se tiene de este efecto? La eficacia de la oracion en este caso, tendrá un resultado á la vez moral y material.

PESARES DE UN REGALON.

(Burdeos 19 Abril de 1862.)

30 de Julio. —Ahora soy ménos desgraciado porque no siento la cadena que me sujetaba á mi cuerpo; por fin soy libre, pero me falta la expiacion: es necesario que repare el tiempo perdido, si no quiero que mis sufrimientos se prolonguen. Espero que Dios verá mi sincero arrepentimiento y tendrá á bien concederme su perdon. Os suplico que rogeis aún por mí.

Hombres, hermanos míos! viví sólo para mí y ahora lo sufro y expio! Que Dios os haga la gracia de que podais evitar los tormentos que me destrozan. ¡Marchad por el ancho camino del Señor y rogad por mí; porque abusé de los bienes de la tierra que Dios concede á sus criaturas!

Aquel que sacrifica á los instintos brutales la inteligencia y los buenos sentimientos que Dios ha puesto en él, se asimila al animal que maltrata muchas veces. El hombre debe usar con sobriedad de los bienes de que es depositario; debe habituarse á no vivir sino en vista de la eternidad que le aguarda, y por consecuencia perder la pasion desmedida por los goces materiales. Su alimento no debe tener otro fin más que su vitalidad; su lujo debe subordinarse á las necesidades estrictas de su posicion; sus gustos, sus inclinaciones naturales, tambien deben ser regidos por la más fria razon, sin que se materialice, en lugar de depurarse. Las pasiones humanas son un lazo estrecho que se hunde en las carnes; no le apreteis paes. Vivid, pero no os trateis con mucho regalo. ¡No sabeis lo que

cuesta esto cuando se vuelve á la pátria comun! Las pasiones terrestres os despojan ántes de dejaros, y llegais al Señor desnudos, enteramente desnudos. Ah! cubriós de obras buenas; ellas os ayudarán á salvar el espacio que os separa de la eternidad. Manto brillante, ocultará vuestras torpezas humanas. Envolveos de caridad y de amor, vestidos divinos que no se pierden.

Instruccion del guia del médium.—Este Espiritu está en buen camino, pues que al arrepentimiento añade consejos para ponerse en guardia contra los peligros de la ruta que ha seguido. Reconocer sus defectos es yá un mérito y un paso dado hácia el bien, por esto su situacion sin ser dichosa, no es la de un Espiritu que sufre. Se arrepiente, le queda la reparacion que cumplirá en otra existencia de prueba. Pero ántes de llegar á ella ¿sabeis cuál es la situacion de estos hombres de vida enteramente sensual, que no han dado á su Espiritu otra actividad que la de inventar sin cesar nuevos goces? La influencia de la materia les sigue más allá de la tumba, y la muerte no pone un término á sus apetitos que su vista, tan limitada como en la tierra, busca en vano los medios de satisfacer. Como nunca buscó el alimento espiritual, su alma está errante en el espacio, sin objeto, sin esperanza, presa de la ansiedad del hombre que no tiene ante sí más que la perspectiva de un desierto sin límites. La nulidad de sus ocupaciones intelectuales durante la vida del cuerpo, trae naturalmente la nulidad del trabajo del Espiritu despues de la muerte; no pudiendo satisfacer al cuerpo, no le queda nada para satisfacer al Espiritu; de ahí un mortal fastidio del cual no ven el

término, y preferirían la nada; pero la nada no existe; han podido matar el cuerpo, pero no pueden matar el Espíritu; es preciso, pues, que vivan en esos tormentos morales, hasta que vencidos por el cansancio, se decidan á elevar su mirada hácia Dios.

LISBETH.

(Burdeos 13 de Febrero de 1862.)

Un Espíritu que sufre se inscribe bajo el nombre de Lisbeth.

1.—¿Quereis darnos algunos detalles sobre vuestra posicion y la causa de vuestros sufrimientos?—R. Sé humilde de corazon, sumiso á la voluntad de Dios, paciente en las pruebas, caritativo para el pobre, alentador al débil, ardiente de corazon para todos los sufrimientos, y no sufrirás los tormentos que yo sufro.

2.—Si las faltas opuestas á las cualidades que manifestais, os han arrastrado, parece que las debeis sentir, ¿os alivia acaso vuestro arrepentimiento?—R. Nó, el arrepentimiento es estéril cuando no es más que la consecuencia del sufrimiento. El arrepentimiento productivo es aquel que tiene por base el sentimiento de haber ofendido á Dios, y el ardiente deseo de reparar. Desgraciadamente no estoy todavía en ese estado. Recomendadme á las oraciones de todos los que se consagran á los sufrimientos. Tengo necesidad de ellas.

Esta es una gran verdad; el sufrimiento arranca á veces un grito de arrepentimiento; pero que no es la expresi-

sion sincera del pesar del Espíritu por haber hecho mal; porque si el Espíritu no sufriese, estaría dispuesto á volver á empezar sus faltas. Hé ahí porqué el arrepentimiento no trae siempre la libertad inmediata del Espíritu; dispone á ello; esto es todo; pero le es necesario probar la sinceridad y la solidez de sus resoluciones por nuevas pruebas, que son la reparacion del mal que ha hecho. Si se meditan con cuidado todos los ejemplos que citamos, se encontrará en las palabras, á un de los Espíritus más inferiores, graves objetos de instruccion, porque nos inician en los detalles más íntimos de la vida espiritual. Miétras que el hombre superficial no verá en estos ejemplos sino relaciones más ó ménos pintorescas, el hombre formal y reflexivo encontrará en ellos una fuente abundante de estudios.

3.—Haré lo que deseais. ¿Quereis darme algunos detalles sobre vuestra última existencia? Puede resultar de ésta una enseñanza útil para nosotros, y de este modo hareis vuestro arrepentimiento productivo.

(El Espíritu manifiesta grande indecision en responder esta pregunta, y á algunas de las siguientes.)

R. Nací en una condicion elevada. Tenía todo lo que los hombres miran como la fuente de la felicidad. Rica, he sido egoista; bella, he sido coqueta, indiferente y mentirosa; noble, he sido ambiciosa. He confundido con mi poder á los que no se prosternaban ante mí, y tambien pisoteaba á los que se ponian bajo mis piés, sin pensar que la justicia del Señor aniquila del mismo modo, tarde ó temprano, las frentes más eriguadas.

4.—¿En qué época viviais?—R. Hace ciento cincuenta años, en Prusia.

5.—¿Desde este tiempo no habeis hecho ningun progreso como Espíritu?—R. Nó; la materia se reve-

laba siempre. Tú no puedes comprender la influencia que áun ejerce, á pesar de la separacion del cuerpo y del Espíritu. El orgullo se enlaza con cadenas de metal cuyos anillos se aprietan más y más alrededor del miserable, que le abandona su corazon. ¡El orgullo! ¡esta hídra de cien cabezas siempre renacientes, que sabe modular sus silbidos envenenados de tal modo, que se les toma por una música celeste; ¡el orgullo! este dominio múltiple que se doblega á todas las aberraciones de vuestro Espíritu, que se oculta en los pliegues de vuestro corazon, penetra en vuestras venas, os envuelve, os absorbe y os arrastra consigo á las tinieblas del infierno eterno!... sí, eterno!

El Espíritu dice que no ha hecho ningun progreso, sin duda porque su situacion es siempre penosa; pero la manera cómo describe el orgullo y deplora sus consecuencias es incontestablemente un progreso; porque de seguro en su vida, ni poco despues de su muerte, habria podido raciocinar así. Comprende el mal, lo que es alguna cosa; el valor y la voluntad de evitarle le vendrán despues.

6.—Dios es muy bueno para que condene á sus criaturas á penas eternas; esperad en su misericordia.—R. ¡Puede haber en ello un término; se dice, pero dónde! ¡Le busco desde mucho tiempo y no veo mas que sufrimiento eterno! Siempre sufriendo, siempre!

7.—¿Cómo habeis venido aquí hoy?—R. Un Espíritu que me sigue muchas veces, me ha conducido aquí.—P. ¿Desde cuando veis á este Espíritu?—R. No hace mucho.—P. ¿Y desde cuando os dais cuenta de las faltas que habeis cometido?—R. (Despues de una larga reflexion). Sí, tienes razon; entónces fué cuando le ví.

8.—¿No comprendéis ahora la relacion que hay entre vuestro arrepentimiento y la ayuda visible, que os presta vuestro Espiritu protector? Ved como origen de este apoyo el amor de Dios, y como fin su perdón y su misericordia infinita.—R. Oh! ¡cuanto lo desearia!—Creo poder prometéroslo en el nombre sagrado de aquel que no ha sido jamás sordo á la voz de sus hijos aflijidos. Llamadle desde el fondo de vuestro arrepentimiento, él os oirá.—R. No puedo, tengo miedo.

9.—Oremos juntos, Él nos oirá (despues de la oracion). ¿Estás aún ahí?—R. Sí, gracias! No me olvidéis!

10.—Venid aquí á inscribiros todos los dias.—R. Sí, sí, volveré siempre.

El guia del médium.—No olvidéis jamás las enseñanzas que adquirieris en los sufrimientos de tus protegidos, y sobre todo en las causas de estos sufrimientos; que sirvan á todos de enseñanza para preservaros de los mismos peligros y de los mismos castigos. Purificad vuestros corazones, sed humildes, amaos, ayudaos, y que vuestro corazon reconocido no olvide jamás la fuente de todas las gracias, fuente inagotable donde cada uno de vosotros puede beber con abundancia; fuente de agua viva que apaga la sed y nutre á la vez; fuente de vida y de dicha eternas. Id á ella, mis muy amados; bebed con fé; echad vuestras redes y saldrán de las olas cenagosas, cargadas de bendiciones; dad parte á vuestros hermanos, advirtiéndoles los peligros que pueden encontrar. Derramad las bendiciones del Señor; ellas renacen sin cesar; cuanto

más las vertereis alrededor de vosotros, más se multiplicarán. Las teneis en vuestras manos, porque diciendo á vuestros hermanos: allí están los peligros, allá están los escollos; seguidnos para evitarlos; *imitadnos, nosotros os damos el ejemplo*, derramareis las bendiciones del Señor sobre los que os escuchan.

Benditos sean vuestros esfuerzos, mi muy amados. El Señor ama los corazones puros; mereced su amor.

SAN PAULINO.

EL PRÍNCIPE OURAN.

(Burdeos, 1862.)

Un Espíritu que sufre se presenta bajo el nombre de *Ouran*, antes príncipe ruso.

P. ¿Quereis darnos algunos detalles sobre vuestra situación?—R. Oh! ¡bienaventurados los humildes de corazón, el reino de los cielos les pertenece! Rogad por mí. ¡Bienaventurados son aquellos que, humildes de corazón, eligen para pasar sus pruebas una posición modesta! ¡Vosotros no sabeis, vosotros todos á quienes devora la envidia, á que estado se ve reducido uno de los que llamais los dichosos de la tierra; no sabeis las ascuas ardientes que amontonan sobre su cabeza; no sabeis los sacrificios que impone la riqueza, cuando se quiere aprovechar ésta para la salvacion eterna! ¡Que el Señor me permita, á mí el orgulloso déspota, venir á expiar entre los que he atropellado con mi tiranía, los crímenes que el orgullo me ha hecho cometer! Orgullo! repetid continuamente esta

palabra para no olvidar jamás que es la fuente de todos los sufrimientos que nos abruma. Si, abusé del poder y del favor de que gozaba; fui duro y cruel para mis inferiores que debían doblegarse á todos mis caprichos, satisfacer todas mis depravaciones. Gozaba de nobleza, honores y fortuna, y he sucumbido bajo el peso que habia tomado, superior á mis fuerzas.

Los Espíritus que sucumben generalmente dicen que tenían una carga superior á sus fuerzas; éste es un medio de excusarse á sus propios ojos, y un resto de orgullo; no quieren haber faltado por su culpa. Dios no dá á nadie más carga de la que se puede llevar; no pide á nadie más de lo que se puede dar; no exige que el árbol naciente tenga los frutos de aquel que está en toda su lozanía. Dios dá á los Espíritus la libertad; lo que les falta es la voluntad, y la voluntad depende de ellos solos; con la voluntad no hay inclinaciones viciosas que no se puedan vencer; pero *cuando uno se complace en una inclinacion, es natural que no se hagan esfuerzos para vencerla.* Es preciso, pues, no culpar sino á sí mismo de las consecuencias que resulten.

P. Teneis la conciencia de vuestras faltas; es el primer paso hácia vuestro mejoramiento.—R. Esta conciencia es tambien un sufrimiento. Para muchos Espíritus el sufrimiento es un efecto casi material, porque con tendencias aún á la humanidad de su última existencia, no perciben las sensaciones morales. Mi Espíritu está separado de la materia, y el sentimiento moral ha aumentado, con todo, lo que las sensaciones que se creen físicas tenían de horrible.

P. ¿Entreveis un término á vuestros sufrimientos?—R. Sé que no serán eternos; el término no lo entre-

veo todavía; me es necesario ántes volver á empezar la prueba.

P. ¿Esperais volver á empezar pronto?—R. No lo sé aún.

P. ¿Teneis el recuerdo de vuestros antecedentes? Os lo pregunto con un fin instructivo.—R. Sí, tus guías están aquí y ellos saben lo que te conviene. Viví en tiempo de Marco-Aurelio. Entónces, poderoso tambien, sucumbí al orgullo, causa de todas las caídas. Despues de estar errante siglos enteros, quise ensayar una vida obscura. Pobre estudiante, mendigué mi pan, pero el orgullo no me abandonaba; el Espíritu adquirió ciencia, pero no virtud. Sábio y ambicioso, vendí mi alma al mejor postor, sirviendo á todas las venganzas y á todos los ódios. Me conocia culpable; pero la sed de honores, de riquezas, ahogaba los gritos de mi conciencia. La expiacion fué tambien larga y cruel. En fin, quise en mi última encarnacion volver á comenzar una vida de lujo y de poder; pensando dominar los escollos, no hice caso de los avisos; orgullo que de nuevo me condujo á fiarme de mí propio juicio, ántes que del de los amigos protectores que no cesan de velar sobre nosotros; tú sabes el resultado de esta última tentativa.

Hoy comprendo yá, y espero en la misericordia del Señor. Pongo á sus piés mi orgullo abatido, y le pido eche sobre mis espaldas la más pesada carga de humildad; y ayudado de su gracia, su peso me parecerá lijero. Orad conmigo y para mí; rogad tambien para que este demonio de fuego no devore en vosotros los instintos que os elevan hácia Dios. Hermanos en

sufrimiento, que mi ejemplo os sirva, y no olvidéis nunca que el orgullo es el más grande enemigo de la dicha, porque de él dimanán todos los males que atacan á la humanidad y la persiguen hasta en las regiones celestes.

El guía del médium.—Tú has concebido dudas sobre este Espíritu, porque su lenguaje no te parece conforme con su estado de sufrimiento que acusa su inferioridad. No temas: has recibido una instrucción formal; aunque sufra este Espíritu, es bastante elevado en inteligencia para hablar como lo ha hecho. No le falta mas que la humildad, sin la cual ningún Espíritu puede llegar á Dios. Esta humildad la ha adquirido ahora, y esperamos que con perseverancia saldrá triunfante de una nueva prueba.

Nuestro Padre celeste lleno de justicia en su sabiduría, toma en cuenta los esfuerzos que hace el hombre para domar sus malos instintos. Cada victoria conseguida sobre vosotros mismos, es un peldaño salvado de esta escala de la cual un extremo se apoya en vuestra tierra, y el otro se detiene á los piés del juez supremo. Subidlos, pues, con ánimo resuelto; son suaves para los que tienen la voluntad fuerte. Mirad siempre á lo alto para animaros, porque ¡desgraciado de aquel que se detiene y vuelve la cabeza! En este caso se desvanece; el vacío que le rodea le espanta; se encuentra sin fuerza y dice: ¡Para qué me sirve adelantarse más? ¡he hecho tan poco camino! Nó, amigos míos, no volvais la cabeza. El orgullo está encarnado en el hombre; pues bien, emplead este orgullo en daros fuerza y valor para acabar vuestra ascension. Em-

pleadlo en dominar vuestras debilidades, y subid á la cima de la montaña eterna.

PASCAL LAVIC.

(El Havre, 9 de Agosto de 1863.)

Este Espíritu se comunicó espontáneamente al médium, sin que éste le hubiese conocido en su vida, ni siquiera de nombre.

«Creo en la bondad de Dios, que se servirá tener misericordia de mi pobre Espíritu. He sufrido mucho, mucho!... mi cuerpo pereció en el mar. Mi Espíritu estaba siempre adherido á mi cuerpo, y largo tiempo estuvo errante, sobre las olas. Dios... (La comunicacion fué interrumpida; al dia siguiente el Espíritu continuó:)

«... ha tenido á bien permitir que las oraciones de los que dejé en la tierra me saquen del estado de perturbacion y de incertidumbre, en que mi Espíritu estaba sumergido. Me han esperado mucho tiempo y pudieron encontrar mi cuerpo; descansa ahora, y mi Espíritu separado con trabajo vé las faltas cometidas; la prueba consumada. Dios juzga con justicia, y su bondad se extiende sobre los arrepentidos.

»Sí, mucho tiempo mi Espíritu estuvo errante con mi cuerpo, porque tenía que expiar. Seguid el camino derecho, si quereis que Dios permita que se separe pronto vuestro Espíritu de su envoltura. Vivid en su amor; orad, y la muerte tan terrible para algunos, será suave para vosotros, puesto que sa-

beis la vida que os aguarda. Sucumbi en el mar, y me esperaron mucho tiempo. El no poder apartarme de mi cuerpo, era para mí una terrible prueba; por eso tengo necesidad de vuestras oraciones, de vosotros que estais en la creencia que salva, de vosotros que podeis rogar á Dios por mi cómo se debe. Me arrepiento y espero que tendrá á bien perdonarme. El cuerpo que se encontró el 6 de Agosto era el de un pobre marinero; era el mio que pereció hace mucho tiempo. ¡Rogad por mí!»

PASCAL LAVIC.

P. ¿Dónde os han encontrado?—R. Cerca de vosotros.

El *Diario del Havre* del 11 de Agosto de 1863, contenia el artículo siguiente, del cual no pudo tener conocimiento el médium:

«Hemos anunciado que se habia encontrado el 6 de este mes, el tronco de un cadáver entre Bleville y la Héve. La cabeza, los brazos y medio cuerpo habian desaparecido; sin embargo su identidad pudo justificarse por el calzado todavía sujeto á los pies. Así es que se ha reconocido que era el cuerpo del pescador Lavic que pereció el 11 de Diciembre á bordo del buque *Alerta*, destruido delante de Tronville por un golpe de mar. Lavic tenia cuarenta y nueve años, y habia nacido en Calais. La viuda del difunto ha probado la identidad.»

El 12 de Agosto, cuando se hablaba de este acontecimiento en el círculo donde este Espíritu se habia manifestado por la vez primera, se comunicó de nuevo espontáneamente:

«Os aseguro que soy Pascal Lavie, y tengo necesidad de vuestras oraciones. Podeis hacerme bien, porque la prueba que he sufrido ha sido terrible. La separacion de mi Espíritu del cuerpo no se hizo sino cuando reconocí mis faltas; y despues no se apartaba de él por completo; le seguia en el mar que le habia tragado. Rogad, pues, á Dios que me perdone; rogadle que me dé reposo. Rogadle, os lo suplico. ¡Que este terrible fin de una existencia terrestre desgraciada sea para vosotros una enseñanza muy grande! Debeis pensar en la vida futura y no dejar de pedir á Dios su misericordia. Rogad por mí; tengo necesidad de que Dios tenga piedad de mí.»

PASCAL LAVIE.

FERNANDO BERTIN.

Un médium, habitante en el Havre, evocó el Espíritu de una persona que le era conocida. Este Espíritu respondió: «Quiero comunicarme, pero no puedo vencer el obstáculo que hay entre nosotros; me veo obligado á dejar que se os acerquen estos desgraciados que sufren.

»Recibió entónces espontáneamente la comunicacion siguiente :

»¡Estoy en un horroroso abismo! Ayudadme... ¡O Dios mio! ¿quién me sacará de esta sima?... ¿Quién alargará una mano caritativa al desgraciado que ha sido tragado por el mar?... La noche es tan negra, que tengo miedo... Por todas partes el murmullo de las olas, y ninguna palabra amiga para consolarme y

ayudarme en este momento supremo; ¡porque esta noche profunda es la muerte con todo su horror! Yo no quiero morir!... O Dios mio! ¡esto no es la muerte que ha de venir, es la muerte pasada!... Estoy separado de los que amo para siempre... Veo mi cuerpo, y lo que experimentaba ahora mismo no era más que el recuerdo de la horrible angustia de la separacion... Tened piedad de mí, vosotros que conoceis mis sufrimientos; ¡rogad por mí, porque no podré resistir, como he resistido esta noche fatal con todos los tormentos de la agonía!... Sin embargo, ese es mi castigo; lo presiento... ¡Rogad, os lo suplico!... Oh! el mar... el frio... ¡voy á ser tragado!.. Socorro... Tened, pues, piedad; no me rechaceis!... ¡Nos salvaremos bien dos á dos sobre este resto!... Oh! me sofoco!... Las olas van á tragarme, y los míos no tendrán el triste consuelo de volverme á ver... Pero, nó; veo que mi cuerpo no es azotado por las olas... Las oraciones de mi madre serán oidas.... Mi pobre madre! si pudiera figurarse á su hijo tan miserable, como lo está en realidad, oraria mejor; pero crée que la causa de mi muerte ha santificado el pasado; ¡me llora mártir, y no desgraciado y castigado!... Oh! vosotros que lo sabeis, ¿no tendreis piedad de mí? No rogareis?

FERNANDO BERTIN.

Este nombre enteramente desconocido del médium, no le recordó nada y se creyó que sin duda sería el Espíritu de algun desgraciado náufrago, que venia á manifestársele espontáneamente, como le había acontecido muchas veces. Un poco más tarde, supo que, en efecto, era el nombre de una de las víctimas de un gran de-

sastre marítimo que habia tenido lugar el 2 de Diciembre de 1863. La comunicacion se dió el 8 del mismo mes, seis dias despues de la catástrofe. El individuo habia perecido, haciendo tentativas inauditas para salvar la tripulacion y en el momento en que creia asegurada su salvacion.

Este individuo no tenia con el médium ningun lazo de parentesco, ni aún de conocimiento, ¿por qué pues se ha manifestado á él, ántes que á ningun miembro de su familia? Es que los Espíritus no encuentran en todos las condiciones fluidicas necesarias para este efecto; además en la turbacion en que estaba, no tenía la libertad de eleccion; fué conducido instintivamente y por atraccion hácia este médium, dotado á lo que parece, de una aptitud especial para las comunicaciones expontáneas de este género; sin duda presentia tambien que encontraria allí una simpatía particular, como otros la habian encontrando en semejantes circunstancias. Su familia, extraña al Espiritismo, quizá antipática á esta creencia, no hu biera acogido su revelacion como este médium podia hacerlo.

Aunque la muerte ocurrió algunos dias ántes, el Espiritu sufría aún todas sus angustias. Es evidente que no se daba ninguna cuenta de su situacion; se creia todavía vivo, luchando contra las olas, y no obstante, hablaba de su cuerpo como si estuviese separado de éste; pide socorro; dice que no quiere morir, y un instante despues habla de la causa de su muerte que reconoce ser un castigo; todo esto denota la confusion de las ideas que sigue casi siempre á las muertes violentas.

Dos meses más tarde, el 2 de febrero de 1864, se comunicó de nuevo espontáneamente al mismo médium, y le dictó lo que sigue:

»La piedad que habeis tenido por mis sufrimientos tan horribles, me ha aliviado. Comprendo la *esperanza*; entreveo el perdón; pero después del castigo de la falta cometida, sufro siempre, y si Dios permite que durante algunos momentos entrevea el fin de mi desgracia, sólo á las oraciones de las almas caritativas, conmovidas por mi situación, debo este alivio. ¡O esperanza, rayo del cielo, qué bendita eres cuando te siento nacer en mi alma!..... Pero, hay de mí el abismo se abre; el terror y el sufrimiento hacen que se borre este recuerdo de la misericordia... ¡La noche, siempre la noche!... el agua, el ruido de las olas que tragan mi cuerpo, no son más que una débil imagen del horror que rodea á mi pobre Espíritu.. Estoy más calmado cuando puedo estar al lado vuestro; porque de la misma manera que alivia un terrible secreto depositado en el seno de un amigo á aquel que estaba oprimido por él, así también vuestra piedad motivada por la confianza de mi miseria, calma mi mal y dá descanso á mi Espíritu... Vuestras oraciones me hacen bien; no me las refuseis. No quiero volver á tener este horrible sueño que se hace realidad, cuando lo veo... Tomad el lápiz más á menudo, ¡me hace tanto bien comunicarme con vos!»

Algunos días después, este mismo Espíritu, habiendo sido evocado en una reunión espiritista de París, se le dirigieron las preguntas siguientes, á las cuales respondió en una misma y sola comunicación y por otro médium.

¿Quién os ha conducido á manifestaros espontáneamente al primer médium á quien os habeis comunicado?—¿Cuánto tiempo hacia que estabais muerto cuando os habeis manifestado?—¿Cuándo os comunicasteis estabais incierto de si áun estabais muerto ó vivo, y sentiais todas las angustias de una muerte terrible? ¿Ahora os dais mejor cuenta de vuestra situacion?—Habeis dicho positivamente que vuestra muerte era una expiacion; ¿quereis decirnos la causa de ésta? esto será una instruccion para nosotros y un alivio para vos. Por vuestra confesion sincera atraereis la misericordia de Dios, que nosotros solicitaremos con nuestras oraciones.

Respuesta. Parece imposible, á primera vista, que una criatura pudiese sufrir tan cruelmente. Dios mió! ¿qué penoso es el verse constantemente en medio de las olas furiosas, y sentir sin cesar esta amargura, este frio glacial que me invade y me oprime el pechol

¿Pero á qué viene entreteneros siempre con tales espectáculos? ¿No debo empezar por obedecer á las leyes del reconocimiento, dando las gracias, á todos vosotros que tomais tal interés por mis tormentos? ¿Preguntais si me he comunicado mucho tiempo despues de mi muerte? No puedo responder con facilidad. ¿Pensad y considerad en qué horrible situacion estoy todavia! Sin embargo, me han conducido al médium, segun creo, por una voluntad extraña á la mia; y me es imposible darme razon de ello, *me servia de su brazo con la misma facilidad que me sirvo del vuestro en este momento, persuadido de que me pertenece.* Ahora mismo siento aún que es un goce muy

grande, así como un alivio particular que ¡ay de mí! pronto cesará. Pero, ¡oh Dios mio! ¿tendré que hacer una confesion? ¿tendré la fuerza para ello?»

Despues que se alentó mucho al Espíritu, añadió éste: «¡He sido muy culpable! lo que más pena me causa, es que se crea que soy un mártir; léjos de esto... en existencia precedente hice meter en sacos y echar al mar muchas víctimas... ¡Orad por mí!

Instruccion de S. Luis sobre esta comunicacion:

Esta confesion será para este Espíritu causa de grande alivio. ¡Sí, ha sidó muy culpable! Pero la existencia que acaba de dejar ha sido honrosa; era amado y estimado de sus jefes; éste es el fruto de su arrepentimiento y de las buenas resoluciones que habia tomado ántes de volver á venir á la tierra, donde quiso ser humano tanto como fué cruel. La abnegacion de que hizo prueba, tenía un fin reparador, pero le era necesario rescatar faltas pasadas por medio de su última expiacion, la de la muerte cruel que ha sufrido; él mismo quiso purificarse sufriendo los tormentos que hizo experimentar á los otros; y observad que una idea le persigue: el sentimiento de ver que se le mire como un mártir. Creed que se le tendrá cuenta de este sentimiento de humildad. Para en adelante ha dejado la via expiatoria, para entrar en la rehabilitación; con vuestras oraciones podeis sostenerle y hacerle marchar con paso más firme y más seguro.

FRANCISCO RIQUIER.

Francisco Riquier, hombre muy conocido, era un viejo avaro, y solteron, murió en C... en 1857, de-

jando á sus colaterales una fortuna bastante considerable. Allá en sus tiempos, fué el amante de una dama que despues le olvidó por completo, hasta olvidar si pertenecia ó nó á este mundo.

En 1862, la hija de esta señora, que sufría catalepsias seguidas de un sueño magnético espontáneo, y que además era muy buena médium escribiente, vió en una de sus crisis, al señor Riquier, quien decia queria dirigirse á su madre. Pasados algunos dias, como se presentara espontáneamente, manifestando deseos de hablar á esta señora, se entabló con él la conversacion siguiente:

P. ¿Qué quereis de nosotros?—R. ¡Mi dinero que me han quitado los miserables para repartírselo! Han vendido mis granjas, mis casas, todo para partírselo. Han dilapidado mis bienes como si no fuesen míos. Haced que se me haga justicia, porque á mí no me escuchan y no quiero ver tales infamias. ¡Dicen que era usurero y guardan mi dinero! ¿Por qué no me lo vuelven, si creen que fué mal adquirido?

P. Pero estais muerto, buen hombre; no teneis necesidad de dinero. Pedid á Dios os conceda una nueva existencia pobre para expiar la avaricia de la última.—R. Nó, yo no podria vivir pobre. Me hace falta mi dinero para que yo pueda vivir. Por otra parte, no tengo necesidad de vivir otra vez, puesto que vivo en la actualidad.

P. (La pregunta siguiente fué hecha con el fin de conducirlo á la realidad.)—¿Sufrís?—R. ¡Oh! sí, sufro tormentos peores que la enfermedad más cruel; porque mi alma es la que sufre estos tormentos. Ten-

go siempre presente la iniquidad de mi vida, que ha sido un objeto de escándalo para muchos. Sé bien que soy un miserable indigno de piedad; pero sufro tanto que es preciso que me ayudeis á salir de este estado terrible.

P. Nosotros oraremos por vos.—R. ¡Gracias! Orad para que olvide mis riquezas terrestres, sin esto no podria jamás arrepentirme. Adios y gracias.

FRANGISCO RQUIER.

(Calle de la Caridad, núm. 14.)

Es bastante curioso ver á este Espíritu dar las señas de su casa, como si estuviera todavía vivo. La señora que las ignoraba, se apresuró á comprobarlas; y quedó muy sorprendida al ver que la casa indicada era justamente la última que aquel habia habitado. De esta suerte, despues de cinco años no se creia muerto, y se encontraba aún en la ansiedad, terrible para un avaro, al ver sus bienes divididos entre sus herederos. La evocacion provocada sin duda por algun buen Espíritu, ha tenido por efecto hacerle comprender su posicion, y disponerle al arrepentimiento.

CLARA.

(Sociedad de Paris 1861.)

El Espíritu que ha dictado las comunicaciones siguientes es el de una mujer, que el médium habia conocido en su vida, y cuya conducta y carácter justifican bastante los tormentos que sufre. Sobre todo estaba dominada por un sentimiento desmedido de egois-

mo y de personalidad que se refleja en la tercera comunicacion, y por su pretension en querer que el médium no se ocupe más que de ella. Estas comunicaciones se han obtenido en diversas épocas; las tres últimas denotan un progreso sensible en las disposiciones del Espíritu, gracias á los cuidados del médium que habia emprendido su educacion moral.

I. Heme aquí, yo, la desgraciada Clara; ¿qué quieres que te enseñe? La resignacion y la esperanza sólo son palabras para aquel que sabe que innumerables, como las arenas de las playas, sus sufrimientos durarán la interminable sucesion de siglos. ¿Puedo endulzarlos, dices tú? ¡Qué palabra tan vaga! ¿Dónde está el valor y la esperanza para eso? Procura, pues, con tu cerebro limitado, poder comprender lo que es un dia que no acaba jamás. ¿Es acaso un dia, un año, un siglo? ¿qué me sé yo lo que es? las horas no lo dividen; las estaciones no lo varian; eterno y lento, como el agua que destila gota á gota de una roca, este dia execrado, este dia maldito, pesa sobre mí como una caja de plomo... ¡Yo sufro!... Sólo veo á mi alrededor sombras silenciosas é indiferentes... ¡Yo sufro!

Sin embargo, yo sé que por cima de esta miseria, reina Dios, el padre, el Señor, aquel hácia quien todo se dirige. Quiero pensar en él, quiero implorarle. Hago esfuerzos y estoy como un lisiado que se arrastra á lo largo del camino. No sé que poder me atrae hácia tí; puede que en tí encuentre mi salvacion. Me despido un poco más tranquila y animada, como un viejo temblando de frio á quien reanima un rayo de sol; mi alma helada toma nueva vida, acercándome á tí.

II. Mi desgracia aumenta todos los días; aumenta á medida que el conocimiento de la eternidad se desenvuelve ante mí. O miseria! ¡Cuánto os maldigo, horas culpables, horas de egoísmo y de olvido, en que desconociendo toda caridad, toda abnegación, no pensaba más que en mi bienestar! ¡Malditas seais, humanas comodidades! ¡vanas preocupaciones de intereses materiales! ¡Malditos seais vosotros que me habeis cegado y perdido! Estoy roida por la incesante pena del tiempo trascurrido. ¿Qué quieres que te diga á tí que me escuchas? Vela sin cesar por tí; ama á los otros más que á ti mismo; no te rezagues en los caminos del bienestar; no engordes tu cuerpo á costas de tu alma; vela, como decia el Salvador á sus discípulos. No me des gracias por estos consejos, *mi Espiritu los concibe, mi corazon no los ha escuchado jamás*. Como un perro zurrado, el miedo me hace arrastrar, pero no conozco aún el amor libre. ¡Su divina aurora tarda mucho en levantarse! ¡Ruega por mi alma escuálida y miserable!

III. Vengo en busca tuya hasta encontrarte, puesto que me olvidas. ¿Crées acaso que las oraciones aisladas y el recuerdo de mi nombre, pueden bastar para el alivio de mi pena? Nó, cien veces nó. Rujo de dolor; errante, sin reposo, sin asilo, sin esperanza, sintiendo el eterno aguijon del castigo hundirse en mi alma sublevada. Rio, cuando oigo vuestras quejas, cuando os veo abatidos. ¡Qué son vuestras pálidas miserias! ¡Qué vuestras lágrimas! ¡Qué vuestros tormentos que el sueño mitiga! ¿Duermo yo acaso? Quiero ¿entiendes? quiero que, dejando tus disertaciones filosófi-

cas, te ocupes de mí, que hagas que los otros se ocupen tambien. No encuentro palabras para pintar la angustia de este tiempo que corre, sin que las horas marquen sus períodos. Apenas veo un débil rayo de esperanza, y esta esperanza eres tú quien me la dás, no me abandones, pues.

IV. (El Espíritu de San Luis.) Este cuadro es muy verdadero, porque en él nada se exagera. Puede que se pregunte qué hizo esa muger para ser tan desdichada. ¿Cometió algun crimen horrible? ¿Robó, asesinó? Nó; no ha hecho nada que haya merecido la justicia de los hombres. Se ocupaba, al contrario, en lo que llamis la felicidad terrestre; hermosura, fortuna, placeres, adulaciones, todo le sonreia, nada le faltaba, y no se podia ménos de decir al verla: ¡Qué feliz muger! y se envidiaba su suerte. ¿Qué ha hecho decís? fué egoista; todo lo tenia excepto un buen corazon. Si no violó la ley de los hombres, ha violado la ley de Dios; porque ha desconocido la caridad, la primera de las virtudes. No amó á nadie sino á sí misma, ahora nadie la ama; no dió nada, nada se le dá; está aislada, desamparada, abandonada, perdida en el espacio donde nadie piensa en ella; nadie se ocupa de ella: esto es lo que constituye su suplicio. Como sólo procuró los goces mundanos, y hoy esos goces no existen, el vacío se ha formado á su alrededor; sólo vé la nada, y la nada le parece la eternidad. No sufre tormentos físicos; los diablos no vienen á atormentarla, pero esto no es necesario: se atormenta á sí misma, y sufre mucho más, porque los diablos serian tambien seres que pensarian en ella. El egoismo

hizo su a'egría en la tierra: el mismo egoismo la persigue; ahora es el gusano que la roe el corazón; es su verdadero demonio.

SAN LUIS.

V. Os hablaré de la diferencia notable que existe entre la moral divina y la moral humana. La primera asiste á la muger adúltera en su abandono, y dice á los pecadores: «Arrepentios, y el reino de los cielos se os abrirá.» La moral divina, en fin, acepta todo arrepentimiento y todas las faltas confesadas, mientras que la moral humana rechaza éstas y admite, sonriendo, los pecados ocultos que dice, son medio perdonados. En la una la gracia del perdón, en la otra la hipocresía. ¡Elegid, Espíritus ávidos de verdad! Elegid entre los cielos abiertos al arrepentimiento, y la tolerancia que admite el mal que no molesta su egoismo, y sus falsas conveniencias; pero que rechaza la pasión y los sollozos por las faltas confesadas á la luz del día. Arrepentios, vosotros todos los que pecáis; renunciad al mal, pero sobre todo renunciad á la hipocresía que cubre su fealdad con la máscara risueña y engañosa de las mútuas conveniencias.

VI. Ahora estoy tranquila, y resignada á la expiación de las faltas que he cometido. El mal está en mí y no fuera de mí; yo soy, pues, la que debo cambiar y no las cosas exteriores. Llevamos en nosotros nuestro cielo y nuestro infierno, y nuestras faltas, grabadas en la conciencia, salen sin detenerse en el día de la resurrección, y entonces somos nuestros propios jueces, puesto que el estado de nuestra alma nos eleva ó nos precipita.

Me explicaré: un Espíritu manchado y *abrumado* por sus faltas no puede concebir ni desear una elevación, que no podría soportar. Creedlo: así como las diferentes especies de seres viven cada una en la esfera que le es propia, del mismo modo los Espíritus, según el grado de su adelantamiento, se mueven en el centro de sus facultades; no conciben otro, sino cuando el progreso, instrumento de la lenta transformación de las almas, les saca de sus pensamientos rastreros y les hace despojar de la crisálida del pecado, á fin de que puedan revolotear, ántes de lanzarse, rápidos como flechas, hácia Dios que viene á ser el fin único y deseado. ¡Ay de mí! me arrastro todavía, pero no aborrezco, y concibo la inefable dicha del amor divino. Ruega, pues, siempre por mí, que espero y aguardo.

En la comunicacion siguiente, Clara habla de su marido, de quien habia tenido que sufrir mucho en su vida, y de la posicion en que se encuentra hoy en el mundo de los Espíritus. Este cuadro, que no habia podido acabar por sí misma, fué completado por el gufa espiritual del médium.

VII.—Vengo á tí despues de tanto tiempo que me tienes olvidada; pero he adquirido la paciencia y no he perdido la esperanza. Tú quieres saber cual es la situacion del pobre Félix; está errante en las tinieblas, siendo presa de la profunda desnudez de su alma. Su sér superficial y ligero manchado por el placer, ha ignorado siempre el amor y la amistad. La pasion no le ha iluminado todavía con sus luces sombrías. Comparo su estado presente al de un niño in-

capaz para los actos de la vida y privado del socorro de los que le asisten. Félix anda errante y espantado en este mundo extraño, donde todo resplandece con el esplendor de Dios á quien ha negado....

VIII.—(*El guia del médium.*) Clara no puede continuar el análisis de los sufrimientos de su marido *sin sentirlos tambien*; voy á hablar por ella.

Félix que era superficial en las ideas, como en los sentimientos, violento porque era débil, disoluto porque era frio, ha vuelto entrar en el mundo de los Espíritus, desnudo de moral, como lo era en el físico. *Entrando en la vida terrestre, nada ha adquirido, y por consiguiente tiene que empezar lo todo*. Como un hombre que se despierta de un largo sueño, y que reconoce cuán vana era la agitacion de sus nervios, este pobre sér, saliendo de la turbacion, reconocerá que vivió de quimeras, que fascinaron su existencia; maldecirá el materialismo que le ha hecho abrazar el vacío, cuando creia estrechar una realidad; maldecirá el positivismo que hacia que llamase desvarios á las ideas de una vida futura; á las aspiraciones, locuras, y á la creencia en Dios, debilidad. El desgraciado, despertándose, verá que estos nombres de que ha hecho burla, eran la fórmula de lo verdadero, y que al revés de la fábula, la caza de la presa, ha sido ménos provechosa que la de la sombra.

GEORGES.

Estudios sobre la comunicacion de Clara.—Estas comunicaciones son instructivas, sobre todo porque nos demuestran una de las cosas más vulgares de la vida: el egoismo. No se ven en ella los grandes

crímenes que espantan aún á los hombres perversos, sino la condicion de una porcion de gentes que viven en el mundo, honrados y buscados, porque tienen un cierto barniz, y que no caen bajo la vindicta de las leyes sociales. Estos no son tampoco en el mundo de los Espíritus, castigos excepcionales, cuyo cuadro hace temblar, sino una situacion sencilla, natural, consecuencia de su manera de vivir y del estado de su alma; el aislamiento, el abandono, hé ahí el castigo de aquel que no ha vivido más que para sí. Clara era, como se ha visto, un Espiritu muy inteligente, pero un corazon seco; en la tierra, su posicion social, su fortuna, sus ventajas físicas le atraian homenajes que lisongeaban su vanidad, y esto la bastaba; allí no encuentra sino indiferencia, y el vacío se hace á su alrededor: castigo mas punzante que el dolor, porque mortifica, pues el dolor inspira piedad, compasion: además éste es un medio de atraerse las miradas, de hacer que se ocupen de ella, para que se interesen por su suerte.

La sexta comunicacion encierra una idea enteramente verdadera, respecto á la obstinacion de ciertos Espiritus en el mal. Se admira uno de ver que son insensibles al pensamiento, al mismo espectáculo de la dicha de que gozan los buenos Espíritus. Puede decirse que están exactamente en la posicion de los hombres degradados, que se complacen en el fango y en las alegrías groseras y sensuales. Allí, estos hombres están de cierto modo en su centro; no conciben los goces delicados; prefieren sus harapos manchados á los vestidos elegantes y brillantes, porque se hallan

más á gusto con los suyos; sus fiestas báquicas, á los placeres de la buena sociedad. Se han identificado de tal manera con este género de vida, que para ellos ha venido á ser una segunda naturaleza; se creen también incapaces de elevarse sobre su esfera, y por esto permanecen en ella, hasta que una trasformacion de su sér haya abierto su inteligencia, desenvolviendo su sentido moral, y les haya hecho accesibles á sensaciones más delicadas.

Estos Espíritus, cuando están desencarnados, no pueden instantáneamente adquirir la delicadeza del sentimiento, y durante un tiempo más ó ménos largo, ocuparán lo más bajo del mundo espiritual, como han ocupado el del mundo corporal; permanecerán en él tanto tiempo cuanto sean rebeldes al progreso; pero á la larga, con la experiencia, las tribulaciones, las miserias de encarnaciones sucesivas, llega un momento en que conciben alguna cosa mejor que la que tienen; sus aspiraciones se elevan; comienzan á comprender lo que les falta, y entónces es cuando hacen esfuerzos para adquirirla y elevarse. Una vez yá en esta via, marchan con rapidez, porque han probado una satisfaccion que les parece muy superior, y que comparándola con las sensaciones groseras, acaban éstas por inspirarles repugnancia.

P. (á San Luis) *¿Qué debe entenderse por las tinieblas en que están sumergidas ciertas almas que sufren? ¿Serán las mismas de que habla con tanta frecuencia la Escritura?*—R. Las tinieblas de que se trata, son en realidad las designadas por Jesús y los profetas, hablando del cas-

tigo de los malos. Pero esto no debe entenderse más que como una figura destinada á afectar los sentidos materiales de sus contemporáneos, que no hubieran podido comprender el castigo de una manera espiritual. Ciertos Espíritus están sumergidos en las tinieblas; pero es preciso entender por eso una verdadera noche del alma, comparada á la obscuridad en que está sumerjida la inteligencia del idiota. No es una locura del alma, sino una inconsciencia de sí misma, y de lo que la rodea, que se presenta lo mismo á la vista como en ausencia de la luz material. Es especialmente el castigo de los que han dudado del destino de su sér; han creído en la nada, y la apariencia de esta nada viene á hacer su suplicio, hasta que el alma, vuelta en sí, venga á romper con energía la red de enervacion moral de que se halla dominada; de la misma manera que un hombre agitado por un sueño penoso, lucha en un momento dado con toda la potencia de sus facultades contra los terrores por los que se ha dejado dominar, desde un principio. Esta reduccion momentánea del alma á una nada ficticia, con el sentimiento de su existencia, es un sufrimiento más cruel de lo que podría imaginarse, en razon de la apariencia de reposo á que está sujeta; este reposo forzado, esta nulidad de su sér, esta incertidumbre, es lo que forma su suplicio; el castigo más terrible es el fastidio de que está abrumada, porque nada percibe á su alrededor, ni cosas ni séres. Para el alma, éstas son las verdaderas tinieblas.

SAN LUIS.

(Clara). Héme aquí. Puedo responder también á

la citada pregunta sobre las tinieblas, porque he errado y sufrido largo tiempo en esos limbos, donde todo son sollozos y miserias. Sí, las tinieblas visibles de que habla la Escritura existen, y los desgraciados que, habiendo terminado sus pruebas terrestres, dejan la vida, ignorantes ó culpables, son sumergidos en la fria region, ignorantes de sí mismos y de sus destinos. Creen en la eternidad de su situacion, balbucean todavía las palabras de la vida que les han seducido, se admiran y se espantan de su gran soledad; son tinieblas estos lugares vacíos y poblados, estos espacios, á donde van á parar dolientes Espíritus errantes y pálidos sin consuelo, sin afecciones, sin ningun socorro. ¿A quién se dirigirán? Sienten por un lado la eternidad que pesa sobre ellos, tiemblan y lloran los mezquinos interéres que median sus horas; por otra, echan á ménos la noche en que, sucediendo al dia, pasaban muchas veces sus cuidados en un sueño feliz. Las tinieblas son para los Espíritus, la ignorancia, el vacío y el horror á lo desconocido... No puedo continuar...»

Se ha dado tambien de esta obscuridad la explicacion siguiente: «El perispíritu posee por su naturaleza una propiedad luminosa, que se desarrolla bajo el imperio de la actividad y de las cualidades del alma. Podria decirse que estas cualidades son, en cuanto al fluido perispiritual, lo que la frotacion es respecto del fósforo. El brillo de la luz está en razon de la pureza del Espiritu; las menores imperfecciones morales la oscurecen y la debilitan. La luz que rádia de un Espiritu es tanto más viva cuanto, éste está más adelantado. Siendo el Espiritu en cierto modo su *porta-luz*, vé más ó

ménos segun la intensidad de la luz que produce; de donde dimana que los que no la producen están en la obscuridad.»

Esta teoría es enteramente exacta en cuanto á la radiacion del fluido luminoso por los Espíritus superiores, lo que la observacion ha confirmado; pero no parece ser la verdadera causa, ó al ménos única del fenómeno de que se trata, atendido: 1.º Que todos los Espíritus inferiores no están en las tinieblas. 2.º Que el mismo Espíritu puede encontrarse alternativamente en la luz y en la oscuridad; y 3.º Que la luz es un castigo para ciertos Espíritus muy imperfectos. Si la obscuridad en que están sumergidos ciertos Espíritus, fuera inherente á su personalidad, sería *permanente y general* para todos los Espiritus malos, lo que no es así, puesto que Espíritus más perversos ven perfectamente, mientras que otros, á quienes no se puede calificar de perversos, están temporalmente en profundas tinieblas. Todo prueba, pues, que además de la que les es propia, los Espiritus reciben igualmente una luz exterior que les falta segun las circunstancias; de donde debe concluirse que esta obscuridad depende de una causa ó voluntad extraña, y que constituye un castigo especial para casos determinados por la soberana justicia.

Preg. (á San Luis) *¿De dónde proviene que la educacion moral de los Espiritus desencarnados es más fácil que la de los encarnados?*—Las relaciones establecidas por el Espiritismo entre los hombres y los Espiritus, han dado lugar á observar, que estos últimos se enmiendan con más rapidez bajo la

influencia de consejos saludables que los que están encarnados, según se vé por las curas de obsesiones.

R. (Sociedad de París).—El encarnado por su misma naturaleza está en un estado de lucha incesante, en razón á los elementos contrarios de que está compuesto, y que deben conducirle á su fin providencial, obrando uno sobre otro. La materia sufre fácilmente la dominación de un fluido exterior; si el alma no obra con toda la potencia moral de que es capaz, se deja dominar por el intermediario de su cuerpo, y sigue el impulso de las influencias perversas de que está rodeada; esto sucede con una facilidad tanto más grande en cuanto los invisibles que la estrechan, atacan con preferencia las partes más vulnerables, esto es, las tendencias hácia la pasión dominante.

Todo eso se produce de distinta manera en el Espiritu desencarnado; es verdad que está aún bajo una influencia semi-material, pero este estado no es en nada comparable con el del encarnado. El respeto humano, tan preponderante en el hombre, es nulo para él, y este pensamiento no podía apremiarle á resistir mucho tiempo á las razones, que su propio interés le muestra como buenas. Puede luchar, y aún generalmente lo hace con más violencia que el encarnado; porque es más libre, pero ninguna mira mezquina de interés personal, de posición social, viene á poner trabas á su discernimiento. Lucha por amor al mal, pero adquiere pronto el sentimiento de su impotencia frente á frente de la superioridad moral que le domina; el espejismo de un porvenir mejor tiene más acceso en él, porque

se halla en la misma via en que debe cumplirse, y esta perspectiva no se borra por el torbellino de los placeres humanos; en una palabra, como no está bajo la influencia de la carne, su conversion es más fácil, cuando sobre todo ha adquirido cierto desarrollo por las pruebas que ha sufrido. Un Espíritu enteramente primitivo sería poco accesible al raciocinio, pero es muy diferente en aquel que tiene la experiencia de la vida. Por otra parte, tanto en el encarnado como en el desencarnado, debe accionarse sobre el alma, sobre el sentimiento. Toda accion material puede suspender momentáneamente los sufrimientos del hombre vicioso; pero no puede destruir el principio mórbido que reside en el alma; *cualquier acto que no tienda á mejorar el alma, no puede apartarla del mal.*

SAN LUIS.

CAPÍTULO V.

SUICIDAS.

El suicida de la Samaritana.

El 7 de abril de 1858, á eso de las siete de la noche, un hombre de unos cincuenta años, vestido decentemente, se presentó en el establecimiento de la Samaritana, en París, y se hizo preparar un baño. Admirándose el mozo de servicio, despues de un intervalo de dos horas, de que dicho individuo no llamase, se decidió á entrar en su gabinete para ver si estaba indispuesto. Entónces fué testigo de un horrible espectáculo; aquel desgraciado se habia cortado la garganta con una navaja de afeitár, y toda su sangre se habia mezclado con el agua del baño. No habiéndose podido justificar la identidad, fué conducido el cadáver á la Morgue.

El Espiritu de este hombre, evocado en la sociedad de París, seis dias despues de su muerte, dió las respuestas siguientes:

1.º—Evocacion. (Respuesta del guía del médium.)
Espera... está ahí.

2.—¿Dónde estais ahora?—R. No lo sé... Decidme dónde estoy.

3.—Estais en una reunion de personas que se ocupan de estudios espiritistas, y que os son benévolas.
—R. Decidme si vivo... Me ahogo en el ataud.

«Su alma, aunque separada del cuerpo, se encuentra todavía sumergida completamente en esto que podría llamarse el torbellino de la materia corporal; existen aún en él ideas terrestres; no se cree muerto.»

4.—¿Quién os ha incitado á venir á nosotros? R. Me he sentido aliviado.

5.—¿Qué motivo os ha conducido á suicidaros?—R. ¿Estoy muerto?... Nó... habito mi cuerpo... ¡No sabeis cuánto sufro!... Me ahogo... ¡Haced por que una mano compasiva ponga término á mi existencia!

6.—¿Por qué no habeis dejado ninguna señal que pudiese haceros reconer?—R. Estoy abandonado; *he huido del sufrimiento para encontrar el tormento.*

7.—¿Teneis ahora los mismos motivos para permanecer desconocido?—R. Sí; no pongais un hierro ardiente en la herida que echa sangre.

8.—¿Querriais decirnos vuestro nombre, vuestra edad, vuestra profesion, vuestro domicilio?—Nó... de ninguna manera.

9.—¿Teneis familia, muger, hijos?—R. Estaba abandonado; ningun sér me amaba.

10.—¿Qué habeis hecho para no ser amado de nadie?—R. ¡Cuántos lo son como yo!... Un hombre puede estar abandonado en medio de su familia, cuando ningun corazon le ama.

11.—En el momento de ejecutar vuestro suicidio, ¿no habeis vacilado?—R. Tenía sed de la muerte... Esperaba el descanso.

12.—¿Cómo es que el pensamiento del porvenir no os ha hecho renunciar á vuestro proyecto?—R. No

creia en él; estaba sin esperanza. El porvenir es la esperanza.

13.—¿Qué reflexiones habeis hecho en el momento en que habeis sentido que la vida se os extinguia?—
R. No he reflexionado, he sentido... Pero mi vida no se ha extinguido... mi alma está ligada á mi cuerpo...
Siento los gusanos que me roen.

14.—¿Qué sensacion habeis tenido en el momento en que la muerte se ha consumado?—R. ¿Se ha consumado efectivamente?

15.—El momento en que la vida se os extinguia, ¿ha sido doloroso?—R. Menos doloroso que despues. El cuerpo sólo ha sufrido.

16.—(Al Espíritu de S. Luis.) ¿Qué entiende el Espíritu, diciendo que el momento de la muerte ha sido menos doloroso que despues.—R. El Espíritu se descargaba de un peso que le abrumaba; sentia la voluptuosidad del dolor.

17.—¿Este estado es siempre la consecuencia del suicidio?—R. Sí; el Espíritu del suicida está ligado á su cuerpo hasta el término de su vida; la muerte natural es la emancipacion de la vida: el suicida la rompe por completo.

18.—¿Este estado es el mismo en cualquiera muerte accidental independiente de la voluntad, y que abrevie la duracion natural de la vida?—R. Nó..... ¿Qué entendeis por suicidio? El Espíritu no es culpable sino de sus obras.

Esta duda de la muerte es muy comun en las personas fallecidas de poco tiempo, y sobre todo en aquellas que durante su vida, no han elevado su alma sobre la ma-

teria. Es un fenómeno raro desde luego, pero que se explica muy naturalmente. Si á un individuo puesto en sonambulismo por la primera vez, se le pregunta si duerme, responde casi siempre *no*, y su respuesta es lógica: el interrogador, es el que hace mal la pregunta, sirviéndose de un término impropio. La idea de sueño, en nuestro lenguaje usual, está ligada á la suspension de todas nuestras facultades sensitivas; pero el sonámbulo que piensa, que vé y que siente, que tiene conciencia de su libertad moral, no cree dormir, y, en efecto, no duerme en la acepcion vulgar de la palabra. Por esto responde *no*, hasta que esté familiarizado con esta nueva manera de entender la cosa. Lo mismo sucede en el hombre que acaba de morir: para él la muerte es el aniquilamiento del sér; pero, como el sonámbulo, vé, siente, habla; luego para él no está muerto, y lo dice hasta que haya adquirido la intuicion de su nuevo estado. Esta ilusion es siempre más ó ménos penosa, porque nunca es completa y deja al Espíritu cierta ansiedad. En el expresado ejemplo, es un verdadero suplicio por la sensacion de los gusanos que roen el cuerpo, y por su duracion que debe ser la que habia tenido la vida de este hombre, si no la hubiera abreviado. Este estado es frecuente en los suicidas, pero no se presenta siempre en condiciones idénticas; varía sobre todo en duracion y en intensidad, segun las circunstancias agravantes ó atenuantes de la falta. La sensacion de los gusanos y de la descomposicion del cuerpo, no es tampoco especial de los suicidas; es frecuente en aquellos que han vivido más de la vida material que de la vida espiritual. En principio, no hay falta impune; pero no hay regla uniforme y absoluta en el modo y forma del castigo.

EL PADRE Y EL QUINTO.

Al principio de la guerra de Italia, en 1859, un negociante de París, padre de familia, quedisfrutaba de

la estimacion general de todos sus vecinos, tenía un hijo, á quien habia cabido la suerte de soldado; encontrándose, por su posicion, en la imposibilidad de librarle del servicio, tuvo la idea de suicidarse á fin de eximirle como hijo único de viuda. Fué evocado un año despues en la sociedad de París, á peticion de una persona que le habia conocido, y que deseaba saber de su suerte en el mundo de los Espíritus. (A San Luis.)
 ¿Quereis decirnos si podemos hacer la evocacion del hombre de quien se acaba de hablar?—R. Sí, tendrá mucho gusto en ello, porque se sentirá un poco aliviado.

1.—*Evocacion.*—R. ¡Oh! ¡gracias! sufro mucho, pero... es justo; sin embargo me perdonará.

El Espíritu escribió con gran dificultad; los caracteres eran irregulares y mal formados; despues de la palabra *pero*, se detuvo, trató en vano de escribir, y no hizo más que algunos rasgos indescifrables y puntos. Es evidente que no pudo escribir la palabra Dios.

2.—Llenad el claro que acabais de dejar.—R. Soy indigno de hacerlo.

3.—¿Decís que sufrís, sin duda habeis hecho mal en suicidaros, pero el motivo que os ha conducido á este acto, no os ha merecido alguna indulgencia?—R. Mi castigo será ménos largo, pero la accion no es por esto ménos mala.

4.—¿Podriais describirnos el castigo que sufrís?—R. Sufro doblemente en mi alma y en mi cuerpo; sufro en este último, aunque no lo poseo, como el amputado sufre en el miembro yá separado.

5.—¿Vuestra accion ha tenido por único motivo

vuestro hijo, y no habeis sido inducido por ninguna otra causa?—R. Sólo el amor paterno me ha guiado; pero me ha guiado mal, y en consideracion á esta causa, mi pena será abreviada.

6.—¿Preveis el término de vuestros sufrimientos?—R. No sé el término; pero tengo la seguridad de que existe, lo que es un alivio para mí.

7.—Ahora mismo no habeis podido escribir el nombre de *Dios*; hemos, sin embargo, visto Espíritus que sufrían mucho escribiéndolo; ¿forma esto parte de vuestro castigo?—R. Lo podré con grandes esfuerzos de arrepentimiento.

8.—Pues bien, haced grandes esfuerzos y procurad escribirlo; estamos convencidos de que, si lo conseguís, os servirá de alivio.

El Espíritu acaba por escribir en caractéres irregulares, temblones y muy gruesos: «Dios es muy bueno.»

9.—Estamos muy contentos con que hayais venido á nuestro llamamiento, y rogaremos á Dios por vos á fin de alcanzar su misericordia.—R. Sí, si me haceis el favor....

10.—(A San Luis.) ¿Quereis darnos vuestra apreciacion personal sobre el acto del Espíritu que acabamos de evocar?—R. Este Espíritu sufre justamente; porque no ha tenido confianza en Dios, lo que es una falta siempre punible; el castigo sería terrible y muy largo, si no tuviese en su favor un motivo laudable, que era el de impedir á su hijo que fuese á buscar la muerte; Dios que vé el fondo de los corazones y que es justo, no le castiga sino segun sus obras.

«*Observaciones.*—Desde luego este suicidio parece excusable, porque puede ser considerado como un acto de abnegacion; lo es en efecto, pero no lo es completamente. Como dice el Espíritu de San Luis, este hombre no tuvo confianza en Dios. Puede que por su accion haya impedido que su hijo cumpliera su destino; no es una cosa cierta que su hijo hubiese de morir en la guerra, y quizá esta carrera debia presentarle la ocasion de hacer alguna cosa útil para su adelantamiento. Su intencion sin duda era buena, tambien se le ha tenido en cuenta; la intencion atenúa el mal y merece indulgencia, pero no impide que el mal sea mal; sin esto, á favor del pensamiento, podrian excusarse todos las maldades, y tambien se podria matar bajo el pretexto de hacer un servicio. ¿Una madre que matase á su hijo en la creencia de que le envia derecho al cielo, dejaria de estar en error, porque lo hiciera con buena intencion? Con este sistema se justificarian todos los crímenes, que el fanatismo ciego hizo cometer en las guerras de religion.

Es un principio que el hombre no tiene derecho á disponer de su vida, porque se le ha dado con la mira de *los deberes que debia cumplir en la tierra*; así es que no debe abreviarla voluntariamente bajo ningun pretexto. Como tiene su libre alvedrío, nadie puede impedirselo, pero sufre siempre las consecuencias. El suicidio más severamente castigado es aquel que se ejecuta en un acto de desesperacion, y con la idea de librarse de las miserias de la vida; siendo á la vez pruebas y expiaciones semejantes penalidades, sustraerse á

ellas equivale á retroceder ante la tarea que se habia aceptado, y ante la mision que se debia cumplir.

El suicidio no consiste solamente en el acto voluntario que produce la muerte instantánea; consiste tambien en todo aquello que se hace con conocimiento de causa, para precipitar la extincion de las fuerzas vitales.

No se puede asimilar con el suicidio la abnegacion de aquel que se expone á una muerte inminente por salvar á sus semejantes; en primer lugar, porque no hay en este caso, ninguna intencion premeditada de sustraerse á la vida, y en segundo, porque no hay peligro, del cual la Providencia no pueda sacarnos, si la hora de dejar la tierra no nos ha llegado. La muerte, si tiene lugar en tales circunstancias, es un sacrificio meritorio, porque es una abnegacion en provecho de otro. (*Evanjelio segun el espiritismo*, cap. V, números 23, y siguientes.)

FRANCISCO SIMON LOUVET (del Havre.)

La comunicacion siguiente fué dada espontáneamente en una reunion espiritista en el Havre, el 12 de febrero de 1863:

«¡Tened piedad de un pobre miserable que sufre hace mucho tiempo los más crueles tormentos! ¡Oh! el vacío.... el espacio.... caigo, caigo, socorro!... ¡Dios mio, tuve una vida tan miserable!... Era un pobre diablo; sufrí á menudo el hambre en mi vejez; por esto me entregaba á la bebida y me avergonzaba y disgustaba de todo... He querido morir, y me he arrojado...

Oh! Dios mio, qué momento!... ¿Por qué pues tener deseo de acabar cuando estaba tan cerca del término? Rogad! para que no vea siempre *este vacío debajo de mí*... ¡Voy á destrozarme contra estas piedras!... Os lo suplico á vosotros que teneis conocimiento de las miserias de los que no están en la tierra, á vosotros me dirijo, aunque no me conozcais; porque sufro tanto... ¿Por qué quereis pruebas? Sufro, ¿no es esto bastante? Si tuviese hambre, en lugar de este sufrimiento más terrible, pero invisible para vosotros, no vacilariais en aliviarme, dándome un pedazo de pan. Os pido que oreis por mí... No puedo permanecer más tiempo... Preguntad á uno de estos felices que están aquí, y sabreis quién era yo. Rogad por mí.»

FRANCISCO SIMON LOUVET.

(*El guía del médium.*) «El que acaba de dirigirse á tí, hijo mio, es un pobre desgraciado que tenía una prueba de miseria en la tierra; pero el disgusto le dominó; le ha faltado el valor, y el infortunado, en lugar de mirar á lo alto, como debia hacerlo, se dió á la embriaguez; descendió á los últimos límites de la desesperacion, y puso un término á su triste prueba, arrojándose de la torre de Francisco I, el 22 de Julio de 1857. Tened piedad de su pobre alma, que no es adelantada; pero que tiene sin embargo, bastante conocimiento de la vida futura, para sufrir y desear una nueva prueba. Rogad á Dios le conceda esta gracia, y hareis una obra buena.»

Habiéndose hecho investigaciones, se encontró en el *Diario del Havre*, del 23 de Julio de 1857, un artículo cuyo extracto es el siguiente:

«Ayer á las cuatro, los que paseaban en el muelle fueron impresionados dolorosamente por un horrible accidente: un hombre se arrojó de la torre y se destrozó contra las piedras. Es un viejo barquero, cuyas inclinaciones á la embriaguez le han conducido al suicidio. Se llama Francisco—Victor—Simon Louvet. Su cuerpo fué trasladado á la casa de una de sus hijas, calle de la Corderie; tenia sesenta y siete años de edad.»

¡Seis años hace que este hombre murió, y se vé siempre cayendo de la torre, yendo á destrozarse contra las piedras; se espanta del vacío que tiene debajo de sí; se encuentra en los temores de la caída... y hace seis años! ¿Cuánto durará esto? no sabe nada, y esta incertidumbre aumenta sus angustias. ¿No equivale esto al infierno y sus llamas? ¿Quién ha revelado esos castigos? ¿se los ha inventado? Nó; los mismos que los sufren son los que vienen á describirlos, como otros describen sus goces. Muchas veces lo hacen espontáneamente, sin que se piense en ellos, lo que excluye la idea de que somos juguete de nuestra propia imaginación.

UNA MADRE Y SU HIJO.

En el mes de Marzo de 1865, M. C. negociante en una pequeña ciudad cerca de París, tenía en su casa, á su hijo de edad de veinte y un años, gravemente enfermo. Este jóven, sintiéndose á punto de expirar, llamó á su madre y tuvo todavía la fuerza de abrazarla. Esta, derramando abundantes lágrimas, le dijo: «Vé,

hijo mio, precedeme, no tardaré en seguirte.» Al mismo tiempo salió, ocultando la cabeza entre sus manos.

Las personas que se encontraban presentes á esta triste escena, consideraron las palabras de la señora C... como una sencilla explosion de dolor que el tiempo y la razon debian aplacar. Sin embargo, habiendo sucumbido el enfermo, se la buscó por toda la casa, y se la encontró colgada en un granero. El entierro de la madre se hizo al mismo tiempo que el de su hijo.

Evocacion del hijo muchos dias despues del acontecimiento.—¡Teneis noticia de la muerte de vuestra madre que se ha suicidado, sucumbiendo á la desesperacion que le ha causado vuestra pérdida.

R. Sí, y sin la pena que me ha causado el cumplimiento de su fatal resolucion, sería enteramente dichoso. ¡Pobre y excelente madre! No ha podido soportar la prueba de esta separacion momentánea, y ha tomado, por estar reunida á su hijo que amaba tanto, el camino que de él debia alejarla, ¡ay de mí por mucho tiempo. ¡Ha retardado asi indefinidamente esta reunion *que habria sido tan pronta*, si la sumision á la voluntad del Señor hubiera llenado su alma, y si se hubiese resignado humilde y arrepentida, ante la prueba que debia sufrir y la expiacion que iba á purificarla!

¡Orad! ¡oh! ¡Orad por ella!... y sobre todo, ¡no la miteis, madres que os enternecis con el triste relato de su muerte! No creais que amaba más que otras á este hijo que era su alegría y su orgullo; nó, no amaba más, pero le ha faltado el valor y la resignacion. Madres que me escuchais, cuando veais que la agonía

cubre los ojos apagados de vuestros hijos, acordaos que, como Cristo, suben la cima del calvario desde donde deben elevarse á la gloria eterna.

BENJAMIN C.....

Evocacion de la madre.—¡Quiero ver á mi hijo! ¡Teneis el poder de volvérmelo?... ¡Crueles!... ¡me lo han quitado para llevarlo á la luz y me han dejado en las tinieblas!.. ¡lo quiero, lo quiero... me pertenece!.. ¡Acaso no es nada el amor maternal?... Qué! ¡haberle llevado nueve meses en mi seno, haber alimentado su carne con mi carne, su sangre con mi sangre; haber guiado sus primeros pasos; haberle enseñado á balbucear el nombre sagrado de Dios y el dulce nombre de madre; haber hecho de él un hombre lleno de actividad, de inteligencia, de honradez, de rectitud, de amor filial, y perderle cuando realizaba las esperanzas que de él habia concebido; cuando un brillante porvenir se abria ante él! Nó, Dios no es justo; éste no es el Dios de las madres; no comprende su desesperacion y su dolor... y cuando me doy la muerte para no dejar á mi hijo, se me le arrebatara de nuevo!.... ¡Hijo mio! ¡Hijo mio! ¿dónde estás?

El evocador.—¡Pobre madre! participamos de vuestro dolor; pero habeis tomado un triste medio para estar reunida á vuestro hijo; el suicidio es un crimen á los ojos de Dios, y debiérais haber pensado que castiga toda infraccion á sus leyes. La privacion de la vista de vuestro hijo es vuestro castigo.

La madre.—Nó; yo creia que Dios era mejor que los hombres; no creia en su infierno, sino en la reunion eterna de las almas que se amaron con nos ama-

mos; me he engañado... ¡Dios no es justo y bueno, puesto que no ha comprendido la inmensidad de mi dolor y de mi amor!.... ¡Oh! ¡quién me volverá á mi hijo! ¿Lo he perdido para siempre? ¡Piedad! ¡piedad, Dios mío!

El evocador.— Veamos, calmad vuestra desesperacion; pensad que si hay modo de volver á ver á vuestro hijo, no es blasfemando de Dios, como lo hacéis. En lugar de hacéroslo favorable, os atraéis mayor severidad.

La madre.—Ellos me han dicho que no lo volveria á ver; he comprendido que lo han llevado al paraíso. ¿Y yo estoy en el infierno?... ¿el infierno de las madres?... existe, sí, demasiado lo veo.

El evocador.—Vuestro hijo no está perdido para siempre, creedme; lo volveréis á ver ciertamente; pero es preciso merecerlo con vuestra sumision á la voluntad de Dios, miéntras que revelándoos podeis retardar este momento indefinidamente. Escuchadme: Dios es infinitamente bueno, pero es infinitamente justo. No castiga jamás sin causa, y si os ha impuesto grandes dolores en la tierra, es porquelo habeis merecido. La muerte de vuestro hijo era una prueba para vuestra resignacion; desgraciadamente habeis sucumbido á ella en vuestra vida, y hé ahí que despues de vuestra muerte sucumbís de nuevo. ¿Cómo quereis que Dios recompense á sus hijos rebeldes? Pero él no es inexorable; acoje siempre el arrepentimiento del culpable. Si aceptando sin murmurar y con humildad la prueba que os enviaba por esta separacion momentánea, hubieseis esperado con paciencia que tuviera á bien lle-

varos de la tierra, á vuestra entrada en el mundo en que estais, hubieseis visto inmediatamente á vuestro hijo venir á recibirlos y á tenderos los brazos; habríais tenido la alegría de verle radiante despues de este tiempo de ausencia. Lo que hicisteis, y lo que haceis aún en este momento, pone entre él y vos una barrera. No creais que esté perdido en las profundidades del espacio; nó, está más cerca de vos de lo que creais; pero un velo impenetrable le oculta á vuestra vista. El os vé, os ama siempre, y gime por la triste situacion en que os ha hundido vuestra falta de confianza en Dios; pide fervorosamente el momento afortunado en que le será permitido mostrarse á vos; de vos sólo depende apresurar ó retardar este momento. Rogad á Dios, y decid conmigo:

«Dios mio, perdonadme el haber dudado de vuestra justicia y de vuestra bondad; si me habeis castigado, reconozco que lo he merecido. Dignaos aceptar mi arrepentimiento y mi sumision á vuestra santa voluntad.»

La madre. ¡Qué luz de esperanza acabais de hacer brillar en mi alma! Es un resplandor en la noche que me cerca. Gracias, voy á orar. Adios.

C...

La muerte, áun por el suicidio, no ha producido en este Espíritu la ilusion de creerse tambien vivo; tiene perfectamente conciencia de su estado; es que en otros el castigo consiste en esta misma ilusion, en los lazos que les unen á su cuerpo. Esta mujer ha querido dejar la tierra para seguir á su hijo en el mundo en que habia entrado: era preciso que supiera que estaba en ese mundo para ser castigada, no encontrándole en él. Su castigo es precisa-

mente el saber que no vive corporalmente, y en el conocimiento que tiene de su situación. Así es que cada falta es castigada por las circunstancias que la acompañan, y no hay castigos uniformes y constantes por las faltas del mismo género.

DOBLE SUICIDIO POR AMOR Y POR DEBER.

Un diario del 13 de Junio de 1862, contenia el hecho siguiente:

«La señorita Palmira, modista, que vivia con sus padres, estaba dotada de un exterior encantador, al que reunia el más amable carácter; así es que tenía muchos pretendientes. Entre los aspirantes á su mano, habia distinguido al señor B..., que sentia por ella una viva pasion. Aunque ella tambien la amaba mucho, creyó sin embargo, debia, por respeto filial, ceder á los deseos de sus padres, casándose con el señor D..., cuya posicion social les parecia más ventajosa que la de su rival.

»Los señores B... y D... eran amigos íntimos. Aunque no tenian entre sí ninguna relacion de interés, no cesaron de verse. El amor mútuo de B... y de Palmira, esposa yá del señor D... no se habia debilitado en modo alguno. Como se esforzaban en comprimirlo, se aumentaba en razon de la misma violencia que se hacian. Para tratar de extinguirlo, B... tomó el partido de casarse. Contrajo matrimonio con una jóven que poseia eminentes cualidades, é hizo todo lo posible para amarla; pero no tardó en apercibirse que este medio heróico era impotente para curarle. Sin embargo, durante cuatro años, ni B... ni la señora D... faltaron

á sus deberes. Lo que tuvieron que sufrir no podría expresarse, porque D..., que estimaba verdaderamente á su amigo, le atraía siempre á su casa y cuando quería marcharse, le obligaba á permanecer en ella.

»Los dos amantes aproximados un dia por una circunstancia fortuita que no habian buscado, se comunicaron el estado de su alma, y concordaron en el pensamiento de que la muerte era el solo remedio de los males que sentian. Resolvieron matarse juntos, y poner su proyecto en ejecucion al dia siguiente, debiendo estar el señor D... ausente de su domicilio una gran parte del dia. Despues de haber hecho sus últimos preparativos, escribieron una larga y tierna carta explicando la causa de su muerte, que se daban por no faltar á sus deberes. Terminaba con una peticion de perdon, y la súplica de que fuesen reunidos en la misma tumba.

»Cuando el señor D... entró, los encontró asfixiados. Respetó su último deseo, y quiso que en el cementerio no estuviesen separados.»

Habiéndose propuesto este hecho á la sociedad de Paris como objeto de estudio, contestó un Espiritu:

«Los dos amantes que se han suicidado no pueden aún responderos; los veo; están sumergidos en la turbacion, y espantados por el soplo de la eternidad. Las consecuencias morales de su falta les castigarán durante *emigraciones sucesivas*, en las que sus almas desunidas se buscarán sin cesar, y sufrirán el doble suplicio del presentimiento y del deseo. Cumplida la expiacion, se reunirán para siempre en el seno del eterno amor. Dentro de ocho dias, en vuestra próxima sesion

podreis evocarles; vendrán pero no se verán, una noche profunda, oculta por largo tiempo al uno del otro.»

1.—*Evocacion de la mujer.* — ¿Veis á vuestro amante por el cual os habeis suicidado?—R. Yo no veo nada; ni áun á los Espíritus que van conmigo de una parte á otra en la morada donde estoy. ¡Qué noche! ¡qué noche! y qué espeso velo sobre mi rostro!

2.—¿Qué sensacion habeis experimentado, cuando os despertasteis despues de vuestra muerte?— R. ¡Extraña; tenía frio y quemaba; hielo corria por mis venas, y tenía fuego en mi frente! ¡Cosa rara, mezcla inaudita! el hielo y el fuego parecian oprimirme! Pensaba que iba á sucumbir segunda vez.

3.—¿Sentís algun dolor fisico?—R. Todo mi sufrimiento está *aquí, aquí.*—¿Qué quereis decir, cuando decís *aquí aquí!*—R. *Aquí,* en mi cérebro; *aquí,* en mi corazon.

Es probable que, si se hubiera podido ver al Espíritu, se le habria visto llevar la mano á su frente y á su corazon,

4.—¿Creeis que estareis siempre en esta situacion?—R. Oh! siempre, siempre! Oigo algunas veces risas infernales, voces espantosas, como si ahullaran, diciendo estas palabras: ¡Siempre así!

5.—Pues bien! podemos deciros con toda seguridad que no siempre estareis así; arrepintiéndoos, obtendreis vuestro perdon.—R. ¿Qué habeis dicho? No lo entiendo.

6. Os repito que vuestros sufrimientos tendrán un término, que podreis abreviar con vuestro arrepenti-

miento, y os ayudaremos á ello por medio de la oración.—R. No he oído más que una palabra y vagos sonidos; esta palabra, es *gracia!* ¿Acaso me quereis hablar de gracia? Habeis hablado de gracia: sin duda es al alma que pasa por mi lado, ¡pobre criatura que llora y espera!

Una señora de la sociedad dijo que acababa de dirigir á Dios una súplica por esta infortunada, y que sin duda es esto lo que la ha afectado; que habia en efecto mentalmente implorado por ella la *gracia* de Dios.

7.—Decís que estais en las tinieblas; ¿acaso no nos veis?—R. Me es permitido oír algunas de las palabras que pronanciais; pero no veo nada más que un crespon negro en cuyo fondo se dibuja, á ciertas horas, una cabeza que llora.

8.—¿Si no veis á vuestro amante, deberéis sentir su presencia, puesto que está á vuestro lado?—R. Ah! no me hableis de él, debo olvidarle por ahora, si quiero que se borre la imágen que veo trazada en el crespon.

9.—¿Qué imágen es esa?—R. La de un hombre que sufre y cuya existencia moral en la tierra he muerto para mucho tiempo.

Leyendo este relato, se dispone uno enseguida á encontrar en este suicidio circunstancias atenuantes, y hasta á considerarle como un acto heróico, puesto que fué provocado por el sentimiento del deber. Se vé que ha sido juzgado de otra manera, y que la pena de los culpables será larga y terrible por haberse procurado voluntariamente la muerte á fin de huir de la lucha; la intencion de no faltar á su deber era honrosa sin duda, y les será tomada en cuenta más tarde; pero el verdadero mérito hubiera consistido en vencer los grandes impulsos del co-

razon, mientras que hicieron como el desertor que se esconde en el momento del peligro.

La pena de los dos culpables consistirá, como se vé, en buscarse mucho tiempo sin encontrarse, *sea en el mundo de los Espíritus, sea en otras encarnaciones terrestres*. La pena se agrava momentáneamente con la idea de que su estado presente debe durar siempre; este pensamiento, formando parte del castigo, ha sido causa de que no se les permitiese oír las palabras de esperanza que se les dirigieron. A aquellos que encuentren esta pena muy terrible y muy larga, sobre todo si no debe cesar sino despues de muchas encarnaciones, les diremos que su duracion no es absoluta, y que dependerá de la manera como soporten sus pruebas futuras, pudiéndoles ayudar con la oracion; serán como todos los Espíritus culpables, árbitros de su propio destino. Sin embargo, ¡no vale más esto que la condenacion eterna, sin esperanza, á la cual son irrevocablemente condenados segun la doctrina de la Iglesia, que los considera de tal modo destinados para siempre al infierno, que les rehusa las últimas oraciones, sin duda como inútiles!

LUIS Y LA COSTURERA DE BOTINES.

Hace siete ú ocho meses, el llamado Luis G..., zapatero, hacia el amor á Victorina R... costurera de botines, con la cual debia casarse muy próximamente, pues las proclamas estaban publicándose. En este estado las cosas, los jóvenes se consideraban como definitivamente unidos, y por medida de economía el zapatero iba cada dia á comer á casa de su futura.

Un dia que Luis fué como de costumbre á cenar á casa de la costurera, sobrevino alguna disputa por una bagatela; ambos se obstinaron de tal modo y llegaron las cosas á tal estado, que Luis dejó la mesa y partió jurando no volver más.

Al dia siguiente, el zapatero fué á pedir perdon: la noche es consejera, como se sabe; pero la obrera, quizá juzgando, segun la escena de la víspera, lo que podria acontecer cuando no habria tiempo de decirse, rehusó reconciliarse. Ni las protestas, ni las lágrimas, ni la desesperacion, pudieron ablandarla. Muchos dias pasaron desde que riñeron. Esperando Luis que su amante sería más tratable, quiso dar el último paso; llegó, pues, y llamó de modo que se le conociera, pero no le abrieron; entónces el pobre deshauciado, reiteró las súplicas, hizo nuevas protestas sin que lograra la entrada, pero nada pudo conmovier á la implacable pretendida. «¡Adios, pues, malvada! exclamó el pobre mozo, ¡adios para siempre! ¡Procurad encontrar un marido que os ame tanto como yo!» Al mismo tiempo la jóven oye una especie de gemido ahogado, despues como el ruido de un cuerpo que caia resbalando al lado de su puerta, quedando todo en silencio. Entónces creyó que Luis se habia sentado en el suelo esperando que saliera; pero se propuso no salir hasta que él se marchara.

Apenas habia pasado un cuarto de hora de esta escena cuando un vecino que pasaba con luz por el descanso de la escalera, lanzó una exclamacion y pidió socorro. Al momento llegaron los vecinos, y Victorina abrió tambien su puerta. Un grito de horror exhaló al ver tendido en el suelo á su prometido, pálido é inanimado. Todos se apresuraron á socorrerle, pero todo era inútil, habia dejado de existir. El desgraciado jóven habia hundido su cuchilla en la region del corazon, y el hierro habia quedado en la herida.

(Sociedad spiritista de Paris, agosto de 1858.)

1. (*Al Espíritu de S. Luis.*) La jóven, causa involuntaria de la muerte de su amante, en este caso ¿incurre en responsabilidad?—R. Sí, porque no le amaba.

2.—¿Para prevenir esta desgracia, debía casarse á pesar de su repugnancia?—R. Ella buscaba una ocasion para separarse de él; hizo al principio lo que hubiera hecho más tarde.

3.—¿De modo que su culpabilidad consiste en haber fomentado en él sentimientos en los cuales no tomaba parte, sentimientos que fueron la causa de la muerte del jóven?—R. Sí, esto es.

4.—¿Su responsabilidad, en este caso, debe ser proporcionada á su falta; ésta no debe ser tan grande como si se hubiera provocado voluntariamente la muerte?—R. Evidentemente.

5.—El suicidio de Luis encuentra una excusa en el extravío en que le habia puesto la obstinacion de Victorina?—R. Sí, porque su suicidio que proviene del amor, es ménos criminal á los ojos de Dios que el suicidio del hombre que quiere librarse de la vida por un motivo de cobardía.

Al Espíritu de Luis G... habiendo sido evocado, se le dirigieron las preguntas siguientes:

1.—¿Qué pensais de la accion que habeis cometido?—R. Victorina es una ingrata, hice mal en matarme por ella, porque no lo merecia.

2.—¿No os amaba?—R. NÓ; lo creyó al pronto, se hizo la ilusion; la escena que medió le abrió los ojos; entónces se alegró y tomó este pretexto para desambarazarse de mí.

3.—Y vos, la amabais sinceramente?—R. Tenía

pasion por ella, y nada más; así lo creo, pues si la hubiera amado con un amor puro, no la hubiese causado ningun disgusto.

4.—¿Si ella hubiera sabido que queríais realmente mataros, habria persistido en su negativa?—R. No lo sé; no lo creo, porque no es mala; pero hubiera sido desgraciada; para ella vale más aún que las cosas hayan pasado de este modo.

5.—¿Al llegar á su puerta teníais intencion de mataros en caso de negativa?—R. Nó; no pensaba en ello; no creia que fuese tan obstinada; sucedió que cuando ví su obstinacion, un vértigo me dominó.

6.—Parece que no sentís vuestro suicidio, sino porque Victorina no lo merecia. ¿Es éste el único sentimiento que experimentais?—En este momento sí; estoy aún completamente turbado; me parece estar en la puerta; pero siento otra cosa que no puedo definir.

7.—¿Lo comprendereis más tarde?—Sí, cuando haya salido de la turbacion... He obrado muy mal; debia haberla dejado en paz... He sido débil y pago la pena... Yá veis, la pasion ciega al hombre y le hace hacer muchas tonterías. Las comprende cuando yá no hay tiempo.

8.—Decís que pagais la pena; ¿qué pena es la que sufrís?—R. Hice mal en abreviar mi vida; no podia hacerlo; debia soportarlo todo primero que acabar ántes de tiempo; y además soy desgraciado, sufro; siempre es ella la que me hace sufrir; me parece estar aún allí, á su puerta; ¡ ingrata! No me hableis más de ella; no quiero recordarla; me hace mucho daño. Adios.

Otra vez vemos en esto una nueva prueba de la justicia distributiva que preside al castigo de los culpables, segun el grado de su responsabilidad. En la circunstancia presente, la primera falta está en la jóven que habia fomentado en Luis un amor, que ella no tenia, y se burlaba de él; ella tendrá, pues, la mayor parte de la responsabilidad. En cuanto al jóven, tambien es castigado por el sufrimiento que tiene; pero su pena es lijera, porque no ha hecho más que ceder á un movimiento irreflexivo y á un momento de exaltacion, en lugar de la fria premeditacion de los que se suicidan para sustraerse á las pruebas de la vida.

UN ATEO.

M. J.—B. D... era un hombre de instruccion; pero imbuido hasta el último grado en las ideas materialistas, no creia en Dios ni en su alma. Fué evocado dos años despues de su muerte, en la sociedad de París, á petición de uno de sus parientes.

1. *Evocacion*.—R. Sufro. Soy réprobo.

2.—Se nos ha rogado que os llamásemos de parte de vuestros parientes que desean conocer vuestra suerte; ¿quereis decirnos si nuestra evocacion os es agradable ó penosa?—R. Penosa.

3.—¿Vuestra muerte ha sido voluntaria?—R. Sí.

El Espíritu escribe con dificultad; la escritura es muy grande, irregular, convulsiva y casi ilegible. Al principio, demuestra cólera, rompe el lápiz y desgarrá el papel.

4.—Tened más calma; todos rogaremos á Dios por vos.—R. Me veo forzado á creer en Dios.

5.—¿Qué motivo os condujo á vuestra destruccion?—Fastidio de la vida, *sin esperanza*.

Se concibe el suicidio cuando se vive sin esperanza; se quiere evitar la desgracia á todo precio; dado el Espíritu el porvenir se desarrolla y la esperanza se legitima: el suicidio, no tiene, pues, objeto; al contrario, se reconoce que por este medio se evita un mal para caer en otro que es cien veces peor. Hé ahí porqué el Espiritismo ha arrancado tántas víctimas á la muerte voluntaria. Los que se esfuerzan en acreditar con sofismas científicos, *y la pretension de tener de su parte la razon*, la idea desconsoladora, origen de tantos males y crímenes, de que todo acaba con la vida, son muy culpables. Serán responsables no sólo de sus propios errores, sino de todos los males de que habrán sido causa.

6.—Quisísteis evadiros de las vicisitudes de la vida; ¿habeis ganado en ello alguna cosa? ¿Sois más feliz ahora?—R. ¿Por qué no existe la nada?

7.—¿Quereis tener la bondad de describirnos vuestra situacion lo mejor que podais?—R. *Sufro cuando me veo obligado á creer todo lo que negaba*. Mi alma está como en ascuas, atormentada horriblemente.

8.—¿De dónde sacásteis las ideas materialistas que teniais en vuestra vida?—R. En otra existencia habia sido malo, y mi Espíritu estaba condenado á sufrir los tormentos de la duda, durante mi vida, bajo cuyos impulsos me suicidé.

Hay aquí todo un orden de ideas. Se pregunta uno muchas veces cómo puede haber materialistas, puesto que habiendo yá pasado por el mundo espiritual, deberian tener de él la intuicion; pero precisamente esta intuicion se niega á ciertos Espíritus que han conservado su orgullo, y no se arrepintieron de sus faltas. Su prueba consiste en adquirir, durante la vida corporal, *y por su propia razon* la prueba de la existencia de Dios y de la vida futura, que tienen incesantemente á la vista; pero con frecuencia la presuncion de no admitir nada fuera de sus conocimientos,

domina todavía, y sufren la pena hasta que vencido su orgullo, se rinden por fin á la evidencia.

9.—¿Cuándo os ahogasteis, qué pensabais que vendría á ser de vos? ¿Qué reflexiones hicisteis en aquél momento?—Ninguna; era la nada para mí. Hé visto despues que, no habiendo sufrido toda mi condena, tenía aún que sufrir mucho más.

10.—¿Estais ahora bien convencido de la existencia de Dios, del alma, y de la vida futura?—R. ¡Ay! demasiado me atormenta esa idea!

11.—¿Habeis vuelto á ver á vuestro hermano?—R. Oh! nó.

12.—¿Por qué?—R. ¿Por qué quereis que unamos nuestros tormentos? Nos separamos en la desgracia, nos reunimos en la felicidad.

13.—Tendriais placer en volver á ver á vuestro hermano? ¿podríamos llamarle para que viniera á vuestro lado? Nó, nó, estoy demasiado bajo.

14.—¿Por qué no quereis que le llamemos?—R. Porque tampoco es feliz.

15.—¿Acaso temeis su presencia? ¿quizá podria haceros bien?—R. Nó; mas tarde.

16.—¿Deseais decir alguna cosa á vuestros parientes?—R. Que recen por mí.

17.—Parece que en la sociedad que frecuentabais, algunas personas participan de las opiniones que teníais en vuestra vida; ¿tendriais que decirles alguna cosa con este objeto?—Ah! desgraciados! ¡Ojalá creyesen en otra vida! ésta es la mayor felicidad que puedo desearles; si pudieran comprender mi triste situación, mucho les haria reflexionar.

(Evocacion del hermano del precedente, que profesaba las mismas ideas; pero que no se habia suicidado. Aunque desgraciado tiene más calma; su escritura es clara y legible.)

18.—*Evocacion*.—R. Si el cuadro de nuestros sufrimientos pudiera servirnos de leccion útil, y persuadiros de que existe otra vida, donde se expian las faltas, la incredulidad!

19.—¿Os veis recíprocamente con vuestro hermano, á quien acabamos de llamar?—R. Nó, huye de mí.

Podria preguntarse cómo pueden los Espíritus huir en el mundo espiritual, donde no existen obstáculos materiales, ni retiros ocultos á la vista. Todo es relativo en ese mundo, y en conexion con la naturaleza fluídica de los séres que lo habitan. Sólo los Espíritus superiores tienen percepciones indefinidas; en los Espíritus inferiores, son limitadas, y para ellos los obstáculos fluídicos hacen el efecto de los obstáculos materiales. Los Espíritus se ocultan los unos de los otros por un efecto de su voluntad, que obra sobre su envoltura perispiritual y los fluídos ambientes. Pero la Providencia, que vela sobre cada uno individualmente, como sobre sus hijos, les concede ó rehusa esta facultad en virtud de las disposiciones morales de cada uno, y segun las circunstancias, es un castigo ó una recompensa.

20.—Toda vez que estais más tranquilo que él; ¿podríais darnos una descripcion más precisa de vuestros sufrimientos?—R. Cuándo en la tierra os veis obligados á confesar vuestros defectos, ¿no sufre vuestro amor propio y vuestro orgullo? ¿No se revela vuestro Espíritu al veros humillados ante aquel que os demuestra que estais en el error? Pues bien; ¿qué creéis que sufre el Espíritu que, durante una existencia ha vivi-

do persuadido de que nada existe despues de él, que tiene razon contra todos? Cuando de repente se encuentra en frente de la verdad resplandeciente, se aniquila, se humilla. A esto se agregan los remordimientos de haber podido olvidar por tanto tiempo la existencia de un Dios tan bueno, tan indulgente. Su estado es insoportable, no encuentra calma ni reposo; no encontrará tranquilidad hasta el momento en que la gracia santa, esto es, el amor de Dios le conmueva; porque el orgullo se apodera de tal modo de nuestro pobre Espíritu, que le envuelve enteramente, y le falta aún mucho tiempo para deshacerse de ese hábito fatal; sólo la oracion de nuestros hermanos puede ayudarnos á deshacernos de él.

21.—¿Quereis hablar de vuestros hermanos encarnados ó de los Espíritus?—R. De los unos y los otros.

22.—Mientras que nos comunicábamos con vuestro hermano, una persona aquí presente ha rogado por él; ¿esta oracion le ha sido útil?—R. No se perderá. Si ahora rechaza la gracia, ésta le volverá cuando esté en estado de poder recurrir á esa divina *panacea*.

Vemos aquí otro género de castigo, pero que no es el mismo en todos los incrédulos; independientemente del sufrimiento, hay la precision para este Espíritu, de reconocer las verdades de que habia renegado en su vida. Sus ideas actuales denotan cierto progreso, comparativamente á otros Espíritus que persisten en la negacion de Dios. Esto ya es alguna cosa y un principio de humildad el convenir en que se ha equivocado. Es más que probable que, en su próxima encarnacion, la incredulidad habrá hecho lugar al sentimiento *innato* de la fé.

Habiéndose trasmitido el resultado de estas dos

evocaciones á la persona que las habia solicitado, recibimos de esta última la contestacion siguiente:

«Caballero, no os podeis figurar cuánto bien me han hecho las evocaciones de mi suegro y de mi tío. Los hemos reconocido enteramente; la escritura del primero sobre todo tiene una analogía admirable con la que tenía en su vida, tanto más que durante los últimos meses que ha pasado con nosotros, era sobarbada é indescifrable; se encuentra en dicha escritura la misma forma de los palos de la rúbrica y de ciertas letras. En cuanto á las palabras, á las expresiones y al estilo, es todavía más notable; para nosotros la analogía es perfecta, excepto que se halla más ilustrado acerca de Dios, el alma y la eternidad que negaba tan formalmente en otro tiempo. Estamos, pues, enteramente convencidos de su identidad; Dios será glorificado por nuestra creencia más firme en el Espiritismo, y nuestros hermanos, Espíritus y encarnados, vendrán á ser mejores. La identidad de su hermano no es ménos evidente; con la diferencia inmensa del ateo al creyente, hemos reconocido su carácter, su estilo, su giro en las frases; una palabra sobre todo nos ha admirado, es la de *panacea*; era su palabra de costumbre; la decia y la repetia á todos y á cada instante.

»He comunicado estas dos evocaciones á muchas personas, que se han quedado pasmadas de su veracidad; pero los incrédulos, los que tienen las opiniones de mis dos parientes, hubieran querido respuestas áun más categóricas: que M. D..., por ejemplo, precisase el parage donde ha sido enterrado, aquel en que se ha

ahogado, de que manera fué recogido su cadáver. Para satisfacerles y convencerles ¿no podríais evocarle de nuevo? en este caso, tendreis la bondad de dirigirles las preguntas siguientes: ¿dónde y cómo ejecutó su suicidio?—¿Cuánto tiempo permaneció bajo el agua?—¿en qué paraje fué encontrado su cuerpo?—¿en qué sitio fué enterrado?—¿de qué manera, civil ó religiosa, se procedió á su inhumación, etc?

»Os suplico tengais á bien hacer, que se conteste categóricamente á estas preguntas, que son esenciales para los que dudan todavía; estoy persuadido del bien inmenso que eso producirá. Hago de modo que mi carta os llegue mañana viernes, á fin de que podais hacer esta evocacion en la sesion de la sociedad que debe tener lugar dicho dia... etc.»

Hemos reproducido esta carta á causa del hecho de identidad que acredita; nosotros añadimos aquí la respuesta que hemos dado, para instruccion de las personas que no están familiarizadas con las comunicaciones de ultra-tumba.

».....Las preguntas que deseais que dirijamos de nuevo al Espíritu de vuestro suegro; son sin duda dictadas con la laudable intencion de convencer incrédulos; por que en ellas no vemos en vos ningun sentimiento de duda ni de curiosidad; pero un conocimiento más perfecto de la ciencia espiritista os hubiera convencido de que eran superfluas. En primer, lugar me suplicais que haga responder categóricamente á vuestro pariente, ¿ignorais sin duda que no podemos gobernar á los Espíritus á nuestro gusto? responden cuando quieren, cómo quieren, y á menudo cómo pueden; su

libertad de accion es aún más grande que en su vida, y tienen más medios de evitar la presion moral que se quisiera ejercer sobre ellos. Las mejores pruebas de identidad son las que dan espontánea y voluntariamente, ó que nacen de las circunstancias, y casi siempre es inútil provocarlas. Vuestro pariente ha probado su identidad de una manera irrecusable, segun vos; es, pues, más que probable, que rehusaria responder á preguntas, que justamente pueden considerarse como supérfluas, y hechas con la idea de satisfacer la curiosidad de personas que le son indiferentes. Podria responder, como lo han hecho muchas veces otros Espíritus en semejante caso: «¿Para qué preguntarme cosas que sabeis?» Añadiré tambien que en el estado de turbacion y de sufrimiento en que se encuentra, deben serle más penosas las investigaciones de este género; es absolutamente como si se quisiese obligar á un enfermo, que apenas puede pensar y hablar, á contar los detalles de su vida; esto sería seguramente faltar á los miramientos que se deben á su posicion.

«En cuanto al resultado que esperais, estad persuadido de que sería nulo. Las pruebas de identidad que se han suministrado tienen mayor valor, por lo mismo que son espontáneas, y nada podia sospecharse sobre el modo cómo se dieron; si los incrédulos no están satisfechos de ellas, quizá lo estarian ménos por medio de preguntas preparadas que podrian dar lugar á sospechas de connivencia. Hay gentes á quienes nada puede convencer; verian con sus propios ojos á vuestro pariente en persona, y se creerian juguete de una alucinacion.

»Me resta dirigiros aún dos palabras, sobre la súplica que haceis de que se haga esta evocacion el mismo dia en que recibiera vuestra carta. Las evocaciones no se hacen así como con el talisman; los Espiritus no responden siempre á nuestro llamamiento; es preciso para esto que lo puedan ó que lo quieran; es necesario además, un médium que les convenga, y que tenga la aptitud especial indispensable; que este médium esté disponible en un momento dado; que el centro sea simpático al Espíritu, etc., circunstancias todas de las que no se puede jamás responder, y que importa conocer, tratándose de hacer las cosas con la formalidad necesaria.

EL SR. FELICIEN.

Era un hombre rico, instruido, poeta espiritual, de buen carácter, servicial, ameno y de mucha honradez. Falsas especulaciones habian comprometido su fortuna; no permitiéndole su edad restablecerla, cedió al desaliento y se suicidó en Diciembre de 1864, ahorcándose en su alcoba. No era ni materialista ni ateo, sino un hombre de un natural un poco ligero, que se ocupaba muy poco de la vida futura. Habiéndole conocido íntimamente, y teniendo simpatía por su persona, le evocamos cuatro meses despues de su muerte.

Evocacion.—Hecho á ménos la tierra; tuve en ella decepciones, pero menores que aquí. Soñaba maravillas, y estoy muy léjos de la idealidad real que tenía. El mundo de los Espiritus es una confusion, y para hacerle soportable sería necesario escoger mu-

cho. ¡No quiero volver más á esa! ¡Qué ejemplòs de costumbres espiritistas se podrian hacer aquí! Balzac debiera continuar su tarea que sería ruda. Pero no le he visto; ¿dónde se encuentran, pues, estos grandes Espíritus que tánto azotaron los vicios de la humanidad? Deberian, como yo, permanecer aquí algun tiempo, ántes de ir á las regiones más elevadas. Es un pandemonium curioso que me gusta observar y me quedo en él.

Aunque el Espiritu declara que se encuentra en una sociedad de mucha mezcla, y por consecuencia de Espíritus inferiores, nos sorprendió su lenguaje en razon á su género de muerte á la cual no hacia ninguna alusion, bien que por otra parte se veia el reflejo de su carácter. Esto nos dejaba algunas dudas sobre su identidad.

P. ¿Quereis decirnos, os lo suplico, cómo habeis muerto?—R. ¿Cómo he muerto? Por la muerte que he elegido; ella me ha gustado; he meditado bastante tiempo sobre la que debia elegir para librarme de la vida. Y á fé mia, confieso que no he ganado gran cosa, si se exceptua que me he librado de mis cuidados materiales; pero para encontrarlos más graves, más penosos en mi posicion de Espiritu, cuyo fin no preveo.

P. (*Al guia del médium*). ¿Es verdaderamente el Espiritu de M. Felicien quien ha contestado? Ese lenguaje casi indiferente nos admira en un suicida.—R. Sí, pero por un sentimiento perdonable en su posicion y que comprendereis, no queria revelar su género de muerte al médium; por esto mismo, buscando rodeos, concluyó por confesarlo obligado por vuestra pregunta directa, por lo que se halla muy afectado,

sufre mucho por haberse dado la muerte, y aparta tanto como puede todo lo que le recuerda ese fin funesto.

P. (*Al Espiritu*). Vuestra muerte me afectó tanto más cuanto que preveía las tristes consecuencias para vos, y en razon sobre todo de la estimacion y cariño que os teníamos. Personalmente, no he olvidado cuán bueno y servicial habeis sido para mí. Tendria la mayor felicidad en acreditaros mi reconocimiento, si puedo hacer alguna cosa que os sea útil.—

R. Sin embargo, no podia evitar de otro modo lo embarazoso de mi posicion material. Ahora sólo tengo necesidad de oraciones; orad sobre todo para que se me libre de los horribles compañeros que me rodean, que me atormentan con sus risas, sus gritos y sus burlas infernales. Me llaman cobarde y tienen razon; cobardía es dejar la vida. *Ya veis, van cuatro veces que sucumbo á esta prueba.* Sin embargo, mucho me habia prometido no flaquear... ¡Fatalidad!... Ah! orad; ¡Qué suplicio es el mio! ¡Soy muy desgraciado! hareis más por mí, rogando, que no he hecho por vos cuando estaba en la tierra; pero la prueba á la cual he faltado tan á menudo, se presenta ante mí con rasgos indelebles; *es preciso que la sufra nuevamente en un tiempo dado.* ¿Tendré bastante fuerza? Ah! tantas veces volver á empezar la vida! ¡Luchar tanto tiempo y verme arrastrado por los acontecimientos á sucumbir á mi pesar, es desesperante, aún aquí! Para esto tengo necesidad de fuerza. La oracion la dá, se dice: orad por mí; tambien yo quiero orar.

Este caso particular de suicidio, aunque ejecutado en circunstancias muy vulgares, se presenta no obstante, bajo una fase especial. Nos muestra un Espíritu que ha sucumbido muchas veces á esta prueba, que se renueva en cada existencia, y *se renovará miéntras no tenga la fuerza de resistir á ella*. Es la confirmacion del principio de que cuando el objeto de mejorar, para el cual nos hemos encarnado, no se alcanza, hemos sufrido sin provecho; porque debemos volver á empezar hasta que salgamos victoriosos de la lucha.

(Al Espíritu del Sr. Felicien). Os suplico que escuchéis lo que voy á deciros, y tened á bien meditar mis palabras. Lo que llamais fatalidad, no es otra cosa que vuestra propia debilidad, porque no hay fatalidad; á no ser así, el hombre no sería responsable de sus actos. El hombre es siempre libre, y éste es su más bello privilegio; Dios no ha querido hacer de él una máquina que obrase y obedeciese á ciegas. Si esta libertad le hace falible, le hace tambien perfectible, y sólo por la perfeccion llega á la dicha suprema. Su orgullo le conduce á acusar al destino de sus desgracias en la tierra, cuando que lo más á menudo son efecto de su incuria. Vos sois de esto un ejemplo patente en vuestra última existencia; teniais todo lo que era preciso para ser feliz segun el mundo: ingenio, talento, fortuna, consideracion merecida; no teniais vicios ruinosos, y sí cualidades estimables; ¿cómo fué que vuestra posicion se encontrara tan radicalmente comprometida? Únicamente por vuestra imprevision. Convenid en que si hubieseis obrado con más prudencia, si hubieseis sabido contentaros con la buena parte que teniais, en lugar de querer aumentarla sin

necesidad, no os habríais arruinado. No hubo, pues, fatalidad, puesto que podíais evitar lo que ha acontecido.

Vuestra prueba consistía en un encadenamiento de circunstancias que debían daros, *no la necesidad, sino la tentación del suicidio*; desgraciadamente para vos, á pesar de vuestro talento y vuestra instrucción, no habeis sabido dominar estas circunstancias y pagais la pena de vuestra debilidad. Esta prueba, como lo presentis con razón, debe renovarse todavía; en vuestro próxima existencia, estareis expuesto á acontecimientos que provocarán de nuevo el pensamiento del suicidio, y lo mismo será hasta que hayais triunfado.

Léjos de acusar á la suerte de lo que es vuestra propia obra, admirad la bondad de Dios, que en lugar de condenaros irremisiblemente por vuestra falta primera, os ofrece sin cesar los medios de repararla. Sufriréis, pues, no eternamente, sino tanto tiempo como tardeis en reparar. De vos depende el tomar en el estado de Espíritu resoluciones tan enérgicas, que expreséis á Dios un arrepentimiento sincero, que soliciteis con gran insistencia el apoyo de los buenos Espíritus, y llegareis á la tierra escudado contra todas las tentaciones. Una vez obtenida vuestra victoria, marchareis en la vía de la felicidad con tanta más rapidéz cuanto vuestro adelantamiento es ya muy grande bajo otros aspectos. Falta, pues, que deis un paso más; nosotros os ayudaremos con nuestras oraciones, pero serian impotentes, si no nos secundaseis con vuestros esfuerzos.

R.—Gracias, oh! gracias por vuestras buenas exortaciones, tenía mucha necesidad de las mismas, porque soy más desgraciado *de lo que queria dar á entender*. Voy á ponerlas en práctica, os lo aseguro, y á prepararme para mi próxima encarnacion, en la que haré de modo que no sucumba. Deseo salir pronto de este grosero centro donde estoy relegado.

FELICIEN.

ANTONIO BELL.

Contador en una casa de banca en el Canadá, se suicidó el 28 de Febrero de 1865. Uno de nuestros corresponsales, médico y farmacéutico en la misma ciudad, nos ha dado sobre dicho Bell las noticias siguientes:

«Conocia á Bell desde más de veinte años. Era un hombre inofensivo y padre de una numerosa familia. Hace algun tiempo se imaginó que habia comprado un veneno en mi casa, y que se habia servido de él envenenando á alguno. Muchas veces vino á suplicarme le dijese en qué época se lo habia vendido, y se entregaba entónces á delirios terribles. Perdía el sueño, se acusaba, se golpeaba el pecho. Su familia estaba en una ansiedad continúa, desde las cuatro de la tarde hasta las nueve de la mañana en que iba á la casa de banca, donde llevaba sus libros de una manera muy regular, sin cometer jamás un solo error. Acostumbraba decir que un sér que sentia en él, le hacia llevar su contabilidad con orden y regularidad. En el momento en que parecia estar convencido de lo ab-

surdo de sus pensamientos, exclamaba: Nó, nó, me quereis engañar... *yo me acuerdo...* es verdad.

Antonio Bell fué evocado en París, el 17 de abril de 1865, á petición de su amigo.

1.—*Evocacion.*—R. ¿Qué me quereis? ¿Hacerme sufrir un interrogatorio? es inútil, lo confesaré todo.

2.—Está léjos de nuestro pensamiento querer atormentaros por indiscretas preguntas; deseamos solamente saber cuál es vuestra posicion en el mundo en que estais, y si podemos seros útil. R. Ah! ¡si lo pudiéseis, os lo agradecería infinito! ¡Tengo horror por mi crimen, y soy muy desgraciado!

3.—Nuestras oraciones endulzarán vuestras penas, así lo esperamos. Por otra parte, parece que estais en buenas condiciones; el arrepentimiento está en vos, y éste es yá un principio de rehabilitacion. Dios, que es infinitamente misericordioso, tiene siempre piedad del pecador arrepentido. Orad con nosotros. (Aquí se dijo la oracion por los suicidas, que se encuentra en el *Evangelio segun el Espiritismo.*)

Quisierais decirnos ahora de qué crimen os reconocéis culpable? Esta confesion hecha con humildad se os tomará en cuenta.—R. Dejad que os dé primero las gracias por la esperanza que acabais de hacer nacer en mi corazon. ¡Ay de mí! Hace yá mucho tiempo que vivia en una ciudad, cuyas murallas bañaba el mar del Mediodía. Amaba á una hermosa jóven que correspondia á mi amor; pero yo era pobre y fuí rechazado por su familia. Ella me anunció pue iba á casarse con el hijo de un negociante, cuyo comercio se extendia más allá de los dos mares, y fuí despedido. Loco

de dolor, resolví quitarme la vida, despues de haber satisfecho mi venganza asesinando á mi aborrecido rival. Sin embargo, los medios violentos me repugnaban. Temblaba á la idea de este crimen; pero mis celos dominaron. La víspera del dia en que mi amada debia ser suya, murió envenenado por mis manos, encontrando este medio más fácil. Así se explican aquellas reminiscencias de lo pasado. Sí, yo he vivido yá, y es preciso que vuelva á vivir todavía... Oh! Dios mio, tened piedad de mi debilidad y de mis lágrimas.

4.—Deploramos esta desgracia que ha retardado vuestro adelantamiento y os compadecemos sinceramente; pero, puesto que os arrepentís, Dios tendrá piedad. Os suplico que digais si pusisteis en ejecucion vuestro proyecto de suicidio.—R. Nó; confieso con vergüenza que la esperanza vino á mi corazon, queria gozar del precio de mi crimen; pero mis remordimientos me hicieron traicion; expié en el último suplicio este momento de extravío: fuí ahorcado.

5.—¿Teníais conciencia de esta mala accion en vuestra última existencia?—R. En los últimos años de mi vida solamente, y hé aquí cómo. Era bueno por naturaleza; despues de haber estado sometido, como todos los Espíritus homicidas, al tormento de la vista continua de mi víctima que me perseguia como un vivo remordimiento, me libré de ella muchos años despues por mis oraciones y mi arrepentimiento. Volví á empezar otra vez la vida, la última, y la atravesé pacífico y tímido. Tenía en mí una vaga intuicion de mi debilidad nativa y de mi falta anterior, de la cual habia conservado el recuerdo latente. Pero un

Espíritu obsesor y vengativo, que no es otro sino el padre de mi víctima, no tuvo gran trabajo en apoderarse de mí, y en hacer revivir en mi corazón, como en un espejo mágico, los recuerdos del pasado.

Influido sucesivamente por él y por el guía que me protejía, unas veces era el envenenador, y otras el padre de familia que ganaba el pan de sus hijos con su trabajo. Fascinado por este demonio obsesor, me empujó al suicidio. Soy muy culpable, es verdad; pero ménos, sin embargo, que si yo mismo lo hubiese resuelto. Los suicidas de mi categoría y que son demasiado débiles para resistir á los Espíritus obsesores, son ménos culpables y ménos castigados que los que se quitan la vida por la sola accion de su libre alvedrío. Rogad conmigo por el Espíritu que me ha influido tan fatalmente, á fin de que abdique sus sentimientos de venganza, y rogad tambien por mí á fin de que adquiera la fuerza y la energía necesarias para no faltar á la prueba de suicidio por libre voluntad, *á la cual seré sometido, segun me dicen, en mi próxima encarnacion.*

6.—(*Al guía del Médium.*) ¿Un Espíritu obsesor puede realmente empujar al suicidio?—R. Seguramente, porque la obsesion que, por sí misma es un género de prueba, puede revestir todas las formas; pero esto no es una excusa. El hombre tiene siempre el libre alvedrío, y por consecuencia es libre de ceder ó de resistir á las sugerencias á que está expuesto; cuando sucumbe, es siempre por su voluntad. El Espíritu tiene razon, por otra parte, cuando dice que aquel que hace el mal por instigacion de otro, es ménos re-

preñible y ménos castigado, que cuando lo comete por su propio impulso; pero no es inocente, porque desde el instante en que se deja apartar del camino derecho, es porque el bien no está fuertemente arraigado en él.

7.—¿Cómo es que, á pesar de la oracion y del arrepentimiento que habian libertado á este Espíritu del tormento, que sentia por la vista de su víctima, haya sido aún perseguido por la venganza del Espíritu obsesoren su última encarnacion?—R. El arrepentimiento, yá lo sabeis, no es más que *el preliminar indispensable de la rehabilitacion*, pero no basta para librar al culpable de toda pena; Dios no se contenta con promesas; es necesario probar, con actos, la solidez de la vuelta al bien; por esto el Espíritu está sometido á nuevas pruebas que le fortifican, al mismo tiempo que le hacen adquirir un mérito más, cuando sale victorioso. Es el blanco de las persecuciones de los malos Espíritus, *hasta que éstos le consideran bastante fuerte para resistirles*; entónces le dejan en descanso, porque saben que sus tentativas serian inútiles.

Estos dos últimos ejemplos nos demuestran la misma prueba renovándose en cada encarnacion, tanto tiempo como se sucumbe en ella. Antonio Bell nos manifiesta además el hecho, no ménos instructivo, de un hombre perseguido por el recuerdo de un crimen cometido en una existencia anterior, como un remordimiento y una advertencia. Vemos por esto que todas las existencias son solidarias entre sí; la justicia y la bondad de Dios resplandecen en la facultad que deja al hombre de mejorarse gradualmente, sin cerrarle jamás la puerta del rescate de sus faltas; el culpable es castigado por su misma falta, y el castigo, en lugar de ser una venganza de Dios, es el medio empleado para hacerle progresar.

CAPÍTULO VI.

CRIMINALES ARREPENTIDOS.

Verger

asesino del arzobispo de Paris.

El 3 de Enero de 1857, Monseñor Sibour, arzobispo de París, al salir de la Iglesia de Saint-Etienne du Mont fué herido mortalmente por un jóven sacerdote, llamado Verger. El culpable fué condenado á muerte, y ejecutado el 30 de Enero. Hasta el último instante no manifestó ni sentimiento, ni arrepentimiento, ni sensibilidad.

Evocado el mismo dia de su ejecucion, dió las respuestas siguientes:

1.—*Evocacion.*—R. Aun estoy retenido en mi cuerpo.

2.—¿Vuestra alma nó está enteramente separada de vuestro cuerpo?—Nó... tengo miedo... no sé... Esperad á que me resonozca... ¿yo no estoy muerto, no es eso?

3.—¿Os arrepentís de lo que habeis hecho?—R. Hice mal en matar; pero fuí empujado por mi carácter, que no podia sufrir las humillaciones... Me evocareis otra vez.

4.—¿Por qué quereis iros yá?—R. Tendria demasiado miedo si le viera, temeria que no hiciese otro tanto conmigo.

5.—Pero no teneis nada que temer, puesto que vuestra alma está separada de vuestro cuerpo; des-
terrada cualquiera inquietud; no hay razon para ello.
—R. ¡Qué quereis! ¿acáso sois siempre dueños de
vuestras impresiones?... No sé dónde estoy... Estoy
loco.

6.—Debeis procurar tranquilizaros.—R. No puedo,
porque estoy loco... ¡Esperad!.... Voy á recobrar
toda mi lucidez.

7.—Si oraseis, la oracion podria ayudaros á coor-
dinar vestras ideas.—R. Temo... no me atrevo á orar.

8.—Orad; ¡la misericordia de Dios es grande! Va-
mos á orar con vos.—R. Sí, la misericordia de Dios
es infinita: lo he creido siempre.

9.—¿Conoceis ahora mejor vuestra posicion?—R.
Esto es tan extraordinario que no puedo todavía
darme cuenta.

10.—Veis vuestra víctima?—R. Me parece oir una
voz que se parece á la suya, y que me dice: no te quie-
ro... ¡pero es un efecto de mi imaginacion! Estoy
loco, os lo digo, porque veo mi propio cuerpo en un
lado y mi cabeza en el otro... y sin embargo, me pa-
rece que vivo, pero en el espacio, entre la tierra y
esto que llamais cielo... siento aún la fria cuchilla que
cae sobre mi cuello... pero es el miedo que tengo de
morir... me parece que veo cierto número de Espíritus
alrededor de mí, me miran compasivamente... me
hablan... pero no les comprendo.

11.—¿Entre estos Espíritus hay uno cuya presen-
cia os humilla á causa de vuestro crimen?—Os diré
que no hay más que uno á quien tema, es el que ha
sido herido por mí.

12.—¿Os acordais de vuestras existencias anteriores?—R. Nó, estoy en la vaguedad... creo soñar... otra vez; es preciso que me reconozca.

13.—(Tres días más tarde.) ¿Os reconocéis mejor ahora?—R. Sé ahora que no soy de ese mundo, y no lo siento. Tengo pesar de lo que he hecho, pero mi Espíritu es mas libre; sé mejor que hay una série de existencias que nos dan los conocimientos útiles para ser perfectos tanto como la criatura puede serlo.

14.—¿Sois castigado por el crimen que habeis cometido?—R. Sí; tengo sentimiento por lo que he hecho y sufro por ello.

15.—¿De qué manera sois castigado?—R. Soy castigado, porque reconozco mi falta, y pido perdon á Dios; soy castigado por la conciencia de mi falta de fé en Dios, y porque sé ahora que no debemos cortar los dias de nuestros hermanos; soy castigado por el remordimiento de haber retardado mi adelantamiento, yendo por un camino falso, y no habiendo escuchado el grito de mi conciencia que me decia que matando no llegaria á mi objeto; pero me dejé dominar por el orgullo y los celos; me he engañado y me arrepiento, porque el hombre debe siempre hacer esfuerzos para sugetar sus malas pasiones, y yo no lo hice.

16.—¿Qué sensacion experimentais cuando os evocamos?—R. Placer y miedo, porque no soy malo.

17.—¿En que consisten ese placer y ese miedo?—R. Un placer en conversar con los hombres y poder en parte reparar mi falta, confesándola. Un miedo que no podria definir, una especie de verguenza de haber sido asesino.

18.—¿Querriais ser reencarnado en esta tierra?—
R. Sí, lo pido, y deseo encontrarme constantemente expuesto á que me maten y temer que asi suceda.

Habiendo sido evocado Monseñor Sibour, dijo que perdonaba á su matador y rogaba porque volviese al bien. Añadió que, aunque presente, no se habia mostrado á él, por no aumentar su sufrimiento; el temor de verle, que era una señal de remordimiento, era ya un castigo.

P.—¿El hombre que comete un asesinato sabe, eligiendo su existencia, que vendrá á ser asesino?—R. Nó; sabe que eligiendo una vida de lucha, hay *exposicion* para él, de matar á uno de sus semejantes; pero ignora si lo hará, porque hay casi siempre lucha en él.

La situacion de Verger en el momento de su muerte, es la de casi todos aquellos que perecen de muerte violenta. No operándose la separacion del alma de una manera brusca, están como aturridos, y no saben si están muertos ó vivos. Se le ha ahorrado la vsta del Arzobispo, porque no era necesaria para excitar en él el remordimiento, miéntras que otros al contrario están incesantemente perseguidos por las miradas de sus víctimas.

A lo enorme de su crimen, Verger añadió el no haberse arrepentido ántes de morir; estaba, pues, en todas las condiciones exigidas para incurrir en la condenacion eterna. Sin embargo, á penas ha dejado la tierra, el arrepentimiento penetra en su alma; repudia su pasado y pide sinceramente repararle. No ha sido el exceso de los sufrimientos los que le han inducido á ello, pues que no ha tenido tiempo de sufrir; es pues el solo grito de su conciencia que no habia escuchado durante su vida, y que oye. ¿Por qué pues no se le tomaria esto en cuenta? ¿Por qué en el intervalo de algunos dias, lo que le hubiera librado del infierno, no lo podria despues? ¿Por

qué Dios que hubiera sido misericordioso ántes de la muerte, no tendría piedad, algunas horas más tarde?

Podría uno admirarse de la rapidez del cambio que se opera á veces, en las ideas de un criminal endurecido hasta el último momento, y á quien basta para hacerle comprender la iniquidad de su conducta el pasage á la otra vida. Este efecto está léjos de ser general, sin esto no habria malos Espíritus; el arrepentimiento es á menudo muy tardío, y por consecuencia tambien la pena es más prolongada.

La obstinacion en el mal durante la vida proviene á veces del orgullo que rehusa doblegarse y confesar sus culpas; además el hombre está bajo la influencia de la materia que echa un velo sobre sus percepciones espirituales, y le fascina. Caído este velo, una luz súbita le ilumina, y se encuentra como *desilusionado*. La rápida vuelta á mejores sentimientos siempre es indicio de un cierto progreso moral cumplido, que no pide más que una circunstancia favorable para manifestarse, miéntras que aquel que persiste en el mal más ó ménos tiempo, despues de la muerte, es incontestablemente un Espíritu más atrasado, en quien el instinto material ahoga el gérmen del bien, y á quien le faltan aún nuevas pruebas para enmendarse.

LEMAIRE

condenado á la pena de muerte por el Tribunal de Aisne, y ejecutado el 31 de Diciembre de 1857; evocado el 29 de Enero de 1858.

- 1.—*Evocacion*.—R. Aquí estoy.
- 2.—¿Qué sentimiento experimentais á nuestra vista?—R. La vergüenza.
- 3.—¿Habeis conservado vuestro conocimiento hasta el último momento?—R. Sí.
- 4.—¿Inmediatamente despues de vuestra ejecucion, tuvisteis conocimiento de vuestra nueva existencia?

—R. Estaba hundido en una turbacion inmensa, de la cual no he salido todavía. Sentí un dolor intenso y me pareció que mi corazón lo sufría. Ví rodar no sé qué al pié del cadalso; ví correr sangre, y mi dolor por esto fué mas agudo.—¿Era un dolor puramente físico, análogo al que causaría una herida grave, por la amputacion de un miembro por ejemplo?—R. Nó; figuraos un remordimiento, un gran dolor moral.—¿Cuándo habeis empezado á sentir ese dolor?—R. Desde que fuí libre.

5.—¿El dolor físico causado por el suplicio era sentido por el cuerpo ó por el Espíritu?—R. El dolor moral estaba en mi Espíritu; el cuerpo sintió el dolor físico; *pero el Espíritu separado, se resiente de él todavía.*

6.—¿Habeis visto vuestro cuerpo mutilado?—R. Ví no sé que de informe que me parecia no haber dejado; sin embargo, me sentia por completo: era yo mismo.

P. ¿Qué impresion os ha causado esta vista?—R. Sentia demasiado mi dolor; *estaba abismado en él.*

7.—¿Es verdad que el cuerpo vive todavía algunos instantes despues de la decapitacion, y que el ajusticiado tiene conciencia de sus ideas?—R. El Espíritu se retira poco á poco; cuanto más le atan los lazos de la materia, ménos pronta es la separacion.

8.—¿Se dice que se ha observado en la cara de ciertos ajusticiados la expresion de la cólera y de los movimientos, como si quisiesen hablar; ¿esto es efecto de una contraccion nerviosa ó de un acto de la voluntad?—R. De la voluntad; porque el Espíritu no se habia aún separado.

9.—¿Cuál es el primer sentimiento que habeis experimentado, al entrar en vuestra nueva existencia?—

R. Un intolerable sufrimiento; una especie de remordimiento punzante cuya causa ignoraba.

10.—¿Os habeis encontrado reunido con vuestros cómplices ejecutados al mismo tiempo que vos?—R. Por nuestra desgracia; nuestra vista es un suplicio continuo; cada uno de nosotros echa la culpa al otro de su crimen.

11.—¿Encontrais á vuestras víctimas?—R. Las veo... son felices... su mirada me persigue... la siento que se hunde hasta el fondo de mi sér... en vano quiero evitarla.—¿Qué sentimiento experimentais á su vista?—R. La vergüenza y el remordimiento. *Sin embargo de haberles arrebatado de vuestro mundo con mis propias manos, continuo aborreciéndoles.*—¿Qué sentimiento experimentan á vuestra vista?—R. La piedad.

12. ¿Tienen ódio y deseo de venganza?—R. Nó; sus votos llaman sobre mí la expiacion. *No podeis conocer qué horrible suplicio es deberlo todo á quien se aborrece.*

13.—¿Echais de ménos la vida terrestre?—R. No echo de ménos sino mis crímenes. Si elacontecimiento estuviese aún en mis manos, no sucumbiria.

14.—¿La inclinacion al mal estaba en vuestra naturaleza, ó bien habeis sido arrastrado por el centro donde habeis vivido?—La inclinacion al crimen estaba en mi naturaleza, porque no era más que un Espiritu inferior. He querido elevarme pronto; pero pedí más de lo que mis fuerzas permitian. Me creí fuerte, elegí una prueba ruda, y cedi á las tentaciones del mal.

15.—¿Si hubiérais recibido buenos principios de educacion, habríais podido apartaros de la vía criminal?—R. Sí; pero elejí la posicion en que nací.—¿Habríais podido haceros un hombre de bien?—R. Un hombre débil, incapaz de bien como de mal. Podia corregir el mal de mi naturaleza durante mi existencia; pero no podia elevarme hasta hacer el bien.

16.—¿En vuestra vida creíais en Dios?—R. Nó.—Se dice, sin embargo, que en el momento de morir os habeis arrepentido; ¿es esto verdad?—R. He creído en un Dios vengador... he tenido miedo de su justicia.—¿En este momento vuestro arrepentimiento es más sincero?—R. Ay de mí! veo lo que he hecho.—¿Qué pensais de Dios ahora?—R. Le siento y no le comprendo.

17.—¿Encontrais justo el castigo que os ha sido impuesto en la tierra?—R. Sí.

18.—¿Esperais obtener el perdon de vuestros crímenes?—R. No sé.—¿Cómo esperais rescatarlos?—R. Por nuevas pruebas; pero me parece que la eternidad está entre ellas y yo.

19.—¿Dónde estais ahora?—R. Estoy en mi sufrimiento.—¿Os preguntamos en qué lugar estais?—R. Cerca del médium.

20.—Puesto que estais aquí, si pudiésemos veros, ¿bajo qué forma nos apareceríais?—R. Bajo mi forma corporal: la cabeza separada del tronco.—¿Podríais aparecernos?—R. Nó; dejadme.

21.—¿Querriais decirnos cómo os evadisteis de la cárcel de Montdidier?—R. No sé.... mi sufrimiento es tan grande, que no tengo sino el recuerdo del crimen... Dejadme.

22.—¿Podríamos dar algún alivio á vuestros sufrimientos?—R. Haced votos para que llegue la expiacion.

BENOITS.

(Burdeos marzo de 1862.)

Un Espiritu se presenta expontáneamente al médium, bajo el nombre de Benoits, dice haber muerto en 1704, y padecer horribles sufrimientos.

1.—¿Quién erais en vuestra vida?—R. Monge sin fé.

2.—¿La falta de creencia es vuestra sola falta?—R. Basta para arrastrar á las otras.

3.—¿Podeis darnos algunos detalles sobre vuestra vida? La sinceridad de vuestras confesiones se os tomará en cuenta.—R. Sin fortuna y perezoso, tomé las órdenes, no por vocacion, sino por tener una carrera. Inteligente, me crée una posicion; influyente, abusé del poder, vicioso, arrastré en los desórdenes á los que tenía mision de salvar; duro, perseguí á los que yo creia que vituperaban mis excesos; los *in pace* se han llenado con mis cuidados. El hambre torturó á muchas víctimas; bajo la violencia, se sofocaron á menudo sus gritos. Despues he expiado, he sufrido todos los tormentos del infierno; mis víctimas atizan el fuego que me devora. La lujuria y el hambre no satisfechas, me persiguen; la sed irrita mis ardientes lábios, sin caer jamás en ellos una gota refrescante; todos los elementos se encarnizan conmigo. Orad por mí.

4.—¿Las oraciones que se dicen por los difuntos,

os deben ser atribuidas como á los otros?—R. ¿Creeis que sean muy edificantes? *Tienen para mi el valor de las que yo aparentaba decir.* No he cumplido mi tarea, no encuentro mi salario.

5.—¿No os habeis jamás arrepentido?—R. Hace mucho tiempo; pero *no ha sido sino despues del sufrimiento.* Como fuí sordo á los gritos de las victimas inocentes, el Señor se hace sordo á mis gritos. ¡Justicia!

6.—Reconoceis la justicia del Señor; entregaos á su bondad y llamadle en vuestra ayuda.—R. ¡Los demonios gritan más fuerte que yo; los gritos se ahogan en mi garganta; llenan mi boca de pez ardiente!.. Lo he hecho, gran... (El Espíritu no puede escribir la palabra Dios.)

7.—¿No estais, pues, todavía bastante separado de las ideas terrestres para comprender que los tormentos que sufrís, son del todo morales?—R. Los sufro, los siento, veo mis verdugos; todos tienen una figura conocida; todos tienen un nombre que resuena en mi cerebro.

8.—¿Qué es lo que pudo empujaros á todas esas infamias?—R. Los vicios de que estaba imbuido; la brutalidad de las pasiones.

9.—¿No habeis implorado jamás la asistencia de los buenos Espíritus, para ayudaros á salir de esta posición?—R. No veo más que los demonios del infierno.

10.—¿Teníais miedo á éstos en vuestra vida?—R. Nó, nada de eso; la nada, era mi fé; los placeres á cualquier precio, mi culto. Las Divinidades del infierno no me han abandonado; ¡les he consagrado mi vida, no me dejarán!

11.—¿No entreveis un término á vuestros sufrimientos?—R. Lo infinito no tiene término.

12.—Dios es infinito en su misericordia; todo puede tener un fin cuando él lo quiere.—R. ¡Si pudiese quererlo!

13.—¿Por qué habeis venido á inscribiros aquí?—R. No sé cómo; pero he querido hablar, como quisiera gritar para aliviarme.

14.—¿Vuestros demonios no os impiden escribir?—R. Nó, pero están ante mi, me oyen; por esto no quisiera acabar.

15.—¿Es la primera vez que escribís así?—R. Sí.—¿Sabíais que los Espíritus pudiesen acercarse de este modo á los hombres?—R. Nó.—¿Cómo, pues, habeis podido comprenderlo?—R. No lo sé.

16.—¿Qué habeis experimentado para venir cerca de mí?—R. Un adormecimiento en mis terrores.

17.—¿Cómo os habeis apercebido de que estábais aquí?—R. Como cuando uno se despierta.

18.—¿Cómo habeis hecho para poner os en relacion conmigo?—R. No comprendo; ¿nó lo has sentido tú mismo?

19.—No se trata de mí, sino de vos; procurad daros cuenta de lo que haceis en este momento en que yo escribo.—R. Tú eres mi pensamiento, hé ahí todo.

20.—¿Nó habeis, pues, tenido la voluntad de hacerme escribir?—R. Nó, soy yo quien escribo, tú piensas por mí.

21.—Procurad daros cuenta de esto; los buenos Espíritus que os rodean os ayudarán en ello.—R. Nó, los ángeles no vienen al infierno. ¿Tú no estás solo?—¿Ved á vuestro alrededor?—R. Siento que se me ayuda á pen-

sar en tí... tu mano me obedece... no te toco, y te tengo... no comprendo.

22.—¿Pedid asistencia á vuestros protectores: vamos á orar juntos?—R. ¿Quieres dejarme? Quédate conmigo; ván á cogermé. Te lo suplico, ¡quédate, quédate!

23.—No puedo permanecer más tiempo. Venid todos los dias; oraremos juntos y los buenos Espíritus os ayudarán.—R. Sí, quisiera mi gracia. Pedid por mí; yo, no puedo.

(*El guía del médium*).—Animo, hijo mio, le será concedido lo que tú pides, pero la expiacion está aún léjos de terminarse. Las atrocidades que ha cometido no tienen número, ni nombre, y es tanto más culpable cuanta más inteligencia, instruccion y luz para guiarse tenía. Ha faltado, pues, con conocimiento de causa; tambien sus sufrimientos son terribles; pero con el socorro y el ejemplo de la oracion se endulzarán, porque verá en ésta el término posible, y la esperanza le sostendrá. Dios le vé en el camino del arrepentimiento, y le ha hecho la gracia de *poder comunicarse á fin de que sea animado y sostenido*. Piensa, pues, muchas veces en él; nosotros te lo dejamos para fortificarle en las buenas resoluciones que podrá tomar, ayudado de tus consejos. Al arrepentimiento sucederá en él, el deseo de la reparacion; entónces es cuando él mismo pedirá una nueva existencia en la tierra, para practicar el bien en lugar del mal que ha hecho, y cuando Dios estará satisfecho y le verá bien fortalecido, le hará entrever las divinas claridades que le conducirán al puerto de salvacion, y le recibirá en su

seno como al hijo pródigo. Ten confianza, te ayudaremos á cumplir tu obra.

PAULINO.

Hemos colocado á este Espíritu entre los criminales, si bien no ha sido castigado por la justicia humana, porque el crimen consiste en los actos, y nó en la pena impuesta por los hombres. Lo mismo hemos hecho con el siguiente.

EL ESPÍRITU DE CASTELNAUDARY.

En una casita cerca de Castelnaudary tenian lugar ruidos extraños y diversas manifestaciones, que la hacian considerar como frecuentada por algunos malos génios. Por este motivo fué exorcizada sin resultado alguno en 1848. El propietario M. D... habiendo querido habitarla, murió repentinamente algunos años despues; su hijo que quiso habitarla enseguida recibió un dia, entrando en una habitacion, un fuerte bofeton dado por una mano desconocida; como se hallaba enteramente solo, no pudo dudar de que el bofeton viniera de algun origen oculto, por lo que resolvió dejarla definitivamente. Hay una tradicion en el país, segun la cual debia haberse cometido un gran crimen en aquella casa.

El Espíritu que dió el bofeton, habiendo sido evocado en la sociedad de Paris, en 1859, se manifestó con señales violentas; todos los esfuerzos para calmarle fueron impotentes. Interrogado S. Luis con este objeto, respondió: Es un Espíritu de la peor especie, un verdadero mónstruo, le hemos hecho venir,

pero no hemos podido obligarle á escribir, á pesar de cuanto se le ha dicho; tiene su libre alvedrío; el desgraciado hace de él un triste uso.

P.—¿Este Espíritu es susceptible de mejora?—R. ¡Porqué no! *¡No lo son todos*, tanto éste como los demás? Es preciso sin embargo, contar con las dificultades; pero, por perverso que sea, volviéndole bien por mal, acabará por conmovirse. Que se ruegue desde luego y que se le evoque dentro de un mes, y podreis juzgar del cambio que se habrá operado en él.

Evocado el Espíritu nuevamente más tarde, se mostró más tratable, despues poco á poco sumiso y arrepentido. De las explicaciones dadas por él y por otros Espíritus resulta, que en 1608, habitaba la referida casa, donde habia asesinado á su hermano por sospechas de celosa rivalidad, hiriéndole en la garganta mientras dormia, y algunos años despues, mató tambien á la que tomó por muger despues de la muerte de su hermano. Murió en 1659, á la edad de 80 años, sin que se le persiguiera por estos asesinatos, de los que se hacia poco caso en aquellos tiempos de confusion. Despues de su muerte, no dejó de hacer mal, y provocó muchos accidentes ocurridos en aquella casa. Un médium vidente, que asistió á la primera evocacion, le vió en el momento en que se le quiso hacer escribir; sacudia fuertemente el brazo del médium: su aspecto era espantoso; estaba vestido con una camisa cubierta de sangre, y tenía un puñal en la mano.

I.—P. (A S. Luis).—Quereis describirnos el género de suplicio de este Espíritu.—R. Es atroz para él; fué condenado á morar en la casa en que el crimen se co-

metió, sin poder dirigir su pensamiento sobre otra cosa sino sobre ese crimen que siempre tiene antesus ojos, y se cree condenado eternamente á este tormento. Se vé constantemente en el momento en que cometi6 su crimen; no puede tener ningun otro recuerdo, ni comunicarse con otro Espiritu; no puede estar más que en esa casa, y si está en el espacio, se halla en las tinieblas y en la soledad.

2.—¿Qué medio podríamos adoptar para hacerle desocupar la tal casa?—R. Si uno quiere desembarazarse de las obsesiones de semejantes Espiritus, es fácil, orando por ellos, y esto es lo que no siempre se hace. Se prefiere asustarles con las fórmulas del exorcismo que les divierten mucho.

3.—¿Dando á personas interesadas la idea de rogar por él y haciéndolo nosotros mismos, se le haria desocupar?—R. Sí, pero notad que he dicho orar, y *no hacer orar*.

4.—Hace dos siglos que está en esta situacion; ¿aprecia él este tiempo, como lo hubiera hecho en su vida, esto es, el tiempo le parece tan largo ó ménos largo que si viviese?—R. Le parece más largo: *el sueño no existe para él*.

5.—Se nos ha dicho que para los Espiritus el tiempo no existe, y que para ellos un siglo es un punto en la eternidad; ¿acaso no sucede lo mismo para todos?—R. Nó, ciertamente; eso es para los Espiritus que han llegado á un grado muy elevado de adelantamiento; pero para los Espiritus inferiores, el tiempo es algunas veces muy largo, sobre todo cuando sufren.

6.—¿Cuál era la procedencia de este Espiritu ántes

de su encarnacion?—R. Habia tenido una existencia en las poblaciones más feroces y más salvajes, y anteriormente aún, vino de un planeta inferior á la tierra.

7.—Este Espíritu es castigado muy severamente por el crimen cometido; si vivió en poblaciones bárbaras, pudo cometer actos no ménos atroces que el último; ¿fué castigado del mismo modo por ellos?—R. Fué ménos castigado, porque como más ignorante, comprendia ménos lo que hacia.

8.—¿El estado en que se encuentra este Espíritu es el de los séres vulgarmente llamados *condenados*?—R. Precisamente, los hay mucho más horribles aún. Los sufrimientos están léjos de ser los mismos para todos, áun para crímenes semejantes; porque varian segun el culpable es más ó ménos *accesible* al arrepentimiento. Para éste, la casa en que cometió su crimen es su infierno; otros lo tienen en sí mismos, por las pasiones que les atormentan y que no pueden dominár.

9.—Este Esqíritu , á pesar de su inferioridad, sienten los buenos efectos de la oracion, hemos visto lo mismo en otros Espíritus igualmente perversos y de naturaleza muy brutal; ¿cómo es que Espíritus más ilustrados, de una inteligencia más desarrollada, demuestran una ausencia completa de buenos sentimientos, que se rien de todo lo que hay de más sagrado; en una palabra, que nada les conmueve, y que su cinismo no tiene ninguna tregua?—R. La oracion sólo produce efecto en favor del Espíritu que se arrepiente; con aquel que seducido por el orgullo, se revela contra

Dios y persiste en sus extravíos y los exagera aún, como lo hacen los Espíritus desgraciados, la oracion no puede nada, y no podrá nada, hasta el dia en que una luz de arrepentimiento los envuelva. La ineficacia de la oracion es tambien para ellos un castigo: no alivia más que á aquellos que no están del todo endurecidos.

10.—¿Cuándo se vé á un Espíritu inaccesible á los buenos efectos de la oracion, es ésta una razon para abstenerse de rogar por él?—R. Nò, sin duda, porque tarde ó temprano podrá triunfar de su endurecimiento, y hacer germinar en él, pensamientos saludables.

Lo mismo puede decirse en cuanto á ciertos enfermos, sobre los cuales no obran los remedios sino á la larga; el efecto de éstos no es apreciable por el momento; al contrario, sobre otros obran prontamente. Si nos penetramos de la verdad de que todos los Espíritus son perfectibles, y de que ninguno está eterna y fatalmente destinado al mal, se comprenderá que, tarde ó temprano, la oracion hará su efecto, y que la que parece ineficaz, al principio, no deposita ménos gérmenes saludables que predisponen al Espíritu al bien, si no le toca inmediatamente. Así, pues, obráramos mal, si por no conseguirlo al instante, nos desanimásemos.

11.—Si este Espíritu se reencarnase, en qué categoria de individuos se encontraria?—R. Eso dependerá de él y del arrepentimiento que experimentará.

Muchas conversaciones con este Espíritu, produjeron en él un cambio notable en su estado moral. Hé aquí alguna de sus respuestas.

12.—(*Al Espíritu.*) ¿Por qué no pudisteis escribir la primera vez que os llamamos?—R. No lo

queria.—¿Por qué no lo queríais?—R. Ignorancia y embrutecimiento.

13.—¿Podeis dejar ahora, cuando lo quereis, la casa de Castelnauary?—R. Se me permite dejarla, porque me aprovecho de vuestros buenos consejos.—Experimentalis por esto alivio?—R. Empiezo á esperar.

14.—Si pudiésemos veros, ¿bajo qué apariencia os veríamos?—R. Me veriais en camisa sin puñal.—¿Por qué no teneis vuestro puñal; qué habeis hecho de él?—R. Lo maldigo; Dios me ha ahorrado su vista.

15.—¿Si M. D..... hijo (el que recibió el bofeton), volviese á la casa, le haríais mal?—R. Nó, porque estoy arrepentido.—P. ¿Y si os insultase?—R. Oh! ¡no me preguntéis eso! no podria dominarme, sería superior á mis fuerzas... porque no soy más que un miserable.

16.—¿Entreveis el fin de vuestras penas?—R. Oh! todavía nó, es ya mucho más que lo que merezco, el saber, gracias á vuestra intercesion, que no durarán siempre.

17.—¿Quereis describirnos la situacion en que estábais ántes de que os hayamos llamado por la primera vez? Comprendeis que os preguntamos esto, para tener un medio de seros útil, y no por un motivo de curiosidad?—R. Os lo he dicho, no tenía conciencia de nada en el mundo, sino de mi crimen, y no podia dejar la casa en que lo cometí, más que para elevarme en el espacio, dónde todo á mi alrededor estaba solitario y obscuro; no podria daros una idea ni he comprendido jamás nada; desde el momento en que me elevaba en el espacio, todo era negro y vacío para mí,

no sabia lo que me pasaba. Hoy experimento muchos más remordimientos, y no estoy obligado á permanecer en esa casa fatal; se me permite errar por la tierra, y procurar ilustrarme con mis observaciones; mas en este caso, comprendo mejor la enormidad de mis maldades; y si sufro ménos por un lado, por el otro aumentan mis tormentos con los remordimientos; pero al ménos tengo esperanza.

18.—Si debiéseis volver á tomar una existencia corporal, ¿cuál elegiríais?—R. Aun no he pensado ni reflexionado bastante para saberlo.

19.—Durante vuestro largo aislamiento y se puede decir vuestra cautividad, habeis tenido remordimientos?—R. Ni el menor, y por esto sufrí tanto tiempo; cuando empecé á experimentarlos, fué cuando, sin yo saberlo, se provocaron las circunstancias que motivaron mi evocacion, á la cual debo el principio de mi libertad. Gracias, pues, á vosotros que habeis tenido piedad de mí y me habeis ilustrado.

En efecto, hemos visto á los avaros sufrir á la vista del oro, que para ellos era una verdadera quimera; á los orgullosos atormentados por la envidia de los honores que se hacian á los otros, sin hacer caso de ellos; á los hombres que gobernaron en la tierra, humillados por el poder invisible que les obligaba á obedecer, y por la presencia de sus subordinados que yá no se doblaban ante ellos; á los ateos, sufrir las agonías de la incertidumbre, encontrándose en un aislamiento absoluto en medio de la inmensidad, sin encontrar ningun sér que pudiera ilustrarles. En el mundo de los Espíritus, si bien hay goces para todas las virtudes, tambien hay castigos para todas las faltas, y aquellas á las que no alcanza la ley de los hombres, son azotadas por la ley de Dios.

Por lo demás, es notable que las mismas faltas, aunque cometidas en condiciones idénticas, son castigadas con penas muy diferentes, según el grado de adelantamiento del Espíritu. A los Espíritus más atrasados y de una naturaleza brutal, como el que nos ocupa, se les imponen penas de cierto modo más materiales que morales, mientras sucede todo lo contrario en aquellos cuya inteligencia y sensibilidad están en mayor desarrollo. A los primeros les conviene un castigo apropiado á la rudeza de su envoltura, para hacerles comprender los inconvenientes de su posición, inspirándoles el deseo de salir de ella; así es que sólo la vergüenza, por ejemplo, que les haría poca ó ninguna impresion á sus ojos, será intolerable para los demás.

En este código penal divino, la prudencia, la bondad y la prevision de Dios para con sus criaturas, se revelan hasta en las cosas más pequeñas; todo es proporcionado; todo está combinado con admirable solicitud para facilitar á los culpables los medios de rehabilitarse; se les toman en cuenta las menores aspiraciones del alma. Según los dogmas de las penas eternas, por el contrario, en el infierno se confunden los pequeños con los grandes culpables, los que faltaron una sola vez, los que fueron cien veces reincidentes endurecidos y los arrepentidos; todo está calculado para retenerlos en el fondo del abismo; no se les ofrece ninguna tabla de salvacion; una sola falta puede precipitar en él para siempre jamás, sin que se tome en cuenta el bien que se ha hecho. ¿De qué parte está la verdadera justicia y la verdadera bondad?

Así, pues, esta evocacion no ha sido casual; como debía ser útil para este desgraciado, los Espíritus que velaban por él, viendo que empezaba á comprender sus enormes crímenes, han juzgado el momento oportuno para proporcionarle un eficaz socorro, aprovechando todas las circunstancias propicias. Este es un hecho, que hemos visto repetirse muchas veces.

Con este motivo, se nos ha preguntado lo que hubiera sido de él si no se hubiese podido evocar, lo mismo que de los demás Espíritus que, encontrándose en igual caso,

tampoco pueden ser evocados ó que nadie piensa en ellos. A lo que hemos contestado que los caminos de Dios para la salvacion de sus criaturas, son innumerables; la evocacion es uno de los medios para acudir en su socorro, pero ciertamente no es el único, y Dios no relega á nadie al olvido. Además, las oraciones colectivas deben tener su influencia sobre los Espíritus accesibles al arrepentimiento.

Dios no podría subordinar la suerte de los Espíritus en sufrimiento á los conocimientos y á la buena voluntad de los hombres. Desde que éstos pudieron establecer y regularizar sus relaciones con el mundo invisible, uno de los primeros resultados del Espiritismo fué enseñarles los servicios que, con el auxilio de estas relaciones, podían prestar á sus hermanos desencarnados. Dios quiso, por este medio, probarles la solidaridad que existe entre todos los seres del Universo, y darnos una ley natural que sirviera de base al principio de la fraternidad.

Abriendo este nuevo campo al ejercicio de la caridad, les enseña el lado verdaderamente útil y formal de las evocaciones, desviadas hasta entónces de su objeto providencial por la ignorancia y la supersticion. Así, pues, á los Espíritus en sufrimiento, en ninguna época les han faltado socorros, y si las evocaciones les abren un nuevo camino para su salvacion, quizá los encarnados ganan en ello mucho más; porque para ellos son nuevas ocasiones para hacer bien, instruyéndose al propio tiempo sobre el verdadero estado de la vida futura.

JACOBO LATOUR

asesino, condenado por la Audiencia de Foix y ejecutado en Setiembre de 1864.

En una renñion espiritista íntima de siete á ocho personas, que tuvo lugar en Bruxelas, el 13 de Setiembre de 1864 y á la cual asistimos, se suplicó á una

señora, médium, tuviese la bondad de escribir: no habiéndose hecho ninguna evocacion especial, trazó con agitacion extraordinaria, en letras muy grandes, y despues de haber roto violentamente el papel, estas palabras:

«¡Yo me arrepiento! ¡yo me arrepiento! Latour.»

Sorprendidos de esta comunicacion inesperada, que nadie habia provocado; porque ninguno pensaba en este desgraciado, del cual áun ignoraban la muerte la mayor parte de los asistentes, se dirigieron al Espíritu algunas palabras de conmiseracion y de aliento; despues se le hizo esta pregunta:

¿Qué motivo ha podido obligaros á venir entre nosotros, ántes que á otra parte, puesto que no os hemos llamado?

El médium que lo era tambien parlante, responde de viva voz:

«He visto que erais almas compasivas y que tendríais piedad de mí, miétras que otros me evocan más por curiosidad que por verdadera caridad, ó bien se alejan de mí con horror.»

Entónces comenzó una escena indescriptible que no duró ménos de media hora. El médium, uniendo á la palabra los gestos y la expresion de la fisonomía, fué evidente que el Espíritu se identificó con su persona; algunas veces fueron tan desgarradores sus acentos de desesperacion, pintó sus angustias y sus sufrimientos con un tono tan lastimoso, sus súplicas fueron tan vehementes, que todos los asistentes nos conmovimos profundamente.

Tambien los hubo que estaban espantados de la so-

brexcitacion del médium; pero pensamos que un Espíritu que se arrepiente y que implora la piedad, no ofrecia ningun peligro. Si tomó sus órganos, fué para pintar mejor su situacion é interesar más en su suerte, pero no como los Espíritus obsesores y poseores, con la idea de apoderarse de ella para dominarla. Eso se le permitió, sin duda, por su propio interés, y puede ser tambien para la instruccion de las personas presentes.

El Espíritu exclamó:

«Oh! sí, piedad! ¡tengo mucha necesidad de ella, porque no sabeis lo que sufro!... ¡no, no lo sabeis, no podeis comprenderlo.... es horrible!.... ¡La guillotina! ¿qué es al lado de lo que sufro ahora? Es nada; es un instante. ¡Pero este fuego que me devora, es peor, es una muerte continúa; es un sufrimiento que no deja tregua ni descanso... que no tiene fin!

»¡Y mis víctimas que están ahí, á mi alrededor..... que me enseñan sus heridas..., que me persiguen con sus miradas!... ¡Están ahí, ante mí..., las veo todas. . sí, todas; no puedo evitarlas!... ¡Y este mar de sangre!... ¡y este oro manchado de sangre... todo está ahí! ¡siempre ante mí!... ¿Sentís el olor de la sangre? ¡Sangre, siempre sangre!.... ¡Hélas ahí, esas pobres víctimas; me ruegan... y yo sin piedad hiero... hiero... hiero siempre!... La sangre me embriaga!

»Creía que despues de mi muerte, todo estaria acabado, por esto arrostré el suplicio; ¡insulté á Dios, le renegué!... Y hé ahí que, cuando me creía aniquilado para siempre, un despertar terrible tiene lugar en mí..., oh! ¡sí, terrible!... estoy rodeado de cadáveres, de fi-

guras amenazadoras... camino sobre sangre... ¡Creía estar muerto, y vivo!... ¡Esto es horroroso!... ¡Esto es horrible! ¡más espantoso que todos los suplicios de la tierra!

»Oh! ¡si todos los hombres pudiesen saber lo que hay más allá de la vida! ¡sabrían lo que cuesta hacer mal; no habría asesinos, ni criminales, ni malhechores! ¡Quisiera que todos los asesinos pudiesen ver lo que veo y lo que sufro... Oh! no habría ninguno... ¡es demasiado horrible sufrir lo que sufro!

«¡Bien sé que lo he merecido, oh Dios mio! porque no tuve piedad de mis víctimas; rechacé sus manos suplicantes, cuando me pedían que no las matase. ¡Sí, yo he sido cruel; las he muerto cobardemente por poseer su oro!... He sido impío; os he renegado, he blasfemado vuestro santo nombre... *He querido abismarme, y por esto quería persuadirme de que no existiais*... Oh! Dios mio! ¡Soy un gran criminal! Lo comprendo ahora. ¿Pero no tendreis piedad de mí?... ¡Sois Dios, esto es, la bondad, la misericordia! ¡Sois todopoderoso!

«¡Piedad, Señor! oh! piedad! piedad! Os lo suplico, no seais inflexible; libertadme de esta vista odiosa, de estas imágenes horribles..., de esta sangre..., de mis víctimas, *cuyas miradas me penetran hasta el corazón, como puñaladas*.

«Vosotros, que estais aquí, que me escuchais, sois buenas almas, almas caritativas, sí, lo veo, ¿tendreis piedad de mí, no es verdad? Rogareis por mí... Oh! ¡os lo suplico! no me rechaceis. Pedireis á Dios quite de mi vista este horrible espectáculo, os escuchará

porque sois buenos... Os lo suplico, no me rechaceis, como yo he rechazado á los otros... ¡Rogad por mí!»

Los asistentes conmovidos por sus pesares, le dirigieron palabras de aliento y de consuelo. Dios, se le dijo, no es inflexible; lo que pide al culpable, es un arrepentimiento sincero, y el deseo de reparar el mal que ha hecho. Puesto que vuestro corazón no está endurecido, y le pedís perdon por vuestros crímenes, extenderá sobre vos su misericordia, si perseverais en vuestras buenas resoluciones para reparar el mal que habeis hecho. No podeis, sin duda, volver á vuestras víctimas la vida que les quitasteis, pero si lo pedís con fervor, Dios os concederá encontraros con ellas en una nueva existencia, donde podreis demostrarlas tanta adhesion como cruel habeis sido; y cuando juzgará la reparacion suficiente, entrareis en su gracia. La duracion de vuestro castigo está de este modo, en vuestras manos; depende de vos abreviarlo; nosotros os prometemos ayudaros con nuestras oraciones, y llamar sobre vos la asistencia de buenos Espíritus. Vamos á decir á vuestra intencion la oracion, contenida en el *Evangelio segun el Espiritismo*, por los Espíritus en sufrimiento y arrepentidos. No diremos la que se reza por los malos Espíritus, porque desde luego que os arrepentís, que implorais á Dios y renunciáis á hacer mal, no sois, á nuestros ojos, sino un Espíritu desgraciado y no malo.

Dicha esta oracion, y despues de algunos instantes de calma, el Espíritu continuó:

«Gracias Dios mio!... Oh! gracias! habeis tenido piedad de mí; estas horribles imágenes se alejan... No

me abandoneis... enviadme vuestros buenos Espíritus para sostenerme... Gracias.»

Después de esta escena, quedó la médium, durante algun tiempo, quebrantada y sin fuerzas, sus miembros sumamente cansados. Tuvo el recuerdo, desde luego confuso, de lo que acababa de pasar, después, poco á poco se acordó de algunas de las palabras que pronunció y que decia á pesar suyo; conocia que no era ella quien hablaba.

Al día siguiente, en una nueva reunion, se manifestó tambien el Espíritu, y empezó, durante algunos minutos solamente, la escena de la víspera, con la misma gesticulacion expresiva, pero ménos violenta; después escribió valiéndose de la misma médium, con agitacion febril, las palabras siguientes:

«Gracias por vuestras oraciones; yá se ha producido en mí una mejora sensible. He rogado á Dios con tanto fervor, que ha permitido que, por un momento, mis sufrimientos fuesen aliviados; pero veré aún á mis víctimas... Hélas ahí!... Hélas ahí!... ¿veis esta sangre?...»

(La oracion de la víspera fué repetida, el Espíritu continúa, dirigiéndose al médium:)

«Os pido perdon por haberme apoderado de vos. Gracias por el alivio que dais á mis sufrimientos; perdon por todo el mal que os he ocasionado; pero tengo necesidad de manifestarme; vos sola podeis...»

»Gracias! gracias! siento un pequeño alivio; pero me falta mucho para llegar al fin de mis pruebas. Pronto volverán á venir mis víctimas. Hé ahí el castigo; lo he merecido, Dios mio, pero sed indulgente.

»Vosotros todos, orad por mí; tened piedad de mí.

»LATOUR.»

Un miembro de la sociedad espiritista de París, que oró por este desgraciado Espíritu y le evocó, obtuvo, en diferentes intervalos, las comunicaciones siguientes:

I.

Fuí evocado casi despues de mi muerte, y no pude comunicarme enseguida, pero muchos Espíritus ligeros han tomado mi nombre y mi puesto. Me he aprovechado de la presencia en Bruxelas del Presidente de la sociedad de París, y con el permiso de los Espíritus superiores, me he comunicado.

Iré á comunicarme á la Sociedad, y haré revelaciones que serán un principio de reparacion de mis faltas, y podrán servir de enseñanza á todos los criminales, que leerán y que reflexionarán sobre el relato de mis sufrimientos.

Los discursos sobre las penas del infierno hacen poco efecto en el Espíritu de los culpables, que no creen en todas esas imágenes, espantosas sólo para los niños y los hombres débiles. Pero un gran malhechor, no es un Espíritu pusilánime, y el miedo á los gendarmes obra más sobre él que la relacion de los tormentos del infierno. Hé ahí porque todos los que me leerán serán sensibles á mis palabras, á mis sufrimientos, que no son suposiciones. No hay un solo sacerdote que pueda decir: «He visto lo que digo, he presenciado los tormentos de los condenados.» Pero cuando iré á decir: «Hé aquí lo que pasó despues de »la muerte de mi cuerpo; mirad cuál fué mi desen-

»canto, reconociendo que no estaba muerto, como lo
»esperaba, y que lo que tomé por el fin de mis sufri-
»mientos, era el principio de tormentos imposibles de
»describir!» entónces más de uno se detendrá al bor-
de del precipicio donde iba á caer, y cada uno de los
desgraciados que yo detenga de este modo en la pen-
diente del crimen, servirá para que yo rescate una de
mis faltas. Asi es cómo el bien sale del mal, y cómo
la bondad de Dios se manifiesta por todas partes , en
la tierra como en el espacio.

Se me ha permitido librarme de la vista de mis víc-
timas, que son ahora mis verdugos, á fin de comuni-
carme con vos; pero al dejaros los volveré á ver , y
sólo esta idea me hace sufrir tánto que no podria ex-
plicároslo. Soy feliz cuando se me evoca , porque en-
tónces dejo mi infierno por algunos instantes. Rogad
siempre por mí; rogad al Señor para que me libre de
la vista de mis víctimas.

¡Sí, oremos juntos, la oracion hace tánto bien!....
Estoy más aliviado; no siento tanto la pesadez de la
carga que me abruma. Veo un rayo de esperanza que
luce en mis ojos, y, llenode arrepentimiento, exclamo:
¡Bendita sea la mano de Dios ; que su voluntad sea
hecha.

II.

EL MÉDIUM.—En lugar de pedir á Dios que os libre
de la vista de vuestras víctimas, os invito á orar con-
migo para pedirle la fuerza de soportar este tormento
expiatorio.

LATOUR.—Hubiera preferido librarme de la vista de

mis víctimas. ¡Si supierais lo que sufro! El hombre más insensible se conmovería, si pudiese ver, impresos en mi rostro como fuego, los sufrimientos de mi alma. Haré lo que me aconsejais. Comprendo que éste es un medio un poco más rápido de expiar mis faltas. Es como una operación dolorosa, que debe dar la salud á mi cuerpo muy enfermo.

Ah! ¡si pudieran verme los culpables de la tierra, cuán asustados estarían de las consecuencias de sus crímenes que, ocultos á los ojos de los hombres, son vistos por los Espíritus! ¡Cuán fatal es la ignorancia á tantas pobres gentes!

¡Qué responsabilidad asumen los que niegan la instrucción á las clases pobres de la sociedad! ¡Créen que con los gendarmes y la policía pueden prevenir los crímenes! ¡En que error están!

III.

Los sufrimientos que experimento son horribles, pero con vuestras oraciones, me siento asistido por buenos Espíritus, que me dicen que espere. Comprendo la eficacia del remedio heróico que me habeis aconsejado, y ruego al Señor me conceda la fuerza de soportar esta dura expiación. Puedo decir, que es igual al mal que hice. No trato de excusar mis crímenes; pero al ménos mis víctimas recibieron la recompensa que les esperaba, despues del terror y del dolor que les causará el crimen cometido con ellas, particularmente las que habian terminado su prueba terrestre.

Pero desde mi vuelta al mundo de los Espíritus, excepto en los muy cortos momentos en que me he

comunicado, no ceso de sufrir los dolores del infierno.

Los sacerdotes, á pesar del cuadro espantoso de las penas que experimentan los réprobos, no tienen sino una idea muy débil de los verdaderos sufrimientos que la justicia de Dios impone á sus hijos, que han violado su ley de amor y de caridad. ¿Cómo puede creerse que un alma, esto es, una cosa que no es material, pueda sufrir al contacto del fuego material? Esto es absurdo, y hé ahí porqué tantos criminales se rien de esas pinturas fantásticas del infierno. Pero ¿sucede lo mismo con el dolor moral que sufre el condenado, después de la muerte física?

Rogad para que la desesperacion no se apodere de mí.

IV.

Os doy las gracias porque me haceis entreveer el fin; fin glorioso al cual sé que llegaré cuando me haya purificado. Sufro mucho, y sin embargo, me parece que mis sufrimientos disminuyen. No puedo creer que, en el mundo de los Espíritus, el dolor disminuya, porque uno se habitúa á él poco á poco. Nó. Comprendo que vuestras buenas oraciones han aumentado mis fuerzas, y *si mis dolores son los mismos, siendo mi fuerza más grande, sufro ménos.*

Mi pensamiento se dirige sobre mi última existencia, sobre las faltas que hubiera evitado, si hubiese sabido orar. Comprendo hoy la eficacia de la oracion, comprendo la fuerza de esas mujeres honradas y piadosas; débiles, según la carne, pero fuertes por

su fé; comprendo ese misterio que no comprenden los falsos sábios de la tierra. ¡Oracion! esta sola palabra excita la risa de los espíritus fuertes. Les oigo en el mundo de los Espíritus, ¡y cuándo el velo que les oculta la verdad se desgarré para ellos, vendrán á prosternarse á su vez á los piés del Eterno que han desconocido, y se considerarán felices en humillarse para que sean absueltos de sus pecados y de sus maldades! Comprenderán la virtud de la oracion.

¡Orar es amar; amar es orar! Entónces, amarán al Señor y le dirigirán sus oraciones de amor y de reconocimiento, y, regenerados por el sufrimiento, porque deberán sufrir, rogarán como yo para tener la fuerza de expiar y de sufrir, y cuando habrán cesado de sufrir, rogarán para dar gracias al Señor del perdón que han merecido por su sumision y su resignacion. Oremos, hermano, para fortificarme más.....

¡Oh! gracias, hermano, por tu caridad, porque estoy perdonado. Dios me libra de la vista de mis víctimas. ¡Oh! ¡Dios mio! ¡bendito seas durante la eternidad por la gracia que me concedes! ¡Oh! ¡Dios mio! Siento la enormidad de mis crímenes, y me humillo ante vuestra omnipotencia. ¡Señor! os amo con todo mi corazon y os pido la gracia de permitirme, cuando vuestra voluntad me envíe á sufrir en la tierra nuevamp ruebas, que baje á ella, misionero de paz y de caridad, á enseñar á los niños á pronunciar vuestro nombre con respeto. Os pido el poder enseñarles á amaros, á vos el Padre de todas las criaturas. ¡Oh! ¡gracias, Dios mio! Soy un Espiritu arrepentido y mi arrepentimiento es sincero. Os amo, tanto como mi

corazon tan impuro puede comprender este sentimiento, pura emanacion de vuestra divinidad. Hermano, roguemos, porque mi corazon rebosa de reconocimiento. Soy libre, he roto mis hierros, no soy un réprobo; soy un Espíritu en sufrimiento, pero arrepentido, y desearia que mi ejemplo pudiese retener en el umbral del crimen todas esas manos criminales que veo preparadas á levantarse. ¡Oh! deteneos, hermanos, deteneos, porque los tormentos que os preparais serán atroces. No creais que el Señor se deje siempre ablandar tan pronto por la oracion de sus hijos. Son siglos de tormentos los que os esperan.

(*El guia del médium.*)—Tu dices que no comprendes las palabras del Espíritu. Considera su emocion y su reconocimiento hácia el Señor; no crée poder expresarlo mejor y manifestarlo que tratando de detener á todos esos criminales que vé y que tú no puedes ver. Quisiera que sus palabras llegasen hasta ellos, y lo que no te ha dicho, porque lo ignora todavía, es que le será permitido comenzar misiones reparadoras. Irá cerca de sus cómplices á inspirarles el deseo de arrepentirse, y á introducir en sus corazones el gérmen del remordimiento. Algunas veces se ven personas en la tierra que se creian honradas, ponerse á los piés de un sacerdote, acusándose de un crimen. Es el remordimiento que les dicta la confesion de su falta. Y si se levantara el velo que te separa del mundo invisible, verias muchas veces un Espíritu que fué el cómplice ó el instigador del crimen, venir, como lo hará Jacobo Latour, á tratar de reparar su falta, inspirando el remordimiento al Espíritu encarnado.

TU GUÍA PROTECTOR.

El médium de Bruselas, que tuvo la primera comunicacion de Latour, recibió más tarde la siguiente:

«No temais nada de mí; estoy más tranquilo, pero sin embargo, sufro todavía. Dios ha tenido piedad de mí, porque ha visto mi arrepentimiento. Ahora, *sufro por este arrepentimiento que me demuestra la enormidad de mis faltas.*

»Si en la vida hubiera sido bien dirigido, no habria hecho todo el mal que he hecho; pero mis instintos no fueron reprimidos, y obedecí á ellos, no habiendo conocido ningun freno. Si todos los hombres pensasen más en Dios, ó al ménos si todos los hombres creyeran en él, no se cometerian semejantes maldades.

»Pero la justicia de los hombres es mal entendida; por una falta, á veces ligera, se encierra á un hombre en un presidio, que siempre es un lugar de perdicion y de perversion. Sale de él completamente perdido por los malos consejos y los malos ejemplos que ha tenido. Sin embargo, si su naturaleza es bastante buena y bastante fuerte para resistir al mal ejemplo, al salir del presidio, todas las puertas se le cierran, todos le retiran la proteccion, todos los corazones honrados le rechazan. ¿Qué le queda? El menosprecio y la miseria; el abandono, la desesperacion, si siente en él buenas resoluciones para volver al bien, la miseria le empuja á todo. Entónces tambien él menosprecia á su semejante, le aborrece, y pierde del todo la conciencia del bien y del mal, puesto que se vé rechazado, sin embargo de haber tomado la resolucion de ser hombre de bien. ¡Para procurarse lo necesario roba, mata á veces; despues le guillotinan!

»Dios mio, en el momento en que mis alucinaciones van á volverme, siento vuestra mano que se extiende hácia mí; siento vuestra bondad que me envuelve y me protege. ¡Gracias, Dios mio! en mi próxima existencia emplearé mi inteligencia, mi bien en socorrer los desgraciados que han sucumbido, y en preservarles de la caída.

»Gracias, vosotros que no repugnais comunicaros conmigo; no temais; veis que no soy malo. Cuando penseis en mí, no os representeis el retrato que de mí habeis visto, sino representaos una pobre alma desolada que os dá gracias por vuestra indulgencia.

»Adios; evocadme aún, y rogad á Dios por mí.

»LATOUR.»

Estudio sobre el Espíritu de Jacobo Latour.

No puede negarse el fondo y la más alta importancia de algunas de las palabras de esta comunicacion, ofreciendo además uno de los aspectos del mundo de los Espíritus en castigo, sobre el cual, sin embargo, se entrevé la misericordia de Dios. La alegoría mitológica de las Euménides no es tan ridícula como se crée, y los demonios, verdugos oficiales del mundo invisible, que les reemplazan en la creencia moderna, son ménos racionales, con sus cuernos y sus garfios, que esas víctimas que sirven ellas mismas para castigo del culpable.

Admitiendo la identidad de este Espíritu, quizá alguno se admire por el cambio repentino de su estado moral; esto mismo lo hemos hecho notar en otra ocasion, pues hay más recursos muchas veces en un Espíritu brutalmente malo, que en aquel que está dominado por el orgullo ó que oculta sus vicios bajo el manto de la hipocresía. Esta vuelta repentina á mejores sentimientos, más bien indica una naturaleza más salvaje que perversa, á la que sólo le ha hecho falta una buena direccion. Si comparamos su lenguaje con el de otro criminal que á continuacion men-

cionamos con el título de: «Castigo por la luz,» reconocemos con facilidad cuál es el más adelantado moralmente, á pesar de la diferencia de su instruccion y de su posicion social; el uno obedecia á un instinto natural de ferocidad, á una especie sobreexcitacion, miéntras que el otro cometia sus crímenes con la calma y la sangre fria de una lenta y perseverante combinacion, y despues de su muerte aún desafiaba el castigo por orgullo; él sufre pero no quiere convenir en ello; el otro se ha dominado inmediatamente. De este modo podemos preveer cuál de los dos sufrirá más tiempo.

«Yo sufro, dice el Espíritu de Latour, con ese arrepentimiento que me muestra la enormidad de mis faltas.» En esto hay un pensamiento profundo. Verdaderamente el Espíritu no comprende la gravedad de sus faltas sino cuando se arrepiente; el arrepentimiento conduce al pesar, á los remordimientos, sentimiento doloroso que es la transicion del bien al mal, de la enfermedad moral á la salud moral. Para evadirse de estas sensaciones dolorosas, los Espíritus perversos se parapetan contra la voz de su conciencia, como aquellos enfermos que rehusan el remedio que ha de curarles; procuran hacerse ilusiones y se embrutecen persistiendo en el mal. Latour ha llegado á este período en que la obstinacion concluye por ceder; el remordimiento ha entrado en su corazon, y á ese ha seguido el arrepentimiento; comprende la extension del mal que ha hecho; vé su vileza y sufre; hé ahí porque dice: «sufro por este arrepentimiento.» En su precedente existencia ha debido ser peor que en ésta, porque si se hubiera arrepentido como lo ha hecho hoy, su vida hubiese sido mejor. Las resoluciones que toma ahora influirán sobre su futura existencia terrestre; la que acaba de dejar, por criminal que haya sido, ha marcado para él una etapa de progreso. Es más que probable que ántes de comenzarla, fuese errante, uno de estos Espíritus malos y rebeldes, obstinados en el mal, como se ven tantos.

Muchas personas han preguntado qué provecho se podía sacar de las existencias pasadas, puesto que uno no se acuerda ni de lo que ha sido, ni de lo que ha hecho.

Esta cuestion está completamente resuelta por el hecho, que si el mal que hemos cometido está borrado, y no quedó de él ninguna traza en nuestro corazon, su recuerdo sería inútil, pues que no tenemos que preocuparnos de ello. En cuanto á aquel del cual no nos hemos enteramente corregido, lo conocemos por nuestras tendencias actuales; sobre éstas debemos dirigir toda nuestra atencion. Basta saber lo que somos, sin que sea necesario saber lo que hemos sido.

Cuando consideramos la dificultad que hay durante la vida, para que el culpable más arrepentido se rehabilite de la reprobacion de que es objeto, debemos bendecir á Dios por haber echado un velo sobre el pasado. Si á Latour le hubieran condenado á tiempo, aunque hubiese cumplido su condena, por sus antecedentes la sociedad le hubiera rechazado. ¿Quién hubiese querido admitirle en el seno de su amistad, á pesar de su arrepentimiento? Los sentimientos que manifiesta hoy como Espiritu nos dan la esperanza de que en la próxima existencia terrestre será un hombre honrado, estimado y considerado; pero suponed que se sepa que ha sido Latour, la reprobacion le perseguirá todavía. El velo echado sobre su pasado le abre la puerta de la rehabilitacion; podrá sentarse sin temor y sin vergüenza entre las personas más honradas. ¡Cuántos hay que quisieran á todo precio borrar de la memoria de los hombres algunos años de su existencia!

¡Qué se busque una doctrina que esté más conforme que ésta con la justicia y la bondad de Dios! Por lo demás, esta doctrina no es una teoría, sino el resultado de las observaciones. Los espiritistas no la han inventado; han visto y observado las diferentes situaciones en que se presentan los Espíritus; han procurado explicárselas, y de esta explicacion ha salido la doctrina. Si la han aceptado, ha sido por el resultado de los hechos y porque les ha parecido más racional que todas las emitidas hasta el dia, sobre el porvenir del alma.

No puede negarse que estas comunicaciones son de una alta enseñanza moral. El Espiritu ha podido ser, ha debido ser ayudado en sus reflexiones y sobre todo en la

eleccion de las expresiones, por Espíritus más adelantados; pero en semejante caso, estos últimos no asisten sino en la forma y no en el fondo, y no ponen jamás al Espíritu inferior en contradiccion consigo mismo. Han podido poetizar en Latour la forma del arrepentimiento, pero de ningún modo le hubieran hecho manifestar el arrepentimiento contra su voluntad, porque el Espíritu tiene su libre alvedrío; veian en él el gérmen de buenos setimientos, por esto le han ayudado á expresarse y han contribuido á su desarrollo, al propio tiempo que han llamado sobre él la conmiseracion.

¿Puede haber nada más admirable y más moral, capaz de impresionar con más vehemencia que el cuadro de este grande criminal arreptido, exalando su desesperacion y sus remordimientos; quien en medio de sus tormentos, perseguido por la mirada incesante de sus victimas, eleva su pensamiento hácia Dios para implorar su mirericordia? ¿No es eso un saludable ejemplo para los culpables? Se comprende la naturleza de sus angustias; son racionales, terribles, aunque sencillas y sin el carácter de la fantasmagoría.

Tal vez alguno podrá admirarse por el gran cambio hecho en un hombre como Latour; pero ¿por qué no se habia de arreptir? ¿Por qué no habia de existir en él una cuerda sensible que vibrase? ¿Acaso el culpable está para siempre destinado al mal? ¿No llega un momento en que se hace la luz en su alma? Este momento llegó para Latour. Esa es precisamente la parte moral de sus comunicaciones; el conocimiento que tiene de su estado; sus pesares, sus proyectos de reparacion son eminentemente instructivos. ¿Qué tendria de extraordinario que se arreptiese sinceramente ántes de morir? ¿No hubiera dicho ántes lo que ha dicho despues? ¿No tenemos de ello numerosos ejemplos?

Si hubiese vuelto al bien ántes de su muerte, á los ojos de sus iguales hubiera sido una debilidad; su voz de ultratumba es la revelacion del porvenir que les aguarda. Está en la verdad absoluta cuando dice que su ejemplo es más propio para reducir á los culpables que la perspectiva de

las llamas del infierno, y áun del cadalso. ¿Por qué no se le presenta á dar estos ejemplos en los presidios? Esto haria reflexionar á algunos, como tenemos de ello muchos ejemplos. Pero ¿cómo se puede creer en la eficacia de las pabras de un muerto, cuando se cree que despues de la muerte todo ha concluido? Un dia empero, vendrá en que se reconocerá la verdad de que los muertos pueden venir á instruir á los vivos.

De estas comunicaciones se desprenden otras instrucciones importantes; en primer lugar, la confirmacion de principio de eterna justicia, que el arrepentimiento no basta para colocar al culpable en el rango de los elegidos. El arrepentimiento es el primer paso hácia la rehabilitacion que llama la misericordia de Dios; es el prelude del perdon y de disminuirse los sufrimientos; pero Dios no absuelve sin condicion; es precisa la expiacion y sobre todo la reparacion; esto es lo que comprende Latour y es á lo que se prepara.

En segundo lugar, si se compara este criminal con el de Castelnaudary, se encuentra una gran diferencia en el castigo que se le ha impuesto. En este último el arrepentimiento ha sido más tardío, y por consecuencia la pena mas larga. Esta pena es además casi material, mientras que en Latour el sufrimiento es más bien moral; esto consiste en que, como hemos dicho más arriba, la inteligencia del uno estaba mucho ménos desarrollada que la del otro; era necesaria alguna cosa que pudiese afectar sus sentidos obtusos; pero las penas morales no son ménos amargas para aquel que ha llegado al grado exigido para comprenderlas; se puede juzgar de esto por los ayes que exhala Latour; no son de cólera, sino la expresion de los remordimientos acompañados muy pronto del arrepentimiento y del deseo de reparar, á fin de realizar su progreso.

CAPÍTULO VII.

ESPÍRITUS ENDURECIDOS.

LAPOMMERAY.

El castigo por la luz.

En una de las sesiones, de la Sociedad de París, en que se discutió la cuestion de la perturbacion que sigue generalmente á la muerte, un Espiritu al cual nadie habia aludido, y que no se pensaba evocar, se manifestó espontáneamente por medio de la comunicacion siguiente; aunque no se firmó, se reconoció sin esfuerzos á un gran criminal que la justicia humana acababa de ajusticiar.

¿Qué es lo que decís de turbacion? ¿por qué empleais palabras vanas? Sois unos visionarios y utopistas. Ignorais completamente aquellas cosas de las cuales pretendéis ocuparos. Nó, señores, la turbacion no existe sino en vuestro cerebro. Yo soy muerto sin ninguna clase de duda y me veo claro en mí mismo, al rededor de mí y por todas partes!... La vida es una lúgubre comedia! Aquellos que se hacen quitar de la escena ántes de caer el telon, son unos torpes!.... La muerte es el terror, un castigo ó un deseo, segun la debilidad ó la fuerza de los que la temen, la desafian ó la imploran. Para todos es una amarga vision!.. *La luz me deslumbra, y penetra como aguda fle-*

cha la sutileza de mi ser... Me han castigado con las tinieblas de la cárcel, se han creído castigarme con las tinieblas de la tumba, ó con las que sueñan los supersticiosos católicos. Y bien; sois vosotros, señores, quienes sufrís la obscuridad, y yo, el degradado social, me cierno sobre vosotros... ¡Quiero permanecer, yo! Fuerte por el pensamiento, desdén las advertencias que resuenan á mi alrededor... Veo claro... ¡Un crimen! ¡es una palabra! El crimen existe por todas partes. Cuando es ejecutado por masas de hombres, se le glorifica; en un particular, es infamado. ¡Absurdo!

No quiero quejarme... no pido nada... me basto, y sabré luchar contra *esta odiosa luz*.

El que era ayer un hombre.

Habiéndose analizado esta comunicacion en la sesion siguiente, se reconoció en el mismo cinismo del lenguaje, una grave enseñanza, y se vió que la situacion de este desgraciado es una nueva faz del castigo que espera á los culpables. En efecto, mientras que los unos están hundidos en las tinieblas ó en un aislamiento absoluto, otros sufren durante muchos años las angustias de su última hora, ó se creen aún de este mundo; la luz brilla para ellos. Este Espíritu goza de la plenitud de sus facultades; sabe perfectamente que está muerto y no se queja de nada; no pide ninguna asistencia y hasta desprecia las leyes divinas y humanas. ¿Puede presumirse que se evadirá del castigo? Nó, sino que la justicia de Dios se cumple bajo todas las formas, y lo que constituye la alegría de los unos, es para los otros un tormento. Esta luz constituye su

suplicio contra el cual se resiste, y á pesar de su orgullo, lo confiesa cuando dice: «Me basto y sabré luchar contra esta odiosa luz:» y en esta otra frase: «La luz me deslumbra y penetra, como una aguda flecha, la sutileza de mi sér.» Estas palabras: *sutileza de mi sér*, son características; reconoce que su cuerpo es fluidico y penetrable á la luz á que no puede escapar, y esta luz le traspaasa como una flecha aguda. Este Espiritu se coloca en este lugar entre los endurecidos, porque tardó mucho en manifestar el menor arrepentimiento. Es un ejemplo de la verdad de que el progreso moral no sigue siempre el progreso intelectual. No obstante, poco á poco se ha enmendado y más tarde dió comunicaciones sábiamente razonadas é instructivas. Hoy puede colocársele entre los Espiritus arrepentidos.

Despues de rogar á nuestros guías espirituales para que dijeran su parecer sobre este objeto, dictaron las tres comunicaciones siguientes, que merecen fijemos en ellas una formal atencion.

I.

Los Espiritus en el estado errante están evidentemente, bajo el punto de vista de las existencias, inactivos y en espectacion; pero sin embargo, pueden expiar, con tal que su orgullo, la tenacidad formidable y terca de sus errores no les retengan, en el momento de su ascension prògresiva. Teneis de esto un ejemplo terrible en la última comunicacion de este criminal endurecido, forcejando contra la justicia divina que le estrecha despues de la de los hombres. En este caso,

la expiación, ó mejor dicho, el sufrimiento fatal que les oprime, en lugar de aprovecharles y de hacerles sentir la profunda significacion de sus penas, les exalta, les subleva, y les hace dar esos rugidos que la Escritura, en su poética elocuencia llama *rechinamientos de dientes*; ¡imágen por excelencia! ¡signo del sufrimiento abatido! ¡perdido en el dolor, ¡pero cuya rebelion es aún bastante grande para que se resistan á reconocer la verdad de la pena y la verdad de la recompensa!

Los grandes errores se continúan á menudo, y casi siempre, en el mundo de los Espíritus; lo mismo que las conciencias muy criminales. Ser *él* á pesar de todo, y hacer alarde ante lo infinito, se parece mucho á la ceguedad del hombre que contempla las estrellas y las toma por los arabescos de un techo, tal como lo creían los Galos del tiempo de Alejandro.

¡Hay lo moral infinito! ¡Miserable, ínfimo es aquel que bajo pretexto de continuar las luchas y las fanfarronadas abyectas de la tierra, no vé más allá en el otro mundo que lo que veía en la tierra! Para éste es la ceguedad, el menosprecio de los otros, la egoísta y mezquina personalidad y la detencion del progreso. Oh! hombres! es una grande verdad que entre la inmortalidad de un hombre puro dejado en la tierra, y la inmortalidad que guardan realmente los Espíritus en sus pruebas sucesivas hay un secreto acuerdo.

LAMENNAIS.

II.

Precipitar á un hombre en las tinieblas ó en tor-

rentes de claridad: ¿el resultado no es el mismo? En uno y otro caso no vé nada de lo que le rodea, y se acostumbra con más facilidad á la sombra que á la intensa claridad eléctrica en la cual puede ser sumergido. Por consiguiente, el Espíritu que se ha comunicado en la última sesion, expresa bien la verdad de su situacion cuando exclama: «¡Oh! ¡Yo me libraré de esta odiosa luz!» En efecto, esta luz es tanto más terrible, tanto más espantosa, cuanto más le penetra por completo, haciendo visibles y aparentes sus más recónditos pensamientos. Ese es uno de sus castigos espirituales más rudos. Se encuentra, por decirlo así, dentro de la casa de vidrio que pedia Sócrates; tambien en esto tenemos una enseñanza, porque lo que hubiera sido la alegría y el consuelo del sábio, se vuelve en castigo infamante y continuo del mal, del criminal, del parricida, espantado ante su propia personalidad.

¿Comprendeis, hijos míos, el dolor y el terror que deben oprimir á aquel que, durante una existencia siniestra, se complacia en combinar, en maquinar los más tristes crímenes en el fondo de su sér, donde se refugiaba como una bestia salvaje en su caverna, y que hoy se encuentra echado de su guarida, donde se ocultaba á las miradas y á la investigacion de sus contemporáneos? ¡Su máscara de impasibilidad le ha sido ahora arrancada y cada uno de sus pensamientos se refleja sucesivamente en su frente!

Sí, en adelante, ningun reposo, ningun asilo, para este formidable criminal. Cada pensamiento malo, y Dios sabe si su alma lo siente, se descubre por fuera y

en su interior, como á un choque eléctrico superior. Quiere ocultarse á la multitud, y la luz odiosa para él lo presenta continuamente á la vista de todos. ¡Quiere ocultarse, y huye jadeante y desesperado á través de los espacios incommensurables, y por todas partes la luz! ¡Y or todas partes las miradas que lo penetran! y se precipita de nuevo en persecucion de la sombra, buscando la noche, y la sombra y la noche no existen para él. Llama á la muerte en su ayuda, pero la muerte no es más que una palabra vacía de sentido. ¡El desgraciado huye siempre! *¡Marcha á la locura espiritual*, castigo terrible! ¡dolor horroroso! donde luchará consigo para desembarazarse de sí mismo. Porque tal es la ley suprema más allá de la tierra: es el culpable mismo quien se convierte en el más inexorable castigo de sí mismo.

¿Cuánto tiempo durará? Hasta que su voluntad, por fin vencida, se doble bajo la opresion punzante de remordimiento, y su frente soberbia se humille ante sus víctimas aplacadas y ante los Espíritus de justicia. Y observad, finalmente, la alta lógica de las leyes inmutables, en esto cumplirá tambien lo que escribia en esta altiva comunicacion, tan clara, tan lúcida, y tan tristemente llena de sí mismo, que dió el viernes último, libertándose por un acto de su propia voluntad.

ERASTO.

III.

La justicia humana no hace acepcion de la individualidad de los seres que castiga; midiendo el crimen

por el mismo crimen, hiere indistintamente á los que lo han cometido, y la misma pena alcanza al culpable sin distincion de sexo y cualquiera que sea su educación. La justicia divina procede de otra manera; *los castigos corresponden al grado de adelantamiento de los séres i los cuales son impuestos*; la igualdad del crimen no constituye la igualdad entre los individuos; dos hombres culpables en el mismo grado pueden estar separados por la distancia de las pruebas que hunden al uno en la opacidad intelectual de los primeros círculos iniciadores, mientras que el otro, habiéndolos pasado, posee la lucidez que libra al Espíritu de la turbacion. Entónces no son las tiniéblas las que castigan, sino la agudeza de la luz espiritual; ella traspassa la inteligencia terrestre, y le hace sentir la angustia de una llaga viva.

Los séres desencarnados á quienes persigue la representacion material de su crimen, sufren el choque de la electricidad física: sufren por los sentidos; los que están ya desmaterializados por el Espíritu sienten un dolor muy superior que anonada, en sus amargas agitaciones, el recuerdo de los hechos para no dejar subsistir sino la ciencia de sus causas.

El hombre puede, pues, á pesar de la criminalidad de sus acciones, poseer un adelantamiento interior, y mientras que las pasiones le hacen obrar como un bruto, avivadas sus facultades, le elevan por cima de la espesa atmósfera de las capas inferiores. La ausencia de ponderacion, de equilibrio entre el progreso moral y el progreso intelectual, produce las anomalías muy frecuentes en las épocas de materialismo y de transicion.

La luz que tortura al Espíritu culpable es, pues, ciertamente el rayo espiritual inundando de claridad las moradas secretas de su orgullo, y descubriéndole la inutilidad de su sér destrozado. Estos son los primeros síntomas y las primeras angustias de la agonía espiritual, que anuncian la separacion ó disolucion de los elementos intelectuales y materiales, que componen la primitiva dualidad humana y deben desaparecer en la gran unidad del sér acabado.

JUAN REYNAUD.

Estas tres comunicaciones, obtenidas simultáneamente, se completan la una con la otra, y presentan el castigo bajo un nuevo aspecto eminentemente filosófico y racional. Es probable que los Espíritus queriendo tratar esta cuestion presentando un ejemplo, habrán provocado, con este objeto, la comunicacion espontánea del Espíritu culpable.

Al lado de este cuadro tomado sobre un hecho real, pondremos otro de un predicador, que predicaba la cuaresma en Montreuil-sur-Mer, en 1864, trazando el infierno, estableciendo de este modo un paralelo.

«¡El fuego del infierno es millones de veces más intenso que el de la tierra, y si uno de los cuerpos que arden en él sin consumirse, cayese sobre nuestro planeta, lo apestaria de uno á otro extremo! ¡El infierno es una vasta y sombría caverna, erizada de clavos puntiagudos, de hojas de espadas muy aceradas, de hojas de navajas de afeitar muy afiladas, en la cual son precipitadas las almas de los condenados.» (Véase la REVISTA ESPIRITISTA, julio de 1864, página 199.)

ÁNGELA, NULIDAD EN LA TIERRA.

(Burdeos, 1862.)

Un Espíritu se presenta espontáneamente al médium bajo el nombre de Angela.

1.—¿Os arrepentís de vuestras faltas?—R. Nó.—¿Entónces porque venis á mí?—R. Para probar.—¿No sois feliz?—R. Nó.—¿Sufrís?—R. Nó.—¿Qué es pues lo que os falta?—R. La paz.

Ciertos Espíritus no consideran como sufrimientos sino los que les recuerdan los dolores físicos, conviniendo del todo en que su estado moral es intolerable.

2.—¿Cómo puede faltáros la paz en la vida espiritual?—R. Una pena del pasado.—La pena del pasado es un remordimiento; ¿os arrepentís, pues?—R. Nó; es por temor del porvenir.—¿Qué temeis, pues?—R. Lo desconocido.

3.—¿Quereis decirme lo que habeis hecho en vuestra última existencia? Esto me ayudará quizá á ilustraros.—R. Nada.

4.—¿Qué posicion social ocupabais?—R. Mediana.—¿Habeis sido casada?—R. Casada y madre.—¿Habeis cumplido con celo los deberes de esta doble posicion?—Nó; mi marido me fastidiaba, mis hijos tambien.

5.—¿Cómo se ha pasado vuestra vida?—R. Divirtiéndome jóven, fastidiándome casada.—¿Cuáles eran vuestras ocupaciones?—R. Ninguna.—¿Quién, pues, cuidaba vuestra casa?—R. La sirvienta.

6.—¿No es, pues, en esta inutilidad que debe buscar-

se la causa de vuestros pesares y de vuestros temores? —R. Puede ser que tengas razon.—No basta convenir en ello. ¿Quereis reparar esta existencia inútil, ayudar á los Espíritus culpables que sufren alrededor nuestro?—R. ¿Cómo?—Ayudándoles á mejorarse con vuestros consejos y vuestras oraciones.—R. No sé orar.—Nosotros lo haremos juntos, lo aprenderéis; ¿lo quereis?—R. Nó.—¿Por qué?—R. La fatiga...

Instruccion del guia del médium.

Te damos instrucciones, poniéndote á la vista los diversos grados de sufrimiento y de posicion de los Espíritus condenados á la expiacion, á consecuencia de sus faltas.

Angela era una de estas criaturas sin iniciativa, cuya vida es tan inútil á los otros como á sí mismas. No queriendo sino el placer, incapaz de buscar en el estudio, en el cumplimiento de los deberes de la familia y de la sociedad, esas satisfacciones del corazon las únicas que pueden dar encanto á la vida, porque son de todas las edades, no ha podido emplear sus juveniles años sino en distracciones frívolas; despues, cuando han llegado los deberes serios, *el mundo habia hecho el vacio á su alrededor, porque ella lo habia hecho en su corazon.* Sin defectos graves, pero sin cualidades buenas, hizo la desgracia de su marido, perdió el porvenir de sus hijos, y arruinó su bienestar por su incuria y negligencia. Falseó su juicio y su corazon, primero con su ejemplo, y despues abandonándoles á los cuidados de los domésticos que ni áun se tomaba el trabajo de elegir. Su vida ha sido inútil al bien, y por esto mismo culpable, porque *el mal nace*

del bien descuidado. Comprended bien todos que no basta absteneros de faltar; es preciso practicar las virtudes que son opuestas. Estudiad los mandamientos del Señor, meditadlos, y comprended que si os pone una barrera que os detenga al borde del mal camino, os fuerza al mismo tiempo á volver atrás para tomar la ruta opuesta que conduce al bien. El mal es opuesto al bien; luego aquel que quiere evitarlo debe entrar en el camino opuesto, sin lo que la vida es nula; sus obras son muertas, y Dios nuestro padre no es el Dios de los muertos, sino el Dios de los vivos.

P. ¿Puedo preguntaros cuál fué la existencia anterior de Angela? La última debia ser la consecuencia de aquella.—R. Habia vivido en la pereza beata y la inutilidad de la vida monástica. Perezosa y egoista por gusto, ha querido ensayar la vida de familia, pero el Espíritu ha progresado muy poco. Siempre rechazó la voz íntima que le mostraba el peligro; la pendiente era dulce y quiso más bien abandonarse á ella, que hacer un esfuerzo para detenerse al principio. Hoy tambien comprende el peligro que hay en mantenerse en esta neutralidad, pero no siente la fuerza de intentar el menor esfuerzo para salir de él. Orad por ella, despertadla; forzad sus ojos á abrirse á la luz: es un deber, no despreciéis ninguno de éstos.

El hombre fué creado para la actividad: actividad de espíritu, es su esencia; actividad de cuerpo es una necesidad. Llenad, pues, las condiciones de vuestra existencia, como Espíritu destinado á la paz eterna; como cuerpo destinado al servicio del Espíritu, vuestro cuerpo no es más que una máquina sometida á vues-

tra inteligencia; trabajad, cultivad pues la inteligencia á fin de que dé un impulso saludable al instrumento que debe ayudarle á cumplir su tarea; no le dejéis ni reposo ni tregua, y acordaos de que la paz á la cual aspirais no os será dada sino despues del trabajo; puesto que tanto tiempo como habreis descuidado el trabajo, tanto más durará para vosotros la ansiedad de la esperanza.

Trabajad, trabajad sin cesar; cumplid todos vuestros deberes sin excepcion; cumplidlos con celo, con valor, con perseverancia, y vuestra fé os sostendrá. Aquel que cumple con conciencia la tarea más ingrata, más vil en vuestra sociedad, está cien veces más elevado á los ojos del Altísimo, que el que impone esta tarea á los otros y descuida la suya. Todos son escalones para subir al cielo: no los rompais, pues, bajo vuestros piés, y contad con que estais rodeados de amigos que os tienden la mano y sostienen á aquellos que ponen su fuerza en el Señor.

MONOD.

UN ESPIRITU ABURRIDO.

(Burdeos, 1862.)

Este espíritu se presenta expontáneamente al médium y solicita oraciones.

I.—¿Qué es lo que os induce á pedir oraciones?—
R. Estoy cansado de errar sin objeto.—¿Hace mucho tiempo que estais en esta posicion?—R. Unos ciento ochenta años.—¿Qué habeis hecho en la tierra?—R. Nada bueno.

2.—¿Cuál es vuestra posicion entre los Epíritus?—
R. Estoy entre los aburridos.—Esto no forma una categoría.—R. Todo forma categoría' entre nosotros. Cada sensacion encuentra ó sus semejantes ó sus sim-páticos que se reunen.

3.—¿Por qué, si no estais condenado al sufrimiento, habeis permanecido tanto tiempo sin progresar?—
R. Estoy condenado al fastidio, éste es un sufrimiento entre nosotros, todo lo que no es alegría es dolor.—
¿Habeis sido, pues, forzado á permanecer errante á pesar vuestro?—R. Estas son causas muy sùtiles para vuestra inteligencia material.—Tratad de hacérmelas comprender; éste sería un principio de utilidad para vos.—R. No podria, no habiendo término de comparacion. Una vida extinguida en la tierra deja al Espiritu que no ha sabido aprovecharse de ella, lo que el fuego deja al papel que ha consumido: chispas que recuerdan á las cenizas todavía unidas entre si lo que han sido y la causa de su nacimiento, ó si tú quieres, de la destruccion del papel. Estas chispas son el recuerdo de los lazos terrestres que surcan al Espiritu, hasta que haya dispersado las cenizas de su cuerpo. Entónces solamente se encuentra esencia etérea y desea el progreso.

4.—¿Quién puede ocasionaros el fastidio de que os quejais?—R. Continuacion de la existencia. El fastidio es hijo de la falta de obras; no supe emplear los muchos años que pasé en la tierra, y su consecuencia se hizo sentir en nuestro mundo.

5.—¿Los Espíritus que como vos están errantes, víctimas del fastidio, pueden hacer cesar este es-

tado cuando lo quieren?—R. Nó, no lo pueden siempre, porque el fastidio paraliza su voluntad. Sufren las consecuencias de su existencia; han sido inútiles, no han tenido iniciativa, no encuentran ningun auxilio. Están abandonados á sí mismos, hasta que aburridos de este estado neutro les hace desear salir de él; entónces, á la menor voluntad que se despierta en ellos, encuentran apoyo y buenos consejos para ayudarles á perseverar en sus esfuerzos.

6.—¿Podeis decirme alguna cosa sobre vuestra vida terrestre?—¡Ah! muy poca cosa, tú debes comprenderlo. El fastidio, la inutilidad, la falta de accion, provienen de la pereza; la pereza es madre de la ignorancia.

7.—¿Vuestras existencias anteriores no os han hecho progresar?—R. Sí, todas, pero muy débilmente, porque todas han sido reflejo las unas de las otras. Siempre hay progreso, pero tan insensible, que es inapreciable para nosotros.

8.—¿Esperando que empecéis otra existencia, queréis venir más á menudo cerca de mí?—R. Llámame para violentarme; me harás un servicio.

9.—¿Podeis decirme por qué cambia muchas veces vuestra escritura?—R. Porque preguntas mucho; esto me fatiga, y necesito ayuda.

(*El guia del médium.*) El trabajo de la inteligencia es lo que le fatiga y lo que nos obliga á prestarle nuestro concurso, para que pueda responder á tus, preguntas. Es un ocioso del mundo de los Espíritus, como lo ha sido del mundo terrestre. Te lo hemos traído para ver si le podemos sacar de la apatía de

este fastidio que es un verdadero sufrimiento, más penoso á veces que los sufrimientos agudos, porque puede prolongarse indefinidamente. ¿Puedes tu figurarte el tormento de la perspectiva de un fastidio sin término? La mayor parte de los Espiritus de esta categoría son los que no *buscan una existencia terrestre sino por distraccion*, y por romper la insupportable monotonía de su existencia espiritual; tambien llegan á ella muchas veces sin resoluciones determinadas para el bien; por esto deben volver á empezar hasta que en fin se haga sentir en ellos el progreso real.

LA REINA DE UDA.

(Murió en Francia en 1858.)

1.—¿Qué sensacion habeis experimentado dejando la vida terrestre?—R. No podria decirlo; estoy todavía turbada.—¿Sois dichosa?—R. NÓ.—¿Por qué no lo sois?—R. Hecho de ménos la vida..... no sè..... experimento un dolor punzante; la vida me hubiera libertado de éste... quisiera que mi cuerpo se levantase del sepulcro.

2.—¿Teneis sentimiento de no haber sido enterrada en vuestro país y de serlo entre los cristianos?—R. Sí, la tierra india pesaria ménos sobre mi cuerpo.—¿Qué pensais de las honras fúnebres hechas á vuestros restos?—R. Han sido muy poca cosa; era reina, y no todos han doblado las rodillas ante mí... Dejadme... se me fuerza á hablar... no quiero que sepais lo que soy ahora... he sido reina, sabedlo.

3.—Nosotros respetamos vuestro rango y os suplicamos tengais la bondad de respondernos para nuestra instruccion. ¿Pensais que vuestro hijo recobrará un dia los estados de su padre?—R. Ciertamente, mi sangre reinará; es digna de ello.—¿Dais al reinado de vuestro hijo la misma importancia que en vuestra vida?—R. Mi sangre no puede confundirse con la de la muchedumbre.

4.—No ha podido inscribirse en vuestra partida de defuncion el lugar de vuestro nacimiento; ¿podríais decirlo ahora?—R. He nacido de la más noble sangre de la India. Creo que nací en Delhy.

5.—Vos que habeis vivido en los esplendores del lujo, y que habeis estado rodeada de honores, ¿qué pensais de ello ahora?—R. Se me debian.—¿El rango que habeis ocupado en la tierra, os distingue en el mundo en que estais hoy?—R. ¡Siempre soy reina... que se me envíen esclavos para servirme!.. No sé: parece que aquí no se ocupan de mí... si: embargo, siempre soy yo.

6.—¿Perteneceis á la religion musulmana ó á una religion india?—R. Musulmana; pero era demasiado grande para ocuparme de Dios.—Para la dicha de la humanidad, ¿qué diferencia haceis entre la religion que profesais y la religion cristiana?—R. La religion cristiana es absurda; dice que todos son hermanos.—¿Cuál es vuestra opinion sobre Mahoma?—R. No era hijo de rey.—¿Creeis que tuvo una mision divina?—¿Qué me importa esto!—¿Cuál es vuestra opinion sobre Cristo?—R. El hijo del carpintero no es digno de ocupar mi pensamiento.

7.—¿Qué pensais del uso que subtrae á las mujeres musulmanas de las miradas de los hombres?—R. Pienso que las mujeres son hechas para dominar: yo era mujer.—¿Habeis envidiado algunas veces la libertad de que gozan las mujeres en Europa?—R. Nó; ¡qué me importa su libertad! ¿se las sirve de rodillas?

8.—¿Os acordais de haber tenido otras existencias en la tierra, ántes de la que acabais de dejar?—R. He debido siempre ser reina.

9.—¿Por qué habeis venido tan pronto á nuestro llamamiento?—No lo he deseado; se me ha forzado á ello... ¿Acaso piensas que me hubiera dignado responder? ¿Qué sois con respecto á mí?—¿Quién os ha forzado á venir?—R. No lo sé... sin embargo, no debe haber aquí otro más grande que yo.

10.—¿Bajo qué forma estais aquí.—R. Siempre soy reina... ¿piensas que he cesado de serlo?... Sois poco respetuosos... sabed que se habla de otro modo á las reinas.

11.—¿Si pudiésemos veros, os veríamos con vuestros adornos, vuestras sortijas?—R. ¡Ciertamente!—¿Cómo es que habiendo dejado todo esto, haya conservado vuestro Espíritu la apariencia, sobre todo de vuestros adornos?—No me han dejado... Soy siempre tan bella como era... ¡no sé qué idea os formais de mí! Es verdad que no me habeis visto jamás.

12.—¿Qué impresion experimentais al encontraros en medio de nosotros?—R. Si pudiera, no estaria aquí; ¡me tratais con tan poco respeto!

(San Luis.) Dejad á la pobre alucinada; tened piedad de su ceguedad; que os sirva de ejemplo, no sabeis cuánto sufre su orgullo.

Evocando esta grandeza caída ahora en la tumba, no esperábamos respuestas de grande profundidad, visto el género de educación de las mujeres de aquel país; pero pensábamos encontrar en este Espíritu, si no filosofía, al ménos un sentimiento más verdadero de la realidad, é ideas más sanas sobre las vanidades y las grandezas de aquí abajo. Léjos de eso: las ideas terrestres han conservado en él toda su fuerza; el orgullo no ha perdido nada de sus ilusiones, que lucha contra su propia debilidad y que debe, en efecto, sufrir mucho por su impotencia.

XUMENE.

(Burdeos, 1862.)

Bajo este nombre se presenta un Espíritu espontáneamente al médium habituado á este género de manifestaciones, porque su misión parece ser asistir á Espíritus inferiores que le trae su guía espiritual, con el doble objeto de su propia instrucción y de su adelantamiento.

P. ¿Quién sois? ¿Este nombre es el de un hombre ó de una mujer?—R. Hombre y tan desgraciado, cómo es posible. Sufro todos los tormentos del infierno.

P. Si el infierno no existe, ¿cómo podeis sentir los tormentos de éste?—R. Pregunta inútil. —Aunque yo lo sepa, otros pueden tener necesidad de explicaciones.—R. ¿A mí qué me importa?

P. ¿El egoismo nó es una las causas de vuestros sufrimientos?—R. Puede ser.

P. Si quereis aliviaros empezad por repudiar vuestros malos pensamientos.—R. A tí nada te importa, éste no es asunto tuyo; principia rogando por mí como

por los otros, despues veremos.—P. Si no me ayudais con vuestro arrepentimiento, la oracion será poco eficaz.—R. Si en lugar de orar continúas hablando, poco harás por mi progreso.

P. ¿Deseas progresar?—R. Puede ser; uno no lo sabe. Probemos si la oracion alivia los sufrimientos, esto es lo esencial.—P. Entónces unios á mí con la firme voluntad de obtener el alivio.—R. Vamos á ver.

P. (Despues de una oracion del Médium). ¿Estais satisfecho?—R. No tanto como quisiera.—P. Un remedio aplicado por la primera vez no puede curar inmediatamente una enfermedad crónica.—R. Esto es posible.—P. ¿Volvereis?—R. Sí, si me llamas.

(*El guia del médium.*)—Hija mia, tendrás trabajo con este Espiritu endurecido, pero no habria mucho mérito en salvar á los que no están perdidos. ¡Animo! persevera y lo lograrás. No los hay tan culpables que no puedan conducirse por la persuasion y el ejemplo, porque los Espíritus más perversos acaban por enmendarse con el tiempo; si uno no consigue en seguida traerles á buenos sentimientos, lo que muchas veces es imposible, el trabajo que se ha tomado no se pierde. Las ideas que se han sembrado en ellos, les agitan y les hacen reflexionar, á pesar suyo; son semillas que tarde ó temprano darán sus frutos. No se derriba una peña al primer golpe de piqueta.

Lo que te acabo de decir, hija mia, se aplica tambien á los encarnados, y tú debes comprender porque el Espiritismo, áun entre los mismos creyentes, no hace inmediatamente hombres perfectos. La creencia es un primer paso; la fé viene en seguida, y la trans-

formacion vendrá á su vez; pero á muchos les será preciso venir al mundo de los Espíritus para refrigerarse.

Entre los endurecidos no hay más que Espíritus perversos y malos. Grande es el número de los que, sin hacer el mal, quedan atrasados por orgullo, indiferencia ó apatía. Por esto no son ménos desgraciados, porque sufren tanto más por su inercia, como que no tienen por compensacion, las distracciones del mundo; la perspectiva de lo infinito hace su posicion intolerable, y sin embargo, no tienen fuerza ni voluntad de salir de ella. Estos son aquellos que en la encarnacion, llevan estas existencias ociosas, inútiles para sí mismos y para los otros, y que á menudo acaban por suicidarse, sin motivos serios, por disgusto de la vida.

Estos Espíritus son en general más difíciles de conducir al bien que los que son francamente malos, porque en estos últimos hay energía; una vez ilustrados, son tan ardientes para el bien, como lo han sido para el mal. Los otros tendrán sin duda que pasar por muchas existencias, para progresar sensiblemente; pero poco á poco, vencidos por el fastidio, como otros por el sufrimiento, buscarán una distraccion en una ocupacion cualquiera que, más tarde, será para ellos una necesidad.

CAPÍTULO VIII.

EXPIACIONES TERRESTRES.

Marcelo, el niño del n.º 4.

En un hospicio de provincia habia un niño de unos ocho á diez años en un estado difícil de describir; no estaba allí designado sino bajo el n.º 4. Enteramente contrahecho, ya fuese por deformidad natural, ya á consecuencia de la enfermedad, sus piernas contorneadas tocaban á su cuello; era tan flaco que los huesos le agujereaban la piel; su cuerpo no era más que una llaga y sus sufrimientos atroces. Pertenece á una pobre familia israelita, y esta triste posicion duraba hacia cuatro años. Su inteligencia era notable para su edad, y su dulzura, su paciencia, y su resignacion eran edificantes. El médico que le visitaba, movido á compasion por este pobre sér en cierto modo abandonado, porque no parecia que sus padres fuesen á verle muchas veces, tomó interés por él y se complacia en hablarle, encantado de su razon precoz. No solamente le trataba con bondad, sino que, cuando sus ocupaciones se lo permitian, iba á darle lecciones y se admiraba de la rectitud de su juicio sobre cosas que parecian superiores á su edad.

Un dia le dijo el niño: Doctor, tened, pues, la bondad de darme todavía píldoras como las últimas que

me habeis ordenado.—¿Y por qué, hijo mio? contestó el médico; te he dado las suficientes y temo que mayor cantidad te haga mal.—Es que, replicó el niño, sufro de tal modo, que por más esfuerzos que haga para no gritar, rogando á Dios me dé la fuerza para no quejarme, á fin de no molestar á los otros enfermos que están á mi lado, tengo mucho trabajo en conseguirlo; las píldoras me duermen, y entre tanto no incomodo á nadie.

Estas palabras bastan para demostrar la elevacion del alma que encerraba aquel cuerpo diforme. ¿Dónde habia adquirido este niño semejantes sentimientos? No podia ser en el centro en que habia sido educado, y por otra parte en la edad en que empezó á sufrir, no podia aún comprender ningun razonamiento; eran pues innatos en él; pero entónces con tan nobles instintos, ¿por qué Dios le condenaba á una vida tan miserable y tan dolorosa, admitiendo que hubiera sido creada esta alma al mismo tiempo que este cuerpo, instrumento de tan crueles sufrimientos? ¡Oh es preciso negar la bondad de Dios, ó admitir una causa anterior, esto es, la preexistencia del alma y la pluralidad de existencias! El niño murió, y sus últimos pensamientos fueron para Dios y para el médico caritativo que habia tenido piedad de él.

Despues de algun tiempo, fué evocado en la sociedad de París, donde dió la comunicacion siguiente (1863):

«Me habeis llamado; he venido para que mi voz se oiga más allá de este recinto impresionando á todos los corazones; que el eco que hará vibrar, se oiga hasta en la soledad; les recordará que la agonía de la

tierra prepara las alegrías del cielo, y que el sufrimiento no es más que la corteza amarga de un fruto deleitable que dá el valor y la resignacion. Les dirá que sobre el pobre lecho donde yace la miseria, están los enviados de Dios, cuya mision es enseñar á la humanidad, que no hay dolor que no se pudiese sufrir con ayuda del Todo-Poderoso y de los buenos Espíritus. Les dirá tambien que escuchen los lamentos mezclándose á las plegarias, y que comprendan de éstas la piadosa armonía, tan diferente de los acentos culpables del lamento mezclado con la blasfemia.

»Uno de vuestros buenos Espíritus, grande apóstol del Espiritismo, ha tenido á bien dejarme este sitio esta noche (1); así mismo debo deciros á mi vez algunas palabras del progreso de vuestra doctrina. Debe ayudar en su mision á aquellos que se encarnen entre vosotros, para aprender á sufrir. El Espiritismo será la mira indicadora; tendrán el ejemplo y la voz; entonces se cambiarán los lamentos en gritos de alegría y en lágrimas de gozo.»

P. ¿Parece, segun lo que acabais de decirnos, que vuestros sufrimientos no eran expiacion de faltas anteriores?

R. No eran una expiacion directa, pero estad seguros de que todo dolor tiene su causa justa. El que habeis conocido tan miserable, fué hermoso, grande, rico y lisonjeado; tuvo aduladores y cortesanos, fué vano y orgulloso. En otro tiempo fuí muy culpable; he renegado de Dios y hacia mal á mi prójimo; pero lo

(1) San Agustin, por el médium al cual se comunica de costumbre á la sociedad.

he expiado cruelmente, primero en el mundo de los Espíritus, despues en la tierra. Lo que he sufrido durante algunos años solamente en esta última y muy corta existencia, lo he sufrido tambien durante una existencia completa hasta la extrema vejez. Por mi arrepentimiento he entrado en gracia ante el Señor, que se ha dignado confiarme muchas misiones, de las cuales la última os es conocida. La he solicitado para acabar mi depuracion.

Adios, amigos mios, volveré algunas veces entre vosotros. Mi mision es consolar, nó instruir; pero hay muchos aquí cuyas heridas están ocultas, que se regocijarán con mi venida.

MARCELO.

(Instruccion del guia del médium.)

¡Pobre ser en sufrimiento, miserable, ulceroso, y deforme! ¡cuántos gemidos hacia oir en el asilo de la miseria y de las lágrimas! Y á pesar de su niñez, ¡cuán resignado estaba, y cómo su alma comprendia yá el fin de los sufrimientos! ¡Conocia que mas allá de la tumba le esperaba una recompensa por tantos lamentos ahogados! ¡Así como rogaba por aquellos que no tenian, como él, valor para soportar sus males, rogaba tambien particularmente por los que dirigian al cielo blasfemias en lugar de oraciones!

Si la agonía fué larga, la hora de la muerte no fué terrible; sin duda se retorcian los miembros convulsivos y mostraban á los asistentes un cuerpo deforme, rebelándose contra la muerte; era aquella la ley de la carne que quiere vivir cuanto puede; mas un ángel se cernia encima del lecho del moribundo y cicatrizaba su

corazon; despues se llevó sobre sus blancas alas, aquella alma tan hermosa que se escapaba de el cuerpo, pronunciando estas palabras: ¡Gloria á vos, ó Dios mio!—Y esta alma elevada hácia el Omnipotente, exclamó venturosa: Héme aquí, Señor; me habeis dado por mision la de aprender á sufrir; ¿he soportado dignamente la prueba?

Y ahora el Espíritu del pobre niño ha tomado sus proporciones; corre el espacio yendo al débil y al pequeño, diciendo á todos: esperanza y valor. Desprendido de toda materia, y sin mancha, está ahí cerca de vosotros, os habla, no con su voz lacerada y doliente, sino con varoniles acentos; os ha dicho: Los que me han visto han mirado al niño que no murmuraba, logrando con su ejemplo tener calma para sus males y sus corazones, se han afirmado en la dulce confianza en Dios; he ahí el fin de mi corto tránsito en la tierra.

SAN AGUSTIN.

SZYMEL SLIZGOL.

Este es un pobre israelita de Vilna, muerto en Mayo de 1865. Con una hortera grande en la mano habia mendigado durante treinta años. Por todas partes en la ciudad, era conocido por su modo de exclamarse; «¡Acordáos de los pobres, de las viudas y de los huérfanos!» Durante este tiempo, Slizgol habia reunido 90,000 rublos. Pero no guardó un kopek para él. Aliviaba los enfermos, que cuidaba por sí mismo; pagaba la enseñanza de los niños pobres, distribuia á los necesitados los comestibles que se le daban. La

noche la tenía consagrada á la preparacion del tabaco en polvo que vendia para atender á sus propias necesidades. Lo que le sobraba pertenecia á los pobres. Szymel era solo en el mundo. El dia de su entierro fué acompañado por gran parte de la poblacion, y las tiendas se cerraron.

(Sociedad espiritista de Paris, 15 de Junio de 1865.)

Evocacion.—Demasiado feliz, y despues de haber Hegado á la plenitud de mi ambicion que he pagado muy cara, estoy aquí en medio de vosotros desde el principio de esta reunion. Os doy gracias porque os ocupais del Espíritu del pobre mendigo, que con alegría procurará responder á vuestras preguntas.

P. Una carta de Vilna nos ha hecho conocer las particularidades más notables de vuestra existencia. Por la simpatía que nos inspiran hemos tenido deseos de dirigiros la palabra. Os damos las gracias por haber venido á nuestro llamamiento, y puesto que teneis gusto en respendernos, tendremos el mayor placer, para instruccion nuestra, en conocer vuestro estado como Espíritu, y las causas que han motivado el género de vuestra última existencia.

R. En primer lugar, conceded á mi Espíritu, que comprende su verdadero estado, el favor de que os diga su opinion sobre el pensamiento que habeis tenido con respecto á mí; pido vuestros consejos, si es falsa.

Encontrais singular que la manifestacion pública haya tomado tanta parte, para prestar homenaje al hombre indigente que ha sabido, por su caridad, atraer

se tal simpatía.—No digo esto por vos, querido maestro, ni por tí, querido médium, ni por todos vosotros, verdaderos y sinceros espiritistas, pues hablo por las personas indiferentes á la creencia.—No hay en eso nada de admirable. La fuerza de presion moral que ejerce la práctica del bien sobre la humanidad es tal, que, por materiales que seamos, siempre se acata, siempre se saluda al bien, á pesar de la tendencia que se tiene al mal.

Vamos á vuestras preguntas que, por vuestra parte, no las habeis dictado por curiosidad, sino que las formulais sencillamente con la idea de la instruccion general. Voy, pues, yá que estoy libre, á deciros con la mayor brevedad posible cuáles son las causas que han motivado y determinado mi última existencia.

Hace muchos siglos: vivia con el título de rey, ó al ménos de príncipe soberano. En el círculo de mi poderío relativamente estrecho, en comparacion de vuestros Estados actuales, era dueño absoluto del destino de mis súbditos; obraba como tirano, mejor dicho, como verdugo. De carácter imperioso, violento, avaro y sensual, veis desde luego cuál debia ser la suerte de los pobres séres que vivian bajo mis leyes. Abusaba de mi poder para oprimir al débil, para poner á contribucion toda especie de oficios, de trabajos, de pasiones y de dolores para el servicio de mis propias pasiones. De esta suerte imponia un tributo al producto de la mendicidad; ninguno podia mendigar, sin que por anticipado no hubiese tomado mi buena parte de lo que la piedad humana depositaba en la escarcela de la miseria. Aun más: á fin de no disminuir el número de

mendigos entre mis súbitos, prohibí á los desgraciados dejar á sus amigos, á sus padres, ó á sus allegados, la insignificante parte que quedaba á aquellos pobres séres. En una palabra, fuí todo lo más implacable que se ha conocido para con el sufrimiento y la miseria.

Perdí, en fin, lo que llamais la vida, entre tormentos y sufrimientos horribles; mi muerte fué un modelo de terror para todos los que, como yo, aunque en menor escala, tomaban parte en mi modo de obrar. Permanecí en estado de Espíritu errante durante tres siglos y medio, y cuando al fin de este lapso de tiempo comprendí que el objeto de la encarnacion era otro que el que mis sentidos groseros y obtusos me habian hecho seguir, obtuve á fuerza de oraciones, de resignacion y de pesares, el permiso de ocuparme en la tarea material de soportar los mismos sufrimientos, y más aún, que habia hecho pasar á los otros. Obtuve éste permiso, y Dios me dejó el derecho, por mi libre alvedrío, de amplificar mis sufrimientos morales y físicos. Gracias al socorro de buenos Espíritus que me asistian, persistí en mi resolucion de practicar el bien, y les doy gracias por esto, porque evitaron que sucumbiera en la tarea que tomé:

He cumplido, en fin, una existencia que ha rescatado por su abnegacion y su caridad, lo que la otra tenía de cruel y de injusta. Nací de padres pobres; huérfano, muy jóven aprendí á bastarme á mí mismo, en la edad en que uno es considerado como incapaz de comprender. Vivía solo, sin amor, sin afecciones, y aun al principio de mi vida; soporté la brutalidad que habia ejercido sobre los otros. Se dice que las sumas re-

cogidas por mí, fueron todas consagradas al alivio de mis semejantes; es un hecho exacto, y sin énfasis y orgullo, añadido que muy á menudo, al precio de privaciones relativamente fuertes, muy fuertes, aumenté el bien que me permitia hacer la caridad pública.

He muerto con calma, confiando en el precio que habia obtenido la reparacion hecha por mi última existencia, y estoy recompensado con exceso á mis secretas aspiraciones. Hoy dia soy dichoso, muy dichoso de poder deciros que cualquiera que se eleve será humillado, y que el que se humilla será elevado.

P. Os rogamos nos digais en que ha consistido vuestra expiacion en el mundo de los Espíritus, y cuanto tiempo ha durado desde vuestra muerte, hasta el momento en que vuestra suerte fué endulzada por efecto del arrepentimiento y de las buenas resoluciones, que habíais tomado. Decidnos tambien á quién debéis este cambio en vuestras ideas, en estado de Espiritu.

R. ¡Me traéis á la memoria muy dolorosos recuerdos! ¡Cuánto he sufrido... Pero no me quejo: me acuerdo!... Quereis saber de qué naturaleza ha sido mi expiacion; héla aquí en todo su terrible horror.

Verdugo, como os lo he dicho, para todo el que tuviera buenos sentimientos, permanecí mucho tiempo, mucho. adherido por mi perispiritu á mi cuerpo, que se descomponia. ¡Me sentí, hasta su completa putrefaccion, roído por los gusanos que me hacian sufrir mucho! Cuando estuve desembarazado de los lazos que me aferraban al instrumento de mi suplicio, sufrí todavía uno más cruel. Despues del sufrimiento fisico,

vino el sufrimiento moral, y éste ha durado mucho más tiempo que el primero. He sido puesto en presencia de todas las víctimas que habia atormentado periódicamente, y por una fuerza mas grande que la mia, era conducido á presencia de mis culpables acciones. Veia fisica y moralmente todos los dolores que habia hecho sufrir. Oh! amigos míos, ¡cuán terrible es la vista constante de aquellos á quienes se ha hecho mal! Teneis de esto un débil ejemplo entre vosotros en el careo del acusado con su víctima.

Abí teneis, en pocas palabras, lo que he sufrido durante dos siglos y medio, hasta que Dios, movido por mi dolor y por mi arrepentimiento, solicitado por los guías que me asistian, permitió que tomase la vía de expiacion que conoceis.

P. ¿Un motivo particular os ha inducido acaso á elegir vuestra última existencia en la religion israelita?—R. No fué elegida por mí, sino que acepté segun el consejo de mis guías. La religion israelita añadía una pequeña humillacion más á mi vida de expiacion; porque en ciertos países sobre todo, la mayoría de los encarnados menosprecia á los israelitas, y particularmente á los judíos mendicantes.

P. ¿En vuestra última existencia, en que edad habeis empezado á poner en ejecucion las resoluciones que habíais tomado? ¿Cómo os ha venido este pensamiento? ¿Mientras que ejercíais así la caridad con tanta abnegacion, teníais alguna intuicion de la causa que os empujaba á ello?

R. Nací de padres pobres, pero inteligentes y avaros. Jéven todavía, fuí privado de la afeccion y de las

caricias de mi madre. Sentí por su pérdida una pena tanto más viva, como que mi padre, dominado por la pasión de la ganancia, me abandonaba enteramente. Mis hermanos todos de más edad que yo, no se apercibían de mis sufrimientos. Otro judío, movido por un sentimiento más egoísta que caritativo, me recogió y me hizo aprender á trabajar. Recobró con usura el producto de mis trabajos, que á menudo sobrepujaban mis fuerzas, lo que habia podido costarle. Más tarde, me liberté de este yugo, y trabajé para mí. Pero por todas partes, tanto en la actividad como en el reposo, era perseguido por el recuerdo de las caricias de mi madre, y á medida que adelantaba en edad, su recuerdo se gravaba más profundamente en mi memoria, y echaba más á ménos sus cuidados y su amor.

Pronto fuí el solo de mi nombre; en algunos meses la muerte se llevó á toda mi familia. Entónces fué cuando comenzó á revelarse la manera cómo debia pasar el resto de mis dias. Dos de mis hermanos dejaron hijos huérfanos. Conmovo por el recuerdo de lo que habia sufrido, quise preservar á estos pobrecitos seres de una juventud semejante á la mia, y no pudiendo mi trabajo bastar para que subsitiéramos todos, empecé á tender la mano, no para mí, sino para los otros. Dios no debia dejarme el consuelo de gozar de mis esfuerzos; los pobrecitos me dejaron para siempre. Veia lo que les hacia falta: era su madre. Resolví entónces pedir limosna para las viudas desgraciadas, que no pudiendo bastarse á sí y á sus hijos, se imponian privaciones que las conducian á la tumba, dejando pobres huérfanos que quedaban así abandonados y entregados á los tormentos, que yo mismo habia sufrido.

Tenia treinta años cuando, lleno de fuerza y de salud, se me vió mendigar para la viuda y el huérano. Los principios fueron penosos y debí soportar más de una humillante palabra. Pero cuando se vió que distribuía realmente todo lo que recibía en nombre de mis pobres; cuando se vió añadir á ello las sobras de mi trabajo, adquirí una especie de consideración que no dejaba de tener encanto para mí.

He vivido sesenta y tantos años, y jamás falté á la tarea que me había impuesto. Tampoco la conciencia me advirtió jamás nada que me hiciera sospechar que un motivo anterior á mi existencia, fuese el móvil de mi manera de obrar. Solamente un día ántes de empezar á pedir limosna, oí estas palabras: «No hagas á los otros lo que no quisieras que te hiciesen.» Quedé asombrado de la moralidad general contenida en estas pocas palabras, y muy á menudo me sorprendía al oír que se añadían estas otras: «Pero, al contrario, hacedles lo que quisieras que os fuese hecho.» Ayudándome el recuerdo de mi madre y el de mis sufrimientos, continuaba marchando en una carrera que mi conciencia me decía que era buena.

Voy á concluir esta larga comunicación diciéndoos ¡gracias! No soy todavía perfecto, pero sabiendo que el mal no conduce sino al mal, haré de nuevo, como lo he hecho, el bien para recoger la dicha.

SZYMEL SLIZGOL.

JULIANA-MARIA, LA MENDIGA.

En el pueblo de la Villate, cerca de Nozai (Loira in-

ferior) habia una pobre mujer llamada Juliana-Maria, anciana, achacosa, que vivia de limosna. Un dia cayó en un estanque de donde la sacó un habitante del país, M. A... quien la socorria habitualmente. Transportada á su domicilio, murió poco tiempo despues de resultas del accidente. La opinion general fué que quiso suicidarse. El mismo dia de su fallecimiento, el que la habia salvado, que es espiritista y médium, sintió en toda su persona como un rozamiento de alguno que estuviera junto á él, sin explicarse sin embargo, la causa. Cuando supo la muerte de Juliana-Maria, tuvo el pensamiento de que acaso su Espíritu hubiera venido á visitarle.

Segun el parecer de uno de sus amigos, miembro de la sociedad espiritista de París, á quien habia hecho presente lo ocurrido, hizo la evocacion de esta mujer con el fin de serle útil; pero anticipadamente pidió consejo á sus guías protectores, de los cuales recibió la respuesta siguiente:

Lo puedes, y se alegrará, aunque el servicio que te propones prestarle le sea inútil; es feliz y está consagrada á los que fueron compasivos con ella. Tú eres uno de sus buenos amigos; te dejapoco y conversa muchas veces contigo sin tú saberlo. Tarde ó temprano los servicios prestados tienen recompensa, si no para el favorecido, para aquellos que se interesan por él, lo mismo ántes que despues de su muerte; cuando el Espíritu no ha tenido tiempo de reconocerse, otros Espíritus simpáticos son los que manifiestan en su nombre su reconocimiento. Hé ahí lo que te esplica lo que has sentido el dia de su fallecimiento. Ahora es ella quien te

ayuda en el bien que quieres hacer. Acuérdate de lo que Jesús dijo: «El que ha sido humillado, será elevado;» tendrás todos los servicios que puede prestarte, si sólo le pides asistencia para ser útil á tu prójimo.»

Evocacion.—Mi buena Juliana-María, ¿sois feliz? eso es todo lo que queria saber; lo que no me impedirá pensar muchas veces en vos y no olvidaros nunca en mis oraciones.

R. Ten confianza en Dios; inspira á tus enfermos una fê sincera, y saldrás bien casi siempre. No te cuides jamás de la recompensa que puedas tener, que será mucho mayor de lo que tú esperas. Dios sabe siempre recompensar como lo merece al que se dedica al alivio de sus semejantes, y *lleva en sus acciones un desinterés completo*; sin esto todo es ilusion y quimera. Es necesario la fê ante todo, pues de otra manera nada se logra. Acuérdate de esta máxima y te admirarás de los resultados que obtendrás. Son la prueba de esto los dos enfermos que has curado; en las circunstancias en que se encontraban, con los simples remedios habrias salido mal.

Cuando pidas á Dios permita á los buenos Espíritus derramen sobre tí su flúido benéfico, si esta peticion no te hace sentir un estremecimiento involuntario, es que tu oracion no es bastante ferviente para que sea escuchada; nolo es sino con las condiciones que te señalo. Esto es lo que tu has experimentado cuando has dicho desde el fondo de tu corazon: «Dios todopoderoso, Dios misericordioso, Dios de bondad sin límites, escuchad mi oracion y permitid á los buenos Espíritus me asistan en la curacion de..., tened

piedad de él, Dios mio, y dadle la salud; sin vos no puedo nada. Hágase vuestra voluntad.»

Tu has obrado bien en no desdeñar á los humildes; la voz de aquel que sufrió y soportó con resignacion las miserias de este mundo, es siempre escuchada; y como ves, un servicio hecho recibe siempre su recompensa.

Ahora, una palabra sobre mí, y ésta te confirmará lo que dije más arriba.

El Espiritismo te explica mi lenguaje como Espiritu: no tengo necesidad de entrar en detalles sobre este asunto. Creo tambien inútil explicarte mi existencia precedente. La posicion que tú me has conocido en esta tierra debe hacerte comprender y apreciar mis anteriores existencias, que no fueron siempre sin reproche. Llevando una vida de miseria, achacosa y no pudiendo trabajar, mendigué toda mi vida. No adquirí ningun tesoro; en r i vejes, mis pequeñas economías se limitaban á un centenar de francos, que reservaba para cuando mis piernas no podrian llevarme. Dios ha considerado mi prueba y mi expiacion suficientes, y ha puesto un término á ellas, libertándome sin sufrimiento de la vida terrestre; porque no me he suicidado, como se ha creido en un principio. He muerto de repente sobre el borde del estanque, en el momento en que dirigia mi última plegaria á Dios; la pendiente del terreno fué la causa de la presencia de mi cuerpo en el agua.

No he sufrido; soy feliz por haber podido cumplir mi cargo sin trabas y con resignacion. Me hice útil, en la medida de mis fuerzas y de mis medios, y evité

hacer mal al prójimo. Hoy recibo la recompensa, y doy gracias á Dios, nuestro divino Señor, quien endulza la amargura de las pruebas, haciéndonos olvidar, durante la vida, nuestras antiguas existencias, y pone á nuestro encuentro almas caritativas para ayudarnos á soportar la carga de nuestras faltas pasadas.

Persevera tambien, tú, y como yo serás recompensado. Te doy las gracias por tus buenas oraciones y por el servicio que me has hecho; no lo olvidaré jamás. Otro dia nos volveremos á ver y muchas cosas sabrás; por ahora te sería supérfluo saberlas. Basta que sepas que te soy adicta del todo, y que estaré siempre cerca de tí cuando tengas necesidad de mí, para aliviar al que sufre.

La pobre buena mujer JULIANA-MARÍA.

Habiéndose exocado en la Sociedad de París el 10 de Junio de 1864 el Espíritu de Juliana-María, dictó la comunicacion siguiente:

«Gracias por haber tenido la bondad de admitirme en vuestro centro, querido presidente; habeis conocido que mis existencias anteriores eran más elevadas como posicion social; si vine á sufrir esta prueba de la pobreza fué para castigarme de un vano orgullo, que me habia hecho rechazar al que era pobre y miserable. Entónces sufrí esta ley justa del talion que me hizo la más horrible mendiga de esta comarca; y para probarme la bondad de Dios, no era rechazada de todos, como yo temia. Tambien he soportado mi prueba sin murmurar, presintiendo una vida mejor de donde no debia volver á esta tierra de destierro y de calamidad.

»¡Qué felicidad el día en que nuestra alma, joven aún, puede entrar en la vida espiritual para volver á ver los seres amados! porque yo tambien he amado, y soy dichosa en haber vuelto á encontrar á los que me han precedido. Gracias al bueno M. A..... que me abrió la puerta del reconocimiento; sin su mediumnidad no podia darle las gracias, probarle que mi alma no olvida las dichosas influencias de su buen corazon, y recomendarle propague su divina creencia. Está llamado á conducir almas extraviadas; que esté bien persuadido de mi apoyo. Sí, puedo volverle el céntuplo de lo que me ha dado, instruyéndole en la vía que seguís. Dad gracias al Señor de haber permitido que los Espíritus pudiesen daros instrucciones para alentar al pobre en sus penas, y detener al rico en su orgullo. Sabed comprender la vergüenza que hay en rechazar un desgraciado; que yo os sirva de ejemplo, á fin de evitar el ir como yo á expiar vuestras faltas en esas dolorosas posiciones sociales que os colocan tan bajo, y hacen de vosotros la escoria de la sociedad.»

JULIANA-MARÍA.

Habiéndose trasmitido esta comunicacion á M. A..., fué confirmada por la que obtuvo por su parte, que es la que sigue:

P. Mi buena Juliana-María, puesto que teneis á bien ayudarme con vuestros buenos consejos á fin de hacerme progresar en la vía de nuestra divina doctrina, ¿querreis comunicaros conmigo para aprovecharme de vuestras enseñanzas?

R. Acuérdate de la recomendacion que voy á hacerte, y no te apartes jamás de ella. Se siempre ca-

ritativo á medida de tus recursos; tú comprendes bastante la caridad tal como se debe practicar en todas las posiciones de la vida terrestre. No tengo, pues, necesidad de venir á darte una enseñanza sobre este objeto; tú mismo serás el mejor juez, siguiendo no obstante, la voz de la conciencia que no te engañará jamás, cuando la escuches sinceramente.

No te engaño sobre las misiones que debeis cumplir; pequeños y grandes tienen la suya; la mía ha sido penosa, pero merecía semejante castigo por mis existencias precedentes, como he ido á manifestarlo al buen presidente de la Sociedad madre de París, á la cual os reunireis todos un día. Este día no está tan distante como piensas; el Espiritismo marcha á paso de gigante, á pesar de todo lo que se hace para ponerle trabas. Marchad, pues, todos sin temor, fervientes adeptos de la doctrina, y vuestros esfuerzos serán coronados con el triunfo. ¡Qué os importa lo que se diga de vosotros! haceos superiores á la crítica insolente que recaerá sobre los adversarios del Espiritismo.

¡Orgullosos! se creen fuertes y piensan abatirlos fácilmente; vosotros, mis buenos amigos, estad tranquilos, y no temais mediros con ellos; son más fáciles de vencer de lo que creéis; muchos de entre ellos tienen miedo y temen que la verdad venga por fin á deslumbrarles; esperad, vendrán á su vez á ayudar al coronamiento del edificio.

JULIANA-MARIA.

Cualquiera que medite las palabras de este Espíritu en estas tres comunicaciones, encontrará una porción de enseñanzas. Todos los grandes principios del Espiritismo se

encuentran reunidos en ellas. Desde la primera, el Espíritu demuestra su superioridad por su lenguaje; semejante á una hada benéfica, esta mujer, resplandeciente hoy día, y como metamorfoseada, viene á proteger á aquel que no la desechó cuando vestía los harapos de la miseria. Es una aplicacion de estas máximas del Evangelio: «Los grandes serán humillados y los pequeños serán elevados; bienaventurados los humildes; bienaventurados los afligidos, porque serán consolados; no menospreciéis á los pequeños, porque aquel que es pequeño en este mundo, puede ser mas grande de lo que creéis.»

MAX, EL MENDIGO.

En una aldea de Baviera murió, hácia el año 1850, un viejo casi centenario, conocido bajo el nombre de *Padre Max*. Nadie conocia con certeza su origen; porque no tenia familia. Hacia medio siglo que abrumado por enfermedades que le privaban de ganar la vida por el trabajo, no tenía otros recursos que la caridad pública, que disimulaba yendo á vender en las granjas y las quintas almanaques y objetos insignificantes. Se le habia dado el apodo de *Conde Max*, y los niños no le llamaban nunca sino el señor conde, y él se sonreia sin formalizarse. ¿Por qué este título? Nadie habria podido decirlo; el caso es que era yá una costumbre. Quizá lo fuese por causa de su fisonomía y de sus maneras, cuya distincion contrastaba con sus harapos. Muchos años despues de su muerte, apareció en sueños á la hija del propietario de una de las quintas donde recibia hospitalidad en la cuadra; porque él no tenía domicilio, y le dijo: «Gracias os doy de haberos acordado del pobre *Max* en vuestras oracio-

nes, porque han sido oidas del Señor. Deseareis saber quién soy yo, alma caritativa que os habeis interesado por el desgraciado mendigo, voy á satisfaceros; esto será para todos una gran instruccion.

Hizo entónces la relacion siguiente en estos términos:

Hace cerca de siglo y medio, era un rico y poderoso señor de esta comarca; pero vano, orgulloso y fá-tuo con mi nobleza. Mi inmensa fortuna no sirvia jamás sino para mis placeres, y apénas bastaba; porque era jugador, disoluto, y pasaba mi vida en las orgías. Mis vasallos, que creia habian sido creados para mi uso, como los animales de las granjas, eran acosados y maltratados para atender á mis prodigalidades. Me hacia el sordo á sus quejas, como á las de todos los desgraciados, y á mi parecer, debian tenerse por muy honrados satisfaciendo mis caprichos. Morí en una edad poco avanzada, aniquilado por los excesos ,pero sin haber experimentado ninguna desgracia verdadera; al contrario, todo parecia sonreirme, de suerte que era á los ojos de los demás uno de los felices del mundo; mi rango me valió suntuosos funerales. Los amigos de darse buena vida echaron de ménos en mí al faustoso señor; pero ni una lágrima fué derramada en mi tumba, ni una plegaria del corazon se dirigió á Dios por mí, y mi memoria fué maldecida por todos aquellos cuya miseria habia aumentado. Ah! ¡qué terrible es la maldicion de aquellos á quienes se ha hecho desgraciados! ¡no ha cesado de resonar ea mis oidos durante largos años, que me parecieron una eternidad! . Y la muerte de cada una de mis víctimas era una nue-

va figura amenazadora ó irónica que se levantaba ante mí y me perseguía sin descanso, sin poder encontrar un rincón oscuro donde ocultarme à su vista! ¡ni una mirada de amigo! mis antiguos compañeros de libertinaje, desgraciados como yo, huían de mí y parecía que me decían con desden: «Yá no puedes pagar nuestros placeres.» Oh! ¡qué caro habria pagado entónces un instante de reposo, un vaso de agua para extinguir la sed ardiente que me devoraba! pero nada poseía y *todo el oro que habia sembrado à manos llenas en la tierra no habia producido una sola bendicion, una sola, oyes hija mia!*

En fin, abrumado de fatiga, extenuado como un viajero cansado que no vé el término de su ruta, exclamé: «¡Dios mio, tened piedad de mí! ¿Cuándo, pues, acabará esta terrible situacion?» Entónces una voz, la primera que oí desde que habia dejado la tierra, me dijo: «*Cuando tú quieras.*—¿Qué es preciso hacer gran Dios? respondí; decid: me someto à todo.—Es necesario arrepentirte; *humillarte ante los que tú has humillado*; rogarles que intercedan por tí, porque *la oracion del ofendido, que perdona, es siempre agradable al Señor.*» Me humillé, rogué à mis vasallos, à mis servidores, que estaban allí ante mí, y cuyas figuras à cual más benèvolas acabaron por desaparecer. Esto fué entónces para mí como una nueva vida; la esperanza reemplazó à la desesperacion, y dí gracias à Dios con todas las fuerzas de mi alma. La voz me dijo en seguida: «¡Príncipe!» y yo respondí: «No hay aquí otro príncipe que Dios todo-» poderoso, que humilla à los soberbios. Perdonadme,

»Señor, porque he pecado; hacedme el servidor de
»mis servidores, si tal es vuestra voluntad.»

Algunos años más tarde, nací de nuevo; pero esta vez de una familia de pobres aldeanos. Mis padres murieron cuando áun era niño, y quedé solo en el mundo y sin apoyo. Gané mi vida como pude, unas veces como obrero, otras como mozo de granja; pero siempre honradamente, porque creia en Dios. A la edad de cuarenta años, una enfermedad me dejó baldado de todos mis miembros, y me fué preciso mendigar durante más de cincuenta años en estas mismas tierras, de las cuales fuí dueño absoluto; recibir un pedazo de pan en las granjas que habia poseido, y donde, por una amarga irrisión, se me dió el apodo de señor conde, muchas veces bastante feliz por encontrar un abrigo en la cuadra del castillo que habia sido el mio. Soñando, me complacia en recorrer este mismo castillo donde habia mandado como déspota; ¡cuántas veces en mis ensueños me he visto allí en medio de mi antigua fortuna! Estas visiones me dejaban al despertarme un indefinible sentimiento de amargura y pesar; pero jamás una queja salió de mi boca; y cuando quiso Dios llamarme á sí, le he bendecido por haberme dado el valor de sufrir sin murmurar esta larga y penosa prueba, de la cual recibo hoy la recompensa; y á vos, hija mia, os bendigo por haber rogado por mí.»

Recomendamos este suceso á los que pretenden que los hombres no tendrian freno sin el espantajo de las penas eternas á la vista, y díganos si la perspectiva de un castigo como el del padre Max es más á propósito para detener en la pendiente del mal, que los tormentos sin fin en los que nadie créee.

HISTORIA DE UN DOMÉSTICO.

En una familia de alto rango, habia un jóven doméstico cuya figura inteligente y fina nos hizo impresion por su aire distinguido; nada en sus maneras indicaba baja; su celo por el servicio de sus amos, no se parecia en nada á ese obsequio servil propio de las gentes de su condicion. Al año siguiente, habiendo vuelto á visitar á aquella familia, no vimos al jóven, y preguntamos si se le habia despedido. «Nó, me contestaron: se fué á pasar algunos dias en su país y en él murió. Nosotros lo sentimos mucho, porque era un excelente sujeto, y tenía sentimientos *verdaderamente* más elevados que *su posicion*. Nos era muy simpático y nos ha dado pruebas del mayor afecto.»

Más adelante nos vino el pensamiento de evocar á este jóven, y hé aquí lo que nos dijo:

«En mi penúltima encarnacion, era, como se dice en la tierra, de muy buena familia; pero arruinada por las prodigalidades de mi padre. Quedé huérfano muy jóven y sin recursos. Un amigo de mi padre me recogió, me educó como á su hijo, dándome una brillante educacion por la que me envanecí. Este amigo es hoy dia M. de G..., en cuyo servicio me habeis visto. He querido en mi última existencia expiar mi orgullo, naciendo en una condicion servil, y he encontrado en ella la ocasion de probar mi adhesion á mi bienhechor. Le salvé la vida sin que jamás lo haya pensado. Esta era al mismo tiempo una prueba de que salí con ventaja, pues que tuve bastante fuerza para no dejarme corromper con el contacto de un círculo casi siempre vicioso; á pesar de los malos ejemplos, perma-

necl puro, y doy por esto gracias á Dios, porque estoy recompensado con la dicha que gozo.

P. ¿En qué circunstancias habeis salvado la vida á M. de G...?—R. En un paseo á caballo en que le seguia sólo, apercibí un grueso árbol que caia de su lado y que no veia; le llamé dando un grito terrible; se vuelve prontamente y durante este tiempo, el árbol cayó á sus piés; sin el movimiento que provoqué, le hubiera aplastado.

M. de G..., á quien se refirió el hecho lo recordó perfectamente.

P. ¿Por qué habeis muerto tan jóven?—R. Dios juzgó mi prueba suficiente.

P. ¿Cómo os ha podido aprovechar esta prueba; pues que no teniais recuerdo de la causa que la habia motivado?—R. En mi humilde posicion, me quedaba un instinto de orgullo que fuí bastante afortunado en poder dominar, lo que hizo que la prueba fuese provechosa; sin esto tendria aún que volverla á empezar. Mi Espiritu se acordaba en sus momentos de libertad, y me quedaba al despertar un deseo intuitivo de resistir á mis tendencias, que conocia eran malas. He tenido más mérito en luchar así, que si me hubiera claramente acordado del pasado. El recuerdo de mi antigua posicion habria exaltado mi orgullo y me hubiera perturbado, miétras que no tuve que combatir sino las consecuencias de mi nuevo estado.

P. Recibisteis una brillante educacion, ¿de qué os ha servido esto en vuestra última existencia, puesto que no os acordábais de los conocimientos que habíais adquirido?—R. Estos conocimientos hubieran sido

inútiles y un contra sentido en mi nueva posición; quedaron latentes, y hoy día los he vuelto á encontrar. Sin embargo, tampoco me han sido inútiles, porque han desarrollado mi inteligencia; tenía instintivamente afición de las cosas elevadas, lo que me inspiraba repulsión por los ejemplos bajos y groseros que tenía á la vista; sin esta educación, *no habia sido más que un criado*.

P. ¿Los ejemplos de los servidores adictos á sus amos hasta la abnegación, tienen por causa relaciones anteriores?—R. No dudeis de esto; es al ménos el caso más comun. Estos servidores son algunas veces miembros de la misma familia, ó como yo, agradecidos que pagan una deuda de reconocimiento, y que su adhesión ayuda al progreso. No sabeis todos los efectos de simpatía ó de antipatía que estas relaciones anteriores producen en el mundo. Nó, la muerte no interrumpe estas relaciones que se perpetúan muchas veces de siglo en siglo.

P. ¿Por qué estos ejemplos de adhesión de los servidores son tan raros en el día?—R. Es preciso culpar de esto al espíritu de egoismo y de orgullo de vuestro siglo, desarrollado por la incredulidad y las ideas materialistas. La fé verdadera se vá por la concupiscencia y el deseo de la ganancia, y con ella los sacrificios. El Espiritismo conduciendo á los hombres al sentimiento de lo verdadero, hará renacer las virtudes olvidadas.

Nada mejor que este ejemplo puede hacer resaltar el beneficio del olvido de las existencias anteriores. Si M. de G... se hubiera acordado de lo que fué su jóven doméstico,

hubiese estado muy mortificado con él, y tampoco le habría dejado en esta condicion: habría así mismo puesto trabas á la prueba que ha sido provechosa á los dos.

ANTONIO B...

ENTERRADO VIVO.—LA PENA DEL TALION.

M. Antonio B... escritor de mérito, estimado de sus conciudadanos, habiendo ejercido con distincion é integridad funciones públicas en Lombardia, cayó hácia 1850, á consecuencia de un ataque de apoplejia, en un estado de muerte aparente, que se tomó por desgracia, como acontece algunas veces, por la muerte real. El error era tanto más fácil cuanto que se habian creido apercibir sobre el cuerpo señales de descomposicion. Quince dias despues del entierro, una circunstancia fortuita determinó á la familia á pedir la exhumacion; se trataba de un medallon olvidado por descuido en el ataud; pero grande fué el estupor de los asistentes cuando al abrirse el ataud, se reconoció que el cuerpo habia cambiado de posicion, que se habia vuelto, y ¡cosa horrible! que una de sus manos estaba en parte comida por el difunto. Entónces se manifestó que el desgraciado Antonio B... habia sido enterrado vivo, debiendo sucumbir bajo las angustias de la desesperacion y del hambre.

Habiendo sido evocado M. Antonio B... en la sociedad de Paris en agosto de 1861, á peticion de uno de sus parientes, dió las siguientes explicaciones.

- 1.—*Evocacion.* —¿Qué me quereis?
- 2.—Uno de vuestros parientes nos ha suplicado que

os evocásemos; lo hacemos con gusto, y tendremos el mayor placer, si teneis la bondad de respondernos.—R. Sí, quiero responderos y lo hago con gusto.

3.—¿Os acordais de las circunstancias de vuestra muerte?—R. Ah! ¡ciertamente! las recuerdo; ¿por qué me traéis á la memoria la idea del castigo?

4.—¿Es cierto que habeis sido enterrado vivo por equivocacion?—R. Debia suceder así; porque la muerte aparente ha tenido todos los caracteres de una muerte real; estaba desangrado (1). No se debe imputar á nadie un hecho previsto desde ántes de mi nacimiento.

5.—Si estas preguntas sirven para causaros molestia, será preciso que no las hagamos.—R. Nó, continuad.

6.—Deseariamos saber que sois feliz, por que habeis dejado la reputacion de un hombre honrado.—R. Os doy las gracias; sé que rogareis por mí. Procuraré contestaros; pero si lo hago mal, uno de vuestros guías espirituales suplirá mi falta.

7.—¿Podreis escribirnos las sensaciones que habeis experimentado en aquel terrible momento?—R. Oh! que dolorosa prueba! ¡sentirse encerrado entre cuatro tablas, no poder revolverse, ni moverse! no poder llamar; sin voz, en un centro privado de aire. Oh! ¡qué tormento el del desgraciado que se esfuerza en vano en aspirar en una atmósfera insuficiente, y desprovista de lo necesario para poder respirar! Ah! estaba como un condenado á la boca de un horno, sal-

(1) Privado de sangre. Descolorida la piel por la privacion de la sangre.

vo el calor. Oh! ¡no deseo á nadie semejantes tormentos! ¡Nó, no deseo á nadie un fin como el mio! Ah! ¡cruel castigo de una terrible y feroz existencial! No me preguntéis en que pensaba; pero me sumergia en el pasado, y entreveia vagamente el porvenir.

8.—Vos decís que aquél fué el castigo de una feroz existencia; sin embargo, vuestra reputacion, intachable hasta hoy, no hacia suponerlo. ¿Podeis explicarnos esto?—R. ¡Qué es la duracion de una existencia en la eternidad! Ciertamente, he procurado obrar bien en mi última encarnacion; pero este fin habia sido aceptado por mí ántes de volver á entrar en la humanidad. Ah! ¿por qué me preguntais sobre este pasado doloroso que sólo yo conocia, y los Espíritus, ministros del Omnipotente? ¡Sabed, pues, puesto que es preciso deciroslo, que en una existencia anterior, habia emparedado á mi mujer ¡enteramente viva, en una cueva! ¡Es la pena del talion la que he debido aplicarme! Diente por diente, ojo por ojo.

9.—Os damos las gracias por haber tenido la bondad de responder á nuestras preguntas, y rogamos á Dios os perdone lo pasado en favor del mérito de vuestra última existencia.—R. Volveré más tarde; por lo demás, el Espiritu de Erasto completará con gusto esta comunicacion.

(Instruccion del guía del médium)

Lo que debeis recoger de esta enseñanza es que todas vuestras existencias se corresponden, y que ninguna es independiente de las otras; las inquietudes, las desazones, como los grandes dolores que afectan á

los hombres, son siempre consecuencias de una vida anterior criminal ó mal empleada. Sin embargo, debo deciros que el final, semejante al de Antonio B... es raro, y si este hombre, cuya última existencia ha estado exenta de censura, ha concluido de este modo, es porque él mismo habia solicitado una muerte semejante, á fin de abreviar el tiempo de su estado errante, y alcanzar más rápidamente las esferas celestes. En efecto, despues de un período de turbacion y de sufrimiento moral para expiar todavía su crimen espantoso, le será perdonado, y se elevará hácia un mundo mejor donde encontrará á su víctima, que le espera y que le ha perdonado, yá hace mucho tiempo. Sabed, pues, aprovecharos de este ejemplo cruel, para soportar con paciencia, queridos espiritistas, los sufrimientos corporales y morales y todas las miserias de la vida.

P. ¿Qué provecho puede recoger la humanidad de semejantes castigos?—R. Los castigos no son para que la humanidad se desarrolle, sino para castigar al individuo culpable. Efectivamente, la humanidad no tiene ningun interés en ver sufrir uno de los suyos. Aquí el castigo fué apropiado á la falta. ¿Por qué hay locos é imbéciles? ¿por qué hay gentes paralíticas? ¿por qué mueren algunos en el fuego? ¿por qué otros viven muchos años en los tormentos de una larga agonia, no pudiendo vivir ni morir? Ah! creedme, respetad la voluntad soberana, y no trateis de sondear la razon de los decretos providenciales; sabedlo Dios es justo, y hace bien todo lo que hace.

ERASTO.

¿No tenemos en este caso una grande y terrible lección? De este modo la justicia de Dios alcanza siempre al culpable, y aunque algunas veces sea tardía, no por eso deja de seguir su curso. ¿No es eminentemente moral el saber que si grandes culpables acaban su existencia pacíficamente, y á menudo en la abundancia de los bienes terrestres, la hora de la expiación sonará tarde ó temprano? Penas de esta naturaleza se comprenden no solamente, porque están de algun modo á nuestro alcance, sino porque son lógicas; se crée en ellas, porque la razon las admite.

Una existencia honrosa, no exenta empero de las pruebas de la vida, porque se las ha elegido ó aceptado como complemento de expiación; es el saldo de una deuda que se satisface ántes de recibir el precio del progreso cumplido.

Si se considera cuán frecuentes eran en los siglos pasados, aún en las clases más elevadas y más ilustradas, los actos de bárbarie que tanto hoy nos indignan; cuántos asesinatos se cometian en aquellas épocas en que se jugaba con la vida de su semejante, en que el poderoso aniquilaba al débil sin escrúpulo, se comprenderá cuántos hombres debe haber en nuestros dias, que tienen que lavar su pasado; no debemos maravillarnos, pues, del número tan considerable de gentes que mueren víctimas de accidentes aislados, ó de catástrofes generales. El despotismo, el fanatismo, la ignorancia, y las preocupaciones de la edad media y de los siglos que le han seguido, han legado á las generaciones futuras una deuda inmensa, que no está aún liquidada. Muchas desgracias nos parecen inmerecidas, porque no vemos sino el momento actual.

M. LETIL.

M. Letil, fabricante cerca de París, murió en abril de 1864, de una manera horrible. Habiéndose encendido una caldera de barniz hirviendo, y derramádose

sobre él, en un instante fué cubierto de una materia inflamada, y comprendió enseguida que estaba perdido. Sólo á la sazón en el obrador, con un jóven aprendiz, tuvo el valor de ir hasta su casa, distante más de doscientos metros. Cuando pudieron darle los primeros auxilios, las carnes estaban quemadas, y se caian á pedazos; los huesos veíanse de una parte del cuerpo y de la cara. Vivió así doce horas entre los más horribles sufrimientos, conservando á pesar de esto toda su presencia de espíritu hasta el último momento, y poniendo en orden sus asuntos con entera lucidez. Durante esta cruel agonía, no se le oyó ninguna queja, ningun murmullo, y murió rogando á Dios. Era un hombre muy honrado, de un carácter dulce y benévolo, amado y estimado de todos los que le habian conocido. Habia abrazado con entusiasmo las ideas espiritistas; pero con poca reflexion, por cuyo motivo, como tenía ninguna mediumnidad, fué juguete de numerosas mistificaciones, que sin embargo, no quebrantaron su fé. En ciertas circunstancias, su confianza en lo que le decian los Espíritus, llegaba hasta la candidez.

Evocado en la sociedad de París, el 23 de abril de 1864, pocos dias despues de su muerte, y todavía bajo la impresion de la terrible escena de que habia sido víctima, dió la comunicacion siguiente:

«¡Una tristeza profunda me oprime! Espantado aún de mi muerte trágica, me creo bajo el hierro del verdugo. ¡Cuánto he sufrido! Oh! sí, mucho he sufrido! Estoy aún temblando. Me parece que siento todavía el olor fétido que mis carnes quemadas despedian á mi

alrededor. ¡Agonía de doce horas, cuánto has probado al culpable Espíritu! Ha sufrido sin murmurar; también Dios le concederá su perdón.

»¡Oh querida mía! no llores por mí, mis dolores van á calmarse. No sufro realmente; pero el recuerdo equivale á la realidad. Mi conocimiento del Espiritismo me ayuda mucho; veo ahora que sin esta dulce creencia habria permanecido en el delirio, que hubiera resultado de esta muerte horrorosa.

»Pero tengo un consolador que no me ha dejado desde mi último suspiro; hablaba aún, y ya le veia cerca de mí; me parecia que era un reflejo de mis dolores que me daba vértigo, y me mostraba fantasmas.... nó: era mi ángel protector que, silencioso y mudo, me consolaba en mi corazón. Desde que hube dicho adios á la tierra, me dijo: Ven, hijo mio, y vuelve á ver la luz del día. Respiraba más libremente, creyendo salir de un sueño espantoso; hablaba de mi muy querida esposa, del animoso muchacho que se habia sacrificado por mí. Todos están en la tierra, me dijo; tú, hijo mio, tú estás entre nosotros. Buscaba mi casa; el ángel me dejó entrar en ella, acompañándome siempre. Ví á todo el mundo, derramando lágrimas; en aquella pacífica morada de otro tiempo todo era duelo y tristeza. No pude sostener más tiempo la vista de este doloroso espectáculo; muy conmovido, dije á mi guía: ¡Oh, mi buen ángel, salgamos de aquí.—Sí, salgamos, dijo el ángel, y busquemos el reposo.

»Después, sufrí ménos; si no viera á mi esposa inconsolable, mis amigos tan tristes, sería casi feliz.

»Mi buen guía, mi querido ángel, me ha hecho el

favor de decirme por qué he tenido una muerte tan dolorosa y para vuestra enseñanza, hijos míos, voy á haceros una confesion.

»Hace dos siglos, hice extender sobre una hoguera á una jóven, inocente como las de su edad; tenía de doce á catorce años. ¿De qué se la acusaba? ¡Ah! de haber sido la cómplice de una revuelta contra la política sacerdotal. Era italiano y juez inquisidor; los verdugos no se atrevían á tocar el cuerpo de la jóven: yo mismo fuí el juez y el verdugo. ¡Oh justicia, justicia de Dios, tú eres grande! Me he sometido á ella; habia prometido tantas veces no vacilar el dia del combate, que he tenido la fuerza de sostener mi palabra; no he murmurado, vos me habeis perdonado, ¡oh Dios mio! ¿Cuándo, pues, se borrará de mi memoria el recuerdo de mi pobre é inocente víctima? Esto es lo que me hace sufrir. Tambien deberé obtener su perdon.

«Vosotros, hijos de la nueva doctrina, decís alguna vez: No nos acordamos de lo que hemos hecho precedentemente; por esto no podemos evitar los males á que nos esponemos por el olvido del pasado. ¡Oh hermanos míos! bendecid á Dios; si os hubiera dejado el recuerdo, no tendríais ningun descanso en la tierra. Perseguidos sin cesar por los remordimientos y la vergüenza, ¿podríais tener un solo instante de paz?

«El olvido es un beneficio; el recuerdo sería un tormento. Pasados algunos dias; y por recompensa de la paciencia con la cual he soportado mis dolores, Dios me hará olvidar la falta. Esta es la promesa que acaba de hacerse por mi buen ángel.»

El carácter de M. Letil en su última existencia, prueba cuánto se había mejorado su Espíritu. Su conducta fué el resultado de su arrepentimiento y de las resoluciones que tomó; pero esto no bastaba; era preciso sellar estas resoluciones con una grande expiación; le era preciso sufrir como hombre lo que había hecho sufrir á los otros; la resignacion en esta terrible circunstancia, era para él la más grande prueba, y felizmente no ha faltado á ella. Sin duda ha contribuido mucho á sostener su valor, el conocimiento del Espiritismo, por la fé sincera que le había dado en el porvenir; sabia que los dolores de la vida eran pruebas y expiaciones, y se había sometido á ellas sin murmurar, diciendo: Dios es justo; sin duda lo he merecido.

UN SÁBIO AMBICIOSO.

Madama B..., de Burdeos, no experimentó las agudas angustias de la miseria; pero fué toda su vida mártir de dolores físicos por haber sido atacada de innumerables enfermedades graves durante setenta años, desde la edad de cinco meses, y que casi cada año la ponian á las puertas de la muerte. Tres veces fué envenenada por los ensayos que la ciencia incierta hizo sobre ella, y su temperamento, viciado por los remedios tanto como por las enfermedades, la hizo víctima hasta el fin de sus dias de intolerables sufrimientos que nada podia calmar. Su hija, espiritista cristiana y médium, pedia á Dios en sus oraciones endulzase sus crueles pruebas; pero su guía espiritual le dijo pidiese simplemente para ella la fuerza de sopor-

tarlas con paciencia y resignacion, y le dictó las instrucciones siguientes:

«Todo tiene su razon de ser en la existencia humana; no hay uno de los sufrimientos *que habeis causado, que no encuentre eco en los dolores que sufris*; uno de vuestros excesos que no encuentre un contrapeso en una de vuestras privaciones; no cae una lágrima de vuestros ojos sin tener que lavar una falta ó un crimen algunas veces. Sufrid, pues, con paciencia y resignacion vuestros dolores físicos ó morales, por crueles que os parezcan, y pensad en el labrador cuya fatiga le quebranta los miembros; pero que continúa su obra sin detenerse, porque tiene siempre ante él las espigas doradas que serán el fruto de su perseverancia. Tal es la suerte del desgraciado que sufre sobre vuestra tierra; la aspiracion hácia la dicha que debe ser el fruto de su paciencia, le hará fuerte contra los dolores pasajeros de la humanidad.

«Así es en cuanto á tu madre; cada dolor que acepta como una expiacion es una mancha borrada de su pasado, y cuanto más pronto se borren todas las manchas, tanto más pronto será feliz. *Sólo la falta de resignacion hace el sufrimiento estéril*, porque entonces las pruebas se han de volver á empezar. Lo que es, pues, más útil para ella el ánimo y la sumision; esto es lo que es necesario pedir á Dios y á los buenos Espíritus para que se le conceda.

»Tu madre fué en otro tiempo un buen médico, acreditado entre una clase en que no cuesta nada asegurarse el bienestar, y donde fué colmado de dones y honores. Ambicioso de gloria y de riquezas, queriendo

alcanzar el apogeo de la ciencia, no con la idea de aliviar á sus hermanos, porque no era filántropo, sino en vista de aumentar su reputacion y por consecuencia su clientela, nada le importaba con tal de que sus estudios tuviesen el fin que apetecia. La madre era martirizada en su lecho de sufrimiento, porque preveia un estudio en las convulsiones que provocaba; el niño era sometido á los experimentos que debian darle la llave de ciertos fenómenos; el anciano veia apresurar su fin; el hombre vigoroso se sentia debilitado por los ensayos que debian acreditar la accion de tal ó cual breverage, y todos estos experimentos se practicaban sobre el desgraciado sin desconfianza. La satisfaccion de la concupiscencia y del orgullo, la sed del oro y de la fama, tales fueron los móviles de su conducta. Han sido necesarios siglos y terribles pruebas para domar este Espíritu orgulloso y ambicioso; despues empezó el arrepentimiento su obra regeneradora y la reparacion se acaba; porque las pruebas de esta última existencia son dulces al lado de las que ha sufrido. Ánimo, pues, si la pena ha sido larga y cruel, la recompensa acordada á la paciencia, á la resignacion y á la humildad, será grande.

«Animo, vosotros todos los que sufrís; pensad en el poco tiempo que dura vuestra existencia material; pensad en las alegrías de la eternidad; acudid á la esperanza, amiga íntima de todo corazon que sufre; acudid á la fé, hermana de la esperanza; la fé que os muestra el cielo donde la esperanza os hace penetrar ántes de tiempo. Llamad tambien á esos amigos que el Señor os dá, que os rodean, os sostienen y os aman

y cuya constante solicitud os conduce á aquel á quien habeis ofendido y cuyas leyes habeis violado.»

Despues de su muerte, madama B... ha dado, yá á su hija, yá á la sociedad espiritista de París, comunicaciones donde se reflejan las más eminentes cualidades, y donde confirma lo que habia sido dicho de sus antecedentes.

CARLOS DE SAN G., IDIOTA.

(Sociedad espiritista de París, 1860.)

Cárlos de San G... era un jóven idiota, de edad de trece años; sus facultades intelectuales eran de tal nulidad, que no reconocia á sus padres y podia apénas tomar alimento. Habia en él paralización completa de desarrollo en todo el sistema orgánico.

1. (A San Luis.)—¿Querriais decirnos si podemos hacer la evocacion del Espíritu de este niño.—R. Podeis evocarle como si evocaseis el Espíritu de un muerto.

2.—Vuestra respuesta nos haria suponer que la evocacion podria hacerse en cualquier momento.—R. Sí; su alma está unida á su cuerpo por lazos materiales, pero no por lazos espirituales; puede desprenderse siempre.

3.—(Evocacion de Cár. de San G...)—Soy un pobre Espíritu ligado á la tierra, como un pájaro por una pata.

4.—En vuestro estado actual, como Espíritu, ¿teneis conciencia de vuestra nulidad en este mundo?—R. Ciertamente, reconozco bien mi cautiverio.

5.—Cuando vuestro cuerpo duerme, y vuestro Espíritu se desprende, ¿teneis las ideas tan lúcidas como si estuviéseis en un estado normal?—R. Cuando mi desgraciado cuerpo descansa, soy un poco más libre para elevarme hácia el cielo, á donde aspiro ir.

6.—¿Experimentais como Espíritu un sentimiento penoso por vuestro estado corporal?—R. Sí, puesto que es un castigo.

7.—¿Os acordais de vuestra existencia precedente?—R. Oh! sí; es la causa de mi destierro de ahora.

8.—¿Cuál era esa existencia?—R. Un jóven libertino en tiempo de Enrique III.

9.—Decís que vuestra condicion actual es un castigo; ¿no la habeis pues elegido?—R. Nó.

10.—¿Cómo puede servir vuestra existencia actual á vuestro adelantamiento en el estado de nulidad en que estais?—R. No es nula para mi, ante Dios que me la ha impuesto.

11.—Preveeis la duracion de vuestra existencia actual?—R. Nó; despues de algunos años, volveré á mi patria.

12.—Desde vuestra precedente existencia, hasta vuestra encarnacion actual, ¿qué habeis hecho como Espíritu?—Por lo mismo que era un Espíritu ligero, Dios me ha encarcelado.

13.—En vuestro estado de vigilia, ¿teneis conciencia de lo que pasa alrededor vuestro, á pesar de la imperfeccion de vuestros órganos?—R. Veo, oigo; pero mi cuerpo no comprende ni vé nada.

14.—¿Podemos hacer alguna cosa que os sea útil?—R. Nada.

15.—(A San Luis.)—¿Las oraciones por un Espíritu reencarnado pueden tener la misma eficacia que por un Espíritu errante?—R. Las oraciones son siempre buenas y agradables á Dios; en la posicion de este pobre Espíritu no pueden servirle para nada; le servirán más tarde, porque Dios las tomará en cuenta.

Esta evocacion confirma lo que siempre se ha dicho sobre los idiotas. Su nulidad moral no depende de la nulidad de su Espíritu, quien, hecha abstraccion de sus órganos, goza de todas sus facultades. La imperfeccion de los órganos no es sino un *obstáculo* á la libre manifestacion de los pensamientos: no los aniquila. Este es el caso de un hombre vigoroso, cuyos miembros estuviesen atados.

Instruccion de un Espíritu sobre los idiotas y los imbeciles, dada á la Sociedad de Paris.

Los imbeciles son seres castigados en la tierra por el mal uso que han hecho de poderosas facultades; su alma está encarcelada en un cuerpo cuyos órganos impotentes no pueden expresar sus pensamientos; este mutismo moral y físico es uno de los más crueles castigos terrestres; muchas veces es elegido por Espíritus arrepentidos que quieren rescatar sus faltas. Esta prueba no es estéril, porque el Espíritu no queda estacionado en su prision de carne; esos ojos entorpecidos, ven, ese cerebro deprimido concibe; pero nada puede traducirse por la palabra ni por la mirada, y salvo el movimiento, están moralmente en el estado de los aletargados y de los catalépticos que ven y oyen lo que pasa á su alrededor, sin poder expresarlo. Cuando teneis en sueños esas terribles pesadillas en que quereis huir de un peligro, en que gritais pidiendo so-

corro, mientras que vuestra lengua queda pegada al paladar y vuestros piés al suelo, experimentais por un instante lo que el imbécil siente siempre: *parálisis del cuerpo, unida á la vida del Espiritu.*

Casi todas las dolencias tienen así su razón de ser; nada se hace sin causa, y lo que vosotros llamais la injusticia de la suerte es la aplicacion de la más alta justicia. La locura es tambien un castigo del abuso de altas facultades; el loco tiene dos personalidades: la que desatina, y la que tiene conciencia de sus actos, sin poderlos dirigir. En cuando á los imbéciles, la vida contemplativa y aislada de su alma, que no tiene las distracciones del cuerpo, puede ser tan agitada como las existencias más complicadas por los acontecimientos; algunos se rebelan contra su suplicio voluntario; sienten haberle elegido y experimentan un deseo furioso de volver á la otra vida; deseo que les hace olvidar la resignacion en la vida presente, y el remordimiento de la vida pasada de la cual tienen conciencia, porque los imbéciles y los locos saben más que vosotros, y bajo su impotencia física, se oculta una potencia moral de que no teneis ninguna idea. Los actos de furor ó de imbecilidad á que su cuerpo se entrega, son juzgados por el sér interior que sufre de esto y que se avergüenza. Por lo tanto, abofetearles, injuriarles, maltratarles, como se hace algunas veces, es aumentar sus sufrimientos; porque es hacerles sentir más duramente su debilidad y su abyeccion, y si ellos pudieran, llamarian cobardes á los que obran de este modo, porque saben que su víctima no puede defenderse.

La imbecilidad no es una de las leyes de Dios, y la ciencia puede hacerla desaparecer; porque es resultado material de la ignorancia, de la miseria y del desaseo. Los nuevos medios de higiene que la ciencia, más práctica, ha puesto al alcance de todos, tienden á destruirla. Siendo el progreso la condicion expresa de la humanidad, las pruebas impuestas se modificarán y seguirán la marcha de los siglos; todas vendrán á ser morales, y cuando vuestra tierra, jóven aún, haya cumplido todas las facetas de su existencia, será una morada de felicidad como otros planetas más avanzados.

PEDRO JONTY, *padre del médium.*

Hubo un tiempo en que se puso en cuestion el alma de los imbéciles, y se preguntaba si pertenecian verdaderamente á la especie humana. La manera cómo el Espiritismo les hace considerar? no es de alta moralidad y de grande enseñanza? ¿No hay materia para sérias reflexiones, pensando que esos cuerpos desgraciados encierran almas que puede que hayan brillado en el mundo, que son tan lúcidas y tan pensadoras como las nuestras, bajo la espesa envoltura que ahoga las manifestaciones, y que puede sucedernos lo mismo á nosotros, si abusamos de las facultades que nos ha dispensado la Providencia?

Además, ¿cómo podria explicarse la imbecilidad? ¿cómo podria estar conforme con la justicia y la bondad de Dios, sin admitir la pluralidad de existencias? Si no ha vivido yá el alma, debe haber sido creada al mismo tiempo que el cuerpo; en esta hipótesis, ¿cómo se justifica la creacion de almas tan desheredadas, como las de los imbéciles, por un Dios justo y bueno? porque aquí no se trata de uno de esos accidentes, como la locura, por ejemplo, que se puede prevenir ó curar; esos seres nacen y mueren en el mismo estado; no teniendo ninguna nocion del bien y del mal, ¿cuál es su suerte en la eternidad? ¿Serán dichosos al igual de los hombres inteligentes y trabajadores? ¿Mas

por qué se concedería este favor, puesto que no han hecho bien? ¿Irán á lo que se llama limbo, esto es, estarán en un estado mixto que no es ni la dicha ni la desgracia? Pero ¿por qué esta inferioridad eterna? ¿Es culpa suya si Dios les ha creado imbéciles? Desafiamos á todos los que rechazan la doctrina de la reencarnacion á que salgan de este círculo estrecho y sin salida. Con la reencarnacion, al contrario, lo que parece injusto, viene á ser una admirable justicia; lo que es inexplicable se explica de la manera más racional.

Por lo demás, no sabemos que los que no admiten esta doctrina la hayan jamás combatido con otros argumentos más que con el de su repugnancia personal á volver á la tierra. A esos podemos contestarles: Para que volvais á ella, Dios no os pide vuestro permiso, así como el juez no consulta la voluntad del condenado, para enviarle á presidio. Cada uno tiene la posibilidad de no volver á ella, mejorándose lo suficiente para merecer pasar á una esfera más elevada. Pero en esas esferas venturosas no se admite el egoismo ni el orgullo; es necesario, pues, trabajar despojándose de estas dolencias morales, si se quiere ascender un grado.

Se sabe que en ciertas comarcas, los imbéciles, léjos de ser un objeto de menosprecio, están rodeados de cuidados benévolos. ¿No dependeria este sentimiento de una intuicion del verdadero estado de esos infortunados, tanto más dignos de respeto cuanto que su Espíritu, que comprende su posicion, debe sufrir al considerarse la escoria de la sociedad?

En dichas comarcas tienen por un favor y bendicion de Dios el contar á uno de estos séres entre la familia. ¿Es acaso una supersticion? Es posible, porque entre los ignorantes se mezcla la supersticion á las ideas más santas, que no saben explicarse; en todos los casos es para los padres una ocasion de ejercer una caridad tanto más meritoria, cuanto que siendo generalmente pobres, es para ellos una carga sin compensacion material. Hay más mérito en rodear de cuidados afectuosos á un niño desgraciado, que á aquel cuyas cualidades ofrecen una compen-

sacion. Pero la caridad del corazon, siendo una de las virtudes más agradables á Dios, atrae siempre su bendicion sobre los que la practican. Este sentimiento innato entre aquellas gentes, equivale á esta oracion: «Gracias Dios mio, por habernos dado como prueba el sostener á un sér débil, y consolar á un afligido.»

ADELAIDA-MARGARITA GOSSE.

Esta era una humilde y pobre sirvienta de la Normandía, cerca de Harfleur. A los once años, entró al servicio de unos ricos ganaderos de su país. Pocos años despues, una inundacion del Sena se llevó y anegó todas las bestias; otras desgracias sobrevinieron, ¡sus amos cayeron en la miseria! Adelaida encadenó su suerte á la suya, ahogó la voz del egoismo, y no escuchando sino á su corazon generoso, les hizo aceptar quinientos francos ahorrados por ella, y continuó sirviéndoles sin salario; despues, á su muerte, se unió con su hija que habia quedado viuda y sin recursos. Trabajaba en los campos y llevaba su ganancia á la casa. Contrajo matrimonio, y añadiendo el jornal de su marido al suyo, eran dos para sostener á la pobre muger que ella llamaba siempre «¡su ama!» Este sublime sacrificio duró cerca de medio siglo.

La sociedad de emulacion de Ruan no dejó en el olvido á esta muger digna de tanto respeto y admiracion; le decretó una medalla de honor y una recompensa en dinero; las lógias masónicas del Havre se asociaron á este testimonio de estimacion, y le ofrecieron una pequeña suma para aumentar su bienestar.

En fin, la administracion local se ocupó de su suerte con delicadeza, respetando su susceptibilidad.

Un ataque de parálisis se llevó en un instante y sin sufrimiento á este sér benéfico. Los últimos obsequios le fueron prestados de un modo sencillo, pero decente; el secretario de la alcaldía presidió el duelo.

(Sociedad de Paris, 27 de Diciembre de 1861.)

Evocacion.—Rogamos á Dios todo-poderoso permita al Espíritu de Margarita Gosse se comuniqué con nosotros.—R. Sí, Dios tiene á bien hacerme esta gracia.

P. Tenemos el mayor gusto en poderos dar una prueba de nuestra admiracion por la conducta que habeis tenido, durante vuestra existencia terrestre, y esperamos que vuestra abnegacion habrá recibido su recompensa.—R. Sí, Dios para su sirvienta, ha tenido misericordia y amor. Lo que he hecho, lo que encontráis bien, era muy natural.

P. Para nuestra instruccion, ¿podríais decirnos cuál fué la causa de la humilde condicion que habeis ocupado en la tierra?—R. Yo ocupé en dos existencias sucesivas, una posicion bastante elevada ; el bien me era fácil; lo hacia sin sacrificio, porque era rica, me parecia que progresaba lentamente, y por esto pedí volver en condicion mas ínfima, en la que tendria que luchar contra las privaciones, y me preparé á ello durante mucho tiempo. Dios sostuvo mi esfuerzo, y he podido llegar al fin que me habia propuesto, gracias á los socorros espirituales que Dios me ha enviado.

P. ¿Habeis visto vuestros antiguos amos? Os suplico nos digais ¿cuál es vuestra posicion respecto á ellos, y si os considerais siempre como su subordinada?—R. Sí, los he vuelto á ver; estaban esperando mi llegada en este mundo, y debo deciros con toda humildad que me consideraron muy superior á ellos.

P. ¿Teníais un motivo particular para uniros á ellos ántes que á otros?—R. Ningun motivo obligatorio; habria alcanzado mi objeto por todas partes; los elegí para satisfacerles una deuda de reconocimiento. En otro tiempo habian sido buenos para mí y me habian hecho servicios.

P. ¿Qué porvenir presentís para vos?—R. Espero ser reencarnada en un mundo en que el dolor es desconocido. Quizá me encontréis muy presuntuosa, pero os respondo con la viveza de mi carácter. Por lo demás lo dejo á la voluntad de Dios.

P. Os damos las gracias por haber venido á nuestro llamamiento, y no dudamos de que Dios os colmará de bondades.—R. Gracias. ¡Ojalá Dios os bendiga, y al morir os haga experimentar á todos las alegrías tan puras, que me han sido dispensadas!

CLARA RIVIER.

Clara Rivier era una jóven de diez años, perteneciente á una familia de labradores de una aldea del mediodía de la Francia; estaba completamente enferma desde los cuatro años. Durante su vida, no dejó escapar una sola queja, ni dió una sola señal de impaciencia; aunque desprovista de instruccion, consolaba

á su affligida familia, conversando de la vida futura y de la dicha que debia encontrar en ella. Murió en Setiembre de 1862, despues de cuatro dias de torturas y convulsioness durante las cuales no cesó de rogar á Dios. «No temo la muerte, decia, puesto que una vida de felicidad me está reservada despues;» decia tambien á su padre que lloraba: «Consuélate, vendré á visitarte; mi hora está próxima, lo siento; pero cuando llegue lo sabré y te lo advertiré ántes.» En efecto, cuando el momento fatal estuvo á punto de llegar, llamó á todos los suyos diciendo: «No tengo más que cinco minutos de vida; dadme vuestras manos.» Y expiró como lo habia anunciado.

Desde entónces un Espiritu golpeador vino á visitar la casa de los esposos Rivier, dónde lo derribaba todo, y golpeaba la mesa como si tuviera una maza; agitaba las colgaduras de las camas y las cortinas, y removia la vagilla. Este Espiritu aparecia bajo la forma de Clara á su jóven hermana, que no tiene más que cinco años. Seguu esta niña, su hermana le ha hablado muchas veces, y estas apariciones le hacen á menudo dar gritos de alegría y decir: «¡Pero veis que linda está Clara!»

1.—*Evocacion de Clara Rivier.*—R. Estoy cerca de vosotros, dispuesta á responder.

2.—¿De dónde os venian, aunque tan jóven y sin instruccion, las ideas elevadas que habíais expresado sobre la vida futura, ántes de vuestra muerte?—R. Del poco tiempo que tenía que pasar sobre vuestro globo y de mi precedente encarnacion. Cuando dejé la tierra, era médium y lo soy tambien volviendo entre vos-

otros. Esto era una predestinacion; sentia y veia lo que decia.

3.—¿Cómo es que una niña de vuestra edad no se haya quejado durante cuatro años de sufrimientos?—R. Porque el sufrimiento físico estaba dominado por una potencia más grande, la de mi ángel de la guarda, á quien veia continuamente cerca de mí; sabia aliviar todo lo que sentia; hacia que mi voluntad fuese más fuerte que el dolor.

4.—¿Cómo os han prevenido del instante de vuestra muerte?—R. Mi ángel de la guarda me lo decia; jamás me ha engañado.

5.—Habíais dicho á vuestro padre: «Consuélate, vendré á visitarte.» ¿Cómo es que animada de tan buenos sentimientos para vuestros padres, venís á atormentarles despues de vuestra muerte, haciendo ruidos en su casa?—R. Tengo sin duda una prueba, ó mejor dicho una mision que cumplir. Si vuelvo á ver á mis padres ¿creeis que es sin objeto? Estos ruidos, esta perturbacion, estas luchas causadas por mi presencia, son una advertencia. Estoy ayudada por otros Espíritus cuya turbacion tiene un objeto, como yo tengo el mio, apareciendo á mi hermana. Gracias á nosotros, muchas convicciones ván á nacer. Mis padres tenian que sufrir una prueba; cesará pronto, pero solamente despues de haber llevado la conviccion á una multitud de espíritus.

6.—De este modo, ¿no sois vos en persona la que causa esta perturbacion?—R. Soy ayudada por otros Espíritus, que sirven para la prueba reservada á mis queridos padres.

7.—¿Cómo es que vuestra hermana os ha reconocido, si no sois vos quien producía estas manifestaciones?—R. Mi hermana no ha visto á nadie sino á mí. Posee ahora la doble vista, y no será la última vez que mi presencia vendrá á consolarla y á animarla.

8.—¿Por qué siendo tan jóven habeis sido afligida con tantas dolencias?—R. Tenía que expiar faltas anteriores; habia hecho mal uso de la salud y de la posición brillante de que gozaba en mi anterior encarnación; entónces Dios me dijo: «Tú has gozado grandemente, desmedidamente, sufrirás lo mismo; tú eras orgullosa, serás humilde; tú estabas envanecida de tu hermosura y serás desfigurada; en lugar de la vanidad, te esforzarás en adquirir la caridad y la bondad.» He cumplido la voluntad de Dios y mi ángel de la guarda me ha ayudado.

9.—¿Tendríais que encargar alguna cosa para vuestros padres?—R. A petición de un médium, han hecho mis padres mucha caridad; razón han tenido en no rogar siempre con los lábios: es preciso hacerlo con la mano y el corazón. Dar á los que sufren es orar, ser espiritista.

Dios ha dado á todas las almas el libre alvedrío, esto es, la facultad de progresar; ha dado á todas la misma aspiración, y por esta razón *la ropa de paño burdo está más cerca á la ropa recamada de oro de lo que generalmente pensais*. Por lo tanto, estrechad las distancias por la caridad; introducid al pobre en vuestra casa; animadle, levantadle, no le humilleis. Si se supiese practicar por todas partes esta grande ley de la conciencia, no se tendrían en épocas

determinadas esas grandes miserias que deshonran á las pueblos civilizados, y que Dios envia para castigarles y abrirles los ojos.

Queridos padres, rogad á Dios; amaos; practicad la ley de Cristo: no hagais á los otros lo que no quisierais os fuese hecho; implorad á Dios que os prueba, manifestándoos que su voluntad es santa y grande como él. Sabed, previendo el porvenir, armaros de valor y de perseverancia, porque sois llamados á sufrir todavía, y es necesario saber merecer una buena posicion en un mundo mejor, donde el conocimiento de la justicia divina es el castigo de los malos Espíritus.

Siempre estaré cerca de vosotros, queridos padres. Adios, ó mejor, hasta luego. Tened resignacion, caridad y amor á vuestros semejantes, y un dia llegareis á ser dichosos.

CLARA.

¡Qué hermoso pensamiento es éste: La ropa de paño burdo está más cerca de la ropa recamada de oro de lo que generalmente pensais.» Es una alusion á los Espíritus que, de una existencia á otra, pasan de una posicion brillante á otra posicion humilde ó miserable, porque muchas veces expian en un centro ínfimo el abuso que han hecho de los dones que Dios les habia concedido. Es una justicia que todo el mundo comprende.

Otro pensamiento no ménos profundo es el que atribuye las calamidades de los pueblos á la infraccion de la ley de Dios; porque Dios castiga los pueblos como castiga los individuos. Es cierto que si practicasen la ley de caridad, no habria guerras ni grandes miserias. El Espiritismo conduce á la práctica de esta ley; ¿será por esto que encuentra enemigos tan encarnizados? Las palabras de esta jóven á sus padres ¿son acaso las de un demonio?

FRANCISCA VERNHES.

Ciega de nacimiento, hija de un colono de las cercanías de Tolosa, muerta en 1855, á la edad de cuarenta y cinco años. Se ocupaba constantemente enseñando el catecismo á los niños, para prepararles á su primera comunión. Habiéndose cambiado el catecismo, no tuvo ninguna dificultad en enseñarles el nuevo, porque sabia los dos de memoria. Una noche de invierno, volviendo de una escursion de muchas leguas en compañía de su tia, les fué preciso atravesar un bosque por caminos horribles y llenos de lodo; las dos mujeres debian marchar con precaucion sobre el borde de las zanjas. Su tia queria conducirla por la mano; pero ella le respondió: No tengais cuidado por mí, no corro ningun peligro de caer; veo sobre mi espalda una luz que me guia; seguidme, yo soy quien vá á conducirlos. Así llegaron á su casa sin accidente alguno, conduciendo la ciega á la que tenía el uso de la vista.

Evocacion en Paris , Mayo de 1865.

P. ¿Tendriais la bondad de darnos la explicacion de la luz que os guiaba en aquella noche oscura, y que sólo era visible para vos?—R. ¡Cómo! ¡Personas como vosotros que están en relacion continua con los Espiritus, tienen necesidad de una explicacion de un hecho semejante! Era mi ángel de la guarda quien me guiaba.

P. Esta era nuestra opinion, pero deseábamos verla confirmada. ¿Teníais en aquel momento conciencia de que era vuestro ángel de la guarda quien os servia de guía?—R. Nó, convengo en ello; sin embargo, creia

en una proteccion celeste. ¡Habia rogado tanto tiempo á nuestro Dios bueno y clemente para que tuviese piedad de mí!... y es tan cruel ser ciego!... Sí, es muy cruel; pero reconozco tambien que es justicia. Los que pecan por la vista deben ser castigados por la vista, y así de todas las facultades de que los hombres están dotados y de las cuales abusan. A los numerosos infortunios que aflijen á la humanidad, no busqueis, pues, otra causa que la que les es natural: la expiacion; expiacion que no es meritoria sino cuando se sufre con sumision, y puede ser suavizada por la oracion, atrayendo las influencias espirituales que protejen á los culpables del *penitenciario humano*, y derraman la esperanza y el consuelo en los corazones aflijidos que sufren.

P. Os habeis dedicado á la instruccion religiosa de niños pobres; ¿os ha causado trabajo adquirir los conocimientos necesarios para la enseñanza del catecismo que sabíais de memoria, á pesar de vuestra ceguera, y de haberse cambiado?—R. Los ciegos tienen en general los otros sentidos dobles, si puedo expresarme así. La observacion no es una de las menores facultades de su naturaleza. Su memoria es como una papelerera dónde están colocadas con orden, y no desaparecen nunca, las enseñanzas cuyas tendencias y aptitudes tienen; no siendo capaz de perturbar esta facultad ninguna cosa exterior, resulta de ello, que puede ser desenvuelta de una manera notable por la educacion. No me encontraba en este caso, porque no habia recibido educacion. Doy gracias á Dios por haberme permitido que fuese bastante para

llenar mi mision de abnegacion al lado de aquellos niños, lo que era al mismo tiempo una reparacion por el mal ejemplo que les dí en mi precedente existencia. Todo es objeto sério para los espiritistas; para eso no deben sino mirar á su alrededor, y les será más útil que el dejarse extraviar por las sutilezas filosóficas de ciertos Espíritus, que se burlan de ellos, lisongeando su orgullo con frases de grande efecto; pero vacías de sentido.

P. Por vuestro lenguaje, os consideramos adelantada intelectualmente, lo mismo que vuestra conducta en la tierra es una prueba de vuestro adelantamiento moral.—R. Me falta adquirir mucho todavía; pero hay personas en la tierra que pasan por ignorantes, porque su inteligencia está velada por la expiacion; pero estos velos caen á la muerte, y los pobres ignorantes son muchas veces más instruidos que aquellos que les desdeñaban. Creedme, el orgullo es la piedra de toque en que se reconocen los hombres. Todos aquellos cuyo corazon es accesible á la lisonja, ó que tienen demasiada confianza en su ciencia, están en el mal camino; en general no son sinceros; desconfiad de ellos. Sed humildes como Cristo, y llevad como él vuestra cruz con amor, á fin de tener acceso en el reino de los cielos.

FRANCISCA VERNHES.

ANA BITTER.

La pérdida de un hijo adorado es una herida que causa terrible pesar; pero ver un hijo único que prometia las más bellas esperanzas, en el que se han con-

centrado *todas* las afecciones, desmedrarse á vuestra vista, extinguiéndose sin sufrimientos, por una causa desconocida, por una de esas rarezas de la naturaleza que burlan la perspicacia de la ciencia; haber agotado inútilmente todos los recursos del arte y adquirido la certeza de que no hay ninguna esperanza, y sufrir esta angustia todos los días. durante largos años, sin preveer su término, es un suplicio cruel que la fortuna, aumenta, léjos de endulzarlo, porque no se tiene la esperanza de verla gozar á un ser querido.

Tal era la situación del padre de Ana Bitter; así es que una sombría desesperacion se apoderó de su alma, y su carácter se agriaba más y más á la vista de este espectáculo lastimoso, cuyo desenlace no podia ser sino fatal, aunque indeterminado. Un amigo de la familia, iniciado en el Espiritismo, creyó debia interrogar á su Espíritu protector sobre el particular, y recibió la contestacion siguiente:

«Con mucho gusto te daré la explicacion del extraño fenómeno que tienes á la vista, porque sé que al pedírmela tú, no te mueve una curiosidad indiscreta, sino el interés que tienes por esta pobre niña, y porque será para tí, creyendo en la justicia de Dios, una enseñanza provechosa. Aquellos á quienes quiere herir el Señor deben bajar su frente y no maldecirle y rebelarse; porque no hiere jamás sin causa. Pronto debe venir entre nosotros la pobre jóven, cuyo decreto de muerte suspendió el Todopoderoso, porque Dios tuvo piedad de ella, y su padre, éste desgraciado entre los hombres, debe ser herido en la sola afeccion de su vida, por haberse burlado del corazon y de la con-

fianza de los que le rodean.. Por un momento ha llegado al Altísimo su arrepentimiento, y la muerte ha suspendido su espada sobre esta cabeza tan querida; pero ha vuelto á la rebelion, y el castigo sigue siempre á la misma. ¡Dichoso cuando uno es castigado en esa tierra! Rogad, amigos míos, por esta pobre niña, cuya juventud hará difíciles los últimos momentos; es tan abundante la sávia en éste pobre ser, á pesar de su estado de decaimiento, que el alma se desatará con trabajo. Oh! rogad; más tarde os ayudará, y ella misma os dará consuelos, porque su Espiritu es más elevado que los de las personas que la rodean.

Por un permiso especial del Señor he contestado á lo que me has preguntado, porque es necesario que este Espiritu esté ayudado para que el desprendimiento sea más fácil. »

El padre ha muerto despues de haber sufrido el aislamiento por la pérdida de su hija. Hé aquí las primeras comunicaciones que han dado el uno y el otro despues de su muerte:

(*La hija*). Gracias, amigo mio, por haberos interesado por la pobre niña, y por haber seguido los consejos de vuestro buen guía. Sí, gracias á vuestras oraciones, he podido dejar más fácilmente mi envoltura terrestre, porque mi padre no oraba; ¡maldecia! No le quiero mal sin embargo; esto era á consecuencia de su gran ternura por mí. Ruego á Dios le haga la gracia de ser iluminado ántes de morir; le excito, le animo; mi mision es endulzar sus últimos instantes. A veces un rayo de luz divina parece penetrar hasta él: pero no es más que un relámpago pasa-

jero, y pronto vuelve á caer en sus primeras ideas. No hay en él sino un gérmen de fé ahogada por los intereses del mundo, y que sólo podrán desenvolver nuevas pruebas más terribles; mucho lo temo al ménos. En cuanto á mí, no tenía que sufrir sino un res-
to de expiacion, por esto no ha sido muy dolorosa ni muy difícil. En mi extraña enfermedad, no sufría; era más bien un instrumento de prueba para mi padre, porque sufría más por verme en aquel estado en que yo misma estaba resignada, y él nó. Hoy he sido recompensada por esto. Dios me ha hecho el favor de abreviar mi morada en la tierra, y le doy las gracias. Soy feliz entre los buenos Espíritus que me rodean; todos nos dedicamos á nuestras ocupaciones con alegría, porque la falta de actividad sería un cruel suplicio.

(El padre, cerca de un mes despues de su muerte.)

P. Nuestro objeto al llamaros, es el de averiguar vuestra situacion en el mundo de los Espíritus. para seros útil si nos es posible. —R. ¡El mundo de los Espíritus! yo no lo veo. No veo sino hombres que he conocido y de los cuales ninguno piensa en mí ni me hecha de ménos; al contrario, parece que están contentos por haberse desembarazado de mí.

P. ¿Os dais cuenta de vuestra situacion.—R. Perfectamente. Durante algun tiempo, he creido estar aún en vuestro mundo, pero ahora sé muy bien que no estoy en él.

P. ¿Cómo es que no veiais otros Espíritus alrededor vuestro?—R. Lo ignoro; sin embargo, cerca de mí todo lo veo claro.

P. ¿Habeis vuelto á ver á vuestra hija?—R. Nó;

murió; la busco, la llamo inútilmente. ¡Qué vacío horrible me ha dejado su muerte en la tierra! Muriendo, me decia que la encontraria sin duda; pero nada; siempre el aislamiento á mi alrededor; nadie me dirije una palabra de consuelo y de esperanza. Adios; voy á buscar á mi hija.

(*El guia del médium.*) Este hombre no era ateo ni materialista, sino uno de aquellos que creen vagamente, sin preocuparse de Dios ni del porvenir, dominados como están por los intereses de la tierra. Profundamente egoista, sin duda lo hubiera sacrificado todo para salvar á su hija; pero por su provecho personal tambien sacrificará sin escrúpulo los intereses de los demás. Fuera de su hija, no tenia afeccion por nadie. Por esto Dios le ha castigado cómo sabeis; le ha quitado su único consuelo en la tierra, y como no se ha arrepentido, tampoco la puede encontrar en el mundo de los Espíritus. Como no se interesaba por nadie en la tierra, tampoco se interesa nadie por él; está solo, abandonado; ese es su castigo. Sin embargo, su hija está cerca de él, pero no la vé; si la viese, no sufriria su castigo. ¿Qué hace? ¿se dirige á Dios? ¿se arrepiente? N6; murmura siempre; áun blasfema; hace, en una palabra, lo que hacia en la tierra. Ayudadle con la oracion y los consejos á salir de su ceguedad.

JOSE MAITRE (ciego).

José Maitre pertenecia á la clase media de la sociedad; gozaba de un modesto bienestar que le ponía al abrigo de las necesidades. Sus padres le habian hecho

dar una buena educacion y le destinaban á la industria, pero á los veinte años se quedó ciego. Murió en 1865, teniendo unos cincuenta años. Una segunda dolencia vino á herirle; cerca de diez años antes de su muerte, se quedó completamente sordo; de modo que sus relaciones con los vivos sólo podian tener lugar por medio del tacto. No ver, era yá muy penoso, pero no oír era un cruel suplicio para aquel que, habiendo gozado de todas sus facultades, debia sentir áun mejor los efectos de esta doble privacion. ¿Por qué habia merecido esta triste suerte? No sería por su última existencia, porque su conducta habia sido siempre ejemplar; era buen hijo, de un carácter dulce y benévolo, y cuando se vió, para colmo de males, privado del oído, aceptó esta nueva prueba con resignacion, y nunca se le oyó pronunciar una queja. Sus conversaciones denotaban una perfecta luidiez de entendimiento y una inteligencia poco comun.

Una persona que le habia conocido, presumiendo que se podian sacar útiles instrucciones de una conversacion con su Espíritu, le llamó, y recibió de él la comunicacion siguiente, en contestacion á las preguntas que se le dirigieron.

(Paris 1863.)

Amigos míos, os doy gracias por haberos acordado de mí, aunque quizá no hubiérais pensado en ello, sino hubiéseis creído sacar algún provecho de mi comunicacion; pero sé que os anima un objeto formal; por esto vengo con gusto á vuestro llamamiento, puesto que se me permite, dichoso soy en poder servir

á vuestra instruccion. Ojalá que mi ejemplo pudiese aumentar las pruebas tan numerosas, que los Espíritus os dan, de la justicia de Dios.

Me habeis conocido ciego y sordo, y os habeis preguntado lo que habia hecho para merecer semejante suerte; voy á decíroslo. Sabed desde luego que es la segunda vez que he sido privado de la vista. En mi precedente existencia, que tuvo lugar á principios del último siglo, quedé ciego á la edad de treinta años, á consecuencia de excesos de todas clases que habian arruinado mi salud y debilitado mis órganos; ya era un castigo por haber abusado de los dones que habia recibido de la Providencia, porque estaba ricamente dotado; pero en lugar de reconocer que yo era la primera causa de mi dolencia, acusaba de ésta á la misma Providencia, en la que hablando francamente creia poco. He blasfemado de Dios, le he renegado, le he acusado, diciendo que si existia, debía ser injusto y malo, puesto que así hacia sufrir á sus criaturas. Por el contrario, debía haberme considerado feliz por no verme en la necesidad de mendigar el pan como otros desgraciados ciegos. Pero nó; no pensaba sino en mí y en la privacion de los goces que se me habia impuesto. Bajo el imperio de estas ideas y de mi falta de fé, me habia vuelto áspero, exigente, insoportable, en una palabra, para aquellos que me rodeaban. La vida en adelante no tenía objeto para mí; no pensaba en el porvenir; que miraba como una quimera. Despues de haber agotado inútilmente todos los recursos de la ciencia, viendo mi curacion imposible, resolví acabar más pronto, y me suicidé.

Quando salí de mi estupor estaba sumergido en las mismas tinieblas que durante mi vida. No tardé, empero, en reconocer que no pertenecía al mundo corporal, pero era un Espíritu ciego. ¡La vida de ultratumba era, pues, una realidad! en vano trataba de quitármela para hundirme en la nada: chocaba con el vacío. Si esta vida debía ser eterna, como había oído decir, ¿estaría, pues, durante la eternidad en esta situación? Este pensamiento era horrible. No sufría, pero deciros los tormentos y las angustias de mi Espíritu, es cosa imposible. ¿Cuánto tiempo duró esto? lo ignoro ¡pero qué largo me pareció!

Extenuado, fatigado, me puse sobre mí; comprendí que una potencia superior me dominaba; me dije que si esta potencia podía oprimirme, podía también aliviarme, é imploré su piedad. A medida que rogaba y que mi fervor aumentaba, álguien me decía que mi cruel situación tendría término. La luz se hizo, en fin mi alborozo fué extremo cuando entreví las celestes claridades, y distinguía los Espíritus que me rodeaban, sonriendo con benevolencia, y á los que se mecían radiantes en el espacio. Quise seguir sus pasos, pero una fuerza invisible me retuvo. Entonces uno de ellos me dijo: Dios á quien has desconocido, ha tomado en cuenta tu conversión á él, y nos ha permitido restituirte la luz, pero no has cedido sino á la fuerza y al cansancio. Si quieres en adelante participar de la dicha de que se goza aquí, es necesario probar la sinceridad de tu arrepentimiento y de tus buenos sentimientos, volviendo á empezar tu prueba terrestre, *en tales condiciones que estarás expues-*

to á caer en las mismas faltas, porque esta nueva prueba será más ruda aún que la primera. Acepté sencillo, prometiéndome mucho no faltar á ellas.

Volví, pues, á la tierra con la existencia que conocéis. No tuve trabajo en ser bueno, porque no era malo por naturaleza; me rebelé contra Dios, y Dios me castigó. Vine á ella *con la fé innata*, por esto no murmuré de él, y acepté mi doble dolencia con resignacion y como una expiacion que debia tener su origen en la soberana justicia. No me desesperaba por el aislamiento en que me encontraba en los últimos años, porque tenia fé en el porvenir y en la misericordia de Dios; me ha sido además muy provechoso, porque durante esta larga noche en que todo era silencio, mi alma, más libre, se lanzaba hácia el Eterno, y con el pensamiento entreveia lo infinito. Cuando ha venido el fin de mi destierro, el mundo de los Espíritus no ha tenido para mí sino esplendores y goces inefables.

La comparacion con el pasado me hace encontrar mi situacion relativamente muy dichosa, y por ello doy gracias á Dios; pero cuando miro adelante, veo cuan léjos estoy aún de la dicha perfecta. He expiado, *me es preciso reparar ahora. Mi última existencia ha sido provechosa sólo para mí*; espero volver pronto á comenzar una nueva en que podré ser útil á los otros; ésta será la reparacion de mi inutilidad precedente; entónces solamente avanzaré en el camino bendecido, abierto á todos los Espíritus de buena voluntad.

Hé aquí mi historia, amigos míos; si mi ejemplo

puede iluminar á algunos de mis hermanos encarnados, y privarles de caer en el fango en que he caído, habré comenzado á satisfacer mi deuda.

JOSÉ.

EIN.

TABLA DE LAS MATERIAS.

PRIMERA PARTE. — DOCTRINA.

		<u>Págs.</u>
Capítulo primero.	EL PORVENIR Y LA NADA.	1
Capítulo II.	TEMOR Á LA MUERTE.	12
	— Causas del temor á la muerte.	12
	— Por qué los Espiritistas no tienen temor á la muerte.	19
Cap. III.	EL CIELO.	21
Cap. IV.	EL INFIERNO.	37
	— Intuición de las penas futuras.	37
	— El infierno cristiano imitado del infierno pagano.	38
	— El limbo.	42
	— Cuadro del infierno pagano.	43
	— Cuadro del infierno cristiano.	53
Cap. V.	EL PURGATORIO.	66
Cap. VI.	DOCTRINA DE LAS PENAS ETERNAS.	73
	— Origen de las penas eternas.	73
	— Argumentos en apoyo de las penas eternas.	80
	— Imposibilidad material de las penas eternas.	87
	— La doctrina de las penas eternas no es de este tiempo.	90
	— Ezequiel contra la eternidad	

		<u>Págs.</u>
	de las penas y el pecado original.	93
Cap.	VII. LAS PENAS FUTURAS SEGUN EL ESPIRITISMO.	96
	— La carne es débil.	96
	— Orígen de la doctrina espiritista sobre las penas futuras.	99
	— Código penal de la vida futura..	100
Cap.	VIII. LOS ANGELES.	115
	— Los ángeles segun la Iglesia.	115
	— Refutacion.	121
	— Los ángeles segun el Espiritismo.	129
Cap.	IX. LOS DEMONIOS.	132
	— Orígen de la creencia en los demonios.	132
	— Los demonios segun la Iglesia.	137
	— Los demonios segun el Espiritismo	154
Cap.	X. INTERVENCION DE LOS DEMONIOS EN LAS MANIFESTACIONES MODERNAS.. . . .	158
Cap.	XI. DE LA PROHIBICION DE EVOCAR LOS MUERTOS..	184

SEGUNDA PARTE.—EJEMPLOS.

Capítulo primero.	EL TRÁNSITO.	199
Cap.	II. ESPÍRITUS FELICES.	211
	— El Sr. Sanson.	211
	— La muerte del justo.. . . .	224
	— El Sr. Jobart.	225
	— Samuel Philippe.. . . .	232
	— El Sr. Van Durst.	239
	— Sixdeniers.	241
	— El doctor Demeure.. . . .	245

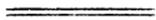
		<u>Págs.</u>
	— La señora Wollis viuda de Foulon.	253
	— Un médico Ruso.	264
	— Bernardin.	269
	— La condesa Paula.	270
	— Juan Reinaut.. . . .	276
	— Antonio Costeau.. . . .	281
	— La señorita Emma.	286
	— El Doctor Vignal.	288
	— Víctor Lebufle.	292
	— La señora Anais Gourdon..	294
	— Mauricio Goutran.	296
Cap.	III. ESPÍRITUS EN MEDIANA CONDICION. . .	301
	— José Bré. El hombre honrado segun Dios ó segun los hombres.	301
	— La señora Elena Michel.	303
	— El marqués de Saint-Paul..	305
	— El Sr. Cardon, médico.. . . .	307
	— Eric Stanilas.	314
	— La Sra. Ana Belleville.. . . .	316
Cap.	IV. ESPÍRITUS QUE SUFREN.	324
	— El castigo..	324
	— Novel.	326
	— Augusto Michel.	328
	— Pesares de un regalon.	331
	— Lisbeth.	333
	— El Príncipe Auran.	337
	— Pascal Lavie.	341
	— Fernando Bertin.	343
	— Francisco Riquier.	348
	— Clara.	350
Cap.	V. SUICIDAS.	364

		Págs.
	— El suicida de la Samaritana.	364
	— El padre y el quinto. . . .	367
	— Francisco Simon Louvet, (del Havre).	371
	— Una madre y su hijo. . . .	373
	— Doble suicidio por amor y por deber.	378
	— Luis y la cosedora de boti- nes.	382
	— Un ateo.	386
	— El Sr. Felicien.	394
	— Antonio Bell.	399
Cap.	VI. CRIMINALES ARREPENTIDOS.	404 ⁸⁴
	— Verger.	404
	— Lemaire.	408
	— Bénéist.	412
	— El Espiritu de Castelnau- dary.	416
	— Jacobo Latour.	424
Cap.	VII. ESPIRITUS ENDURECIDOS.	442
	— Lapommeray. Castigo por la luz.	442 ⁸⁴
	— Angela; nulidad en la tierra.	450
	— Un Espiritu enojado. . . .	453
	— La Reina de Ude.	456
	— Xumene.	459
Cap.	VIII. EXPIACIONES TERRESTRES.	462
	— Marceló, niño del n.º 4. . .	462
	— Szymel Slizgol.	466
	— Juliana María, la mendiga	473
	— Max, el mendigo.	480
	— Historia de un doméstico.	484
	— Antonio B.; sepultado vi-	

TABLA DE LAS MATERIAS.

527

	<u>Págs.</u>
vo, la pena del talion..	487
— El Sr. Letil.	491
— Un sábio ambicioso. . . .	495
— Cárlos de San-G... idiota	500
— Adelaida Margarita Gosse	506
— Clara Rivier.	508
— Francisco Vernhes. . . .	511
— Ana Bitter.. . . .	513
— José Maitre, ciego. . . .	517





**THE BORROWER WILL BE CHARGED
AN OVERDUE FEE IF THIS BOOK IS
NOT RETURNED TO THE LIBRARY ON
OR BEFORE THE LAST DATE STAMPED
BELOW. NON-RECEIPT OF OVERDUE
NOTICES DOES NOT EXEMPT THE
BORROWER FROM OVERDUE FEES.**

SEP 27 1995 ILL

